ADAM THIRLWELL

Estridente y dulce

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

ESTRIDENTE Y DULCE

ADAM THIRLWELL

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Lurid & Cute

Edición en formato digital: enero de 2017

© de la traducción, Aleix Montoto, 2017

© Adam Thirlwell, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3770-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Alison

EN SILUETA

¿Por qué debería ser yo el conejillo de Indias de los caprichos del destino? Al fin y al cabo, también estaban Pascha, el librero de libros de segunda mano, y Hennechen, el agente marítimo…

KNUT HAMSUN,
Hambre, 1890

1. *MADAMA MORTE*

SANGRE

en el cual nuestro héroe se despierta

Cuando me desperté, estaba mirando boca abajo una línea de cuadros de terciopelo que había sobre el cabecero de la cama. Jesús estaba de pie envuelto por su halo y a su lado había una Madonna muy brillante (me refiero a una de las religiosas, no a la versión disco). Entre los dos había una playa tropical: una palmera, otra palmera, otra palmera más y un poco de arena azul. Me pareció que en cierto modo me gustaban, esos cuadros de terciopelo. Me gustaba su atmósfera, muy brillante. Sin embargo, también sabía que, aunque me gustara su atmósfera, no se trataba de la atmósfera de mi dormitorio, del mismo modo que la chica que estaba durmiendo a mi lado en lo que parecía ser una habitación de hotel no era mi feliz esposa. Era ese tipo de situación problemática, y si bien era consciente de que algunas personas podían pensar que, al fin y al cabo, no se trataba de algo tan malo (y que despertarse junto a una persona que no es éticamente la de uno no deja de ser el modo más habitual por el que la mayoría de los seres humanos se adentran en el reino de la moral, así que, chaval, aguántate), yo era incapaz de mostrarme así de despreocupado. Durante mucho tiempo había habido problemas en la atmósfera: pequeñas grietas y fisuras emergiendo cual mariposas en otoño, un ligero tropicalismo que asomaba por todas partes y me preocupaba un poco. De igual modo, en ese momento sentí que mi cabeza estaba en otra parte y también que me daba vueltas. Sabía que mi teléfono móvil debía de estar a mi lado y que debía consultarlo, pero en realidad también sabía que no debía hacerlo. Y si, en ese instante, me hubieran sentado en el sillón de un programa de entrevistas y me hubieran preguntado cómo me sentía, habría dicho que, básicamente, muy triste. Porque en realidad no soy ningún tiarrón ni tampoco un rufián. No voy de *playboy*. Siempre me he comportado con timidez con las chicas. En ese rol de macho resultaba tan auténtico como las chicas blancas que hacen señales de bandas callejeras en las fotos.

No era nada normal que me despertara y no supiera cómo había llegado allí. Mis pasatiempos habituales solían consistir en problemas matemáticos o modelos de sistemas de votaciones; lo que quiero decir es que mis pasatiempos siempre eran dulces y meditativos. En cualquier caso, me encontraba en esta nueva situación y no podía hacer nada para impedirlo. Decididamente, la cabeza me dolía mucho. En Brasilia, estaban saliendo del turno de noche; en Tokio, se estaban tomando el primer *whisky sour*. A seis mil quinientos kilómetros había drones sobrevolando ruidosamente en formación puertos de montaña y desfiladeros, mientras que aquí abajo, en la silenciosa tierra, una chica que no era mi esposa yacía a mi lado. Se llamaba Romy, y era una de mis amigas favoritas. Era rubia, y cuando la veías en un bar, su pelo formaba una espléndida mata lánguida a un lado de su cuello. Ahora yo tenía el íntimo conocimiento de que no era rubia natural. Casi no tenía pelo entre las piernas, pero el poco que había, apenas un penacho, era definitivamente oscuro. En eso intentaba concentrarme cuando la luz comenzó a iluminar las cortinas de nailon y Romy seguía durmiendo. Porque incluso si uno se siente confuso o triste, hay que seguir adelante. Me viene a la mente una sentencia *bodhisattva*: «tómatelo con calma, pero con interés», y esta sentencia nunca se equivoca. Sin duda alguna, se trata de una regla en base a la cual vivir, y ese tipo de reglas siempre deben ser apreciadas. Espero que si demuestro una sola cosa con este relato, ésa sea la importancia de las reglas vitales, razón por la cual quizá he decidido comenzar la historia de mi vida moral con este episodio de sangre. Creo que ése fue el momento en el que mis categorías habituales se desbarataron. Finalmente, me levanté, me vestí y me quedé allí un momento, pensando en cómo diantre iba a regresar a casa; me refiero a en qué estado y con qué explicaciones. Pero también era muy pronto. Era muy tarde y muy pronto al mismo tiempo, de modo que, por el momento, pensé, comenzaría desayunando algo, porque a veces la única forma correcta de actuar consiste en ocuparse de las cosas normales y corrientes. Uno tiene que considerar las cosas de una en una. Así pues, salí al aparcamiento y lo crucé en dirección al restaurante del hotel. La mesa en la que me senté disponía de un amplio campo visual. Las vistas, sin embargo, no eran nada especiales. Los insectos revoloteaban lentamente en el amanecer verdoso; no dejaban de salir de la nada sin cesar, emergiendo en el aire brillante y granuloso. Mi coche estaba en el aparcamiento, frente a nuestra puerta, y a su lado había lo que parecía un coche fúnebre, pero lo ignoré. Y quizá eso fue un error, ignorar lo que otra

persona habría considerado una señal definitiva. Si uno está acostumbrado a que a su casa lleguen cartas sin franquear, o a recibir llamadas en las que un hombre le pregunta si ése es el número de la capilla ardiente; es decir, si uno no es ajeno a las formas mafiosas de decirle a un hombre que está señalado, marcado o condenado entonces se podría decir que cometí un error. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, de haber sido consciente del nivel de terror que iba a experimentar, la sangre y la balística; si, en fin, hubiera podido llevar a cabo el rizo dentro del rizo que esta forma de hablar me permite ahora, bien podría haber razonado de ese modo. Pero a mí siempre se me ha escapado lo obvio. No sé por qué. Otras personas saben apreciar las cosas comunes y corrientes como los aparcamientos de los centros comerciales y los parasoles de las cafeterías, o lo que sea: el café de máquina. Yo no. A mí se me daban mucho mejor mis propias cavilaciones. El interior de ese restaurante era muy luminoso y muy triste. La radio hablaba consigo misma, pero yo no tenía nadie con quien hablar, de modo que permanecí sentado a mi mesa con vistas a un paisaje de signos vacío mientras repasaba el menú plastificado. Esperé. Miré por la ventana. Durante diez minutos, no dejé de mirar mi reloj y luego el paisaje: mi reloj y luego el paisaje, mi reloj y luego el paisaje. No me gusta nada esperar. Finalmente, una camarera salió de la cocina. En el bolsillo del pecho se podía leer su nombre. Se llamaba Quincy. En otro tipo de letra, otra placa me deseaba un buen día. Y, sin duda, se trataba de un buen día. Se diría incluso hecho con ordenador, si no me hubiera despertado en un estado de extrema ansiedad.

-Llevo esperando diez minutos -dije.

-¿Cómo dice? -dijo Quincy.

-No estoy presentando una queja formal -dije yo-, sólo creo que debería usted saber que he entrado hace diez minutos. Pero no pasa nada.

-Ajá -dijo Quincy.

No creo que le importara, pero al menos había intentado ayudar. Pedí un desayuno vegetariano. Los huevos me gustaban con la yema poco hecha, como se solía decir. El color de mi zumo era naranja. Y las patatas me apetecían rebozadas. Me las comí con ganas. Añadí ketchup y mostaza. Cuando hube terminado, tras haber rebañado el plato rojo y amarillo con la tostada, me limpié las gafas con un paño que Quincy me había dado para los dedos. Fue muy amable de su parte porque las manos de la gente suelen estar cubiertas de gérmenes. Siempre es bueno ser cauteloso. El paño hizo que mis

gafas tuvieran un olor aséptico, pero también que me escocieran los ojos. Eché entonces un vistazo a las líneas eléctricas horizontales, y luego a las líneas horizontales pintadas en el asfalto. Luego levanté la mirada hacia los letreros de tráfico verticales. Así de vacío estaba el mundo. Me sentí muy atrapado y muy triste. Aunque, claro, retrospectivamente no estaba ni mucho menos tan triste como debería haber estado pues, *retrospectivamente*, el Destino me iba a exprimir todavía más de lo que ya había hecho. El Destino me rodeaba por completo, enchapándome como el tapón de una botella de cerveza. Aunque, por otra parte, nunca está muy claro en qué momento puede uno utilizar expresiones como «retrospectivamente» o «demasiado tarde». Y es que, si bien parecen normales, en realidad ocultan mucho más de lo que deberían. Así pues, un gran problema en la práctica es que, por lo general, cuando uno se encuentra abatido cree haber tocado fondo, de modo que, al igual que todo el mundo, en ese momento yo era propenso a creer que ese frágil estado en el que me encontraba era el peor posible, igual que cuando me encontraba dentro de algo mucho más perjudicial para mi ideal de jovialidad y generosidad como en cualquier maldita atracción de un parque de atracciones. En ellas experimenté monstruosidades y salvajadas que nunca hubiera imaginado posibles; llegado a ese punto, digo, ya me daba completamente igual ese conocimiento previo. En cualquier caso, allí, en ese hotel, me sentía afligido.

y descubre su transformación

Porque no me gusta hacer cosas que están mal. Estoy totalmente en contra de ello. Y algo que parece estar mal es despertarse en una cama al lado de una mujer que no es la esposa de uno. Aunque quizá no, porque en realidad hay formas mejores o peores de hacer algo muy malo, y en general, al examinar esa situación con el mayor escrúpulo posible, tenía que admitir que haber hecho eso con una mujer que era en muchos sentidos mi mejor amiga era un error añadido, y creo que podría argumentar fácilmente en cualquier salón en el que me encontrara que acostarse con una amiga mutua es probablemente peor para la adorada esposa de uno en la jerarquía de cosas malas que acostarse con una desconocida momentánea. O al menos diría que es posible, pero en realidad no estaba pensando acerca de esas cuestiones morales tan metódicamente como habría querido, una distracción que con tanta frecuencia resulta un problema en esta temeraria y ajetreada época,

porque estaba comenzando a experimentar movimientos en los intestinos y eso también me preocupaba. Mientras regresaba a la habitación de hotel en la que, suponía, Romy estaría esperándome completamente grogui y con el lápiz de ojos corrido de un modo que sin duda resultaría atractivo, de repente lamenté no haber utilizado el lavabo del restaurante. Porque, por un lado, no quería volver al restaurante sólo para utilizar el lavabo, pero por otro la idea de regresar a la habitación y sentarme y explotar en la pequeña madriguera situada a tan escasa distancia del lugar en el que Romy estaba durmiendo… Eso no me hacía ninguna gracia. Y entonces se me ocurrió una solución que me enorgulleció. Decidí que, antes de volver a la habitación, iría a la recepción del hotel a pagar la habitación y luego cogería silenciosamente mi mochila (pues rara vez voy sin mi mochila, en parte porque son infinitas las posesiones que necesito llevar conmigo como amuleto, por superstición o por costumbre, pero también porque en general es el método más útil, creo yo, para llevar objetos encima si uno está pensando en su salud futura) y me escabulliría. Entonces iría a una cafetería cualquiera a tomar algo y utilizaría el lavabo disponible. Allí planearía más detenidamente cómo me las arreglaría para volver junto a mi esposa Candy de una forma que no le hiciera odiarme por completo. Eso, lo de dejar a una chica en la cama sin despedirse como es debido, no era algo tan habitual en mí. Definitivamente, tenía que admitir que podía parecer incluso maleducado. Al final, sin embargo, uno tiene que elegir entre distintos niveles de educación y, después de todo, a Romy la veía muy a menudo. Ya dispondríamos de muchas ocasiones para discutir eso y otros aspectos de nuestra historia. Además, aunque sentía un profundo pánico, también tenía la sensación de que esa maniobra tenía cierto encanto viril. No resulta fácil admitirlo, pero mientras estaba en recepción observando un calendario en el mes y el año equivocados, me permití ese entrecano momento de gloria. Estás pagando para que una chica duerma, pensé. De acuerdo, no se trataba de la novia de un narcotraficante ni de una estrella pop latina, pero aun así era algo. También se me ocurrió que, si esto terminaba sucediendo, era posible que necesitara una atención médica más prolongada y que se dedicara una mayor consideración a mis pastillas. Pero eso fue sólo un paréntesis. Y en este temprano momento culminante de pausa e idilio también me gustaría señalar que, si bien esta forma de pensar quizá adolecía de cierto machismo reprensible, sin duda también mostraba cierta preocupación por los demás: ¿qué podía ser más amable que no despertar a alguien cuando esa persona no

quiere que lo hagan? Esta preocupación por los demás era algo que mi madre y mi padre siempre habían querido que desarrollara. Les gustaba que pensara en otras personas. Tenían la teoría de que en esta vida uno debía trabajar duro. «Eres tan impaciente, tontín», me dijo mi madre en muchas ocasiones de mi vida, como queriendo mostrarse más espléndida de lo que soy yo. «¿Por qué no haces las cosas más despacio?» Así era como siempre solía hablar. «Abre los ojos, cariño», seguía diciendo mi madre. «Si esto es lo que quieres, debes tomarte el tiempo necesario para obtenerlo. ¿Qué he hecho mal para que seas tan impaciente? Siempre quieres que las cosas sean perfectas.»

-No creo que ése sea el caso -dije.

-Claro que sí -dijo ella-. Sigue discutiendo.

Creo que las madres son la atmósfera en la que uno tiene que vivir y supongo que eso me gusta, pero no deja de ser una pequeña forma de persecución, de un modo lo más cariñoso posible. Aun así, me esforzaba mucho en hacer lo que mis padres habrían querido que hiciera, lo cual en ese momento suponía tener en consideración la vida menos afortunada de otras personas. El hombre que estaba en recepción a esta hora tan temprana de la mañana parecía un poco triste, así que procuré pensar en él de un modo afectuoso. Tenía un trabajo difícil, consideré, un trabajo arduo que, me imagino, requería atender las llamadas de las personas que traían los suministros para la cocina, así como las de los niños que hacían bromas o la de una mujer que llegaba a las cuatro de la madrugada y necesitaba una habitación de inmediato. También supervisar el equipo de mantenimiento de la piscina o el uso del datáfono. No era nada fácil. El tipo se llamaba Osman, y Osman, pensé, parecía ocultar un dolor más profundo. En un momento dado, se volvió para coger una grapadora u otro accesorio de oficina y pude vislumbrar una cicatriz oscura detrás de su oreja. Parecía hecha por una bayoneta, un sable o un machete. Puede que, en sus buenos tiempos, Osman hubiera sido un temerario señor de la guerra caucásico y que los acontecimientos se hubieran confabulado para que ahora estuviera aquí, en un hotel perteneciente a una cadena, contestando llamadas. Pensé que a lo mejor en casa guardaba vídeos en los que supervisaba sus tropas, y esperé que así fuera, porque es importante mantener algún tipo de vínculo con el pasado de uno.

-¡Que tenga un buen día! ¡Vuelva pronto! -dijo Osman.

-Usted también -dije yo.

Y lo decía en serio. Una mujer con los auriculares puestos estaba

limpiando los tablones de madera del suelo del pasillo. Quise sonreírle amablemente, pero ella no levantó la mirada. Luego me pareció que mi abuela muerta venía caminando en mi dirección. O, al menos, alguien que tenía el mismo aspecto que ella en las fotografías. Parecía relajada. Resultaba muy inquietante. Cuando estuvo más cerca, sin embargo, me di cuenta de que no se trataba de mi abuela. No era absolutamente nadie. Así pues, intenté olvidarlo. Ya podía ver el camino de vuelta a algo que podríamos llamar vida normal. Estaba muy cerca. Dentro de la habitación, la brillante luz diurna teñía ahora las cortinas. Intenté apagar el ventilador del techo porque emitía un molesto zumbido, pero en vez de eso sólo conseguí encender la lámpara de la mesita de noche. Romy no se dio cuenta. Me acerqué entonces al escritorio, donde había dejado apoyada mi mochila. Y si bien me moría de ganas de hacer lo que las novelas baratas debían de haber llamado alguna vez «la huida perfecta», también quería despedirme de ella con un beso. No sé si eso es de novela barata o si, en caso de serlo, se trata de una variante distinta como la romántica, pero ¿acaso es algo inapropiado darle un beso de despedida a una chica que todavía está dormida? ¿No es lo que hacen las personas apasionadas? Me acerqué pues a la cama y me incliné sobre ella. Romy estaba durmiendo boca abajo y en la almohada, al lado de su nariz, advertí que había una pequeña mancha oscura de sangre.

cuya realidad intenta poner en duda

Nadie piensa que vaya a estar presente cuando otro muera, me refiero a otro que no sea su eterno y querido cónyuge. Todo el mundo piensa que las cosas pasan en secuencias regulares pero, por supuesto, eso no es así, o no siempre. El tiempo, como dijo una vez el faquir, posee una maliciosa ingenuidad que consiste en la invención de la aflicción. Al final, todo sucede. Las combinaciones más descabelladas son siempre posibles, y, de hecho, no estoy seguro de que sean tanto combinaciones como distintos aspectos de una misma cosa. Esto era lo que me estaba viendo obligado a considerar mientras permanecía allí de pie. Tenía la sensación de que mi presencia era intermitente. Como un holograma o una ilusión óptica. O un letrero de neón. Me encendía y apagaba y resultaba siniestro. Bajé la mirada. «¿Qué tipo de tiarrón eres tú?», me dije a mí mismo. «Uno jodidamente pequeño.» Levanté la mirada. El ventilador seguía dando vueltas. En el fondo, eso también venía a ser una versión de mí mismo. Volví a bajar la mirada hacia Romy. Sí, todo el mundo cree que sabe el orden en el que sucederán las cosas, pero eso no es cierto. Y tampoco está claro

que algo haya pasado o no. Creo que tendemos a exagerar la idea de que las cosas son reales. O, al menos, en aquel momento estaba intentando pensar cuán real era algo que hasta el momento pertenecía únicamente al ámbito privado. Es decir, hagamos una pequeña encuesta. Si una chica maravillosa intenta besarte en la parte trasera de un taxi mientras ambos estáis colocados de ketamina, ¿vas a casa y se lo cuentas a tu esposa? No lo creo. Te lo guardas para ti cual diapositiva estereoscópica para las tardes de invierno, y, por lo tanto, la chica deja de existir. O cuando tu marido cree que no fumas pero en realidad disfrutas de vez en cuando de algún cigarrillo secreto, ¿para qué alterar su paz mental? Mascas un chicle para endulzar el aliento y regresas a casa como si no hubiera sucedido nada. Y si te comportas como si nada hubiera pasado, si nada en tu comportamiento sugiere jamás que algo ha pasado, ¿lo ha hecho realmente? Ésa es mi pregunta. Eso es lo que quiero decir con lo de que no está claro que algo haya sucedido, o una de las cosas que quiero decir. En ese preciso momento, sólo yo tenía conocimiento de la situación, de modo que en realidad quizá permanecía completamente ignota. Aunque no resulta tan fácil pensar eso cuando uno se encuentra dentro de la situación misma.

con sangre por toda la escena

Yo veía la sangre roja, pero de cerca parecía negra. Era un líquido rojo volviéndose negro o un líquido negro volviéndose rojo. Daba la impresión de que cada vez fluía más -¿cómo expresarlo?- *libremente*. Creo que «libremente» es la palabra que acostumbra a utilizarse con «fluía». En un momento dado, intenté pronunciar el nombre de Romy, pero no pude. Mi voz no consiguió articular nada. Intenté respirar y también eso resultaba difícil. Era como si mi corazón estuviera en algún lugar de la superficie de mi cuerpo. Todavía tenía en la boca el sabor del huevo rancio del desayuno. En otras palabras, no me sentía nada preparado para esta situación. Era como una pesadilla en la que uno está llevando a cabo una presentación de PowerPoint pero, de repente, se da cuenta de que se ha dejado el ordenador portátil en el Chevrolet de un desconocido. Me sentía decididamente incómodo. Y es que si durante una sesión de citas rápidas me hubieran pedido que me definiera a mí mismo, no habría vacilado en decir que era un ciudadano modelo. Mis notas de literatura eran buenas, mis notas de matemáticas eran espectaculares. Leía los textos clásicos. Se me daban bien los exámenes. Soy consciente de que no todo el mundo

dispone de un talento semejante y me siento muy agradecido por ese privilegio. Esfuérzate, decían mi madre y mi padre, y prosperarás. Preséntate a los exámenes, sé diligente. ¡Eres un prodigio, me decían! Solía creer que tenían razón, pero ahora ya no estaba tan seguro de si eso era suficiente. Al parecer, uno puede tener todos los ancestros que quiera, éstos pueden revolotear en el aire alrededor de uno cual algodón de azúcar, y, aun así, no podrán ayudarle en sus manías y aflicciones. En la habitación, mi pensamiento era tan lento como la música dub. Recordé un artículo sobre un chico que se iba a dormir y, al despertar, veía a una chica saltando por la ventana. No quería pensar que, con algunas variaciones, ese chico era yo, pero la única posibilidad aparte del suicidio era que, de algún modo, Romy hubiera sufrido un ataque o apoplejía. Naturalmente, en mi cabeza el asunto de los narcóticos era el principal motivo o causa, y como yo era la persona que le había suministrado esos narcóticos, esa posibilidad no me hacía demasiada gracia. En cualquier caso, en ese momento tampoco estaba tan interesado en las causas como en lo que pudiera suceder *a continuación*. Nunca había pensado en la vida como en una estructura, pero en ese momento para mí era exactamente eso, y no dejaba de visualizar esos vídeos de voladuras de edificios en los que éstos parecen inclinarse o disolverse desde dentro. Y no creo que pudiera esperarse que supiera qué hacer en esa situación. Parecía estar más allá de las aptitudes vitales convencionales que un ciudadano corriente debería poseer. Eché un vistazo por la ventana. Fuera todo parecía seguir muy tranquilo. En el cuarto de baño había dos toallas de mano, dos toallas de baño, un albornoz y una alfombrilla. En el retrete, restos de papel de la noche anterior se habían hinchado como un paracaídas o un calamar. En la pared, había otro cuadro de terciopelo: el torso desnudo de una mujer negra con gafas de sol y pechos relucientes sobre un fondo de color turquesa. En la calle, mi coche estaba aparcado. ¡Ay, la calle, donde también brillaba la luz del sol y el cielo y todo lo demás era normal! El cielo se nublaba. El cielo se despejaba. Si hubiera encendido la radio habría oído una voz explicando los efectos del sistema climático en nuestra ciudad, pero no lo hice porque estaba lavándome las manos con agua caliente. Y pensando en Romy. Y es que siempre he tenido una gran capacidad para pensar de un modo exhaustivo. Había pagado la habitación sin mencionar que hubiera una mujer en mi cama; me había sentado en el restaurante durante más de diez minutos sin que nadie hubiera reparado en mí. Así pues, pensé, el observador neutral podía extraer conclusiones

equivocadas. Y en aquel momento todavía era posible hacer lo normal, lo legal: volver junto al hombre llamado Osman, pedirle ayuda y explicarle, en un rastrero tono suplicante, que había encontrado el cuerpo de mi amiga comatosa en la cama pero que yo no tenía nada que ver con esa situación, o sólo de un modo meramente tangencial; sí, supongo que podría haber acudido a Osman para discutir el problema de los hospitales y la policía, pero las voces de mi cabeza no eran tan normales. Las voces de mi cabeza iban por libre. Más bien preferían que no se lo dijera a nadie.

lo cual crea pequeñas trampas y puntos muertos

Romy tenía el brazo izquierdo en la espalda y la mejilla izquierda apoyada suavemente contra la almohada. Era como una diapositiva Kodachrome de una niña durmiendo o de un querubín, pero al mismo tiempo no lo era. En primer lugar, tenía que limpiar la sangre de la almohada, pues me pareció lo más tierno que podía hacer, y yo siempre intento hacer cosas tiernas. No creo que en ese instante ya tuviera claro mi proyecto total. Cogí una toalla de baño y la extendí sobre la sangre. El blanco tejido de rizo se volvió granate. Y se me ocurrió que quizá ésta era la primera vez que veía la sangre de otra persona. No me refiero a sangre causada por una herida menor o a la regla de una chica, sino a un auténtico derramamiento de sangre. No quería tocarla, pero sabía que debía hacerlo. Tengo miedo a tocar la sangre, igual que tengo el volátil miedo de metérsela a una chica sin condón. No creo que sea algo tan raro. Llevé la toalla a la bañera e intenté enjuagarla. Al hacerlo, dejé un pequeño rastro de sangre en el suelo del cuarto de baño que tal vez era pequeño, sí, pero también horripilante y nauseabundo. Luego, arrodillándome a un lado de la cama, cogí a Romy y, con cuidado, la levanté por el pecho. Me pareció que tocarle así las tetas estaba mal, y la paradoja resultó momentáneamente intrigante, pero, de repente, solté un grito de pánico. No pude evitarlo, salió de mi boca sin que tuviera tiempo de impedirlo. El cuerpo me comenzó a temblar y me quedé así, como si estuviera realizando una maniobra de Heimlich a cámara lenta, mirando primero la almohada, que era un revoltijo de poliéster, vómito y posiblemente más sangre, un espectáculo verdaderamente horripilante, y luego de reojo lo que antaño había sido la expresión de Romy, sólo que ahora no había expresión alguna. Sin soltarla, me incliné sobre su rostro y advertí que la boca le olía a vómito pero también que

estaba caliente y eso, tenía que admitir, era una señal muy buena. Si me concentraba mucho, me parecía percibir que todavía respiraba, así que intenté concentrarme más en ello, pero no pude porque volviendo a ustedes, Sres. Presentadores del Programa de Entrevistas, si quieren saber cómo se siente uno al encontrarse cara a cara con el Destino, presten atención: uno está sosteniendo un cuerpo en sus brazos y, de repente, oye que llaman suavemente a la puerta y, a continuación, el ruido de la llave de tarjeta al ser insertada en la cerradura. Así es como se siente uno. Y, ya que estamos, déjenme decir que estaría bien que, por una vez, el Destino utilizara una melodía de llamada más original. Con cuidado, pues, volví a dejar la cabeza de Romy sobre la almohada y corrí hacia la puerta. Ante mí apareció la mujer de la limpieza. Iba con los auriculares puestos y en las manos sostenía una fregona y cepillos. No tuve tiempo de comprobar si yo estaba manchado de sangre. Seguramente sí. Tal vez, a la gente ya no le importaban esas cosas. Tal vez, en el mundo moderno, la sangre ya no fuera una sorpresa. En cualquier caso, yo siempre había sido alguien chapado a la antigua.

-Limpieza -dijo ella.

-Pero si yo todavía estoy aquí -dije yo.

-Esta habitación no está ocupada.

-Pero si estoy aquí -dije yo.

Como siempre, procuré que mi tono fuera optimista. Ella echó un vistazo por encima de mi hombro y supongo que vio un par de piernas desnudas de mujer. Luego me miró a mí. Entraba dentro de lo posible que yo fuera una especie de pequeño donjuán, o al menos eso me habría gustado pensar.

-Me habían dicho que no había nadie -dijo ella.

-Enseguida nos vamos -dije yo.

-Diez minutos. Diez minutos, señor.

Probablemente entonces caí en la cuenta del plan que debía seguir, plan que todavía ahora me parece regido por la cautela. Resolví que había quizá dos o tres certezas: debía proporcionarle a Romy ayuda médica, debía conseguir hacer eso sin que las autoridades del hotel se enteraran, para que así tampoco lo hicieran Candy y mis padres, y debía hacerlo con rapidez. Era un trío difícil, pero quizá no imposible. Quería que Romy se pusiera bien y quería volver a mi vida normal o, al menos, que existiera la posibilidad de una vida normal.

a la manera de muchos mitos catastróficos

Supongo que otras personas habrían actuado de otra forma. Sé que, en una situación como ésa, mi padre habría aceptado serenamente la presencia del Diablo, pues a pesar de no tratarse de una persona religiosa, sí tiene sus momentos simbólicos. Para él, en todas partes hay un espíritu fiscalizador. Creo que, de hecho, ése uno de mis recuerdos más antiguos: estar con los manguitos puestos esperando que mi padre regresara de la sinagoga para llevarme a la piscina. De un modo tenue y secreto, mi padre cree en los diablos, y si bien yo nunca he estado del todo convencido al respecto, al decir esto caigo en la cuenta de que en realidad temo a muchos monstruos. A mis diablos los llamo *monstruos* y, en el fondo, puede que no haya mucha diferencia. Recuerdo los antiguos monstruos mutantes del museo nacional y lo cierto es que esos cuadros del dios verde, el dios-perro enjuiciador, o el dios devorador con cabeza de cocodrilo y la pluma de la verdad me siguen dando miedo. Aunque al menos el dios-perro permanecía en su salón subterráneo de alabastro. Esa escena de la habitación del hotel, en cambio, parecía más bien lo que sucede cuando los dioses deciden ascender a la tierra por su escalera: te matan. ¿Han visto ustedes alguna vez a algún dios? Es así. No pueden evitarlo. Lo sienten mucho, pero te van a joder vivo. Como la diosa devoradora de niños a la que le gustaría mucho no comerse a su pequeña hija, pero no puede evitarlo. O los dioses que una vez pidieron que se les construyeran tres palacios en una noche. El amanecer, reza la leyenda, llegó demasiado pronto, y esas deidades aparecieron e hicieron pedazos los andamiajes, cual futbolistas entregados a una violación en grupo.

aun así hace lo que puede

Así pues, emprendí el demencial proyecto de conducir secretamente el cuerpo de Romy a un lugar en el que pudiera recibir la asistencia de profesionales formados. Se trataba de una desesperación parecida a la de estar jugando con la Game Boy una partida con la que uno entrará triunfalmente en el listado de las puntuaciones más altas y que la batería esté a punto de agotarse. Aunque, obviamente, esto era peor. Parecía como si el tiempo se hubiera agotado, pero también expandido. Con todo el cuidado que pude, tiré de Romy por las axilas de modo que sus piernas cayeran suavemente al suelo junto a la cama y luego deposité su torso en el suelo. No resultó fácil, pero sí más que volverla a vestir. Eso fue

como intentar vestir a un niño pequeño revoltoso, un niño que está agotado y que no quiere marcharse de la clase de baile. Los brazos de Romy no dejaban de estorbarme y, de repente, sus piernas eran más largas de lo que parecía posible. Aun así, en cierto modo lo conseguí. Sin embargo, antes de que pudiéramos marcharnos sabía que primero debía dejar la habitación en orden. Retiré la funda de almohada ensangrentada y también la sábana con vómito y saliva. Creo que, si hubiera podido hablar, mi voz habría sonado más baja, igual que la de un auténtico bajo, como cuando ralentizan las voces en las películas de terror o se agotaban las pilas de los reproductores de cintas de mi infancia. No sabía qué hacer con la sábana, la funda de almohada ni la toalla empapada que he mencionado antes. Tenía una bolsa de plástico pero había descubierto que estaba agujereada en dos puntos. También estaba mi mochila, pero, si podía evitarlo, no quería mancharla de sangre pues en ese caso tendría que deshacerme de ella, lo cual no me preocupaba por la mochila misma, sino por su posible existencia futura como prueba en mi contra en caso de que Romy muriera repentinamente. Levanté la mirada hacia la papelera de la habitación, pero ésta consistía en un cubo de acero inoxidable. En el cuarto de baño, en cambio, el cubo de basura con pedal contenía una bolsa de plástico sin utilizar, cuidadosamente doblada. Metí la mano dentro y la desdoblé como si fuera una de esas bolsas para recoger los excrementos de los perros. Luego, con cuidado y manteniendo la bolsa bien abierta, metí dentro la funda de almohada y la sábana, y luego también la toalla ensangrentada. Por desgracia, la bolsa quedaba abierta y la sangre era perfectamente visible. Así pues, decidí utilizar los cordones de mis zapatillas deportivas. Presa de la preocupación y del pánico, no podía sacar los cordones: estaban sucios y se atascaban. Mientras mis dedos tiraban torpemente, sentí ganas de llorar. Por fin, lo conseguí y los dos cordones quedaron colgando de mis manos. Podía sentir en los pies la holgura de las zapatillas abiertas. Anudé entonces la bolsa con los cordones y la deposité con cuidado en el suelo. Era muy consciente de que, en cierto modo, el robo de una sábana, una funda de almohada y una toalla era un crimen, y un crimen que sin duda sería descubierto, pero también me parecía algo menor, uno de esos crímenes que sólo comportan un cargo adicional en la tarjeta de crédito y, desde luego, un crimen mejor que el descubrimiento de sangre y la consiguiente deducción de las autoridades. Sin embargo, al retirar la sábana advertí que no sólo la almohada, sino también el colchón tenía una mancha sin forma

claramente definida, una especie de terrible decoloración. No se parecía a nada que hubiera visto antes. No puedo compararla. Sería como intentar comparar una ceiba o la tundra. Ésa es la facilidad con la que una especie de amorfismo puede infiltrarse en la vida de uno. Y, en esas situaciones, creo que mi madre siempre decía que uno ha de hacer lo que pueda, porque eso es lo único que nadie puede esperar, así que decidí que lo intentaría, lo cual quiere decir que le daría la vuelta al colchón. El problema es que los colchones son voluminosos y yo soy pequeño. Lo digo en serio. No soy ningún Gorilla Monsoon o Brutus Beefcake. Siempre que un entrenador personal me ve, algo que no sucede a menudo, suele mirarme con tierno asombro; es decir, del mismo modo que la gente normal mira a los desafortunados enanos, y es que, al final, todo el mundo debe tener en cuenta cuál es su lugar en la infinita cadena de la existencia. Al mover el denso colchón de muelles, pues, no dejé de sudar y resoplar. Lo doblé sobre sí mismo para que realizara una especie de círculo y, por un momento, permaneció inmóvil, en la cresta de su empapada ola. Luego se desplomó y volvió a su posición horizontal. Finalmente, lo coloqué en su sitio y volví a ponerle el edredón. Eso quería decir que el problema restante en los cuatro minutos que quedaban hasta que la señora de la limpieza regresara era intentar sacar el cuerpo de Romy por la puerta y llevarlo a mi coche de un modo que resultara lo más normal posible. Primero fui al lavamanos del cuarto de baño para frotarme las uñas, pero no pareció surtir ningún efecto. Por lo demás, todavía sentía necesidad de utilizar el retrete, pero eso ya no era una opción. Nada en esa habitación podría volver a ayudarme.

y desaparece de la sangrienta escena

Me pregunto si el hecho de que ésta sea la era de los cálculos en masa es la razón por la que me las arreglé para gestionar la situación. En un día cualquiera hay tantos recuentos de calorías, repeticiones de ejercicios de *fitness* y comprobaciones de recepción de correos electrónicos que, de hecho, lo de maniobrar cuerpos resulta mucho menos extraño de lo que uno podría pensar. No es más que un modo distinto de analizar detalladamente las tareas a realizar. Arrastré el cuerpo de Romy hasta el umbral de la puerta de la habitación. Intenté hacerlo con cuidado pero al final, claro está, no lo conseguí. Luego tuve que asegurarme de que podía sostenerla más o menos a la altura de mis hombros y, de repente, lamenté las muchas horas pasadas con agregadores de noticias y vídeos de

YouTube. Toda la historia del tiempo que había perdido me pareció triste, como si hubiera resultado haber una amenaza donde no parecía haber ninguna, y me reproché a mí mismo no haberlo advertido a pesar de estar siempre alerta ante todas las señales. Era de día, lo cual dificultaba bastante lo de meter verticalmente un cuerpo comatoso en un coche. Se me ocurrió también que, siguiendo mi habitual atracción por las mujeres más altas que yo, posiblemente esta vez me había pasado de la raya. En cualquier caso, la mujer de la limpieza se había ido a algún sitio, a llamar a su hijo o a mirar los coches que pasaban por la autopista mientras se fumaba un rápido cigarrillo, y no había nadie más a la vista. Por un momento, el Destino había ido a tomarse una hamburguesa o un zumo de albaricoque. Mientras intentaba abrir la puerta del acompañante de mi coche, se desplegó ante mí la secuencia completa de acontecimientos futuros y fue como uno de esos momentos de las historias de los santos en los que el sabio que ha vivido toda su vida en el desierto o en el bosque recibe un demencial baño de luz, una profunda revelación. Me gustaría llamar a eso visión de amor o algo así. Fue como si, de un modo muy somnoliento, pudiera sentir a mi esposa respirando a mi lado y de nuevo sentí ganas de llorar pero poco a poco conseguí reprimirlas. Había unos pocos árboles muertos a mi alrededor, posiblemente palmeras, y no dejaban de hacer ruidos secos: los palmitos eran como una secuencia de viejos relojes. Me pareció que una especie de mariposa que creía extinguida desde hacía mucho pasaba a mi lado en una sofocante brisa. Coloqué la mano sobre la cabeza de Romy con mucho cuidado, como si fuera un halo, y la metí dentro del coche. Entonces se aflojó un cordón de la bolsa que sujetaba con la mano y la toalla quedó a la vista: una fláccida mancha roja y húmeda. Temí que la bolsa se abriera del todo y que su contenido cayera al suelo, pero finalmente se detuvo muy delicadamente. Le coloqué como pude el cinturón de seguridad a Romy y cerré la puerta. Y cuando estaba rodeando el coche y empezaba a tranquilizarme, me puse a temblar. No conseguía que mis manos hicieran lo que quería. Me dije a mí mismo que era normal. Estas cosas suceden. Y entonces me di cuenta de que Quincy había hecho una pausa para fumarse un cigarrillo y estaba observándome. Desde luego, no hay ninguna razón para pensar que la vida no sería más completa con unas risas enlatadas, ninguna. He dicho «pausa para el cigarrillo», pero en realidad no tengo ni idea de por qué estaba allí. Simplemente, se encontraba en la puerta del restaurante y se dirigió a mí, iniciando una conversación a media distancia.

-¿Quiere un cigarrillo? -me dijo.

-¿Cómo dice? -dije yo.

-¿Quiere un cigarrillo?

-No lo sé.

-¿No lo sabe?

-Es decir, no.

Tras este intercambio de palabras claramente insatisfactorio nos quedamos un momento callados. Esperaba que la cosa se quedara ahí, pero no fue así.

-¿Cómo se llama? -me preguntó.

-¿Cómo me llamo?

A veces es útil tener mi aspecto, o al menos la imagen que ciertas personas tienen de mí. Parezco más joven de lo que realmente soy. Tengo un rostro de ojos grandes e inocentes, y ésa fue una de esas ocasiones en las que eso resulta útil. Me limité a mirarla fijamente y dejé que el silencio se agrandara hasta que comenzó a sentirse incómoda.

-Está bien, no pasa nada -dijo Quincy.

Y se marchó presa de una extraña y aturdida perplejidad mientras yo me sumía en un estado de envidia o melancolía por su condición de empleada dichosa y moralmente inmaculada, a pesar incluso de que ese estado mío no dejaba de ser asimismo de pánico. Con lo cual quiero decir: ¿era justo que estuviera siendo tan castigado? Los acontecimientos todavía empeorarían más, pero aun así creo que resulta legítimo que me planteara esa pregunta. Lo único que había hecho era despertarme -por primera vez en mi vida- junto a una mujer que no era mi esposa. ¿Tan inapropiado era eso? Yo no creía realmente que los grandes acontecimientos como los asesinatos, la muerte o la destrucción fueran reales. Nunca pensé que cosas como ésas pudieran suceder realmente, y ahora que algo así estaba sucediendo me sentía sorprendido pero también confundido. Sí, creo que fue entonces cuando tuve por primera vez la sensación de que quizá estaba condenado. Se me ocurrió del mismo modo que en un vídeo porno amateur uno ve cómo un gato aparece y se sienta; sí, de un modo tan accesorio como ése. Fue como el momento en que uno levanta la vista para ver un remoto avión que pasa sobre su cabeza y piensa por un triste momento que sus motores podrían fallar. Yo realmente pensaba que todo eso era injusto. Me disgusta el dolor en todas sus formas. Me volví vegetariano porque tuve la visión de una vaca completamente despellejada y que sangraba por los ojos. La comida que más he disfrutado jamás fue un plato de ganso vegetariano que aprecié

sobre todo por su noble ingenuidad. Estoy intentando aprender a tocar el banjo de forma autodidacta. Leer anuncios clasificados me entristece. *Carezco de maldad*. Mientras tanto, sólo para estar seguro, se decía a sí mismo el Destino mientras contemplaba la escena como un experto, miraba que no hubiera dejado ningún resto de sangre en el suelo. No creo que sea una exageración. Se ajusta a los hechos tal y como yo los veo. Habría preferido que el Destino se hubiera concentrado más en el futuro de, no sé, Aldebarán, pero al parecer me prefería a mí. Y me gustaría decir que eso no era nada justo. O, mejor dicho, lo que estaba pensando era esto: tus enemigos se encuentran en algún lugar, en su barco negro; los piratas están flotando en el puerto y bebiendo champán. Están en el buque cisterna oscuro. Me refiero a todos los demás. Tú, en cambio, estás aquí y te encuentras solo. Y ya no estás interesado en la poesía de los sabios budistas, ni en las películas filmadas cámara en mano o lo que sea. La cultura es irrelevante. Ya no es tuya. En contra de tu voluntad, has sufrido una metamorfosis. De repente, pues, me sentí vacío. Era como la Plantación Windsor, que con un negligente cigarrillo había quedado repentinamente destruida y pasado a ser las Ruinas Windsor. Salí del aparcamiento en un coche cuya dirección, pensé en ese momento, iba de pena. Tenía que hacer que la revisaran antes de que se averiara en la carretera y muriera en un accidente, aunque si eso era un problema no lo era tanto como la posesión de una chica inconsciente de la que podía estar ilícitamente enamorado. Y me dije a mí mismo: Chico, eres el gángster con menos talento del mundo. O, en otras palabras, siempre fuiste un inocente sin escapatoria. Tu madre solía decir que era tu característica más dulce. Y ahora mírate.

EL DELFÍN

adentrándose en otro mundo

Y sucede que alguien cae por una ventana o al mar y se adentra en otro mundo. Cae y es transportado. Como mi amigo Wyman, que un día despertó y descubrió que la vida le había hecho supergordo sin que consiguiera comprender cómo, de modo que, angustiado, apeló a gritos a la Virgen y a todas las deidades cuyo nombre recordaba, si bien, por supuesto, había muchas razones por las que el tamaño de Wyman era tan majestuoso, razones que Wyman prefería ignorar (en concreto, la afición que tenía por los *dumplings* y las patatas fritas con queso fundido, o por una comida que consistía en donuts de LaMar's a modo de culminación final después de tres bocadillos Schmitter), por no mencionar el fenecimiento de su carrera legal o los estrafalarios efectos secundarios de los diversos estimulantes y sedantes que tomaba…

una ocurrencia posiblemente más normal de lo que parece

De hecho, cuanto más pensaba en ello mientras conducía hacia el hospital, sin dejar de colocarle a Romy la mano en la boca como si quisiera silenciarla aunque en realidad estaba comprobando si seguía respirando, más me parecía que lo realmente extraño era que uno se despertara por la mañana y, por lo general, encontrara las cosas exactamente donde estaban la noche anterior. Eso es lo que realmente daba miedo o, al menos, debería darlo. Y es que al dormir o, más precisamente, al soñar, uno se encuentra, tal y como los *tzadiks* de la falta de sueño han observado, en un estado fundamentalmente distinto al de la vigilia, y al abrir los ojos es necesaria por lo tanto una infinita presencia de ánimo o, más bien, rapidez mental para encontrar todo en el mismo lugar en el que lo ha dejado la noche anterior. Lo que quiero decir con esto es que despertarse es algo tan aterrador que resulta sorprendente que uno consiga sobrevivir a ello. Fácilmente uno podría estar de vuelta en

el instituto, o ser acusado de un crimen imposible, o descubrir que su esposa parece ahora un tímido pastor alemán. No es que todo el mundo se despierte cada mañana convertido en un burro o un escarabajo, pero todo el mundo lo hará alguna vez, pues despertarse como un burro no siempre quiere decir hacerlo grogui y con unas grandes orejas alargadas, o turquificado y en posesión de seis cimitarras. Es algo que puede suceder en cualquier hotel por delante del que pase cada día con el mero hinchamiento de un bocadillo de pensamiento. De repente ahí está uno, en un estado de transición. De hecho, no es necesario despertarse junto a una chica inconsciente que sangra por la nariz. Puede tratarse de algo mucho más pequeño que eso. A mí, por ejemplo, últimamente me pasaba cada vez más. Me despertaba junto a mi esposa y con nuestro pequeño perro entre ambos y me sentía ligeramente transformado. Comprendo que para ustedes eso quizá no sea lo bastante psicodélico. Ahora bien, ¿tan equivocado estaba? Enséñenme al hombre casado que todavía vive con sus padres y un perro neurótico, que deja su ropa en el cesto de la ropa sucia tal y como ha hecho durante más de treinta años para que su madre la recoja una vez a la semana para lavarla, y díganme si no es normal que ese hombre se deje llevar por sus sensaciones de catástrofe. Por no mencionar otras complicaciones de la hospitalidad a las que llegaré pronto. De momento, sólo es importante tener en cuenta que ésa no era la situación que mi ambición habría imaginado para su futuro. Por eso quizá cada día me despertaba aturdido por la realidad, como un personaje de dibujos animados en posición supina tras una pelea y con numerosos símbolos dando vueltas alrededor de su vapuleada cabeza.

especialmente para un *dauphin* o *delfino*

La única cosa que me diferencia de otras personas es que yo pienso mucho más. Por ese hecho en mi familia se me conocía cariñosamente como prodigio. Ahora bien, cuando uno piensa más que los demás, esa diferencia, aunque parezca pequeña, puede terminar expandiéndose enormemente y uno acaba obteniendo resultados distintos a los esperados. Ciertamente, supuso que yo me sintiera algo distanciado del mundo. Siempre que veía un objeto, la conciencia misma de verlo se interponía entre ambos como un halo y evitaba que pudiera llegar a percibirlo directamente. Sin duda, se trata de una forma lamentable de vivir. ¡Lo único que yo quería era prosperar en el mundo! Ésa era la única gloria que tenía en mente.

Y con eso sólo estaba siendo fiel a los valores de mi familia. Creo que todas las familias tienen sus mitos, y los nuestros eran que todo es posible. Mi madre me aseguraba cada día que yo podía hacer grandes cosas, como si fuera mi astróloga. ¡Éramos como cortesanos de la vida interior! Con eso no quiero decir que fuéramos superricos o propietarios de grandes fábricas y fincas, pero sin duda formábamos parte de los poderosos, esos que en la nevera tienen botellas de agua con gas y fruta rara procedente de supermercados. Obviamente, como es habitual, en la periferia de otros países había guerras -pequeñas, sí, pero guerras de todos modos- en las cuales estaban implicados nuestros ejércitos, pero tenían lugar muy lejos, de modo que, para nosotros, era la época en la que todo el mundo poseía mascotas extrañas, quizá no zarigüeyas o pequeños lémures, pero casi, y resultaba increíblemente chic comer pequeñas pastitas importadas de diversas localidades y en todos los jardines colgaban elegantes linternas de papel. En cuanto a mí, yo era un prodigio. Lo sé porque mi madre así me lo decía. En las librerías, les explicaba a los dependientes que mi edad de lectura era hiperavanzada, y luego procedía a comprarme historias de los faraones que yo leía de cabo a rabo. En las luminosas farmacias y los grandes almacenes, la gente siempre me sonreía y yo estaba convencido de que lo hacían porque les gustaba. Lo que sucedió a continuación fue que el dinero de mis padres pagó mi educación en una escuela apartada y, más adelante, una universidad apartada. Y, cual hijo devoto, más adelante comencé a trabajar en una oficina de la ciudad. Lo que intento decir, supongo, es que todo era suave y delicioso. Digamos que la fuerza irrefrenable del significado no estaba pesadamente aparcada en nuestro jardín. Cuando me casé -y Candy y yo lo hicimos muy jóvenes-, seguimos viviendo en casa, tal y como preferían mis padres. ¿Lo ven? Siempre quise ser un pirata y creo que básicamente lo era, si por pirata uno se refiere a alguien que tiene todo lo que quiere. Cierto, no llevaba parche ni sable, y mi ropa no era la de un auténtico corsario, pero todo lo que quería, lo obtenía. Cada mañana, antes de ir a la escuela, mi madre me peinaba con un secador y un delicado cepillo, del mismo modo que los sirvientes debían mimar los rizos del endogámico príncipe de Habsburgo de pantalones bombachos y prominente mentón. Pero si esto parece un paraíso básico con fuentes y apacibles riachuelos, también debería mencionar que una felicidad como ésa rara vez dura demasiado. De hecho, cuando uno se da cuenta de que lo que siente es felicidad, probablemente ésta ya se está transformando en algo mucho más escurridizo, tanto si uno es consciente de ello como si no (del

mismo modo que, de repente, un demonio extiende sus escurridizos brazos o, al abrir la puerta trasera una mañana, uno no advierte el gato que entra amenazadoramente por debajo de su mirada). Probablemente tendría siete años cuando mi madre me dijo que nadie la hacía reír más que yo. ¿Le gustaría a alguien ser un delfín semejante? No lo creo. Ser hijo único es algo maravilloso: le proporciona a uno privilegios como el de ser adorado, ser el único que está ahí, y cuando eso sucede, es para toda la vida, creo yo, o al menos en mi caso lo ha sido. Nadie puede hacer otra cosa salvo cuidarle a uno, ése fue mi caso y todavía lo es ahora. Y si bien para aquellos que tienen hermanos (prácticamente todo el mundo) el asunto de la superioridad y quién es mejor y más querido es muy importante, yo siempre he sido más estable, sereno en mi propia serenidad, como si Buda hubiera nacido aquí mismo, en estos encantadores barrios residenciales, contemplando las araucarias y los aspersores automáticos. Todo esto es verdad, sí, pero aun así ser el delfín tiene sus desventajas. Todos los días mi madre me llevaba a la escuela y mientras íbamos en coche yo la entretenía con mis ocurrencias. ¡Menuda responsabilidad para un niño! Por eso cuando hablo todavía suelo hacerlo de un modo hiperbólico. Estar destinado a realizar grandes cosas tiene ese efecto. Uno se encuentra a sí mismo en un silencioso tanque de aislamiento, separado de los demás, como si estuviera entrenándose para viajar al espacio exterior, a solas con su mareo y sus náuseas.

que últimamente se siente inquieto respecto a sus logros

Aunque claro, todo lo que pareció majestuoso en el momento de su concepción pronto parece únicamente pequeño, la ejecución en miniatura de un sueño que en el momento de su concepción no fue lo bastante ambicioso; por ejemplo, no sé, el sistema de autopistas de Los Ángeles y sus hermosas intersecciones. Y el sueño de la gloria que yo estaba destinado a alcanzar no fue una excepción. Me hice mayor y la gloria no llegó. Digamos que no conseguía *imponerme*. Si alguien venía andando en mi dirección por la calle, era yo quien siempre se hacía a un lado y pisaba la alcantarilla mojada. En los bares locales nadie me saludaba con un movimiento de cabeza ni conocía mi nombre. El modo en que me camuflaba con el entorno era digno de un truco de Photoshop. Y eso convertía cada día en un juicio porque al final es importante tener cierta conciencia de uno mismo, no creo que eso sea una proposición descabellada. De hecho, las proposiciones descabelladas y otras

máximas generales sobre cómo vivir la vida fueron la razón por la que una mañana me desperté y, como tantas otras veces, me descubrí de nuevo a mí mismo en un estado irreal que no se correspondía en modo alguno con mis ambiciones. Y en consecuencia me di cuenta de que ya no podía hacer eso. No podía seguir malgastando o perdiendo tanto tiempo. Hacía ya algún tiempo que quería escribirle un correo electrónico a una amiga que vive en el campo. Mi amiga Shoshana se había casado y se había ido a vivir a provincias. En consecuencia, y como no podía ser de otro modo, Shoshana era infeliz. Su marido, decía ella, no la comprendía, y me imploró compasión. Por lo general, sin embargo, suelo rehuir la tristeza. Por lo general, prefiero a la gente contenta. Me senté para escribirle y de repente no pude. Y por la misma razón por la que no pude escribirle a Shoshana un correo electrónico consolador, ese mismo día dejé mi oficina y ya no volví más. ¿Cómo podía ofrecerle a nadie consuelo si no era sincero? Ésta era la cuestión que me desconcertaba. Al fin y al cabo, si uno está destinado a la grandeza, resulta preocupante que ésta haya pasado de largo. Me preocupaba que nunca hubiera encontrado la verdadera forma de todos mis dones; y desde luego esa forma no era, como mi madre y mi padre habían supuesto, el mundo de la oficina y su líquido vocabulario financiero. Es decir, piénsenlo. En mis impresiones del mundo soy extraordinariamente agudo. En caso de ser un superhéroe, mi superpoder sería el pensamiento.

MI MADRE

¿Podemos por una vez no analizar todo hasta la extenuación?

YO

Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Y por consideración a esta inquietud tomé la resuelta decisión de respetar semejante magnificencia interior y abandonar el mundo del trabajo. O el mundo de lo que llaman *trabajo fijo*. En vez de eso, seguiría mis sueños artísticos. Exactamente qué forma artística cultivaría, no lo sabía. Lo que sí sabía era que necesitaba abandonar el mundo exterior. Al fin y al cabo, era el momento para ello. Mucha gente a mi alrededor era despedida todos los días. ¿Por qué no unirme a ellos por voluntad propia?

y el desempleo

Y sin embargo he de admitir que podía comprender por qué

ahora mis padres estaban preocupados. Poco a poco, yo también comencé a estarlo. He sido hijo desde siempre, ha sido mi mejor carrera, y por esa razón puedo decir con cierta autoridad que uno de los problemas de ser hijo consiste en saber persuadir a los demás de la valía de uno. A medida que iban pasando las semanas, no parecía que hubiera elegido el momento ideal para emprender una nueva vocación. Cada mañana observaba con asombro a la gente ocupada que inundaba las aceras con sus cortados, sus paraguas y demás accesorios. Es posible también que, a causa de ese panorama general, tuviera que regresar al hospital para otro breve periodo de descanso, uno de esos en los que le dan a uno pastillas para que vuelva a ser como antes. Siempre parecía funcionar y esta vez también lo hizo. Luego volví a casa, y si bien por el momento, e incitada por mi madre y mi padre, Candy se mostró comprensiva con mis ambiciones, todos estuvimos de acuerdo en que debía buscar otras formas de pasar el tiempo. De modo que para mantenerme más ocupado compramos un perro. Uno con los ojos muy tristes. Mientras Candy se iba a trabajar a la ciudad, donde se encargaba de los asuntos financieros internacionales de una organización benéfica y radical, yo llevaba al perro a clases de adiestramiento para cachorros, o a pasear al parque. O entablaba una conversación con la mujer que vendía fruta en el arcén de la carretera. El cielo estaba gris y parecía como si no quisiera que dejara de llover. Era una estación fría pero de monzón. En cuanto a mí, de repente no tenía sueldo o estatus alguno. Podía comprender cómo se sentía nuestro cachorro. Aun así, tenía mis actividades. No creo que nunca hubiera imaginado cuánto trabajo puede uno llegar a inventarse en un día cualquiera: lavar, hablar con el fontanero, desarrollar la personalidad del perro… Era hiperactivo y holgazán a la vez. ¡Un hiperholgazán! Y si bien no dediqué excesivo tiempo a ver tráilers de películas de la productora Troma o vídeos de surf, sabía que mi padre no estaba tan convencido acerca de mi concentración. Puede que yo tampoco. Además, había comenzado a desarrollar un problema: en las conversaciones solía dejarme llevar excesivamente por las emociones. Mi modo normal era ahora la *diatriba*.

-¿Por qué a todo el mundo «diatriba» le parece una palabra tan mala? -le dije a mi madre-. ¿Acaso no es bueno tener altas expectativas?

-Puede -dijo ella-. No lo sé. No deberías dejarte llevar así por la tristeza.

-¡¿Y quién me ha hecho así?! -exclamé.

Al despertar cada mañana sucedían cosas extrañas: todos los felinos cósmicos y los grifos en los que nunca había creído se cernían sobre mí bostezando y extendiendo sus sucias alas. Y no aparecían sólo cuando me despertaba junto a Candy al amanecer, sino también en otros momentos en los que intentaba distraerme, por ejemplo siempre que tomaba la gran cantidad de drogas que necesitaba para mantenerme excitado o sereno, aunque también en momentos más saludables, como cuando iba en bici a primera hora de la mañana en dirección al complejo privado de gimnasio y spa. Y, por cierto, creo que ir en bici debería ser algo más habitual. En parte para proteger el medio ambiente, sí, pero también porque tiene un encanto del mundo de antes. Y, como creo haber mencionado, a mí me gusta preservar las cosas anticuadas. Que el tiempo vaya a destruirlo todo es algo que no deja de inquietarme.

atormentado por lo tanto por una sensación de catástrofe

Si damos por sentado un paraíso ideal y en ese lugar paradisiaco imaginamos a Candy contestando preguntas sobre mí, creo que casi con toda seguridad ella diría que esa sensación de catástrofe no era más que una desafortunada ilusión, una mera pose de tipo oscuro y depresivo. Ella solía considerar esa actitud melancólica un defecto hereditario.

> CANDY
> ¡Dormíais todos juntos en la habitación de tus padres! ¡Dormías junto a su cama en un saco de dormir! Eso no tiene nada de normal, cariño mío, chiflado mío.

Pero al fin y al cabo yo era el heredero. Existía para darle continuidad a nuestra línea principal. Así pues, ¿qué más daba si el heredero estaba tarado? ¿Qué más daba si nuestro trono no era más que un reloj de mesa con motivos florales grabados en la esfera, un chal de oración y un escritorio? Como he dicho, no formábamos parte de los superricos, sino de los moderadamente ricos, y esa forma de existencia es más delicada. Con tal carga sobre mí, no es de extrañar que por las noches sufriera ataques de pánico y regresara sonámbulo al dormitorio de mis padres. Siempre estaba intentando conjurar el infortunio: llevaba conmigo muchos amuletos y, al atardecer, cuando los últimos rayos del sol y la luz de las farolas se filtraban por debajo de la cortina del jardín y, en la penumbra, la red naranja de mi portería de fútbol del jardín se volvía de un color verdoso, me sentaba en la cama y me ponía a

rezar. Esas oraciones eran listados muy detallados de preocupaciones y problemas futuros. Quería que mis millones de dioses se interesaran por mis ensayos musicales o mis relatos deportivos, o que perfeccionaran mi conocimiento de los verbos del idioma del que fuera a examinarme.

-¡Mis problemas son psicosomáticos! -le dije una vez a Candy.

-Psicosemíticos -añadió ella.

Mis oraciones eran muy temerosas respecto a los inminentes desastres del mundo. Si el poder que estuviera en los cielos resolvía esos problemas o evitaba que sucedieran esos desastres, yo prometía comportarme bien. No creo ser el único que hace esto. Realicé algunas acciones buenas; otras, sin embargo, las olvidé y de ese modo se fueron acumulando. Aun así, seguía prometiendo cosas. Estaba lleno de promesas no cumplidas. La última que recuerdo es una serie de buenas acciones que prometí llevar a cabo si una tarde no llovía. No llovió, pero yo no cumplí con lo prometido. Aun así, seguí rezando. Lo que quiero decir es que nací en el seno de mi familia del mismo modo que anteriores herederos posiblemente nacieron en alguna biblioteca del siglo XVIII: con todos los bustos de mármol de anteriores lumbreras y antepasados observándome con inexpresiva preocupación a pesar de que los míos no eran más que vendedores ambulantes de *shtetls* orientales o contables de *yeshivás*. Es innegable que mis padres se asustaban con bastante rapidez, fuera a causa del consumo de drogas entre la juventud, las reacciones alérgicas a las ortigas, la correcta forma de vestir para acudir a ceremonias de *bar mitzvá* en las salas de bailes de majestuosos hoteles o los sistemas de tráfico de ciudades globales en las que nunca habían estado. Para ellos, el mundo era aterrador a pesar de tratarse del lugar en el que querían que estuviera su hijo, y supongo que es normal heredar esa sensibilidad, una forma general de ver las cosas según la cual todo es desconocido y delicadamente hostil. Salgo a la calle y las cosas me molestan muy rápido. Y no creo que eso sea algo tan irracional si se tiene en cuenta que los fascistas están disfrutando de un apogeo y que todo el mundo odia a todo el mundo. Aunque también es posible que sin ese fenómeno yo hubiera sido así de todos modos. Soy como esa figura del antiguo diálogo que no deja de exclamar: «*Madama Morte! Madama Morte*!» Dejé la psicoterapia porque temía que mi psicoterapeuta muriera. Hasta el canguro del perro te pone triste, me dijo una vez Candy. Y era cierto. Supongo que he de admitir que se trata de un problema. ¡Pero piensen en lo sola que puede llegar a estar la gente! El canguro de nuestro perro es una persona

encantadora pero a veces pienso en la vida que lleva, cuidando de gatos y perros a los que otras personas adoran y queriéndolos igualmente de un modo secreto, quizá como una amante a un marido. En un amor como ése hay algo secreto y desatendido, y es posible que el canguro quiera a esos animales más que nadie pero que aun así se vea obligado a dejarlos y a despedirse de ellos como si nada, igual que una mujer podría despedirse del amor de su vida mientras está sentada a la mesa de una cafetería con un conocido de la oficina, como si apenas pudiera recordar su nombre. Cuando pienso en ese tipo, digo, tengo la sensación de que su existencia es de lo más triste. No puedo evitarlo. Cuando salgo a la calle, lo único que oigo es un catálogo de suspiros.

MÁS SANGRE

pero las catástrofes se desvanecen

Pero también era cierto que, en cuanto percibía un infortunio, éste se desvanecía. Las mañanas en esta ciudad marítima suelen ser polvorientas y azules. Mientras conducía hacia el hospital, la respiración de Romy se fue volviendo más profunda y regular, y si bien desconozco las señales médicas, pensé que sin duda eso debía de ser mejor que nada. Sin duda, era una indicación más de vida que de muerte. Y lo de que la vida regresara no era algo inusual para mí. Todos los miedos que se desataban durante el día los había alimentado yo por la noche. Me gustaba quedarme dormido pensando en el momento de mi muerte, pero siempre que intentaba pensar en lo que sería poder decir la frase «Me estoy muriendo», como si estuviera en una tragedia barroca, la verdad se imponía y me daba cuenta de que sólo podía decir una frase así desde un futuro inminente y, por lo tanto, en el momento mismo de decirla sería falsa. «*Madama Morte*! ¡Me muero, me muero!» Ya ven cuál es el problema fundamental. De algún modo, lo que siempre he pensado que podía ser irrevocable ha terminado disolviéndose maravillosamente. Del mismo modo, al final terminé dejando a Romy al cuidado de profesionales formados (sedada, es cierto, pero definitivamente viva y fuera de peligro mortal), y mi subsiguiente huida del hospital fue majestuosa e impasible. Como siempre, el mundo aquella mañana era polvoriento y azul, como una miniatura rococó. Conduje por debajo del follaje de los árboles y, detrás de éstos, se podían ver las mansiones y sus muchos vehículos cuidadosamente aparcados en los caminos de entrada. Era el mundo tal y como yo lo había conocido mientras mis padres me llevaban a clases de música, o a entrenamientos de fútbol, o a las primeras fiestas de mi juventud, las que terminaban al amanecer con todos agotados y mirándonos mutuamente en un campo. Así era como había vivido siempre en las afueras de una gigantesca ciudad: el mundo consistía en una serie de impresiones obtenidas desde la

ventanilla de un coche. Con anterioridad, hubo chóferes; en ese paisaje, nos las arreglábamos con los padres.

MI MADRE SOBRE MI PADRE
No es un chófer, bizcochito. Es tu padre.

Probablemente, esa atmósfera convierte el mundo en un lugar al que es muy difícil acceder. Si todo sucede sin sonido, uno puede pensar que es posible eliminar y reorganizar las escenas, cuando en realidad lo más probable es que no sea así. Más allá estaban las autopistas, los almacenes y los hipermercados con sus plazas de aparcamientos vacías pintadas sobre las planas superficies del asfalto. Ése era el paisaje en el que llevé a cabo mi huida, una huida que no se parecía a ninguna frenética persecución que hubiera visto en una pantalla. Y es que, según la teoría del cine (y tal y como se refleja en esas películas con cámaras montadas en el salpicadero y música de sintetizador), en las huidas las luces se reflejan en el parabrisas al tiempo que uno esquiva a toda velocidad las farolas de Los Ángeles, se lleva por delante verjas de seguridad, a su alrededor vuelcan coches de policía *y todas esas cosas*. En realidad, sin embargo, las huidas son mucho más tranquilas de lo que nadie piensa. Uno sale del aparcamiento de un hospital a primera hora de la mañana tras dejar a una chica en recepción y pensando todavía en el estado de la dirección del coche, y nadie desea retrasarle o culparle de nada. Y me alegraba de ello ya que, si bien no habría tenido inconveniente alguno en quedarme con Romy en caso de que se encontrara en peligro, asumiendo las consecuencias como cualquier héroe o asesino de gigantes, si podía evitar esas consecuencias desde luego aprovecharía la oportunidad. Lo que quería era que esa extraña situación desapareciera por completo, que se disolviera como una pastilla de vitaminas efervescente en un vaso de agua. Y en cierto modo era posible decir, en el tono de la supervisora de un supermercado con su portapapeles y su micrófono, que hasta el momento todo había ido muy bien. En el trayecto del hotel al hospital no me había detenido la policía ni ningún otro espía y en el hospital no habían insistido para que les diera ningún nombre. Todo parecía muy prometedor y como si el estado ideal fuera posible. Desde luego, permanecería al tanto del progreso de Romy y haría todo lo que pudiera para hacerla feliz. La visitaría secretamente con revistas y otros regalos, y sin duda alguna más adelante hablaríamos acerca de lo nuestro. Ahora mismo, sin embargo, quería reducir mi vida de vuelta a algo no mayor que un casete o una tarjeta de memoria. Aunque claro, antes

de eso tenía pendiente una tarea final y la ejecución de la misma me tenía inquieto; y es que si bien por fuera podía parecer tranquilo, por dentro me sentía como una resaca en el mar oscuro y profundo, y en cuya superficie flotaran gigantescas medusas encendidas y esqueletos de peces de ansiedad. Intentaba imaginar la conversación que tendría con Candy (pues tengo el don interno de la hipervisión, del mismo modo que tengo también el de imaginar otras formas en las que podría suceder una escena, incluso cuando ya ha pasado o está pasando) y, sin embargo, me costaba imaginar con qué precisión le ofrecería explicaciones. Era incapaz de visualizarlo y la falta de explicación me inquietaba y también me hacía sentirme algo enojado, no sólo conmigo mismo por haber creado un problema semejante, sino también con el mundo por exigir siempre tantas confesiones. Me habría gustado que éstas no fueran necesarias. Las confesiones, creía yo, eran una enfermedad de nuestro tiempo.

hasta que vuelve a pensar en la sangre

Antes de que pudiera continuar esta línea de pensamiento, sin embargo, esas inquietudes fueron reemplazadas por otra única y presente: la sangre. Estaba completamente ensangrentado. Al aparcar el coche en el hospital me había vuelto hacia Romy y en ese momento de tranquilidad había advertido que si bien su nariz y su boca parecían haber dejado de sangrar, lo cual supuse que sólo podía ser bueno, en su cara seguía habiendo una serie de manchas de sangre. Y la razón por la que estaba pensando de nuevo en esa imagen era que la única forma de conseguir que Romy llegara a recepción y fuera atendida por médicos, enfermeras y cirujanos, había sido cogerla por los hombros y sacarla del coche a rastras (pues si bien respiraba y estaba consciente, todavía se encontraba totalmente narcotizada) y, al hacerlo, me había dado cuenta una vez más de que los cuerpos son demasiado grandes para maniobrar con ellos fácilmente, lo cual había supuesto que al final cruzáramos el pavimento del patio delantero en dirección a las puertas automáticas que no dejaban de abrirse y cerrarse arrastrando los pies tierna y grácilmente y con las mejillas pegadas. Al menos hasta que un conductor de ambulancia que estaba fumando un cigarrillo de ocio mientras permanecía inmerso en lo que imaginé que se trataba de un estado de paraíso opiáceo, mostró una gran generosidad (pues sé lo mucho que tales minutos de ocio deben de ser apreciados en mitad de un ajetreado turno laboral entre sierras,

huesos, poleas y todos los demás accesorios de las ambulancias) y me ayudó a localizar una camilla sobre la cual entró finalmente Romy en el hospital. Esos difíciles momentos, sin embargo, habían supuesto que ahora hubiera sangre no sólo en el lugar de mi mejilla que había descansado contra la de Romy, sino también en mis manos y en mi camiseta, y eran esas manchas lo que ahora me preocupaba, pues no sabía cómo me las arreglaría para regresar junto a Candy, mi adorada esposa, y reanudar todo lo que había dejado atrás. Y es que simplemente el hecho de regresar por la mañana ya era algo que debía explicar, pero resultaría mucho más difícil si volvía a casa con la ropa manchada de sangre. A eso me refería con lo de las catástrofes infinitas. Cada vez que uno cree que ha evitado el día del juicio, éste regresa. Al mismo tiempo, sin embargo, también es cierto que al final uno todavía puede evitarlo.

de modo que se detiene un momento en un hipermercado

Y es que sin duda hay ventajas en el hecho de vivir en el mundo moderno y, en particular, en los barrios residenciales de este mundo moderno. Una de ellas es que los barrios residenciales de todas partes son una extensión de grandes edificios para realizar compras. Y esas tiendas resultan muy hospitalarias, uno ni siquiera tiene que buscarlas: se anuncian a sí mismas con la radiante alegría de una colección de letreros muy altos, eso es lo único que uno necesita para saber que pronto encontrará un parque empresarial o una colección de tiendas de dimensiones desproporcionadas. Un signo gráfico en el espacio, en eso consiste básicamente la arquitectura de ese paisaje que llamo casa. Y en estos edificios no hay nada que uno no pueda encontrar si se esfuerza mínimamente, sólo tiene que entrar en ellos con la fuerza y determinación adecuadas para salir airoso. Y, de hecho, esta tarea suele ser más fácil de lo que pudiera parecer porque en su interior uno encontrará hombres y mujeres que estarán encantados de ayudarle y que posiblemente se le acercarán con una sonrisa (está comprobado que las sonrisas alegran cualquier día, es un hecho de la vida) y le preguntarán algo como: «¿Puedo ayudarle, señor?» Y mientras permanecía bajo esas luces intentando localizar los pasillos dedicados a la ropa, pensé que, seguramente, el mejor modo en que alguien podía ayudarme sería ignorando el hecho de que posiblemente tenía restos de la sangre de una mujer en mi arrugada ropa. Y, en efecto, eso es lo que hicieron los empleados porque así han sido formados y es lo más útil. En eso consiste la experiencia de estas tiendas y creo que

son responsables de algunos de los momentos más felices de mi vida, como los vividos en tiendas de juguetes en las que había tantos juegos que el niño inocente no tenía ni idea de qué hacer con todos ellos, o en supermercados con comida importada en los que todas las salsas que pudiera desear estaban alineadas en los estantes, esperándome. Porque me gustan mucho las cosas dulces, y en especial me gustan las salsas dulces -el ketchup rojo y la mostaza amarilla, así como otros líquidos y suspensiones-. De repente, sin embargo, no parecía haber demasiada diferencia entre el rojo de la sangre y el de la salsa roja, de modo que avancé con determinación por los pasillos, algo muy sencillo de hacer porque esos lugares son geométricos y están muy organizados y estructurados, como si alguien hubiera cogido un pequeño colmado, uno de esos cuyo escaparate consiste en una disposición plana de muchos cereales, cajas de galletitas o caramelos, y lo hubiera multiplicado millones de veces hasta hacerlo gigantesco. Además, los objetos se dirigen a uno: «¡Déjame contarte la historia de cómo he sido hecho!», dicen. «Consideremos formas de ser amable con nuestro entorno», y yo apreciaba eso, el hecho de que cada objeto fuera al mismo tiempo su propia señal. Apreciaba la forma que tenían de aconsejarle a uno y desear asimismo un mundo mejor. En ese estado de encandilamiento, pues, me compré una camiseta gris jaspeado y unos pantalones vaqueros muy azules. Con lo cual supongo que también quiero decir que, por esa vez, tuve que dejar de lado momentáneamente el esfuerzo que suelo realizar para cuidar de mi aspecto. Porque me preocupo mucho de la ropa que llevo, a pesar de que últimamente, si quería ropa nueva, era Candy quien iba a comprarla; y si bien soy consciente de que en esta época mucha gente tiene un reparto inusual de las tareas hogareñas, a mí eso me preocupaba: sentía que mi identidad estaba en duda. Al final, sin embargo, el deseo de ir arreglado era mayor que el de ser uno mismo, pues ir arreglado, pienso a veces, es el único modo de demostrarse a uno mismo que, de algún modo, todo irá bien en el futuro. No obstante, por el momento el futuro eran esos pantalones vaqueros y una camiseta gris jaspeado que se podría haber beneficiado de, digamos, cierta peculiaridad en las puntadas. Salí del hipermercado y regresé al coche para vestirme, algo que no resulta fácil cuando uno está sentado y tiene un volante delante, pues le obliga a retorcerse y a hacer extrañas contorsiones que para un observador ajeno pueden resultar cómicas. Sí, allí estaba yo, en medio de una cuadrícula infinita de coches ausentes y, tras quitarme la camiseta y utilizarla para limpiarme la mejilla con la

ayuda cosmética del espejo retrovisor, caí en la cuenta del triste aspecto que tiene uno cuando sólo lleva los pantalones vaqueros. Una tristeza que, supongo, resulta aún mayor si uno acaba de dejar a una chica que le importa mucho en el hospital, pero, al mismo tiempo, su esposa le importa tanto o más que esa chica y en ese momento se encuentra sentado solo en un aparcamiento mientras, casi con toda seguridad, la esposa le espera en compañía de sus padres. Supongo que encontrar triste esa situación es razonable. Yo no lo sabía. Visualicen una gran extensión azul, ahora multiplíquenla por dos: ahí es donde quería estar yo. Tenía en mi cabeza la imagen de un lugar sin seres humanos, como si uno clavara una bandera o una vela en la pared a modo de velero y, luego, se la quedara mirando como si se tratara del desorganizado mar azul. Así de cansado y desconsolado me sentía; pero también podía anticipar la discusión cósmica. Incluso en mis momentos de gran placer, siempre podía intuir la inminente insurrección, venganza y castigo. Porque una cosa en la que creo es que la gente debería levantarse en mi contra. Deberían derrocarme del mismo modo que lo harían con el heredero psicópata de una plantación. De haber sido capaz de existir en dos lugares a la vez, habría llevado a cabo el castigo yo mismo.

antes de regresar a casa y mentir a su esposa

Si la capacidad de vivir con los padres de su marido les ha hecho pensar que Candy era por aquel entonces una chica mansa, les puedo asegurar que no es así. Mi esposa es sensacional, y creo que eso se le nota en la impasibilidad con que expresa su sarcasmo. Asimismo, desprende un aire de dureza: Candy entrenaba cada mañana con una pera de boxeo y tenía mancuernas que yo era incapaz de levantar. Yo creía entonces y todavía creo actualmente que eso era genial. Básicamente, eso es todo lo que necesitan saber en lo que a su descripción respecta. Por lo demás, es alta y su belleza es austera. Tiene pómulos prominentes y ojos delicados. Y cuando se emborracha hace una especie de movimiento con el pelo en plan «niña de una película» que siempre resulta divertido. Puede ir sin problemas a una fiesta con un brazalete de colores, un vestido andrajoso, zapatos planos y unos cuantos rosarios de plástico de colores pastel como si fuera la reina de lo sobrenatural, una especie de Pamyu Pamyu blanca. El olor que desprende viene a ser como si uno imaginara la cosa más carnalmente elegante, una especie de hedor lubricante que recordaba asimismo el del pachulí o una rosa.

Para Candy, pues, la atmósfera en nuestra casa era definitivamente más anticuada de lo que le habría gustado. Estaba tan poco interesada en un marido delfín como en las recetas de mi madre o en ser observada con toda tranquilidad por mi padre con sus viejas gafas con cristales amarillos de estrella pop. Lo que intento decir es que yo no tenía grandes esperanzas en lo que respecta a esta conversación con Candy. No anticipaba una escena de perdón entre lágrimas. Mi única esperanza consistía en inventarme una historia. Así pues, en cuanto hubiera traspasado las falsas columnas blancas que protegían nuestra ancestral casa residencial y me encontrara en el vestíbulo en el que Candy me estaría esperando, comenzaría a hablar muy rápido, en parte porque creo que sin hablar rápido no vamos a ninguna parte, pero también porque si bien Candy estaría diciendo algo convencional como:

CANDY

¿Dónde estabas? Le he dicho a Hiro que te llamara pero…

Yo tenía mis propios planes acerca de cuál debía ser el guión y tenía la sensación de que era importante comenzar inmediatamente con una invención absoluta. Uno tiene que hacer algo así, creo yo, si quiere salir airoso de estas situaciones a veces difíciles.

YO

Estaba en una fiesta, pero tuve un auténtico *bajón* así que fui a otra con más gente pero me marché porque también me estaba poniendo triste, y me fui solo a una cafetería y me senté allí, en la cafetería, y me tomé un café.

CANDY

¿Toda la noche?

YO

No sabía si te despertaría y no dejaba de decirme: aclárate la cabeza, tío, cálmate.

CANDY

¿Y no has pensado que ya estaría despierta si no estabas en casa a las seis de la mañana?

YO

Lo siento mucho. Tienes toda la razón. Es sólo que me sentía completamente, no sé, *ignaro*.

CANDY

¿Ignaro?

YO

¿Acaso no es una palabra?

Así es como intenté preservar lo plausible y lo real y no creo que fuera tan malo. No estoy diciendo para nada que todo esto fuera perfecto, pero al final siempre hay límites para las invenciones de uno. A cada invención le sigue otra, y eso resulta agotador. A continuación, por ejemplo, ella me preguntó por la ropa que llevaba, pues ésos no eran los pantalones vaqueros con los que había salido de casa la noche anterior y ella siempre era muy perceptiva para esas cosas.

YO
He ido a un hipermercado.
CANDY
¿Cómo dices?
YO
He pensado que me haría más feliz.
CANDY
¿Qué hipermercado?
YO
El de la autovía, el que abre las veinticuatro horas.
CANDY
Ahora sí que me estás asustando.
YO
¿Pero por qué?
CANDY
Porque o estás mintiendo como un loco o estás sufriendo una especie de crisis nerviosa.
YO
¿Tan malo es? ¿De verdad?
CANDY
Lo sabes, ¿no?
YO
¿Saber qué?
CANDY
Esto no puede seguir para siempre.

Fue como las olas del mar: la ola se mueve pero el agua no. Así permaneció Candy allí, sumida en sus dolorosos pensamientos. Éstos la recorrieron de arriba abajo, como una ola. Y lo lamenté por ella porque siempre resulta doloroso cuando uno duda de la confianza que pone en otra persona. Que ella no dijera nada no significa que yo no imaginara lo que habría pasado si lo hubiera

hecho.

pues las mentiras son una forma de inventar otro mundo

Y también pensé que, a pesar de todo, era innegable que un silencio semejante también tenía su gracia. Era algo que ya había advertido antes. De niño me gustaba robarle cosas a mi madre. Ella solía guardar en el bolso un suministro de pegatinas de futbolistas internacionales y otras chucherías para sobornar a su difícil hijo. Un día, me di cuenta de que las compraba en grandes cantidades y de que, por lo tanto, no se percataría si de vez en cuando cogía una barrita de chocolate o un paquete de cromos con los retratos de mis estrellas futbolísticas favoritas, las brasileñas, poseedoras de esos nombres únicos. Y también de que, si llegaba a percatarse, no lo mencionaría. Me pregunto si eso es lo que siempre sucede en las familias de los delfines. Ahí estaba Candy, deseando que yo encontrara el tono o la historia que de algún modo nos permitiera no mencionar mi extraño comportamiento o examinar sus causas reales, existir en un mundo paralelo, y yo quería estar a la altura de esa actuación. Al final, opté por decir…

YO

Es sólo que no soy feliz. Creo que eso es lo que me sucede.

Y me satisfizo porque en ese momento noté que Candy se sentía aliviada. Sí, noté que estaba pensando que, si jugábamos a eso, ella también podía hacerlo, como si estuviéramos en el siglo XIX y yo hubiera realizado la difícil transposición al trombón de una pieza de fagot, o un *tour de force* parecido. Sí, un *tour de force*. No suele reconocerse el hecho de que mentir requiere un auténtico talento empresarial. El problema de mentir es que, mientras uno lo hace, no debe pensar en la verdad para así poder creerse completamente la mentira que está contando, pero ¿en qué otra cosa va a pensar uno cuando está mintiendo salvo en el hecho de que lo está haciendo? No hay otra cosa en la que pensar. Es algo que termina imponiéndose por completo, de tal modo que, cuando uno dice la primera mentira, lo hace pensando en aquello que oculta, y cuando está diciendo la segunda, esa primera ocultación todavía está presente, pero ahora acompañada por su gemela, la segunda ocultación. Y la prueba de que Candy comprendía que era un *tour de force* era el hecho de que estuviera mirándome con semejante amor. Caigo en la cuenta de que en la historia de mi familia hubo

otros actores de este estilo. Me refiero a gente que podía doblegar el mundo a su antojo, igual que los hipnotistas que doblan cucharas. Con esto no sólo me refiero a alguien con la autoridad de mi padre, capaz de fundar imperios empresariales, sino también a gente más taimada como mis numerosos tíos, entre los cuales se encontraban aquellos a quienes parecía útil presentarse a sí mismos como excéntricos. Y si eso implicaba que la esposa de uno descubriera una de sus aventuras secretariales y amenazara con dejarle como en el caso del tío Marvin, o, en el caso del tío Milo, que la esposa quisiera otro hijo u otras catástrofes diversas, no se podía hacer nada al respecto. De igual manera, pues, en esta conversación con Candy simplemente me convertí en la persona en que necesitaba convertirme para que la mentira fuera plausible: alguien cuya vida no iba muy bien y que estaba deprimido, lo cual no era tan difícil pues en el fondo es un papel accesible para la mayoría de la gente. Y, en particular, a mí me resultaba accesible por estar a) desempleado y b) a menudo furioso en casa ataviado con un pijama que desprendía todos los fétidos olores que se le puedan ocurrir a uno. Creo que ya pueden ver lo fácil que le resulta a un sujeto semejante mentir a su hermosa esposa y decirle al mundo que se encuentra en un estado de profunda infelicidad cuando en realidad también está contemplando la imagen de una chica desnuda con la cara ensangrentada, o la cara de esa misma chica sin sangre pero mirándole con sudor en la nariz y sobre sus labios y la luz comenzándose a filtrar por las cortinas cuando se corre.

CANDY

¿Qué sucede, *zezette*?

YO

Verás, tengo la sensación de que siempre estoy a punto de llorar. Creo que tal vez soy infeliz.

CANDY

¿Con nuestra relación?

YO

Con… No, con todo. No nuestra relación.

y puede suceder muy inopinadamente

Porque, para decirlo de otro modo, resulta que en un matrimonio perfecto en el que el cónyuge confía plenamente en el otro, no hay límite a las cosas que uno puede hacer. Y es que mentir sólo destila su esplendor si se miente a la persona que se despierta

al lado de uno cada día y que cree conocer el corazón de ésta mejor que el suyo propio, ésa es la persona ideal porque sólo cuando se miente a alguien así puede uno crear una mentira perfecta, una de esas que abren nuevas posibilidades de otras vidas y otros mundos, como si uno hubiera hecho un viaje a la luna con una mochila propulsora fabricada en casa. Uno sólo tiene que hacer algo con cierto salero y aquellos que le quieran le creerán a no ser que tengan alguna razón para no hacerlo, y la mayoría de las veces no la tienen. Ahora bien, el problema es que si lo que yo pretendía hacer mintiendo era consignar sólo un aspecto de mi vida a la irrealidad, creo que estaba equivocado. Lamentablemente, se trata de algo que tiene fugas por todas partes. Sí, en una conversación pueden decirse cosas terribles, pero mucho más terrible puede llegar a ser que no se diga nada. En cualquier caso, habrá consecuencias y lo que no parecía nada salvo silencio y ausencia bien puede convertirse en un gran acontecimiento. Y es que, tras reflexionar al respecto, también he de admitir que fue precisamente el modo particular en que Candy y yo construimos esta nada lo que, de hecho, fue importante para la historia futura que he de contar. Que no hubiera consecuencias en el futuro inmediato resultó ser la más oscura consecuencia de todas las posibles para un futuro más lejano y genuino. La forma en que nos silenciamos mutuamente fue la que contenía las posibilidades explosivas en su interior. Y, sí, quiero decir silencio. Porque por genial que sea una persona, muy pocas son las que disfrutan abiertamente con las trifulcas y las discusiones. Desde luego, yo no soy una de ellas. Si lo que uno quiere filmar son tiroteos en bares de pueblos silenciosos, con escopetas y demás instrumentos de atrezo, yo no soy la estrella adecuada. Tampoco se me da bien lo de gritar en los restaurantes: esas escenas en las que las mujeres vuelcan mesas con el pintalabios corrido por la cara como una mancha de sangre o un mal payaso. Escenas como ésas me asustan. De hecho, las riñas me asustan independientemente de la forma que adopten. La única persona en el mundo a la que le desagrada el conflicto tanto como a mí es Candy, y quizá ésta es una de las razones por las que siempre nos querremos. Ambos preferimos que haya silencio entre las personas a pesar de que, claro está, semejante cosa no es posible: uno está comunicando algo incluso cuando mueve la cabeza o la mano de cierto modo. Y ésa es quizá la razón por la que hay tantas formas artísticas posibles, pues si bien el cine es posiblemente la mejor para representar el silencio y las muchas verdades de los gestos, se necesita otra forma artística hecha de palabras para mostrar la

complejidad del pensamiento interior. Una única forma artística resulta insuficiente para representar toda la cosmología: el vasto interior y el pequeño exterior. Y, en ese caso, la cosmología consistía en cuánta verdad debía contarle un hombre a su esposa, a primera hora de la mañana en la casa de un barrio residencial de una enorme ciudad. No puedo decir que yo lo tuviera claro.

YO

Tú te pasas todo el día trabajando y resulta difícil…

Sí, el único problema de mentir es que uno debe ser cuidadoso y, por un momento, no lo fuimos.

CANDY

Sólo lo hago por nosotros. Es decir… Sólo quiero que tengas tu espacio…

De repente, habíamos llegado a un punto en el que me resultaba más difícil discutir, de modo que opté por callarme. Me limité a emitir una especie de ruido porque estaba completamente de acuerdo con ella. Candy no estaba siendo ni mucho menos cruel sino más bien lo contrario, tal y como solía suceder. Fue como aquella vez que mi madre me regañó en un restaurante chino porque no quería comerme las patas de pollo salpimentadas que yo mismo había pedido. En ese caso, supongo que tenía la excusa de mi juventud y mi inexperiencia. En cuanto a Candy, el daño que estaba causando era casi definitivamente catastrófico, pero no estoy seguro de si esto, el daño, debería ser el único criterio para juzgar las acciones de uno: ¿qué hay por ejemplo del júbilo, el asombro o, simplemente, lo grotesco? Porque, en efecto, mentir es maravilloso. Y sí, realizar ese descubrimiento resulta asimismo alarmante. Si uno es proclive a los desenlaces morales, si su intención es la sociedad más ideal posible -y eso es algo que yo siempre trato de conseguir-, mentir tiene aspectos aterradores. Pero se trata de algo que sucede muy suavemente y con rapidez, como si uno acabara de descubrir que todos los libros encuadernados en piel que hay en la pared de una imponente librería fueran falsos, luego la pared se abriera lentamente y, al cruzarla, llegara a otra habitación con libros del suelo al techo. Por alguna razón, me pareció que la situación en la que me encontraba era verdadera y falsa al mismo tiempo. Candy prosiguió en un tono que volvía a ser aceptable.

CANDY

¿No crees que quizá deberías buscar un trabajo? ¿No te sentaría bien? ¿No crees que quizá lo único que pasa es que

te aburres? ¿Te hace algún bien estar en casa todo el día? ¿No te desanima la presencia de tu madre?

YO

¿Un trabajo dónde?

CANDY

Siempre he pensado que serías un buen profesor. De primaria, por ejemplo. Trabajarías con niños y creo que te sentaría genial. Y tendrías tiempo para hacer otras cosas. Creo que te lo pasarías bien.

YO

Creo que no. Creo que ni hablar.

CANDY

¿Qué sucede con tu obra?

YO

No estoy seguro.

CANDY

¿Crees que por eso no eres feliz?

YO

Es posible.

CANDY

¿Por qué no escribes una película de terror?

YO

¿Una película de terror?

CANDY

Algo sangriento…

YO

¿Lo dices en serio?

CANDY

Quiero ver hombres sangrando por los ojos. O al menos quiero que *suceda* algo. ¿Por qué nunca sucede nada? Podrías hacer una película sobre una masacre.

YO

No creo que pudiera exhibirse…

CANDY

¿No?

YO

No.

Y seguimos charlando. Una vez más, pues, la catástrofe retrocedió y se perdió en la borrosa y pastoral lejanía.

incluso si la sangre permanece, como señal o prueba

Siempre me he sentido tan anclado al mundo como una aeronave al amarradero del Empire State Building, y probablemente eso es de esperar si uno vive una vida en la que las catástrofes se posponen infinitamente. Ser estibador o granjero no es preparación para una vida como la mía, en la que lo real es algo más parecido a un sorbete. Esta sensación es envolvente, de modo que ni siquiera me inquieté cuando me volví y Candy me preguntó qué tenía en la camiseta. Bajé la mirada y, del mismo modo que una surfera debe de reconocer la ola que la hundirá y pondrá fin a sus días, descubrí que, con las prisas, me había puesto la misma camiseta con la que había comenzado la velada. Era, por lo tanto, una camiseta con un montón de manchas de sangre.

-¿Esto? -dije.

-Ajá -dijo Candy.

-No lo sé -dije yo.

Y una vez más nos quedamos callados. Como ya he dicho, Candy y yo no somos tiroteadores. Dejamos que la pausa fuera alargándose e hinchándose a sí misma. En realidad no es tan difícil ignorar las cosas. Y fue como… ¿Cómo fue exactamente? Quizá como esa historia del hombre que visitó el Paraíso en sueños y luego recibió una flor a modo de garantía de que su alma realmente había estado allí. En efecto, al despertar tenía una flor en la mano. Esa historia es parecida. O no, quizá fue más como la de ese príncipe de los reinos orientales que una vez soñó que era muy pobre y ya no vivía en su palacio sino en la ciudad. En esa nueva vida, no tenía sirvientes ni cocineros, sólo una esposa que salía cada mañana de casa para trabajar como dependienta en unos grandes almacenes. Ambos vivían con un perro en una casa de los arrabales de la gran ciudad. Su vida se circunscribía a esa barriada pobre. Una mañana, sin embargo, el príncipe se despertó y volvió a encontrarse en su palacio, con sus cortesanos o lacayos, mientras la segunda manecilla de su espléndido reloj parecía describir un ángulo ligeramente más obtuso…

SUS CORTESANOS O LACAYOS
Se ha quedado un momento dormido, señor…

… pero en su corazón el príncipe sabía que, sin duda alguna, había sucedido algo. A continuación, ordenó a todo su séquito que le siguiera con sus coches y, efectivamente, cuando la caravana de

todoterrenos llegó a las afueras de plástico de esa gigantesca ciudad, con hoteles y otros detalles, el príncipe reconoció una calle y, con gran calma, descendió de su limusina. Una mujer se acercó entonces a él y le dijo: «¿Dónde has estado todo este tiempo, *zezette*? ¿Es que acaso te arrestaron?» «¿Como podría explicarlo?», diría años más tarde el príncipe al contar esta inquietante historia. «Imaginad que sois un *enfant terrible* que se despierta y descubre que en realidad es la creación de un bolígrafo, pluma o teclado que no puede ver. Así es como lo explicaría. No es una sensación nada agradable. Pero basta de hablar de mí. Lo que esta fiesta necesita son más *negronis.*» Y aquí acaba la historia. Es decir, así fue lo de esta mancha de sangre, pero a la inversa, o del revés.

2. UTOPÍA

LA PISTOLA DE AGUA

momento en el cual su doble Hiro

-¿Por qué te casaste si eres totalmente infeliz? -me dijo Hiro algún tiempo después en esa época de neón.

-Nunca he dicho que sea infeliz -contesté-. Nunca he utilizado esa palabra.

-Habla conmigo -dijo Hiro-. Explícate.

-Tuve una visión -dije.

-¿Y qué decía esa visión?

-La visión me dijo que no me casara -dije-. Así que lo hice.

-Completamente lógico.

-No es fácil interpretar bien las visiones.

-Quizá -dijo Hiro-. ¿Qué tipo de visión?

-Una especie de voz -dije.

Mencioné otras complicaciones de la hospitalidad. Con la misma habilidad que un camarero le trae a uno un plato de chicharrones sin que sea consciente de haberlo pedido, o un genio aparece en una de las antiguas fábulas, Hiro había aparecido de repente en lo que cómicamente podría llamarse *mi vida*, y allí se quedó.

aparece en el panorama residencial

Todo aquel que describe algo se encuentra con el problema de qué incluye y qué no. A Walt Disney le pasó, y a mí también. Algunas de las cosas que ya existen en esta pequeña balada mortuoria seguirán desempeñando un papel en el futuro, como Candy o Romy, pero también lo harán otras que todavía no han aparecido, como las armas de fuego o el tiempo que ha pasado desde que he visto a las personas que describo. Hay cosas que acaban de llegar, como Hiro. Y otras que existen y seguirán haciéndolo, como el escenario. El escenario es el único fenómeno permanente. De noche, solía decir Candy, casi me gusta estar aquí,

cuando sólo hay las luces de las farolas y el olor cítrico de los camiones de basura, pero en los días grises puede ser muy duro. ¿No te parece, *chico*?[1] Entendía perfectamente el problema lírico que estaba describiendo. No hay nada menos hogareño que el propio hogar: un lugar de recuerdos, de rechazo, de mezquindad, de vergüenza, de engaño, de despilfarro de energía, por más que uno intente sentir afecto por él. Creo que muchas de las dificultades que la gente tiene en la vida están causadas por el hecho de que uno proviene únicamente de un lugar; o quizá eso sólo es un problema si uno se ha criado en un panorama como éste, hecho de autovías y llanuras onduladas, pero si tenemos en cuenta que casi todo el mundo vive en lugares así, el problema debe de ser prácticamente universal. Escojan el lugar del globo que prefieran, Kabul o Santiago: el mismo paisaje se extenderá ante sus ojos. Porque, en realidad, la mayoría de los habitantes de Kabul no viven exactamente en la ciudad, sino en sus afueras, donde Kabul da paso a la vasta luz y las calles vacías en las que el pavimento languidece y sólo hay unas pocas farolas mantenidas por unos cuantos generadores alojados en cobertizos de hormigón. En lugares como ésos es donde vive la mayoría de la gente hoy en día, y ésta es la razón por la que cuando uno viaja a cualquier ciudad de su elección se encuentra como en casa; siempre y cuando, eso sí, se vaya suficientemente lejos (no demasiado, sólo lo suficiente). A mi parecer, esos lugares son los más hermosos de nuestro tiempo: clubs de tenis, depósitos de camiones, cadenas de restaurantes y también hipermercados y almacenes de venta al por mayor. Ahora bien, no tengo tan claro si esos lugares son propicios para la felicidad teniendo en cuenta hasta qué punto las zonas residenciales son también una especie de ausencia carente de un foco o centro, como las laderas verdes del sur de California, que no son más que una sucesión de calles mayores y carreteras exteriores. Básicamente, se extiende como la hierba o liquen para rellenar los huecos que hay entre las vías del tren y las autopistas, salvo que lo hace mediante autovías de múltiples carriles, quioscos de hamburguesas, bancos, farmacias, crematorios, templos de varias religiones y fes, u oficinas de seguros. En un lugar como ése, es normal que el aburrimiento tienda a expandirse como la masa de las galletas y se quede ahí, dejándole a uno con la sensación de que es incapaz de juntar todas las piezas de su vida. Es como cuando está en la interminable cola de seguridad del aeropuerto y, por lo tanto, no puede ir ni hacia delante ni hacia atrás y debe limitarse a someterse. Y si, en particular, lo que quiere uno es gente con la que vivir y adorarse

mutuamente -lo cual siempre ha sido mi ideal-, esta vaguedad residencial quizá no es la mejor opción.

con sus instintos utópicos

En esta historia que he de contar, la gente intenta vivir junta pero, en su mayoría, vive separada. Asimismo, en esta historia la gente intenta que el dinero o el amor no la separe, pero, en la mayoría de los casos, lo hace. Y, sin embargo, estuvimos intentándolo. Tomemos a Hiro como ejemplo: cuando le traían el plato de *dumplings* de nabo en el restaurante tailandés que hay junto a la estación del tranvía, los compartía con entusiasmo, pues no se limitaba a hablar de la utopía, sino que intentaba hacer el mundo lo más agradable posible. Siempre que paseábamos por la calle y veíamos un vagabundo, Hiro cogía mi dinero y se lo daba. Y a mí eso siempre me impresionaba mucho, pues yo daba muy poco a los pobres, no por egoísmo, sino porque siempre me ha resultado difícil saber cómo interactuar con los menos afortunados. Cuando lo hago, la cosa suele ir mal porque no puedo hablar con el libre abandono que empleo cuando estoy a solas. Por ejemplo, hace poco estaba haciendo cola en el mostrador de una hamburguesería y los numerosos hijos de una mujer le pedían a su madre que les comprara patatas fritas. Estaba claro que ella se sentía avergonzada porque no tenía dinero para comprarles comida a todos y sólo pidió una porción minúscula para toda la horda. Cuando me tocó a mí pedir mis patatas fritas y mi batido de chocolate, añadí orgullosamente la cantidad necesaria de patatas fritas a mi pedido y se la llevé a su mesa, pero la mujer me recibió con una mirada de odio. «¿Acaso han terminado de comer?», me preguntó absolutamente indignada. Yo retrocedí con mis patatas y, avergonzado, me las comí todas, y luego me odié a mí mismo por hacerlo. Lo que quiero decir es que la utopía no es tan fácil de recrear, y eso quizá se podía notar en cierta cualidad maniaca del pensamiento de Hiro, como sus cartas escritas a mano para ayudar a prisioneros occidentales, o a un quiosco móvil para vender granizados con sabores que fueran de la lavanda al chile. Un día que quizá había bebido demasiada cerveza con soda de naranja importada, soñamos incluso con montar una oficina para esas empresas y llegamos a interesarnos por un espacio que se encontraba en un edificio cuyos otros ocupantes incluían una gran variedad de negocios como boletines informativos sobre ópera, academias de lenguas extranjeras, agencias de viajes altamente

especializadas, especuladores de divisas de poca monta y quizá uno o dos detectives privados, porque estar aislado del mundo nunca es bueno. De no haber existido cuestiones engorrosas como el pago del alquiler o los certificados de seguros, quizá nos habríamos establecido allí. Por aquel entonces, pensaba así, como si uno pudiera hacer cualquier cosa sólo con intentarlo. Vivía en un estado de ingravidez tanto en lo que respecta a Romy, como a Hiro o a mi desempleo. Eso es lo que quería decir con lo de que las zonas residenciales son un problema. Esos paisajes tienden a convertir el mundo en algo tan inconsistente como esas viejas películas en las que uno ve al héroe cortejando a la heroína mientras van en coche y a sus espaldas pueden verse las imágenes pregrabadas de una carretera. Y un problema añadido es que adentrarse en una existencia como ésa es parecido a regresar de un lugar que se encuentra a un millón de kilómetros, padecer *jetlag*, y advertir que todas las cosas que uno creía importantes no parecen haber desaparecido por completo, sino tan sólo haber sido ligeramente reorganizadas, como si la vida fuera un agente de espionaje que disfruta jugando con la mente de uno (reordenando los libros cuando está en el supermercado o bajándole la basura a la calle), hasta que finalmente empieza a dudar de su propia realidad.

y tono maniaco

Incluso si, muy posiblemente, semejante irrealidad tal vez mejora el código moral de uno, en tanto que hace posibles cosas que otras personas podrían sentirse inclinadas a ignorar, como formar la pandilla que formamos entonces, ese trío compuesto por Candy, Hiro y yo mismo. Especialmente, por ejemplo, mi padre y mi madre no lo entendían del todo, quizá porque para ellos el único grupo deseable era una familia muy definida. En casa siempre había la misma conversación:

MI MADRE
¿Y cuándo crees que Candy querrá tener hijos?

Así era como mi madre se sentaba y, como si nada, se ponía a hablar conmigo, sobre todo en nuestro restaurante flotante favorito de los muelles, mientras comíamos *mapo doufu* y huevos de pato en salazón con salsa de jengibre. Y, claro, si podía complacer a alguien, quería que ésa fuera mi madre. Siempre había sido mi mejor confidente, alguien a quien podía confiar todos mis secretos. Pero en modo alguno Candy y yo habíamos comenzado a pensar en la

posibilidad de tener hijos. Estábamos más allá de una forma de pensar tan convencional.

MI MADRE

Aunque, por supuesto, debéis hacer lo que ambos consideréis adecuado.

YO

Ajá.

MI MADRE

Habla conmigo. Sólo intento comprenderte. ¿Estás buscándote a ti mismo?

YO

No exactamente.

MI MADRE

¿Entonces qué?

YO

¿Quién eres, Ma? ¿Chang Apana?

MI MADRE

No me líes con tus chistes.

¡La gente de la edad de mis padres no comprendía nada! En realidad, hay muchas otras formas de estar juntos que no son para nada una familia, sino algo más parecido a una *troupe*. En mi opinión, las *troupes* son algo adorable y elástico. Y aquellos que nunca han estado en una se han perdido una de las mejores experiencias de la vida. Una *troupe* le hace sentir a uno como si nada fuera aburrido porque, de repente, siempre hay alguien con quien hablar: así de absorbente resulta. Y una consecuencia de esto es que uno se gasta más dinero en cafeterías y/o *brasseries*, pues acudir a locales como ésos se convierte en una fiesta en la que se desarrollan conversaciones y se considera de forma general la situación mundial, de modo que el dinero que uno pueda gastar se ve fácilmente recompensado por la cantidad de tedio que destruye. Eso es lo que intenté explicarle a mi madre, a pesar de que para ella ese razonamiento sólo se debía a la inquietud y la histeria; y, en retrospectiva, puedo comprender por qué le podía parecer eso. A veces yo pensaba con demasiada rapidez o impaciencia; no es que pensar sea en sí una mala cosa, pero sí importa el momento en que uno lo hace. Si se hace con demasiada antelación respecto a un acontecimiento, no sucede nada o lo que sucede es en cierto modo demasiado alocado o excesivo. Pero esto no lo aprendí hasta más adelante. Pues, como le expliqué a mi querida madre, alejarme de

Hiro no habría sido posible según mi código moral. Al fin y al cabo, él y yo teníamos un pasado común. Nos conocíamos desde que éramos muy pequeños y había sido mi camarada y cómplice a lo largo de las distintas etapas de nuestra educación. Eso se debió, en parte, a que en esas zonas residenciales y silvanos parajes idílicos ambos éramos prodigios parecidos, pero también a que los equipos de matemáticas o ajedrez nos resultaban mortalmente aburridos. («Pero ¿no quieres unirte a algo, querido?», me preguntó mi madre, ofreciéndome un chándal de satén turquesa a modo de corrompedor soborno.) En vez de eso, estábamos más interesados en los productos farmacéuticos y narcóticos. Como suele decirse, nos *unieron*. Yo era básicamente el doble de Hiro. Aunque reconozco que Hiro tenía más carisma. Si hubiéramos sido una pareja de comentaristas, yo habría sido el que describe el partido jugada a jugada y Hiro el tipo ingenioso. Aun así, lo de *doble* no era ninguna exageración. Especialmente si uno tiene en cuenta la forma en que hablábamos: una rápida y atrevida jerga políglota. Juntos planeamos asimismo nuestra entrada en el mundo adulto. Pero diría que esa entrada fue distinta para ambos: Hiro lo hizo en los distritos de rascacielos de varias ciudades portuarias. Yo, en cambio, permanecí en ese entorno horizontal. Sí, a veces llamaba a Hiro mi amigo loco, pero no siempre era consciente de la seriedad con la que lo decía. («Todos tus amigos son tus amigos locos», me dijo una vez Candy. «Eso es porque efectivamente *están* locos, *gringolette*», le contesté.) Sabía que tomaba diversas drogas, de hierba a coca, pero eso no era algo raro en esta generación. También conocía los rumores que se arremolinaban a su alrededor cual ráfagas de viento procedentes de las trompetas de los querubines desnudos de los cuadros antiguos y según los cuales Hiro había dejado su trabajo en Oriente para someterse a una cura de reposo o llevar a cabo un retiro relajante, como si de un noble con sífilis se tratara, pero eso no me hizo dudar de él. Yo también había pasado por mis periodos de melancolía y tranquilizantes, ¿acaso también me convertía eso en un loco? Y puesto que Hiro era la persona que me conocía desde hacía más tiempo si exceptuamos a mi madre y a mi padre -quienes no cuentan como personas que le conocen a uno, pues al ser padres existen en una órbita de conocimiento y oscuridad conocidas únicamente por ellos-, y que los amigos de la infancia son aquellos a quienes no se puede decir que no ni tampoco rechazar cuando quieren regresar a la vida de uno, no quise darle la espalda. Lo que intento decir es que uno debe mostrarse lo más interesante posible y ser lo más agradable que pueda. En cualquier caso, Hiro siempre

había sido tan enérgico como una impresora matricial. Si hubiera llevado jerséis de lana con pingüinos bordados con la técnica intarsia en el pecho no creo que le hubiera sorprendido a nadie. Ya a los cinco años Hiro tenía mucha inventiva y ahora que era adulto estaba tan cargado de deseos y planes como un mosquete lo está de metralla. A mí ese tipo de personalidad me resulta absolutamente seductora. Así pues, un día de monzón Hiro llegó con una maleta y se instaló en nuestro cuarto de invitados, y a partir de entonces nos dedicamos a pasar nuestros días juntos tomando *dim sum* en cafeterías y acudiendo al cine al atardecer. Su silueta se recortaba contra el horizonte como la de un vaquero con su sombrero de ala ancha haciendo trucos con sus pistolas de plata al final de la calle principal.

capaz de transformar el mundo

Tampoco es que Hiro permaneciera mucho rato de pie. Por lo general, solía estar *reclinado*. Un pequeño tarro que llevaba consigo contenía su contribución a la economía farmacéutica: los antipsicóticos que le habían recomendado sus médicos, pastillas que había comprado en otros países a través de internet y hierbas medicinales. A veces, todo eso conducía a situaciones cómicas, como cuando por error tomaba un somnífero y un antihistamínico y, tras dormir desde la medianoche hasta la mañana, se despertaba, se pasaba el día dormitando hasta que finalmente se espabilaba del todo justo a tiempo para una cena tardía con la familia y volvía a meterse a la cama. Cuán enfermo estaba, no lo sé. Tomar todas esas pastillas, por ejemplo, no le hacía en modo alguno especial entre la gente que yo conocía. Todos comprábamos remedios en internet. Si había cosas que parecían posibles a Hiro pero no tanto a otras personas, yo tendía a considerar eso únicamente encantador y para nada siniestro. Por ejemplo, cuando se ponía a conversar alegremente con un desconocido y le ofrecía llevarlo al aeropuerto, pequeñas amabilidades como ésa. Y es que ¿por qué tenía una persona que malgastar siempre dinero en amplios taxis? Y, por lo tanto, ¿por qué tenía yo que considerar tal alegría una locura? Es posible que ahora que vivo solo, estoy tullido y he envejecido, piense de otra forma, pero por aquel entonces me esforzaba mucho en intentar que el mundo fuera un lugar mejor. Así pues, seguimos comprando drogas en internet para nuestro uso privado y es posible que esos entretenimientos narcóticos, cada vez más frecuentes, ofuscaran ligeramente mi pensamiento. Por narcóticos no me refiero

a cosas semipreciosas como el peyote o la metanfetamina, que yo solía asociar a mala salud, sino a cosas que uno puede encontrar en su colmado como ketamina o excitantes. Éstas le proporcionan a uno una sensación de confianza en sí mismo que es muy importante en su entrada en el mundo adulto. Y es que si tanto tú como tus amigos vestís como niños, con sus zapatillas deportivas y sudaderas y el pelo alborotado, definitivamente es posible que el tono general sea más bien espantoso.

-El problema no es que los adultos nos quieran hacer daño -dijo Hiro.

-Lamentablemente no lo es -dije yo.

-El problema -dijo Hiro- es que sólo nos desean bien. Somos los primeros niños que son los niños ideales de todo el mundo.

-Eso no es tan bueno.

-No lo es -dijo él.

¡Sólo hay que pensar en los problemas que le pueden suceder a una persona, o a dos! Formar parte de una *troupe* es mucho más seguro. Aunque claro, las *troupes* no pueden mantenerse durante todo el día, al menos no en esta época tristemente seria, de modo que cuando Candy no estaba presente, situación que por supuesto era la habitual ya que tenía que ir a su oficina de la ciudad situada en un piso alto rodeado de nubes, Hiro y yo continuábamos con la *troupe* como dúo. Y a menudo ese dúo se convertía en un seminario en el que examinábamos mi filosofía moral.

-Te encuentras en una posición extraña -dijo Hiro.

-Dilo -dije yo-. Podré encajarlo.

-Veleidoso con tu único amor, fiable con todos los demás.

-¿Veleidoso?

-Es la verdad -dijo Hiro.

Es cierto que Hiro es mi mejor amigo pero aun así no me pareció que tuviera razón, o no del todo. Sabía, por supuesto, por qué dijo eso. Romy me llamó el día que salió del hospital y fui a verla de inmediato. Obviamente, me sentí muy aliviado de que estuviera bien, pero diría que todavía me sentí más emocionado por el hecho de volverme a sentir excitado, tal y como siempre me sucedía en presencia de Romy. ¡Con qué rapidez se suceden los sentimientos! Hacía nada estaba aterrado por la posibilidad de una catástrofe total, es decir, la muerte de Romy, la de mi matrimonio y la aniquilación total, pero ahora que eso ya no iba a suceder era como si me hubieran borrado completamente ese episodio de la memoria y, una vez más, lo único que me importaba era que Romy disfrutara

de mi ingenio y mi compañía. La nueva catástrofe, podría decir algún gracioso, era la de su supervivencia. Todo seguía igual que antes, como si yo fuera un conductor deslumbrado por el sol que pasa felizmente de un carril a otro de la autovía y, en cierto modo, lo que había provocado ese episodio de sangre con su terror y su suspense era que todavía sintiera más ternura y responsabilidad para con ella. Si no la hubiera visto sangrar y nos hubiéramos limitado a levantarnos, desayunar y marcharnos, supongo que habría sido posible que siguiéramos siendo simplemente buenos amigos. Pero la sangre era una forma de drama y nos había unido mucho. No es que volviéramos a acostarnos, pero nos escribíamos muchos mensajes de texto y hablábamos continuamente por teléfono, pues tales vínculos son difíciles de eludir. Sin embargo -y a pesar de todo-, yo seguía queriendo a Candy con locura. Y tal y como intenté explicarle a Hiro, ésa es la razón por la que creo que el matrimonio es el estado más confuso, nuestro mayor enigma, igual que el suicidio lo fue en absurdas épocas anteriores. ¿Y qué si nuestros problemas parecen más dulces que los de esas épocas de guerras y peste? Puede que seamos más dulces, pero también más profundos. Y es que, fundamentalmente, creo que la verdadera magnificencia se encuentra en el hecho de mantener tantas relaciones como sea posible. ¿Qué otra cosa podría significar «utopía»? «Siempre que voy a una fiesta creo que va a ser la mejor jamás celebrada», me dijo una vez Shoshana, antes de desaparecer en las profundidades de las regiones más lejanas del país. Y todavía no he oído una frase que me haya enamorado más. Ahora bien, si uno realmente piensa así, y creo que yo también lo hago, una pesada carga caerá sobre sus hombros. Se expondrá a riesgos con la gente que la mayoría de las personas procuran evitar. Aquellos que dejan de hablar con alguien con quien se han acostado aunque sólo sea una vez son cobardes o extraños, creo yo, mientras que si yo fuera comunista y quisiera abandonar el Partido lo haría con mucho tacto, pues ¿para qué buscar confrontaciones sin motivo alguno? Por eso el matrimonio es un problema tan grande y permanente. Es el más puro de los enigmas morales, como si de la expansión urbana más grande del mundo se tratara, de tal modo que cuando uno cree que la ha dejado atrás, en realidad se encuentra en otra ajardinada zona residencial más. O, por decirlo de otro modo, al final uno no puede comunicarse únicamente con su esposa. Y una vez que habla con otras personas, ¿dónde terminarán las cosas? No sólo, por ejemplo, se encontrará uno enviando mensajes tiernos a otras mujeres, sino también velando por su mejor amigo e intentando que

sea feliz.

-Oh, ¿*yo* soy el problema? -dijo Hiro-. ¿Es eso, *chico*?[2]

Y en cierto modo lo era. Lo que quiero decir es que creo que a menudo es necesaria una persona para que un problema filosófico resulte obvio, esto no puede hacerse únicamente mediante el pensamiento abstracto mientras uno permanece sentado a su escritorio. Y mi amigo Hiro fue quien representó ese papel. Pues si es normal decir que, en general, la regla de la realidad es que no pasa nada, bueno, ¿qué hace uno cuando sí pasa algo? Creo que «algo» es una auténtica categoría filosófica sin examinar. Y era Hiro quien tenía el don de inventar algo donde habitualmente no había nada. Era lo opuesto a esa gente que se sienta en las tumbonas de las terrazas de los centros comerciales como si pudieran normalizar esos espacios, cosa que no pueden. Hiro era capaz de conseguir que una sala de bingo o un garaje en el que desguazan coches robados parecieran cubiertos de increíbles orquídeas y vegetación verde. E incluso si un comportamiento semejante tenía sus causas y era en realidad un modo de sufrir, sus consecuencias no dejaban de ser reales o incluso felices. Con Hiro, la diferencia entre lo malsano y lo normal era quizá muy pequeña, casi tanto como la que hay entre las dos caras de un papel de aluminio.

en el que los crímenes pueden ser virtudes

Considerar los pequeños crímenes grandes virtudes era una de esas innovaciones. Por las noches, conducíamos por la ciudad -concretamente, por el barrio en el que últimamente se habían instalado los carniceros y en el que se encontraban los edificios beaux arts y el estadio de críquet- y pasábamos lentamente por delante de pequeñas hileras de quioscos y letreros luminosos, por ejemplo el de Kasey's Chicken, un bar nocturno de batidos, el centro de videojuegos o una tienda que anunciaba «Cubitos & Helados» y que, según el neón que había debajo, estaba abierta las 24 horas, y aunque no sabía si esa oferta era cierta, me gustó ese sentimiento moderno, pues creo que es bueno saber que mientras uno duerme puede levantarse, encontrar gente y comprar cosas; no es que uno se vaya a despertar a las cinco de la madrugada para ir a comprar *cannoli* o algo parecido, pero aun así creo que la idea supone un importante consuelo. Y entonces sucedió -si es que ésa es la forma correcta de expresarlo, porque estoy teniendo problemas con las formas verbales y me cuesta encontrar los tiempos adecuados-: durante uno de nuestros paseos en coche, nos hallábamos en una de

las zonas residenciales más lejanas y entramos en un colmado sólo a mirar o quizá para comprar fluidos ligeros o algunas revistas de moda. Yo me retrasé un momento en la entrada para mirar el ampliado rostro sin expresión de una supermodelo o una heredera que aparecía en la portada de una revista de sociedad, de modo que iba unos pasos por detrás de Hiro. Ésa es la razón por la que, cuando finalmente me adentré en el establecimiento, lo que vi no fue a Hiro inclinado y examinando los helados del congelador ni ninguna otra cosa que hubiera resultado normal en un lugar como ése, sino que con una mano sostenía una bolsa extra grande de chips de gambas y con la otra sujetaba horizontalmente un revólver o pistola. Más tarde, cuando le describimos la escena a Candy, ésta se mostró claramente preocupada.

-Me estáis tomando el pelo -dijo Candy.

-No le hagas caso -dijo Hiro.

-De verdad -dije yo-. Fue una auténtica situación armada.

En aquel momento no presté demasiada atención a la naturaleza exacta del arma, en parte porque el hecho de que las armas sean la cosa más moderna disponible no quiere decir que resulte fácil para un tipo normal estar *familiarizado* con esos objetos, y con lo de tipo normal me refiero obviamente a mí, por más modernos que ese tipo normal o yo podamos ser. Creo que no es ninguna exageración decir que comportarse como un gángster no es algo fácil. Y, sin embargo, Hiro hizo que pareciera algo muy relajado lo de entrar en un colmado y sacar un trabuco.

(-Esto me recuerda una cosa -dijo Candy-. ¿Te acuerdas de mi amigo Epstein?

-¿Epstein?

-Mi amigo Epstein -dijo ella.

-Estamos contando una historia, querida.

-Está bien -dijo ella-. Está bien.)

El hecho de que el aspecto de Hiro no fuera el de alguien ostensiblemente brutal lo hizo todo aún más excitante. Ésa es otra cosa que compartimos. Que Hiro era alguien brillante, o bobo, o ambas cosas a la vez era algo que podía advertirse sólo con mirarle. Iba con unas gafas cuadradas de montura negra y una americana de pana marrón oscuro con cuello esmoquin bajo la cual se podía ver una camisa de cuadros marrón, pero el detalle que le singularizaba era que en los pies llevaba unos zapatos náuticos sin calcetines, como si se tratara de un magnate de la Riviera. Era un auténtico producto de la moda moderna. Por eso la escena era un poco *outré*: al fondo, un televisor emitía casi con toda seguridad una reposición

de la famosa saga de las andanzas vengativas de un gato y un ratón -pues allá donde uno mire se encuentra con dibujos animados, es inevitable-, y mientras tanto Hiro retrocedía lentamente en ese iluminado quiosco con el arma horizontal en una mano y la bolsa vertical de aperitivos de gamba en la otra. Y yo al menos estuve de acuerdo con esa idea, pues quería salir inmediatamente de allí y pedirle una explicación sobre cuándo exactamente había decidido que atracar colmados de nuestra zona era una forma aceptable de pasar el tiempo. Acepto que, en teoría, no hay mejores o peores formas de pasar en tiempo, el objetivo del tiempo es precisamente gastarlo, pero también hay límites.

-¿Qué cojones ha sido eso? -le pregunté.

-No es *real* -dijo Hiro.

Y me enseñó el trabuco. Al verlo, me di cuenta de que se trataba de una pistola de agua hecha de plástico, aunque muy realista. Y supongo que eso, el hecho de descubrir que no tenía intención de hacer daño alguno, me tranquilizó. No tenía ni idea de lo poco que necesita uno para ser una copia convincente, y ese conocimiento no sólo me resultó reconfortante, sino también, retrospectivamente, muy tentador y seductor. Me pregunto si todo lo que pasó a partir de entonces se debió a esa seducción y ese descubrimiento de que no hace falta *mucho* para ser la cosa misma, al hecho de que, al salir a la calle silenciosa y echar un vistazo alrededor, ya lo hicimos transformados en cuidadosos *mafiosi*. Tenía que admitir que para nosotros el peligro era mínimo. Apenas había un solitario barrendero callejero a lo lejos jugueteando con su teléfono móvil. Era como si la calle fuera una playa de esas en las que, al salir dificultosamente del mar entre algas de plástico, uno se queda mirando a la muchedumbre sin ser capaz de encontrar a nadie. Sobre nuestras cabezas, los koalas o las palomas jugaban en los jacarandás. Así pues, nos alejamos mientras Hiro miraba pensativamente su prístina bolsa de chips de gambas. Luego se la ofreció generosamente al primer niño que nos cruzamos en la calle.

lo cual es una idea seductora

¿Acaso esto, esta pequeña mejora de la vida de una persona, no es una forma de pensamiento utópico? A mí me pareció algo genial por parte de Hiro. Es posible que, en un siglo muy lejano, para reinventar el contrato social uno tuviera que encontrarse en la miseria, viviendo aislado y de forma clandestina, balbuciendo demenciales monólogos y desquiciado por las preocupaciones

financieras y el hambre. En una época tan brillante como la actual, en cambio, parece que uno puede hacerlo con mayor facilidad. Sólo hace falta sentir el deseo de llevar una existencia más intrépida: con amistades, aventuras amorosas, familias adicionales o extendidas. Porque supongo que, a pesar de que ahora contamos con tantas formas de utopía (ordenadores, viajes al espacio, televisión, teléfonos… Toda la impedimenta del futuro reciente), todavía hay más utopía disponible. Es sólo que quizá ahora se encuentra en cosas más pequeñas como la distancia entre pensar algo y hacerlo, por ejemplo atar a tu novio y luego utilizarlo hasta que grite de oscuro placer; o en algo todavía más pequeño como los principios de frases del tipo «Si fuera tan…» o «Falta algo…». Lo que quiero decir, supongo, es que hay que empezar con cosas pequeñas. Y si tu mejor amigo acaba de salir del hospital a causa de sus problemas emocionales y su extrema vulnerabilidad y no tiene adónde ir, creo que tu deber es acogerlo. Pues lo que uno adopta puede ser amado tan sinceramente como lo que crea, y de hecho puede que incluso más. O al menos yo siempre he creído que la adopción de elementos extranjeros es una de las pruebas de que uno tiene alma. Tiempo atrás, cuando era mucho más pequeño de lo que soy ahora, estaba en una tienda con mi madre y al parecer no dejaba de señalar a una persona fea de cuyos agujeros de la nariz asomaban con toda claridad oscuros pelos. Mi madre me sacó de allí, y a partir de entonces siempre contó esta historia como ejemplo de algo muy malo que yo había hecho. ¿Y qué debía pensar al respecto? Pues que portarse mal con otras criaturas no estaba bien. Tampoco era que a raíz de eso mis pensamientos estuvieran siempre de parte de los oprimidos de otras naciones, pero sí intentaba no ser cruel con aquellos que no tenían tanto como nosotros. «No somos ricos», decía mi madre, pero creo que eso se debía a que a nuestro alrededor había casas con jardines de rosas y piscinas y, en esos casos, la perspectiva de uno puede trastocarse. Cuando uno comienza a considerar las cosas más atentamente, se da cuenta de lo limitado que ha sido al definir las cosas como buenas, hermosas o encantadoras, o de que muchas cosas que no creía posibles, como enviarle mensajes a una chica que no es su esposa en mitad de la noche, o llevarse objetos de una tienda sin permiso, también pueden ser hermosas si las considera desde la perspectiva correcta. Así era como razonaba ahora, como si anteriormente hubiera habitado en una feliz urbanización cerrada que protegiera a sus habitantes de los estragos narcóticos de las maquiladoras exteriores y ahora me encontrara a la intemperie y también agradablemente

sorprendido. Me compré un zumo de mango mientras admiraba los cactus y disfrutaba de la eufórica atmósfera. Uno se pasa la mayor parte del tiempo haciendo cosas que parecen una nimiedad, poco más que una densa y acolchada pegatina perfumada de los Osos Amorosos y, de repente, ¡BUM! El caos.

EL ENGAÑO ES UNA VENTAJA DE LA PEREZA

pues parecía que no pasaba nada en ninguna parte

No es que en aquel momento la realidad pareciera caótica, no exactamente. Más bien era suave y tenía los colores en los que la suavidad se presenta: pistacho, vainilla, melocotón. Esa suavidad era algo que yo apreciaba mucho en quienes me rodeaban. Como el día en que nos encontramos a Nelson, un amigo de la escuela. Éste solía disertar a menudo en los periódicos sobre el cine y el mundo del espectáculo en general. Cuando las estrellas cinematográficas llegaban en helicóptero del norte o del sur, Nelson estaba allí para recibirlas. Y ahora se encontraba aquí, en una triste calle secundaria, explicándome lo mucho que apreciaba poder tomar parte en el amamantamiento de su hijo. Su forma de describirlo era hermosa: sostenía al bebé muy cuidadosamente para que pudiera mamar de los pechos de su esposa, pues tanto él como ella querían evitar los roles específicos de madre y padre. Siempre que fuera posible, me dijo Nelson, las parejas deberían hacer las cosas juntos. Y a mí me encantaba esa feliz forma de pensar y me pregunté si en el fondo esa aura inocente, el hecho de que el mundo que todos habitábamos estuviera iluminado de acuerdo con una paleta de colores pastel compuesta de productos químicos y caramelos, no sería una consecuencia de la educación que habíamos recibido. Pues nuestra escuela había consistido básicamente en un club de campo, si por tal puede uno imaginar también la hipereducación de un pequeño patio renacentista. Y también que estuviera consagrado a las diversas variedades de mulatos y mestizos, los octorones y los grifos: todos los ansiosos hijos y nietos de inmigrantes. Allí aprendimos a borrar todas las diferencias entre la gente, y ahora tenía ante mí los resultados, tanto en la torpe figura de Nelson como, de forma más general, en nuestro radiante entorno. Solían hacerse excursiones para ver los veleros, o para jugar a palas o al billar, o ir al parque con sus puestos de limonada. Mientras tanto,

Hiro y Wyman y yo nos dedicábamos a pasatiempos con más *sprezzatura* como engordar -o engordar más- comiendo gofres con mantequilla de cacahuete y batidos de vainilla, o a veces ambas cosas a la vez en la delicuescente forma de un *sundae*. Sin embargo, así es como se desató el caos, con absoluta suavidad, como si llegara de puntillas. A Hiro, por ejemplo, le dio por llevar diversas pelucas: la rubia, la retro, la ridículamente creativa. Personalmente, encontraba su energía liberadora, pero no todo el mundo lo veía así; había gente a la que le parecía algo «preocupante», o «peligroso», o algún otro término terapéutico. Pasaba asimismo mucho tiempo en internet comparando distintos tipos de armas de fuego, y si Wyman expresaba preocupación ante este comportamiento, Hiro se mostraba sereno y despreocupado.

-Eres tan perfeccionista -decía Hiro mientras se hacía un café muy fuerte con mucho azúcar y luego tomaba algunas pastillas-. Tranquilízate un poco.

O yo bajaba a la planta baja y me encontraba con extrañas viñetas o conversaciones. Cosas como:

> HIRO
>
> Y qué hay de cuando te acaban de hacer el peor corte de pelo del mundo justo antes de ver a alguien por primera y posiblemente última vez y te mueres de ganas de explicarle que ésa no es tu apariencia habitual pero, claro está, no puedes. Has de resignarte a que tu verdadera personalidad esté ausente. No crees que tu verdadero yo sea el pelo, pero no puedes explicar ésa…
>
> CANDY
>
> ¿Estás bien?
>
> HIRO
>
> Sí, claro.
>
> MI MADRE
>
> Fantástico.
>
> HIRO
>
> Aunque en realidad no sé cómo podría saberlo.

Y antes de cada fiesta Hiro llegaba de uno de sus paseos con un paquetito para todos, y es muy posible que los narcóticos fueran la principal causa de esa sensación que tenía yo de enredo y Destino. Y siempre me olvido de mencionar un extraño mensaje de texto que recibí. «¿Eres Danger Mouse?», me escribió un desconocido desde el código postal de un país insólito. «¿Estoy hablando con SuperTed?»

Aunque claro, en esta época hay muchas confusiones por culpa de la gran cantidad de tecnología disponible, de modo que intenté no pensar más en ello. En vez de eso, me puse a preparar sándwiches hechos principalmente de mayonesa Kewpie mientras a mi alrededor tenían lugar las grandes discusiones del día.

MI MADRE
Necesita un trabajo.
MI PADRE
Sin duda.
MI MADRE
¿Por qué no preguntas en tu empresa si hay algo?
YO
Ya lo hice.
MI MADRE
¿Y?
YO
Ya lo sabes.
MI PADRE
Necesita un trabajo.

Y es que, si uno *no* está importando lapislázuli para vender en la tienda de un aeropuerto, o suministrando mini *pretzels* y otros aperitivos a una cadena de hoteles de la costa del Pacífico, tendrá que ocupar de otra forma el tiempo que habría pasado realizando esas actividades. El tiempo era grumoso y espeso como un plato de arroz *congee*. Era un hueco o una pausa, y cuando ésa es la situación resulta difícil no comenzar a experimentar con lo que esté más a mano, como el tiempo que puede pasarse uno tomando un café o cuántas películas *gore* puede ver seguidas. Y si bien soy consciente de que he dicho que dejé mi trabajo para cumplir mi sueño artístico, supongo que también debería admitir que tuve muchas dudas al respecto, dudas sobre si no sería ya demasiado tarde y si no habría llegado el final de mi juventud, el final de las narraciones, el final del arte; dudas que aparecerán en este relato, pero todavía no. Temía que una forma como ésa de ocupar el tiempo no fuera más que un ligero temblor en los confines de mi pensamiento. Prefería la idea de que la vida también podía ser una obra de arte. Y resultó que el nuevo tiempo libre del que disponía permitía asimismo la invención de nuevas categorías de fenómenos: oscuras posibilidades de fantasía y engaño.

lo cual permite a nuestro héroe desarrollar nuevos deseos

Así pues, no es de extrañar que mi principal forma de pasar el tiempo cuando no estaba con Hiro fuera mi aventura con Romy. Como pasatiempo era sin duda uno de los más intensos y absorbentes, pues requería componer una gran cantidad de correos electrónicos y otros mensajes, o la cuestión de enmarcar las fotos y saber cómo o cuándo enviarlas. Y también esperar las respuestas. O, en el caso de que no hubiera ninguna, preguntarse obsesivamente por las razones de esa ausencia. Comprendo que esa forma de pasar el tiempo, al menos en el lenguaje de las Iglesias o de cualquier otra sinagoga ortodoxa o áshram, me convierte en alguien indigno. Pero enséñenme un alma que *no* sea un vórtice de basura que congrega grandes cantidades de plástico en un mar por lo demás radiante y azul. Y es que la profunda tentación del hecho de disponer de una gran cantidad de tiempo libre (que tal vez no conozcan quienes leen esto en el metro) es que le proporciona a uno todos los medios que necesita para engañar a otras personas: son aquellos que se ven obligados a desplazarse cada día de casa al trabajo y viceversa, agobiados por fechas de entrega y con la vida interior limitada, quienes no tienen tiempo para tentaciones. Los desempleados, en cambio, tienen mucho a su disposición. Cuando alguien necesita una llamada secreta o una cita larga siempre es posible organizarlo. No es que no comprenda la potencial desaprobación sacerdotal de tales mentiras e infidelidades. Pero una vez que uno descubre lo placenteros que resultan los actos que dañan a otra persona sin que ésta lo sepa y lo fácil que es llevarlos a cabo, cuesta mucho resistirse a ellos y uno se ve obligado a aceptar en contra de su voluntad que los términos de este mundo son mucho más laxos de lo que siempre había supuesto. Y creo que Romy también sabía esto. A ella le caía bien Candy y tampoco quería hacerle daño, pero, tal y como solíamos decir, ¿por qué debía nadie sufrir daño alguno? El ideal era la levedad absoluta.

protegido por la coartada de su tristeza

¡Qué pureza la de este chico! Ustedes, generalísimos y jueces que deploran ese estado de cosas y que disfrutara de esa burbuja iridiscente mientras mi esposa se preocupaba por mí y me animaba a pasarlo bien de la forma que yo quisiera, convirtiéndose así en cómplice de sus propios cuernos (o cualquiera que sea la anticuada palabra necesaria para tales actos), ¿es que no se dan cuenta de que

no teníamos otra opción? Era nuestra regla general. Si Candy se hubiera mostrado en algún momento preocupada por mi estado doméstico, habría evidenciado que no me creía ni a mí ni mi confesión de tristeza, y como quería demostrar que sí me creía y que estaba convencida de que mi tristeza era tan grande que me llevaba a marcharme de las fiestas y sentarme solo en los bares y cafeterías de esta ciudad cual noctámbulo o loco, se mostraba compasiva y preocupada. Como quería que fuera feliz, Candy me animaba a pasar todo el tiempo que quisiera en excursiones nocturnas, y lo hacía con tal ternura que comencé a creerla y a imaginar que estaba angustiado por una profunda tristeza. Aunque, claro, es posible que eso no sea tan descabellado. Es decir, ¿cuán enfermo hay que estar para estar verdaderamente enfermo? ¿Cómo puede uno saber si lo que le aflige es imaginario o no? En el interior de mi bocadillo de pensamiento, la situación era tan mala como en un manual médico. Teniendo en cuenta la cantidad de sentimientos que podemos insertar entre nuestro pensamiento y nuestras peores motivaciones, ¿tan deshonesto resulta que una persona no reconozca sus impulsos obscenos y maravillosos? En tal punto muerto me encontraba mientras hacía donuts u otra delicia en la cocina y Candy permanecía a mi lado ataviada con uno de sus trajes, intentando comprender mis difíciles emociones.

CANDY
¿Cómo van las cosas, cariño?
YO
No muy bien.
CANDY
¿De veras?
YO
Sí.
CANDY
Bueno, tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

¡Tal es el poder de la mentira! Realmente puede conseguir cualquier cosa. Y puede que esta palabra, «poder», no sea incierta. Creo que podría decirse que en este mundo he sido bendecido con un poder absolutamente inmerecido.

pero que crea desconcertantes fantasías nocturnas

Y a pesar de que me lo pasaba muy bien explorando mis

conversaciones con Romy, que ahora estaban repletas de menciones a rendijas y resquicios o, si no era una conversación abierta, con el indicio de que tal charla estaba al borde de la sustitución, también era verdad que había una oscuridad en medio de la luz que no podía ignorar. Era como el círculo negro que se le queda a uno en los ojos cuando le deslumbran repentinamente. Estar pensando en dos personas a la vez resultaba muy difícil, y sus efectos podían comprobarse en mis pensamientos nocturnos secretos. Además de imaginar a Romy desnuda en diversas posturas, a veces también me la imaginaba muerta o al menos desaparecida. Y no sólo me pasaba en sueños, sino también de forma consciente. O imaginaba que era Candy quien estaba muerta, dejándome así a solas con Romy, lo cual era bueno en algunas cosas y en otras no tanto. En realidad, claro está, nunca he conocido realmente soledad de ningún tipo, ni tampoco he experimentado lo que se siente cuando muere alguien a quien uno ama; jamás ha habido ninguna muerte importante en mi familia ni tampoco entre mis amigos, amantes ni, de hecho, conocidos. Hasta los acontecimientos que estoy describiendo, mi vida había estado marcada por la total ausencia de sangre. Y creo que eso también es válido en el caso de mucha de la gente que me rodea, como Wyman o Nelson y sus familias de dibujos animados. Es algo que me hace cómico e inocente, sí, pero quizá también ofrece una perspectiva sobre la muerte de otras personas provechosa dado que carece de emoción. Y es que, a pesar de que de pequeño mi madre me enseñó que jamás debía desear que alguien se muriera, estoy seguro de que no es tan infrecuente considerar la muerte de otra persona (debe de suceder incluso si uno es leñador o corredor de bolsa). La muerte puede ser una solución definitiva a situaciones imposibles, y sin duda una de ellas era ese escenario en el que estaba desempeñando múltiples vidas cuando en realidad uno no debe desempeñar más de una a la vez. No sabía cómo se resolverían las diversas mentiras y eso me inquietaba, de modo que solía tener conversaciones mentales con Romy en las que le decía: «*Romy, ¿qué pasa?*»[3] Y ella se despedía de mí entre lágrimas mientras yo la envenenaba dulcemente. En aquel momento, me sentía culpable por ello y me parecía que esos pensamientos eran vergonzosos, pero ahora me pregunto si la culpa era realmente mía o si, en cambio, era más general y pertenecía a la sociedad, pues ¿acaso es obligatorio que semejante multiplicación del afecto de uno tenga que circunscribirse? Lo único que intentaba hacer era resolver un enigma infinito.

teniendo en cuenta las obvias complicaciones

Y creo que todo esto era todavía más complicado porque Romy era amiga mía. De haberse tratado de una mera conocida que no tuviera trato con ninguno de mis amigos, me habría sentido un poco más relajado, pero me asustaba pensar en las múltiples formas mediante las que Candy se podía enterar. Por ejemplo, que Romy se lo contara a alguien que ambos conociéramos, aunque esto sólo sucedería si me odiara o deseara hacerme daño, cosa dudosa. Otra posibilidad era que yo tuviera un lapsus y sin querer mencionara algún detalle de sangre u hospitales, o quizá también que me hubiera visto en el hospital alguien que hubiera sufrido una sobredosis o se hubiera visto implicado en un apuñalamiento o un altercado, pues resulta difícil saber quién puede encontrarse en un lugar determinado. Así pues, por las noches permanecía despierto e imaginaba que Wyman o Shoshana -aunque ésta, es verdad, ya no estaba en la ciudad- se encontraban en la cafetería del hospital justo cuando yo llegaba manchado de sangre y con Romy y tomaba nota de ello cual secuaz de la Gestapo. Y, atormentado por los remordimientos, me daba la vuelta en la cama y besaba muy suavemente a mi mujer. Ésos eran mis pensamientos por aquel entonces y es necesario un determinado carácter para lidiar con ellos, pues mentir es un talento como cualquier otro, como comer, o ser feliz, o tomar drogas. Es una de esas cosas que uno cree que puede hacer sin más, pero que en realidad requieren entrenamiento, intuición y resistencia física. Y, por supuesto, con todo esto no quiero decir en modo alguno que hiciera esas cosas sin sentirme culpable, es precisamente la culpabilidad lo que trato de describir, pero lo hacía especialmente por las otras facetas de mí mismo, las que podría perder si no me involucrara en esas aventuras.

-¿Cómo dices? -dijo Wyman.

-¡Escucha! -le dije yo.

Y es que lo que nunca se menciona en estas discusiones sobre moralidad es un problema todavía más profundo: el de la idoneidad del momento. Si uno se casa muy joven, y Candy y yo así lo hicimos, en plena inocencia y con sinceridad, entonces ¿qué?

-O seguís juntos -dijo Wyman-, u os separáis.

-No es tan sencillo -dije yo.

Porque realmente es cierto que todo el mundo piensa que no estará allí cuando alguien muera, me refiero a alguien que no se trate de su eterno y querido cónyuge. O por lo menos creía que era cierto en mi caso. La única persona a la que imaginaba asistiendo

en su lecho de muerte era mi adorada esposa, Candy, e incluso en ese caso esperaba no tener que hacerlo porque mi opción preferida era que la persona que estuviera muriéndose fuera yo y que lo hiciera en sus brazos. En todos los posibles futuros que imaginaba, mi esposa estaba presente. Eso es lo que pienso interiormente a pesar de que soy consciente de que, exteriormente, la imagen que puedo dar puede que sea la de una posible indiferencia respecto a los sentimientos de otras personas, cuando de hecho a mí me parece que en realidad es al revés: pienso demasiado en los demás. Si puedo hacer feliz a alguien, quiero hacerlo, por complicadas que sean las circunstancias y por más que conduzca a un modo de pensar que se expande en oleadas, o al modo en que las abejas se organizan en el interior de sus colmenas vibrantes.

cuya estructura pone de manifiesto una tristeza universal

Y sí, le dije a Wyman, mi amigo más espiritual, un día que me sentía nostálgico por semejantes preocupaciones simples y mientras fumábamos algunos productos químicos preliminares a modo de preparación para nuestra salida nocturna -que detallaré más adelante en este mismo relato-, soy consciente de que, en la historia de la humanidad, la mayor parte de la tristeza pertenece a las mujeres dependientes. Sé que las crisis nerviosas las han sufrido siempre ellas: postradas en cama tras dejar la mesa en un ataque de histeria y luego montando bazares en iglesias mientras todo el mundo las compadece. Soy plenamente consciente de todo esto, pero ahora también sé lo que ellas sabían, intenté argumentar. ¡Yo también era víctima de mis circunstancias económicas! Era como las heroínas de las telenovelas. Era la mujer que engañaba a su marido con el jardinero negro y que tomaba Valium u otras pastillas mientras leía el horóscopo en un periódico sensacionalista. No quiero decir que esos ejemplos sean los únicos de tristeza en la historia de la humanidad. En los anales de la dinastía Song, estoy seguro de que hubo maridos y esposas que también se sintieron desconcertados por su tiempo libre. Lo que quiero decir es que cuando uno tiene esta vastedad temporal a su disposición, es natural sentirse un poco desanimado o infeliz. Incluso si, tras haber dicho eso, puedo hacer la siguiente parte de la entrevista yo solo, algo en plan: «¿Y qué esperabas cuando dejaste tu puesto de trabajo, chaval?» Sé que ésta es la pregunta del millón. «¿Acaso pensabas que mantendrías reuniones con tu asistente personal? ¿Es que pretendías dedicarte al arte y, al mismo tiempo, tener la agenda

cargada?» Sí, esto lo entendía, pero aun así resultaba intranquilizador. ¡Vida! ¡Quería vida! ¿Tan raro era esto? Cada vez estaba más convencido de que la tarea prioritaria en cualquier megalópolis era el uso del tiempo. En otras palabras, cómo conseguir que diera más de sí. Es fácil reconocer la Belleza en una estatua o un cuadro, pero ¿cómo reconocerla en la vida? No dejo de hacerme esta pregunta, lo cual no deja de ser una ocupación como cualquier otra. La acusación de apatía, creo yo, es demasiado dura. Seguramente, un maestro zen encerrado en su celda acolchada trabaja más que tú. Y si lo hace, bueno, a veces yo también. Estaba muy ocupado con mis reflexiones…

el arte perdido de la felicidad

… como, en particular, una sobre una conversación con mi amiga Tiffany, que daba clases en la universidad. En ella, me había reprendido por haber insinuado mi deseo de otras vidas. «¿Pides esto y luego nos odias por ello? ¿Es eso?» Ese era, básicamente, el argumento de Tiffany. «¿Quieres que te cuiden y tener una esposa que traiga a casa los rublos y las rupias y luego vas y te sientes agraviado por ello?» Tal vez, so capullo, podrías intentar madurar un poquito, pareció que añadía mientras me miraba con desprecio. Y por un lado entendía su razonamiento, pero por otro se me escapaba. Los valores sobre los que me juzgaba eran irreprochables, sí, pero no eran míos. Mis amigos me habían decepcionado en muchos sentidos. Era como esa película que a Tiffany le encantaba en la que unas parejas interraciales tenían una aventura y luego todos regresaban a sus respectivos maridos y esposas. ¿Por qué se le da más valor a una posible felicidad futura que a la felicidad presente de dos personas?, me preguntó una vez sin que yo me hubiera referido para nada a ello. Y quise asegurarle que realmente no podía entenderlo. En relación con la felicidad suelo estar equivocado, pero al menos me gustaría pensar que es la única cuestión. ¿Qué es lo que quieres?, añadió entonces, ¿una vida sin lamentaciones? ¿Es eso?

YO

Si lamentara algo, sería que el café con leche condensada al estilo vietnamita no es algo que uno pueda tomar cada día porque echaría a perder los objetivos de su dieta. Si lamentara algo, sería eso.

TIFFANY

Es como si estuvieras tiranizado por el miedo a perderte, querido mío.

Lo dijo en un tono profundamente melancólico, como si me mirara desde muy lejos y estuviera fuera de alcance, y yo quería creer que se trataba de una altivez posiblemente injustificada. En mi defensa diré que también podía imaginar otra perspectiva: *infame, torpe, taimado, engañoso*…, ¿no podían ser también valores si lo que estaba en juego era la felicidad? Y sí, le admití a Wyman, era posible que mi estado de ánimo apático y paralizado se diera con más frecuencia en dictaduras y otros estados totalitarios, ahí era donde los estados de ánimo como el mío tendían a reproducirse más fructuosamente, entre palacios presidenciales, gases lacrimógenos y delatores, pero también creía que los estados de parálisis podían darse bajo otras apariencias… Por ejemplo, esta sensación de irrealidad, dije mientras Wyman asentía (aunque es posible que no estuviera concentrado en lo que decía, siempre cuesta estar seguro durante una conversación), como si las cosas se hubieran ido ralentizando hasta que una húmeda tarde se quedan completamente detenidas en una estación de tren de lo más silenciosa. ¿No lo sientes tú también, Wyman? Sólo estoy estableciendo un paralelismo pero creo que, en muchos sentidos, mi aprieto es parecido al de un abogado o un contable de un Estado en bancarrota que lo deja todo para llevar una tienda de comestibles en una enorme y limpia ciudad. La nueva identidad supone una conmoción y, en cierto modo, una humillación, pero también que al caminar por las calles uno tenga la sensación de que lo hace disfrazado (con todos los poderes ocultos que un disfraz puede concederle). De repente, ve fugas de significado por todas partes, del mismo modo que, al regresar a un glamouroso hotel a última hora de la mañana, puede uno encontrarse con pilas húmedas e informes de toallas y las sábanas usadas en unos pasillos por lo demás impecables.

-¿Fugas de significado? -dijo Wyman.

-Todo comenzó con la orgía -dije yo.

-¿La orgía? -dijo Wyman.

-¿Nunca te he hablado de la orgía? -dije yo.

-Al parecer no -dijo Wyman.

-Ponte cómodo -dije yo.

LA ORGÍA

una atmósfera de tonalidades pastel interrumpida por una fiesta

Comenzó poco a poco como cualquier otra fiesta, con helados, acordeones, dubstep y demás accesorios que la gente considerara que pudiera hacerla feliz. Desde un rincón de la habitación, disfruté con Candy del concierto de una banda psicodélica. Si tenía algún tipo de presentimiento, la sensación de que, incluso en ese momento, la mamba negra estaba descendiendo sobre mí con sus viscosos colmillos, no era para nada consciente de ello (como esos fondos de lagos y campos en los antiguos burdeles que algún viejo movía a mano para que la pareja de amantes tuviera la ilusión de que se encontraba en un coche cama).

-¡Ey, ahí está Epstein! -dijo Candy.

-¿Epstein? -dije yo.

-¡Ey, ésa es Romy! -dijo Candy.

-¿Romy? -dije.

-Eso es lo que he dicho -dijo Candy.

-¿Cómo dices? -dije yo.

Por supuesto, era de esperar teniendo en cuenta lo pequeña que era la lista de invitados. En realidad, todo el mundo en este relato es amigo. Los conozco a todos. Es como un retrato de grupo o, siendo quizá más preciso, un autorretrato con modelos. Así de insignificante es este relato picaresco, pero creo que también es lo más fidedigno. Porque tampoco es tan extraño que este reparto sea tan poco numeroso. En general, todo el mundo conoce a la gente que conoce uno, o al menos eso puede parecer en este paisaje.

en la que tienen lugar revelaciones melancólicas

Y, por lo tanto, no debería haberme sorprendido tanto ver a Romy ocupada en una amorosa e íntima conversación con un

estúpido *beatnik* llamado Epstein, un estúpido *beatnik* que yo conocía por ser uno de los amigos que Candy había hecho en los grupos de estudio anarquistas al poco de terminar la universidad. Aun así, no dejaba de chocarme porque apenas había tenido tiempo para asimilar la imagen que transmitía la pose general de ambos y la sensación de que de algún modo eran pareja, o al menos de que se veían de vez en cuando; pero así es como a menudo funciona la existencia social, uno se ve obligado a absorber muy rápidamente información intranquilizadora. Sí, allí estaba Romy, hablando de biopolítica o algún otro tema chic con Epstein, el más *beatnik* de todos nuestros amigos *beatniks*, que iba vestido con un exagerado cárdigan mientras que ella llevaba puestas sus habituales gafas extragrandes y unas botas de boxeo. Y es que Romy era una de esas personas cuyo atractivo erótico era indiscutible pero no formaba parte del efecto que provocaba en un primer momento, como si en realidad se esforzara mucho en disfrazar su belleza (la oscura tonalidad rubia de su pelo o las suaves pecas que cubrían su rostro, como si hubieran sido calcadas en su piel), de tal modo que pensé que quizá ese disfraz no era sino una forma de vanidad aún mayor. Todos sus esfuerzos para disfrazar su belleza no hacían sino intensificarla todavía más. Como lo de llevar el pelo recogido con un moño sujeto con un rotulador, ese tipo de cosas. Me saludó con la mano para decirme hola, de modo que me acerqué a ella y dejé a Candy examinando la variedad de bebidas disponibles al tiempo que me sentía un poco frustrado conmigo mismo porque, a pesar de que intentaba que no se me notara, estaba claro que mi mirada era interrogativa o inquisitiva, pues Epstein se dirigió a mí como si tuviera que dar explicaciones:

-Sí, estamos saliendo desde hace algún tiempo -dijo él.

Yo quería mirar a Romy, pero sabía que no me estaba permitido porque eso habría indicado con demasiada rapidez una maniaca necesidad de explicaciones, y en público yo no tenía derecho a tal cosa, aunque también sabía que no mirarla supondría asimismo una especie de señal, pues así es la vida: uno emite señales tanto si hace algo como si no lo hace, los espacios neutrales no existen.

-Me he enterado de que ayudaste a esa chica -añadió Epstein.

-¿Y eso? -dije yo, o alguna estupidez por el estilo.

-Cuando le pasó aquello -dijo él-. Qué suerte que estuvieras ahí para ella. En el hospital.

-Oh, sí -dije yo.

-Le llamé esa mañana -dijo Romy.

-Naturalmente, tuviste que volver junto a Candy -dijo Epstein.

-Naturalmente -dije yo.

Realmente necesitaba examinarle con mayor atención, pero también tenía que examinar a Romy, y lo de comportarme con la mayor despreocupación posible me estaba resultando difícil. Me preguntaba si eso quería decir que ella ya había estado con Epstein cuando nos despertamos en aquel hotel y si había seguido viéndolo luego, durante toda la correspondencia y las citas secretas de nuestra tensa y nunca más consumada aventura; aunque, por supuesto, ella no tenía ninguna obligación de contármelo ni yo ningún derecho a dar por sentado que ella no podía ver a nadie más. Retrospectivamente, sin embargo, eso complicaba todo el asunto y yo no sabía cómo sentirme al respecto; del mismo modo que no sabrías cómo sentirte si le enviaras una fotografía de tu cuerpo desnudo a un chico y luego descubrieras que lo has hecho justo cuando su novia llegaba para una noche de pizza y raki. Y es que por más que un suceso haya sido placentero, si resulta que estuvo basado en falsas suposiciones, al rememorarlo ese placer desaparece.

que demuestran la infinidad de yoes menguantes

Aunque claro, ése era un problema universal. Las personas son pequeñas secuencias o manojos y uno nunca puede llegar a ver todos sus aspectos. Con aquellos a quienes se ama, sin embargo, eso resulta especialmente enervante porque son quienes uno ha decidido que quiere conocer a fondo aunque en realidad eso sea imposible y provoque que la gente actúe de forma extraña o imperdonable, o, para ser quizá más preciso, le hace a uno darse cuenta de la extrañeza con que la gente se comporta siempre; eso se debe a que uno sólo escudriña con la atención adecuada a aquellos a quienes ama. Y sin embargo también me daba cuenta de que si yo tenía esa sensación de extrañamiento y empequeñecimiento, como si me encontrara ante unos espejos deformantes, Epstein seguro que todavía lo sentía con mayor intensidad. Si hubiéramos podido hablar en privado, sé cómo se habría sentido. Habría querido someterme a una inquisición. «¿Dónde estuviste esa noche? ¿Qué hiciste? ¿Cómo puedo fiarme de ti?» Cuando obviamente no podía fiarse de mí y lo sabía muy bien. De repente, estaba descubriendo que no podía fiarse de nadie, o tal vez no estaba descubriéndolo, pues era lo bastante mayor para haberse encontrado previamente en esa situación al menos una o dos veces, pero quizá había pensado que con Romy no volvería a ponerse de manifiesto esa tristeza de

las personalidades ocultas, y sin embargo ahí estaba ahora, y me pareció observar cierto agotamiento en su mirada por tener que aceptar una vez más esa difícil situación, lo cual me entristeció. Es decir, me entristeció estar presente en su desengaño, o, para ser más preciso, me entristeció ser el agente de tal desengaño, pues en general considero que uno debe alentar y apreciar las ilusiones. Y como yo siempre estoy dispuesto a ser tan noble como sea posible, cuando Epstein me dijo lo agradecido que se sentía acepté su gratitud tan gentilmente como pude, pues así es como debe comportarse uno con los amigos y conocidos. Lo hice, eso sí, a toda prisa, pues dudaba de mi capacidad para seguir manteniendo esa comedia de forma indefinida. Luego me excusé muy educadamente y volví junto a mi querida esposa.

y los peligros de todas las fiestas

Todo el mundo acude a muchas fiestas, lo cual quiere decir que en general nadie piensa que haya algo malo en ello. Ahora bien, los motivos para salir de casa y entrar en contacto con la sociedad son a menudo espurios o incluso peligrosos. Entre éstos se encuentran, por ejemplo, el deseo de acostarse con otra persona o completar una investigación sociológica, como ver el interior de una casa o conocer a gente que uno no conocería en el curso de un día normal. Ésa era la razón por la que a veces se me podía encontrar en las casas de mis amigos más ricos, o en las fiestas de cumpleaños que éstos celebraban en restaurantes o salones con productores de cine y galeristas. Solía hacerlo a pesar de que al día siguiente me sentiría culpable y avergonzado por la repentina fascinación que sentía por la ascensión social, además de otros motivos aparentemente menores como el aburrimiento o la petición que me hubiera hecho algún amigo, porque incluso unos motivos tan aparentemente inocuos evidenciaban la cuestión fundamental: uno no debería tener amigos ni salir nunca de su habitación; sólo debería tener acceso a su propia soledad y negligencia. ¡Con qué alegría acudimos a esas fiestas! Y es que entrar en contacto con la sociedad resulta verdaderamente peligroso, en especial cuando uno piensa en el posible peligro que corre su pareja. Todo el mundo piensa que sólo hay una persona en el mundo para ella, así es como se nos ha enseñado a actuar, y supongo que, en general, esto es algo funciona muy bien, pero lo cierto es que hay muchas personas a quienes uno puede encontrar de lo más encantadoras, y no sólo tristemente repartidas en lejanos lugares alrededor del globo, sino en cualquier

calle por la que uno pasee. Y esto es probablemente válido para casi cada persona con la que uno mantiene una conversación, razón por la cual esas personas que mencionan maravilladas la azarosa secuencia de acontecimientos que increíblemente les ha llevado a estar juntos está triste y cómicamente equivocada. No tienen en cuenta de cuánta gente podrían haberse enamorado al mismo tiempo, o antes de conocerse, o quizá después. Aunque también es posible que en el fondo sí lo sepan. Quizá por eso en general mantenemos tan pocas conversaciones y solemos contentarnos con un saludo y un breve intercambio de palabras; y también por qué, si al final tiene lugar la conversación, ésta debe llevarse a cabo con cortesía y destreza comercial, de manera sesgada y con precaución: justo para evitar tener que conocer a la otra persona y, por lo tanto, enamorarse inevitablemente de ella.

pues las fiestas conducen a conversaciones difíciles

Y ahí estaban mis contemporáneos, comiendo pizzas hawaianas y ataviados con camisas hawaianas, y no sabía si esta ironía artística era cosa suya o del Destino. Ciertamente, en la historia del mundo han tenido lugar señales más concluyentes y no se trataba de un patrón tan específico como el que experimentó el socio de mi padre, un hombre posiblemente llamado Alvin, que recibió una serie de disparos a través de la ventanilla del coche mientras estaba parado en un semáforo. Las balas formaron un determinado patrón en el hombro. Al día siguiente, recibió en el hospital una tarjeta en la que habían dibujado con esmero ese mismo patrón, motivo por el cual Alvin se marchó para siempre de la ciudad. Pero aun así era algo.

-Todavía me queda hierba -le dije a Candy.

-¿Y he de liar yo el porro? -dijo ella.

-Si no te importa…

-Sólo quería estar segura, tontín.

Ya he dicho que mi esposa era genial. Cuando quería, también podía ser increíblemente severa, y a mí eso me gustaba mucho. Así pues, Candy comenzó a liar el porro y mientras tanto yo intentaba no mirar a Romy, lo cual supuso advertir que Hiro ya había llegado. Estaba mirando una pantalla en la que emitían una reposición de esa serie tan cutre de hacía unos años sobre una cazavampiros muy guapa.

-Una vez más, lo he liado de pena -dijo Candy.

-No está tan mal -dije yo.

Pues quería que todo el mundo fuera tan feliz como pudiera, lo cual es siempre mi ideal, pero que en ese momento tan tenso tenía una significación especial.

-¿No te parece que esta hierba ha sido rociada con algo? -dijo Candy.

-¿Tú crees? -comencé a decir, pero de repente me interrumpieron.

-*Hola*,[4] *shifu* -dijo Romy, que había venido a hablar.

-¿Qué tal? -le dije yo.

Estaba esforzándome mucho en calibrar el tono general. Parecía que todo el mundo era feliz y que yo no tenía de qué preocuparme. Supongo que eso es lo que sucede cuando se engaña a la gente: uno les atribuye profundidad a conversaciones meramente superficiales. Cualquier patrón general parecía posible, ya se tratara de uno numerológico, los de los antiguos sabios o meros patrones del tiempo o el vuelo de los vencejos, suponiendo que sea yo capaz de identificar un vencejo, cosa que no tengo tan clara. El campo no es mi hábitat.

ROMY
Eres una criatura tan Mickey Mouse.
YO
¿Qué tiene de malo Mickey?
ROMY
Sólo tiene tres dedos en cada mano.

En privado, habría sido capaz de responder, y con cierta elocuencia. Es cierto que a veces puede parecer que no soy lo bastante mundano, pero también me gustaría señalar que tengo problemas de ansiedad social: soy muy tímido, y de no ser por esos problemas es posible que hubiera podido conseguir grandes cosas, pero no puedo evitarlo. En aquel momento, no estaba seguro de si debía tomar parte en la conversación o si, más probablemente, debía dejar que se burlaran de mí con mudo estoicismo. Al final, tal y como se me indicó de manera implícita, opté por permanecer en silencio, pues comprendí lo que Romy estaba diciéndome con este diálogo: «Hagamos como si no pasara nada y será como si efectivamente no pasara nada.»

ROMY
¿Te he dicho que vi a tu madre?
YO
¿A mi madre?

ROMY

Estuvimos hablando sobre ti durante diecisiete minutos. Fue toda una experiencia.

HIRO

Todo el mundo está tan preocupado, es una locura…

CANDY

Yo no estoy preocupada.

Fue como uno de esos momentos en los que uno aterriza en mitad de la noche en un aeropuerto intercontinental como el de Houston o el de Chiang Mai y tiene que hacer un transbordo, de modo que uno se pone a buscar letreros frenéticamente (a mí no me ha sucedido nunca esto, pero puedo imaginármelo). Así era la ansiedad que se apoderó de mí durante esta conversación en la que todos mis seres queridos charlaban alegremente entre sí, como un parasol extendido para protegerse del interminable sol. Y una posible respuesta a ese tipo de sensación es drogarse todavía más, de modo que me alegró ver a Hiro absorto en sus montoncitos: primero partió un comprimido de modafinilo en cuartos y luego otros de Cipralex y diazepam. Pues no sólo aplaudo en general el hecho de que ésta sea la nueva era digital de los narcóticos, sino que en ese momento necesitaba que me distrajeran.

-¿Estás seguro, bizcochito? -dijo Candy al ver el entusiasmo con el que lo esnifaba todo.

-Sí, ¿no te estás pasando? -dijo también Romy.

Comprendía que acababa de estar en el hospital y había tenido un susto, de modo que tenía sus propios miedos privados, pero la verdad es que a mí me daba igual, pues tenía una buena razón para necesitar esos narcóticos. Permanecí un momento ahí de pie, pensando a toda velocidad sobre Romy y mi esposa y Epstein y mis deseos, así que apenas me percaté de que Hiro se había alejado y, de repente, oí que les decía a dos chicas que estaban sentadas en un sofá algo como:

-¿Y si hacemos una orgía?

Nunca he dicho que me *gustara* Hiro. He dicho que es mi mejor amigo. Son dos categorías muy distintas.

en las que las superficies tienen filtraciones o fugas

Todos los días, uno debería intentar hacer algo que pueda ayudar a otra persona: ésta era la lección que hay que aprender de

la vida de Hiro. Incluso si se trata sólo de adivinar cuándo la otra persona está jugando a las adivinanzas, eso es suficiente. Otra de sus máximas era: las fiestas son mucho más fáciles de lo que la gente cree. Básicamente, sólo se necesita cerveza, sillas de plástico, música y comida para llevar en recipientes de plástico. La bebida ideal es la cantidad mínima de alcohol que proporcione el máximo resultado.

-¿Alguna cosa más? -pregunté.

-Luego ya sólo necesitas la atmósfera adecuada -respondió.

En todo lo que hacía, a Hiro le gustaba añadir algo a lo que se consideraba normal. Y, en este caso, dos chicas ya se habían desnudado rápidamente. Tampoco era que antes fueran muy vestidas, así que la diferencia era más bien pequeña. Supongo que yo era capaz de concebir al menos una perspectiva desde la cual la diferencia entre ir vestido y desnudo fuera minúscula, pero en ese momento apenas podía creérmelo. Todavía creo que la ropa es una diferencia importante, del mismo modo que la piel lo es. Sé que, una vez más, esto me cataloga como alguien tan anticuado como una furgoneta de los helados o mi incapacidad para empezar y terminar un correo electrónico igual que una carta, pero así es como pienso. La forma en que Hiro propuso la orgía y comenzó todo fue tan suave y tenue como el calor que una persona deja en el asiento de un retrete. Aunque claro, así es como suceden las cosas y por eso es tan difícil hablar sobre cualquier acontecimiento que a uno se le ocurra. Fue como si uno imaginara que todo es una superficie -y al fin y al cabo todo *es* una superficie- pero de repente algo consiguiera filtrarse. Éste es el tipo de acontecimiento que hoy en día sucede con más frecuencia, esta especie de filtración o resquebrajadura del lustre general. Todo parece tan fugaz que resulta casi imposible reparar en un acontecimiento cuando tiene lugar, como alguien dándote una chaqueta que ya no le gusta y que queda muy bien con tus nuevos pantalones vaqueros, éste es un ejemplo en el que una narración puede funcionar y, cuando lo hace dentro de estos parámetros, todo va bien; pero también puede suceder que cuando ya es demasiado tarde, uno se encuentre a sí mismo dentro de algo mucho más grande, como si lo que estuviera teniendo lugar fuera Godzilla emergiendo de las aguas radiactivas.

y convertirse, por ejemplo, en una orgía

Fue como si estuviera contemplando una escena sacada de uno de esos ejemplares renacentistas encuadernados en vitela; esos

libros secretos que sólo conoce el experto pervertido, con músculos gigantes y camas con dosel. De haber pensado alguna vez en ella, la palabra «orgía» me habría evocado algo muy distinto y perteneciente a otros tiempos: una época de clubs de intercambio, bigotes poblados y bandas sonoras de película erótica. Es posible que el hecho de que esto fuera tan distinto se debiera a que ésta ya no es una época de clubs de intercambio y ahora las cosas son realmente obscenas. En cuanto uno está en la cama con alguien puede hacer lo que quiera, ése es el acuerdo básico hoy en día; nada ofende ni asusta. Quizá por eso la escena que tenía lugar ante mí era tan pacífica y tan distinta a mis suposiciones previas. Y es posible que esto también sea válido para muchas otras palabras, pues la mayoría de las que utilizamos tan alegremente están en realidad pasadas de moda o son exageraciones. Si la atmósfera era desenfrenada, no lo parecía. Ahora, desde la distancia y cuando todo ha desaparecido, me pregunto si debería haber pensado más en ello. Pues el problema de la felicidad es la frecuencia con la que requiere la cooperación de otras personas, y nunca está claro si éstas cooperan por las razones adecuadas, con lo cual me refiero a las mismas razones que uno. Sí, como dice el *swami*, todo el mundo tiene sus razones. Pero el hecho de que en una situación determinada las razones se superpongan no garantiza ni mucho menos que las consecuencias también vayan a hacerlo. En aquel momento, sin embargo, no pensaba con tal distanciamiento. Me limité a admirar lo distintas que eran las cosas a como las había imaginado siempre, y ese descubrimiento me resultó muy satisfactorio. Se trataba de una orgía muy tranquila y diligente, en plan: «¿Quieres ponerte arriba o…? - No, no, estoy bien, ¿y tú? - De acuerdo, sigamos así»: conversaciones de este tipo, amables y metódicas. Me gustaba lo considerados que eran unos con otros. Se levantaban para ir a buscar agua y luego se sentaban a charlar, y a veces tomaban el control durante un rato en caso de que alguien necesitara tomarse un descanso de lamer o besar. La forma en que la gente se desenvolvía resultaba encantadora. Es tan fácil, pensé, multiplicarse a sí mismo. Yo era la misma persona que había llegado a esta fiesta; mi personalidad era la misma. Esto no es algo sorprendente y sucede con mucha frecuencia. Ahora, sin embargo, dentro de esa personalidad, y ocupando el espacio que anteriormente sólo tenía una ligera idea de lo que implicaba la palabra «orgía», estaban esas dos chicas desnudas besándose tímida o perezosamente de la forma más relajada posible, así como un cigarrillo que una de las chicas había dejado a un lado y que estaba

consumiéndose en un cenicero sin que nadie reparara en él. Y quizá si hubiera consistido únicamente en eso, en un incremento general de la dicha, probablemente habría podido aceptarlo. Pero eso habría supuesto ignorar el hecho de que una orgía con gente con la que uno comparte tantos secretos no deja de ser un encuentro social difícil. No culpé a Hiro de eso. Su dulzura era la del gatito más catastrófico. Puede que ahora me parezca uno de esos demonios invasores del espacio que vierten veneno hecho de píxeles, pero hay que tener en cuenta que esos píxeles no eran luminosamente visibles. Estaba convencido de que Hiro carecía de malicia, pero aun así me pregunté si no debería haber considerado más cuidadosamente la cuestión de las pastillas que tomaba; esto es, la cuestión de si el consumo esporádico de pastillas médicas que supuestamente estabilizaban o mejoraban su condición general era tan útil para el bien general como él siempre mantenía. En ese momento, sin embargo, no tuve tiempo de pensar en eso; sólo pude hacerlo retrospectivamente, cuando ya era demasiado tarde, y cuando la cuestión de si el comportamiento maniaco de Hiro era o no un peligro había quedado demostrada más allá de toda duda.

sorprendentemente social

Pues lo que estaba sucediendo ante mí en ese momento era que Romy y Epstein también se habían desnudado; o al menos Epstein lo había hecho, mientras que Romy se había quedado en *topless* y se había acercado a Candy y a mí para fumarse un cigarrillo con nosotros, de modo que consideré la posibilidad de iniciar una conversación equilibrada con una frase espontánea del tipo, no sé: «Pero ¿qué cojones estás haciendo, Romy?» En uno de sus pechos pude ver una vena, y, como siempre, reflexioné sobre lo extraño que era que la desnudez diera la impresión de tratarse de un conocimiento tan profundo y que, a pesar de que uno ya haya visto a una persona desnuda, verla de nuevo en cueros siguiera siendo un acontecimiento, como el hecho de que en ese momento los pechos de Romy estuvieran a la vista. Así pues, me limité a hacer una observación neutra.

-Epstein se lo ha tomado muy en serio -dije.

Creo que, en lo que a observaciones respecta, se trató de un comentario indudablemente neutro, pero en realidad yo estaba pensando en cosas muy específicas, la principal de las cuales era un sentimiento de celos y soledad que no podía compartir con nadie, pues ¿qué derecho tenía yo a estar celoso de Romy cuando yo

mismo estaba muy públicamente vinculado a otra mujer? Aun así, me sentía celoso, y además de un modo melancólico: me entristecía el hecho de que estuviera viéndose con otras personas, o no sólo viéndose sino queriéndolas de un modo que quizá no me quería a mí. Aunque claro, ¿por qué debía yo ser su único amor cuando ella no era el mío? En esos celos, además, había un compartimento secreto (como en el escritorio portátil que un aristócrata cargó consigo al huir por la noche de la revolución de los trabajadores) que consistía en la visión que tenía del oscuro pene de Epstein. No creo que hubiera visto antes un pene erecto que no fuera el mío salvo en diversas pantallas, y resultaba muy extraño estar viendo uno y saber que pertenecía a un hombre que se estaba follando a la mujer que yo amaba, o que estaba a punto de hacerlo, y posiblemente delante de mí. También he de admitir que parecía grande o, desde luego, no pequeño, y, por lo tanto, además de triste me sentía en cierto modo objetivamente impresionado, de modo que cuando Romy se volvió a alejar para regresar junto a ese sorprendente atleta, lo comenté en voz baja con Candy.

-¿Te parece destacable? -dijo Candy.

-Sí, me lo parece -dije yo.

-Es grande.

-Sin duda.

-Ahora bien, ¿sabrá alguna vez lo que es que una chica se meta toda su polla en la boca y luego levante delicadamente la vista y se lo quede mirando con sus grandes ojos marrones? -dijo Candy.

No supe qué decir a eso. En otras partes había conversaciones…

-¿Ya estás listo? -dijo Romy.

-¿No se nota? -respondió Hiro.

… pero yo seguí sin decir nada y me limité a considerar los interiores.

convertidas en algo doloroso por la existencia de secretos

Decir que uno tiene una vida secreta puede dar una impresión de majestuosidad, como si tuvieras acceso a cabañas privadas inaccesibles a las personas normales con sus parkas, o como si quizá los cardenales te invitaran a sus *palazzos* para cenar y cotillear sobre presidentes. En realidad, sin embargo, el secretismo convierte la vida convencional de uno en algo fastidioso y pesado, y le empuja a realizar actos de valentía que nadie debería verse obligado a llevar a cabo. Puede que suene contradictorio o raro,

pero resulta que el secretismo es una forma de exponerse a más cosas del mundo de las que uno debería; supone llevar la vida privada a lugares a los que no debería llegar. Por ejemplo, el momento en que comprendí que iba a ver a Romy manteniendo relaciones sexuales con otra persona mientras mi esposa permanecía desnuda a mi lado y yo mostraba una apariencia de insulsa curiosidad. Es posible que los barones del porno o los *fascisti* acostumbren a imaginar situaciones como ésta, pero mi imaginación nunca ha sido tan refinada. No soy suficientemente soberbio para dejar a un lado todos mis sentimientos y considerar a una persona un mero cuerpo o una forma de placer. Aunque claro, pensé entonces, esto es lo que sucede cuando uno posee demasiados secretos: se ve obligado a aprender algo que quizá las demás personas pueden evitar, y es que todo el mundo habita múltiples universos al mismo tiempo, sólo que los diversos asteroides y supernovas de esos universos nunca llegan a encontrarse. El problema es que si uno tiene más de una vida, a veces, desafortunadamente, llegará a ver la colisión de esos mundos, y en momentos como ésos lo contemporáneo exigirá aplomo y arrojo, y yo siempre he querido estar al mismo nivel de lo contemporáneo. Si tenía que ver esas cosas horribles, si tenía que ser la achaparrada pieza heráldica de mi época; sí, si tenía que ser su mártir y arder extáticamente en aceite hirviendo mientras permanecía expuesto al sol en una estaca, que así fuera. Asumiría las demenciales consecuencias a pesar de que en general era Candy, no yo, quien encontraba lo contemporáneo fácil y aceptable. A ella siempre se le daban bien las situaciones estresantes, como esa de quitarse la ropa en compañía múltiple, una situación que yo no podía evitar encontrar extremadamente difícil y que me recordaba ese momento en un vestuario en que todo el mundo está desnudo pero finge que ignora la situación, mientras las huellas de la goma elástica de los calcetines son visibles en los tobillos cual marcas de dientes. Aunque claro, es posible que esto sea igualmente válido cuando sólo hay dos personas en la habitación; desnudarse es un proceso inusual y resulta agotador, pues requiere muchos movimientos y procesar muchos pensamientos. Sí, quitarse la ropa y volver a ponérsela delante de un desconocido es la cosa más antinatural del mundo. Quizá por eso es necesario el deseo, de otro modo nadie se desnudaría nunca. Como en respuesta a mi incomodidad, sin embargo, Candy me señaló amablemente un edredón que alguien había ido a buscar -uno infantil con un estampado de pelotas de fútbol alargadas-, y mientras nos sentábamos en el sofá sin dejar de

observar la escena, me sorprendió una vez más su ternura y lo mucho que me quería y se preocupaba por mí, al tiempo que, por mi parte, yo también sentía una ternura absoluta por ella. Pero aun así no le recomiendo a nadie estar presente en una orgía sentado junto a su esposa mientras observa a una chica con la que recientemente se ha despertado en una habitación de hotel, estando ella desnuda y sangrando, a no ser que sea narcotraficante y esté acostumbrado a la condición de tener muchas esposas y amantes. Mi capacidad para la transgresión siempre ha sido muy pequeña. Las transgresiones típicas como robar recetas, saltar la barrera del metro o el maniaco machismo de no querer que le ayuden a uno siempre me han parecido fuera de mi alcance. Así pues, la desnudez que veía a mi alrededor (pues la atmósfera era cada vez más feliz y desenfadada y una gran cantidad de gente estaba besándose en diversos estados de desnudez; y con *gran cantidad* me refiero únicamente a nueve o diez personas, pero a mí me parece que se trata de una gran cantidad de desnudez que observar) me resultaba muy intimidante, y a modo de respuesta podía notar que mi atención quería migrar, saltar la valla y perderse en los extensos y vacíos campos. A menudo me cuesta mucho concentrarme en una única cosa, y el hecho de estar allí de ese modo me hacía sentirme muy coaccionado o incluso atrapado, engatusado por el Destino y las estrellas del cielo, como el momento en que el psicópata con el cuchillo en la mano llega al rellano del primer piso y uno sabe que el policía tontaina que ha aparcado el coche en la calle para fumarse un cigarrillo y comerse una empanadilla de carne no va a ayudarle. Y, sin embargo, también diría que, como en todas las cosas, predecir el grado exacto en que uno se sentirá incómodo no es fácil. Habría imaginado que los problemas de una orgía entre amigos íntimos serían pocos y que más bien se reducirían a meros problemas de observación. En lo que respectaba a observar y a los celos podía llegar a arreglármelas. Los rutilantes desastres que se avecinaban, sin embargo, eran mucho más fantásticos, y de repente me vinieron a la cabeza mi madre y mi padre encerrados en su dormitorio, no muy lejos de allí; mi madre viendo un programa televisivo nocturno y mi padre roncando o en el baño, y sentí una tristeza absoluta o una especie de sentimiento de abandono, como si lo único que hubiera querido siempre fuera la pequeña comedia de mis padres. Mi padre solía leerle el periódico en voz alta a mi madre y luego comentaban burlonamente la escena general. Ese tipo de intimidad ahora me parecía muy remota y romántica, y es posible que la encontrara romántica precisamente porque parecía

del todo imposible y lejana.

lo cual conduce a un difícil descubrimiento

Mientras permanecíamos ahí sentados bajo el edredón, Romy se acercó de un modo atento y sugerente y nos ofreció más drogas. Yo las tomé con alegría porque necesitaba sentirme de una forma distinta de la que me sentía. El problema de los narcóticos, sin embargo, es que si uno los toma con otras personas tendrán efecto no sólo en uno sino también en los demás, y es muy difícil controlar cómo reaccionarán otras personas. Es algo más que hay que añadir a esos infinitos expedientes acerca de por qué la sociedad ideal es tan remota e imposible. Así pues, permanecimos sentados en una nube suave y borrosa, quizá compartiendo gominolas, quizá contando chistes, hasta que de repente me di cuenta de que lo que estaba sucediendo ante mí era que Romy y Candy se estaban besando. Y en mi estado nebuloso y confuso, comprendí que se me estaba exigiendo que llevara a cabo una gran represión de mis sentimientos, pues si ya me había resultado difícil la mera contemplación de Romy, su interacción con mi esposa suponía un nuevo enigma. Y no estaba seguro de que estuviera a su altura. Era como contemplar un *ko¯an* en directo. Tampoco era que quizá eso fuera algo nuevo, o no del todo. El efecto básico de nuestras muchas drogas es posibilitar cosas que previamente parecían imposibles, y si bien esto es un avance, también es posible que sea la razón por la que la lealtad es más complicada para mí y mis camaradas que para nuestros felices padres. Esta tendencia a compartir más cosas de las necesarias es uno de los grandes logros de la época en que vivimos, pero también puede resultar estresante. Yo ya había experimentado dilemas parecidos, por ejemplo, algo tan menor como el hecho general de que si los tres estábamos hablando y Romy necesitaba ir al baño podía fácil y naturalmente hacernos una seña para que Candy y yo fuéramos con ella sin que nadie se percatara de que eso era una novedad. Y, una vez dentro del baño, era como si dos fotogramas se sobrepusieran. Estaba el antiguo, en el que yo hacía como que no estaba sucediendo nada extraño, y otro nuevo y más secreto en el que yo me excitaba ligeramente mientras ella hacía sus cosas; no quiero decir que nada sea visible cuando una chica está meando, simplemente se inclinan hacia delante mientras hablan y, de repente, uno bien podría estar en el elegante banquete de un encantador restaurante de fuera de la ciudad, pero aun así la escena me excitaba y nada de eso, claro está, podía manifestárselo a

Candy. De igual modo, pues, ahora estaba contemplando cómo mi esposa besaba a Romy e intentaba descubrir qué mirada era la más apropiada, cuál sería al fin y al cabo la mirada apropiada para Candy, pues no sentía deseos de que retiraran de nuestros ojos el velo de la ilusión. Lo que sí ignoraba por completo eran los movimientos apropiados: no sabía si Candy quería que me uniera a ellas, que observara o que permaneciera imperturbable, pues nadie desea estar casado con un hombre que es un maniaco y tiene una sórdida obsesión con las chicas a las que también gustan las chicas, de modo que adopté el tono más neutral posible y permanecí allí sentado, intentando sonreír. A veces sonreír no resulta nada fácil, de igual forma que tampoco lo es llorar, pero aun así intenté hacerlo por mi esposa, porque la quería mucho. Y resultó que podría haber mantenido ese tono durante mucho tiempo. En él me sentía a salvo. Candy y Romy estaban ahora desnudas en el suelo. Candy con una mano descansando en el borde del sofá en el que yo estaba cómodamente sentado bajo el edredón. Hasta unos minutos más tarde, sin embargo, no me di cuenta de que me estaba hablando y haciendo señas para que me uniera a ellas. Y eso era un problema que iba más allá del tono o la expresión del rostro (y yo siempre he tenido un problema con mi rostro ya que no sólo es uno de los más juveniles que se pueden ver, sino también tan mutable y vulnerable que corre el riesgo de delatarse a sí mismo. Los pensamientos fluyen libremente por él, palpitan en los ojos, reposan en los labios y luego desaparecen por completo): ¿cómo puede uno hacer el amor con su esposa cuando está desnudo con una mujer que también es su enamorada secreta y su obsesión? Se trata de una auténtica dificultad. Una que contiene significados más amplios. O al menos eso creía yo. Pues no sabía de qué otro modo podría haber actuado. No había visto la necesidad de contarle a mi esposa lo que estaba sucediendo con Romy porque no quería hacerle daño a nadie y, sin embargo, fueron precisamente estas buenas intenciones las que me habían llevado a esta falsa posición. Y fue ese momento, creo ahora, el que marcó un antes y un después en mi vida tan definitivo como la diferencia entre un teléfono que suena o no suena cuando uno está esperando solo en la habitación de un hotel. Mi definición de lo que era posible estaba dilatándose ligeramente, distendiéndose hasta el punto de que terminaría emergiendo un nuevo mundo. Pues todo el mundo cree que sabe cómo suceden las cosas y que ha comprendido la realidad, pero eso es sólo porque la porción de realidad que ha experimentado está tan controlada por ella misma que nunca piensa en la facilidad con que podría haber

un derramamiento de sangre. Nadie piensa nunca que se va a encontrar en la situación de hacer el amor con su amante o querida como si fuera la primera vez, al mismo tiempo que dicha amante le da placer a su esposa. Es una situación increíblemente estresante y creo que, en el fondo, no la supe llevar. Y es que, a fin de cuentas, es muy difícil que no se note algún tipo de conocimiento o al menos de comodidad con el cuerpo desnudo de alguien; es muy difícil esconder que uno sabe cómo tocarlo, del mismo modo que también resulta obvio en la forma en que dos personas están juntas de pie, o hablan entre sí, con minúsculos cambios en su sintaxis. De modo que tanto si estaba lamiendo el interior de los muslos de Romy, deteniéndome de vez en cuando para besar a Candy, que estaba a mi lado, o estaba metiendo mi pene dentro de Romy mientras la mano de Candy lo guiaba, se daba esa soltura o facilidad que, a mi parecer, debía de resultarle obvia a Candy si prestaba atención. Sin embargo, parecía claro que no lo haría.

una categoría que se complica

Es realmente difícil saber qué debería o qué puede conocerse. Algo que siempre había sido válido en el caso de Candy, y por lo que solíamos discutir, era hasta qué punto una persona podía hacer frente o albergar íntegramente la verdad en su cabeza. Candy creía que había que expresarlo todo. Era la salvaje y dura tricotosa. Yo, en cambio, encontraba perturbadoras las películas de terror y los programas sobre el Holocausto, y creía que no debían mostrarse más imágenes de cuerpos ardiendo o siendo arrojados a carretillas y demás equipamiento agrícola, pero Candy era más dura que yo. Ella creía que todo el dolor del mundo era como un antiguo Electronium, con todas las masacres pregrabadas y es posible que tuviera razón, tal vez pensar como yo lo hacía era una simple cuestión de pereza.

CANDY

Imagina que, por ejemplo, unos nazis están planeando cómo asesinar a gente. Quieren incinerar cien cuerpos pero sólo tienen carbón para diez.

YO

Eso no puede hacerse…

CANDY

No estás considerándolo desde el ángulo adecuado. ¿Por qué no filmar una cámara de gas?

YO

Querida…

CANDY

¿Crees que no es posible mostrar sangre? ¿Y qué hay del porno? ¿Crees que en los planos pornográficos se preocupan tal y como tú lo haces?

YO

Posiblemente no…

CANDY

No quiero decir que se filmen cosas normales como una mujer metiéndose en la ducha. Tú lo quieres tal y como les gustaría a los magnates del porno…

YO

¡Oye! ¿Por qué no simplemente matar de hambre a todos los extras?

CANDY

Eso sí que me gusta. Seguramente habría regulaciones, pero ya lo estás pillando. Empiezas a pensar de forma inteligente…

Y, al fin y al cabo, ésta era la razón por la que siempre me han gustado las películas eróticas caseras que ahora están disponibles en todas partes. Me encantan porque muestran todo lo que hay, hasta el menor adorno de la habitación: de la colección de Mi Pequeño Pony a las medallas de competiciones deportivas, no pueden evitarlo. Por fin hay una forma artística en la que no todo es artístico y en la que el azar es un elemento del diseño general. En las películas suceden cosas y uno no quiere que el plano cambie, o al menos, eso es lo que uno quiere en una película ideal, mientras que en la televisión la gente cambia de plano justo cuando uno más quiere que no lo haga, como si todos los ejecutivos estuvieran urdiendo una pequeña conspiración para frustrar los nobles instintos de uno. Y sin embargo, a pesar de ese salvajismo que la dura Candy me había enseñado, también me atrevería a decir que en nuestra vida conjunta ella tenía un don para, de algún modo, no ver las cosas como eran. Había apartado la mirada de nuestro sufrimiento, de modo que nos encontrábamos en un escenario cada vez más nocivo y algo muy importante permanecía en silencio. Aunque tal vez eso era normal. Intentábamos ver la parte buena en el otro y queríamos que fuera cierta y, por lo tanto, en cierto modo lo era, por imperfecta que pareciera. Y es que obviamente, a pesar de nuestros grandes esfuerzos, Candy seguía teniendo dudas.

Durante ese periodo en el que yo desaparecía a menudo, o estaba preocupado, o permanecía en silencio, ella quería y no quería creerme. Lo notaba. Sabía que lo que me estaba diciendo era: «Por favor, no te conviertas en un monstruo. Por favor, no hagas cosas dañinas. Quiero creer en tu existencia como ser moral.» ¿Qué otra cosa querría cualquier esposa? Lo que más quería Candy, por lo tanto, era pensar que todo podía explicarse por la tristeza de mi desempleo más que por otros amores, y creo que, de hecho, tenía razón y mi comportamiento se explicaba mucho más por mi tristeza que por cualquier delito cometido con Romy o Hiro y, por lo tanto, la oferta de unirme a ellas era quizá una prueba como las de los caballeros en las antiguas historias. Y si lo era, quería pasarla con valentía. Así pues, para satisfacer a Candy y dejarle claro que la querría para siempre, seguí lamiendo a Romy mientras ella permanecía tumbada y miraba. Y si era una situación horripilante, no lo era más que el resto de la vida, me dije a mí mismo. La mayor parte del tiempo no expresamos las razones por las que nada debería pasar o por las que todo el mundo debería permanecer sentado en su burbuja espacial y disfrutar de las vueltas alrededor del sol. Hay falsas posiciones en cualquier momento del día. Por ejemplo, cuando uno no le dice nada a alguien acerca de su inaceptable tatuaje, o cuando una chica le dice a su ex novio que sin duda algún día viajarán a Tahití sólo como amigos a pesar de que sabe que tal viaje nunca tendrá lugar y sólo lo ha hecho porque seis meses después de dejarlo él todavía está muy triste y solo. Lo que quiero decir es que en el aire hay aviones trasladando a hombres de negocios a reuniones que están condenadas porque sus socios son en realidad corruptos y también esposas viajando para reunirse con sus infieles maridos. En eso consiste un día normal en la estratosfera de este pequeño planeta.

por lo que es visible y lo que no

Por todas partes, la habitación se caracterizaba por un embarazoso caos: el problema horizontal de las patas de las sillas y los cables de las lámparas. Me entristeció pensar en lo desmañados que pueden parecer los cuerpos cuando no hay una cantidad civilizada en la habitación. Sí, puede que sólo hubiera nueve personas implicadas, pero aun así la sensación básica era que todo estaba enmarañado. En el suelo, por ejemplo, había una chica a la que estaban lamiendo entre las piernas mientras ella jugueteaba con un pene que le habían puesto en la mano, pero su cabeza

descansaba sobre unas revistas y no podía evitar preocuparme por su cuello. La cuestión de la higiene común también me preocupaba, pero sabía que si se lo planteaba a Candy, ella haría caso omiso y yo le parecería más anticuado de lo habitual, de modo que opté por hacer caso omiso en su nombre. Lo que quiero decir es que, en esos momentos, muchos pensamientos y contrapensamientos revoloteaban en mi cabeza. Tantos que al final resultó que necesitaba la orgía para distraerme, de modo que me puse a mirar la escena como si fuera la televisión y ésta se hubiera vuelto algo extremo y malévolo. Porque lo que sucedió a continuación fue que Epstein volvió a nuestro grupo después de haber ido a tomar un vaso de agua, se tumbó junto a mi esposa y comenzaron a charlar como dos viejos amigos, pero en esta ocasión dos viejos amigos que están desnudos, lo cual obviamente era el caso, y mientras él le acariciaba el cuello a ella pude ver cómo su pene se movía y alzaba lentamente, y resultó doloroso ver que sucedía eso y no poder hacer nada, sólo limitarme a aceptarlo como el precio que uno ha de pagar por sus ideales. Y era consciente, no del todo, sólo ligeramente -un poco como cuando uno intenta recordar un sueño cuando se despierta, o la pelota de tenis de mesa cuando se golpea con fuerza y sale disparada fuera de la mesa dando vueltas sobre sí misma-, de que si parecía que estaba feliz con ese nuevo estado de las cosas, podría demostrarle a Candy que en esa orgía yo no era posesivo ni estaba centrado en Romy. Y me enseñaría a mí a ser un libertino con una amplitud de miras absolutamente irreprochable. Pues Epstein también estaba mirando a Romy y ambos sonreían, y tristemente observé cómo ambos se miraban mutuamente. Todo el mundo intercambiaba miradas como ésas para cerciorarse de que no estaba sucediendo nada drástico pese a que, por supuesto, la escena era absolutamente drástica. Y sin embargo daba la impresión de que, si podíamos sonreír, quizá no lo era. Nunca había sentido tanta ternura y tanto dolor al mismo tiempo. Siempre había querido una *troupe*, me decía a mí mismo. Hasta entonces, ésta había consistido en Candy, Hiro y yo, pero ahora allí nos encontrábamos, extendiéndola a regiones más vastas, como si estuviéramos descubriendo los estados e imperios de la luna. En un momento dado, Romy se inclinó hacia Epstein y pude ver los tendones de su axila y reparé en que la piel que unía sus pechos con la caja torácica parecía muy delgada y frágil. Esa delicadeza hizo que me entraran ganas de llorar de amor, pero no lo hice e intenté no permanecer encerrado en mí mismo. Un modo de conseguir eso fue pensar en el olor, pues algo que no creo que hubiera imaginado si alguna vez

hubiera pensado en una orgía, era que el olor de tanta gente manteniendo relaciones sexuales era obviamente el mismo que el de dos personas haciéndolo, pero multiplicado, y había momentos en que eso era desagradable y otros en que resultaba excitante, dependía del estado de ánimo: se trataba de un olor profundo, vegetal y envolvente, como estar en un invernadero entre zarcillos y con las ventanas empañadas por la condensación. En un momento dado, Romy dejó que Candy se sentara sobre su cara y estuviera un rato allí, sosteniéndose con gran delicadeza y muy concentrada. Se notaba que era algo placentero pero también que permanecer en esa posición resultaba doloroso. Luego Romy comenzó a chuparle la polla a Epstein y, ocasionalmente, se atragantaba un poco, lo cual hizo que me preocupara por ella pero luego pensé que probablemente esa sensación de ahogo también debía de resultar agradable de algún modo, o al menos que se trataba de un dolor que formaba parte del placer, pues ¿por qué, si no, iba a hacerlo nadie? Luego miré de reojo a Candy para ver qué estaba pensando pero no parecía estar pensando en nada. Tan sólo se la veía narcóticamente relajada y a mí me hizo feliz verla feliz. Pues por triste que me sintiera por dentro, tenía ante mí esa visión que, debía admitir, era de felicidad. Y en esa orgía parecía estarse demostrando que, como siempre había querido creer, había otros modelos de estar con la gente y que podía darse una especie de cariño que era casi impersonal y muy dulce. Puede que, por lo tanto, Hiro tuviera razón y esos pequeños ajustes de la realidad pudieran crear escenarios mucho más interesantes y placenteros. Aunque en realidad, concluí, tanto daba si estaba de acuerdo con él como si no, pues eso no afectaba el modo en que Hiro se desenvolvía en el mundo: él simplemente estaba ahí, como el viento en un túnel de viento. O, por ejemplo, de pie delante de nosotros, ofreciéndonos a Candy y a mí un helado a cada uno.

-Por una vez en la vida -dijo Hiro-, permitidme tener la presencia de mente del protagonista de esa película que, en mitad de la acción, se detiene y dice: «Sólo quiero que sepas que estar aquí es uno de los placeres de mi vida.»

Y entonces volvió a alejarse. Hiro era hiperactivo como una bebida *genki*. Y así, creo yo, fue como dio inicio la confusión tropical.

con consecuencias potencialmente oscuras

La situación luego fue delicada. Siempre lo es cuando uno ha

mantenido relaciones sexuales o, cuando menos, ha tocado a otra persona por primera vez, pero en esa ocasión lo fue de un modo exagerado. Fue uno de esos momentos en que las posibilidades futuras se encuentran en el aire, ridículas como demonios; o quizá más bien uno mismo es el demonio que no deja de revolotear alrededor en su traje rancio y excesivamente grande. Creo que sabía que ninguno de nosotros era exactamente invulnerable o inmune a los sentimientos, y que si algo así sucedía debíamos tomar medidas para evitar consecuencias trágicas. Pero esa conclusión todavía estaba muy lejos y no era más que un pequeño faro en la distancia. De tal modo que, por muy consciente que fuera de que nosotros mismos nos habíamos colocado en esta situación en la que todo el mundo estaba en peligro (cosa que hice mientras Romy comenzaba a lamer mi por aquel entonces ya cansado pene al tiempo que me acariciaba las pelotas con su cálida mano de un modo que a mí me pareció que era su silencioso, e infructuoso, método de asegurarme de que lo que estaba sucediendo era algo más que mero juego), era incapaz de detenerme a considerar por qué. Si una historia requería más elementos de los que habría esperado, ¿quién era yo para evitarlo? Si por todas partes había fugas, mi único deber era examinar esas fugas con cuidado, tanto si yo era el agente de la catástrofe como si no. Y creo que no lo era. Suelo considerar a Hiro el promotor en ese caso, aunque quizá buscar un promotor o primera causa no sea importante ni posible. Luego una amiga de una amiga, que iba desnuda salvo por un par de botas de esquí, se acercó y me pidió fuego. Se llamaba Gryphon, o Maria, o Kayley, o algo parecido. Contento de hacer algo que no fuera sexual, me puse a buscar el encendedor en mis pantalones vaqueros, que estaban tirados en el suelo.

-Ha sido el peor bajón de mi vida. Casi tres días -dijo-. Mi sistema inmunológico ha quedado reducido a este pequeño trozo de papel. Es como si ya no fuera yo misma.

Ése era el diálogo que era normal entre mis amigos, con su desapego y extrañeza. De hecho, el desapego era el territorio que habitábamos. Ése es el tono que creo que estoy condenado a registrar.

3. INFAME, TORPE, TAIMADO, ENGAÑOSO

LA FELICIDAD ES POSIBLE PERO DIFÍCIL

que conducen a rumores sobre abusos libertinos

Los rumores que comenzaron a circular a partir de entonces sobre nuestra pequeña pandilla fueron una mezcla de cuento gótico y otros géneros -negro, erótico, serie Zhasta que, finalmente, contesté al teléfono y se trataba de Shoshana. «¿Qué cojones está pasando?», me preguntó, o algo por el estilo. Quería que supiera lo que se estaba diciendo: que nos habíamos acostado todos en la misma cama; que nos gustaba pasarnos los días durmiendo y las noches tomando ácido mientras llevábamos a cabo alguna combinación sexual, o que irrumpíamos en fiestas de otros alterando e indignando a la gente. También se decía que yo me había convertido en un camello a tiempo parcial de varias drogas con y sin receta, además de mantener una actividad suplementaria que consistía en ofrecer espectáculos *online* en los que Romy y Candy mantenían relaciones sexuales o Hiro y yo hacíamos cualquier cosa que nos pidiera un conjunto de espectadores de pago. Otras personas juraban que habían visto a Candy en alguna fiesta con los brazos cubiertos de moratones o llevando esposas de las que sólo yo tenía la llave. Y tengo claro que todo el mundo, *signore*, está sujeto a rumores, que todo el mundo protagoniza en la mente de otros desinformaciones e historias similares, eso todo el mundo lo sabe, pero *descubrirlo*, saber que es real, bueno, eso es algo inusual y, por lo general, merecidamente reservado a las celebridades. Ser alguien insigne o escandaloso era algo que me angustiaba mucho. No podía negar, sin embargo, que tales rumores se correspondían con cierta nueva libertad en mi forma de vida. Haber formado parte de semejante actividad grupal parecía haber ampliado mi pensamiento básico y había descubierto que cosas que creía temer como las orgías o la infidelidad a plena vista de mi esposa podían suceder de forma tan prístina como los aguacates o el sistema postal. Finalmente, pues, me había dado cuenta de que,

mientras yo creía estar de pie en medio del jardín entre verdosos riachuelos y pájaros comunes, en realidad había abierto de un empujón la puerta del matadero general y la sangre lo manchaba todo, de los muebles a mis delicadas manos.

que en realidad son más domésticos

Así pues, seguí descendiendo la escala menor a pesar de tener la sensación de que avanzaba en radiantes y ascendentes *arpeggios*. En esa nueva atmósfera, comencé a articularme a mí mismo con mayor libertad y mis placeres se volvieron más barrocos, como una de esas catedrales con calaveras incrustadas en la piedra y velas sobre frascos manchados de cera. Con Romy era ahora menos circunspecto y reservado. Al acostarnos juntos otra vez, y hacerlo en presencia de mi esposa, fue como si una antigua prohibición hubiera sido levantada, de modo que comenzamos a vernos más a menudo, y era difícil ponerle fin a la cosa. Quiero recalcar, sin embargo, que en casa las cosas entre Candy y yo también se volvieron más febriles, como si, al instigar esa orgía, Hiro hubiera demostrado lo fácil que resultaba cumplir la más simple de las fantasías. Como aquella en la que Candy se sentaba en el retrete y comenzaba a mear. Primero lo hacía con mucha timidez, como si no le resultara fácil abandonarse y necesitara concentrarse. A veces, necesitaba cerrar los ojos o apartar la mirada. Y otras incluso no llegaba a suceder y yo no llegaba a oír el suave sonido procedente de debajo de ella cual riachuelo de montaña. Cuando lo hacía, sin embargo, se metía mi pene en la boca -porque yo estaba allí mismo, de pie delante de ella, esperando- y yo me deshacía. Era tan dulce, y tan sucio. Y ese tipo de cosas no habrían seguido produciéndose si Candy no hubiera sido asimismo muy feliz; pues si bien ella siempre había sido una persona muy seria tanto en su forma de pensar como de comportarse, nunca quiso una existencia matrimonial absoluta. Fue ella quien me animó a preguntarles a mis padres si Hiro se podía quedar. Al igual que yo, anhelaba una existencia más expansiva, y creo que para ella eso tenía una dimensión política muy concreta, pues ¿por qué debería una mujer definirse o limitarse? Era salvaje precisamente en proporción a la represión absoluta que pretendía rechazar. Y sé que hoy en día las combinaciones de chico y chica son tan infinitas que a veces resultan confusas, deprimentes e hirientes, pero sin duda estas nuevas combinaciones de lo que es normal y lo que es maravilloso también pueden ser encantadoras. Nuestro tono doméstico, si es que

había un tono, era algo así como Funk Ominoso. Y si bien antes no habría considerado, digamos, pegar a Candy en la cama o darle azotes en los pechos, ahora era tan diligente en mis atenciones con ella que algo había cambiado entre nosotros. Ahora nuestra relación era más salvaje o violenta. Todo lo que tenía que ver con Candy y el dormitorio era maravilloso y ornamentado, y sin embargo incluso entonces me sentía atribulado porque, en cierto modo, hacer tales cosas en privado con Candy me parecía una injusticia para con Romy. ¡Qué espirales! ¡Qué inocencia! ¿Era *eso* lo que queríais, mamá y papá, cuando me enviasteis a una apartada escuela junto a un lago, en un bosque y con un montón de terapeutas y cocineros? En una ocasión, le retorcí un pezón a Candy con indecisión o, cuando menos, timidez, y ella dejó escapar un grito ahogado. Acto seguido, se lo retorcí un poco más.

-Hazme daño -dijo ella entonces-. Del de verdad. Mucho.

Y así fue como descubrí ese vicio de mi alma. Salió de Candy, no de mí. «¿Vicio?», dijo Wyman un día que me emborraché y se lo conté. «¿A esto llamas vicio?» Bueno, sí, le contesté. Cuando Candy me dijo eso la estaba mirando directamente a los ojos y yo comencé a excitarme cada vez más. Y no me refiero sólo a que lo hiciera mi pene, aunque por supuesto también lo hizo mi pene, sino también mi estómago, mis pulmones y mi corazón; lo hizo todo mi sistema nervioso. Era la excitación de cuando uno hace un descubrimiento importante. Así pues, en las semanas que siguieron al grito de placer surgido de su propio dolor, mientras mi madre y mi padre se sentaban a desayunar, hacían café y se tomaban sus cereales, nosotros subíamos al primer piso y yo la ataba con una cuerda que había comprado en una tienda de efectos navales de la ciudad (algo que no recomendaría a aquellos susceptibles de avergonzarse, pues en una tienda de efectos navales resulta difícil comprar únicamente un metro o así de cuerda sin dejar de parecer al instante el rudo marinero por el que uno intentaba hacerse pasar y revelar en cambio aquello que efectivamente uno es -con lo que quizá ya no se trata de una interpretación, pues ¿si uno es algo como puede parecerlo?-: el delfín pervertido sexual que sus padres han creado). Procedía entonces a abofetearla y pegarle -con gran destreza para que mis padres no nos oyeran- hasta que le salían moratones en los brazos y las piernas, momento en que le metía bruscamente el pene mientras ella movía la cabeza de un lado a otro. Otras veces, simplemente la ataba a la cama y la dejaba ahí mientras yo me iba a desayunar a la planta baja y mantenía una conversación con mi madre y mi padre. En general, sin embargo, procurábamos hacerlo

en otros sitios: cuartos de baño de amigos, rincones ocultos de lugares públicos o lavabos unisex de los museos. Al fin y al cabo, ¿quién quiere follar en una cama cual madre de familia? Debería añadir que encontraba ese deseo muy arduo. Había crecido esforzándome por hacerles justicia a las mujeres que me rodeaban y, por ejemplo, procuraba ver la misma cantidad de películas dirigidas por hombres y por mujeres, a pesar de lo difícil que resultaba eso. Ahora bien, si tu esposa quiere que la golpees en los pechos y que le pellizques los pezones con fuerza mientras ella hace un ruido o *moue* que muy posiblemente indica dolor, ¿está mal? No lo creo, y por lo tanto no sentía remordimiento alguno, salvo el remordimiento por esta misma falta de remordimientos, pues era consciente de cómo podía verse esto desde otros escenarios y también de que, en esta situación, yo era un hombre más bien anticuado. Y la verdad es que no quería que eso fuera así, no quería que mis deseos fueran tan masculinos como los de la generación de mi padre, pues si bien mi padre es un hombre afable, el hecho de que el único deseo que sintieran sus amigos por las mujeres sólo implicara posesión y desdén me resultaba desalentador. Creo, en cambio, que lo que estaba sucediendo en mi caso era mucho más dulce. Mucha gente opina que los niños de mi generación lo tuvieron fácil con sus batidos y sus helados, pero, en general, nuestra atmósfera era monótona y estaba cubierta de nieve, como si hubiera tenido lugar un *putsch* y todos nosotros fuéramos preocupados *chinovniks* en las ruinas del palacio de invierno. Tenía amigos que habían vivido en tríos pero ya no lo hacían. Y otros que habían intentado vivir de un modo tan rabínicamente ortodoxo como sus padres, pero eso también había acabado por desesperarles. Las historias de los desmadres de mis amigos parecían haber llegado a su fin. Así las cosas, bien podíamos haber dedicado las mañanas a tomar té y *xiaolongbaos* recién hechos. De modo que, si en ese periodo en que no había ningún empleo a la vista me entregué a ese secreto abandono, bueno, ¿quién era yo para resistirme a él? Candy solía sentarse en su tocador con el ordenador y se ponía a contestar correos electrónicos en bragas y sujetador y el pelo recogido en una coleta para poder luego lavarse la cara o dejar que la crema hidratante penetrara en la piel. Y era esa misma serenidad y seguridad y eficiencia lo que provocaba mis ganas de abalanzarme sobre ella. Naturalmente, eso provocaba ciertos olores miasmáticos. Sin embargo, del mismo modo que mi madre siempre había hecho caso omiso de mis robos e historias inverosímiles, también hizo caso omiso de lo que estaba

sucediendo. Y ese silencio resultaba muy útil si tenemos en cuenta el hecho de que en nuestras sábanas ahora solía haber sangre, semen y a veces orina. Mi madre se limitaba a lavarlas sin más, empleando el mismo cuidado que mostraba con nuestras alfombras o nuestra ropa.

y requerían un mutismo

Eso es lo que quiero decir sobre la belleza. Para mantener cualquier ideal puede que sea necesario sacrificar o abandonar otros más pequeños, como el del decoro, o decírselo todo a todo el mundo, o no inventar falsedades, incertezas y mentiras, o no volverse violento y darse cuenta de que la violencia puede ser deliciosa; y el hecho de que eso sea así en modo alguno significa que el ideal mayor esté equivocado. La línea recta de todo romance puede tener que verse nublada por otros objetos de atención igual de legítimos, o en los términos kung-fu de las películas de mi infancia, uno siempre tiene que hacer aquello que su honor le exige. Y es que, al fin y al cabo, mucho antes de ese experimento con otras personas yo ya sabía lo divertido que resulta desobedecer las propias reglas (por ejemplo, cuando iba en secreto a algún puesto de hamburguesas y me atiborraba de carne a pesar de mis principios vegetarianos: me sentaba en algún sótano a oscuras a las tres de la tarde y me comía una hamburguesa sin plato ni cubiertos, sólo con su grasiento envoltorio y un surtido de arrugadas servilletas). En todo lo que hacía, buscaba la felicidad a cualquier precio, y es posible que esto sea culpa de mi madre. Cuando era muy pequeño e iba con mi madre al cine, ella hacía dos cosas: continuos comentarios para explicarme lo que estaba sucediendo y me sacaba del cine si en la pantalla asomaba la menor infelicidad. Así pues, no he llegado a ver enteras muchas de las películas de mi infancia, por ejemplo, la del tiburón gigante, porque antes incluso de que empezaran mi madre sabía si eran aterradoras o tristes, o las he empezado a ver pero no hasta el final, como la de la forma de vida alienígena en la que la tristeza cogió a mi madre por sorpresa y rápidamente me sacó del cine. Y eso supone una poderosa lección que le lleva a uno a pensar que el único estado posible es la felicidad. Y, muy probablemente, también a hacer cosas que a los demás les pueden parecer odiosas u obscenas. ¡Hasta qué punto puede uno expandirse! El descubrimiento del mundo de lo secreto viene a ser como una capa de invisibilidad o un superpoder. Y es que, obviamente, en cuanto uno tiene sus propios secretos se da

cuenta de que éstos existen en todas partes y que todas las personas que se sientan a su lado o con las que habla los tienen: puede ser algo tan pequeño como la necesidad de ir al baño con mucha frecuencia cuando alguien le está contando algo importante y conmovedor, como la historia de sus problemas psiquiátricos o una experiencia al borde de la muerte, y uno se siente conmovido, sí, pero no deja de pensar en las ganas que tiene de estar encerrado un momento en la fría calma compuesta de baldosas de cerámica y luz y silencio e intimidad. Así pues, me resulta sorprendente las pocas ocasiones en que se me pasó por la cabeza que alguien pudiera estar mintiéndome, a pesar incluso de la cantidad de mentiras que yo elaboraba a lo largo del día. Y sé que Tiffany, por ejemplo, me diría algo así como: Lo que no tienes en cuenta es que todo el mundo tiene derecho a recibir toda la información. Hablas de sangre, puedo oírle decir, deja entonces que hablemos de sangre. Imagina que alguien es enviado al campo de exterminio que más miedo te dé; si resulta que no lo sabe, que cree que está de camino a unas vacaciones idílicas o a un mero campo de trabajo, eso nos indigna más que la muerte que tiene lugar con pleno conocimiento. Y está bien, sí, lo comprendo. Pero entonces yo respondería: Dime una cosa, Tiffany, si vas a morir, ¿prefieres que te lo digan o morir de golpe? Porque yo preferiría hacerlo de golpe, sin que nadie me dijera nada. Al final prefiero más felicidad a más verdad.

difícil de mantener

Y mientras proseguía mis barrocas investigaciones con Candy, le enviaba asimismo mensajes a Romy para que se sintiera querida y no pensara que la había abandonado, aunque claro, tenía que hacerlo con mucho cuidado para evitar que Candy lo descubriera, de modo que me levantaba en mitad de la noche rehuyendo el agotamiento, entraba en el cuarto de baño y, con la lluvia a mi alrededor o pequeñas nubes de color púrpura o negro, me sentaba con el iPad caliente sobre mis calientes muslos y le escribía lentos mensajes. Era como si estuviera intentando cavar un túnel de mi habitación a la suya, como si por mi cabeza se encontraran los habituales peatones bajo la verde luz del sol mientras yo cavaba a ciegas y procuraba que advirtiera mi presencia. Era importante que Romy supiera que sin duda alguna me importaba y que el deseo que sentía por ella no era un arrebato de lujuria o un capricho pasajero. El problema era que, cuantos más mensajes le enviaba, más pensaba yo que posiblemente estaba enamorado de ella y, por lo tanto,

comencé a preocuparme de cómo podíamos mantener nuestro equilibrio, un equilibrio perfecto en el que nadie pusiera en peligro la seguridad del otro. Eso dependía únicamente de cierto tipo de comunicación y a mí me parecía que con esos repentinos momentos de desesperación lírica corríamos el peligro de echarlo a perder. «¿Puede durar esto?», me escribía ella. «¿Puede durar algo cuando se vuelve tan complicado? ¿Realmente queremos que lo haga?» O algo parecido. Y como siempre es importante hacerle saber a alguien si ha hecho algo que le vuelve vulnerable (como revelarle una preocupación o ansiedad que depende de uno), yo no le respondía con el optimismo utópico que solía preferir sino con fervientes observaciones parecidas a las suyas como: «¿Dónde estás, Romy, esta noche? Miro la pantalla y desearía ver tu rostro.» El problema con esto es que, en cuanto uno lo hace, en cuanto uno escribe frases como ésas, en ese tono, accede a un nuevo reino de confianza y también de deseo. Es muy difícil de controlar. De modo que cuanto más quería que Romy también fuera feliz, más complicada y vasta se volvía su felicidad. O, al menos, lo hacía en mi cabeza. Yo no tenía forma de saber qué sentía exactamente Romy porque era muy difícil hablar con ella de un modo relajado, y por relajado me refiero a algo como ver los resultados de los deportes en el sofá una tarde de fin de semana. Nuestras conversaciones, en cambio, tenían un trasfondo altamente dramático. Al mismo tiempo, el propio secretismo que eso suponía era algo por lo que yo creía que debía compensar a Candy a pesar de saber que ella no estaba al tanto de nada; pues no es tan raro que un marido a veces vaya al cuarto de baño silenciosamente a las tres de la madrugada, puede que se deba simplemente al nuevo régimen de hidratación que sigue para ayudarle con sus sesiones matutinas en el gimnasio. Quería evitar que semejantes ausencia y secretismo efectivamente parecieran ausencia o secretismo. Y sin embargo yo sabía que lo eran, de modo que me esforzaba mucho en crear un entorno tranquilo para ella, incluidas flores y pequeños gestos como llevar el coche a lavar.

ejemplos de una filosofía más amplia

Imagínenme a mí en el aula más grande que hayan visto nunca, con luces fluorescentes y bancos con grafitis, ofreciendo una clase sobre el tiempo. En la pizarra está mi cálculo final. ¡Prestad atención los del fondo! ¡Dejad de besaros, muchachos! En la pizarra me verán dividir el tiempo en tres categorías distintas: lo *necesario*,

lo *superfluo* y lo *casi necesario*. Eso es lo que he aprendido de mis lecturas. Y diría que si tuviera que escoger una, la categoría más difícil de todas sería la última, la de lo *casi necesario*. Eso era lo que estaba aprendiendo con el mantenimiento de mis amistades y otras relaciones *amoureuses*. Lo *necesario* sucede todos los días y lo *superfluo* generalmente una vez. Si lo único que existiera fuera lo *necesario* y lo *superfluo*, creo que no habría necesidad de filosofías. Por desgracia, sin embargo, también está la tercera categoría extra de lo *casi necesario*: lo que definitivamente debería suceder pero es muy poco frecuente, aunque a veces sí tiene lugar. Lo *casi necesario* es aquello que sucede tan pocas veces que finalmente uno se cansa de planearlo, consciente de que casi con toda seguridad encontrará una razón para no hacerlo. Y sin embargo puede suceder si uno hace un esfuerzo sobrehumano. A veces me pregunto si todo el carácter humano podría ponerse de manifiesto en la relación de una persona con lo *casi necesario*; no, por lo tanto, en acontecimientos inusuales como con quién se acuesta uno, sino en una textura cotidiana más vasta, como en el caso de que efectivamente uno se acueste con alguien, cómo mantiene luego la autoestima de ambos con pequeños mensajes y regalos. Éstos son los constantes problemas de intención que tiene todo el mundo (la gente con enciclopedias de autoayuda que deambula con sus hijos bajo las acacias y los palmitos de los bulevares, los niños que habitan en los emporios de la hamburguesa y las oficinas de empleo y los antros para tomar mate) y en ellos se encuentra la verdadera metafísica. Si alguna vez escribo un tratado de filosofía, semejante insignificancia será su descubrimiento más importante.

de minúsculas intenciones

¡Mírenme! Me resultaba tan difícil preservar mi vida secreta con todas sus obligaciones como a un cortesano mantener las exigencias de la diplomacia en el palacio de Versalles. Mi piel parecía estar muriéndose y cada mañana tenía algo nuevo: eccemas, psoriasis o pequeños sarpullidos que carecían de explicación, además de dolor de muelas y afecciones capilares. Y con todo ese llanto y esa tristeza creo que, al igual que nuestro aterrorizado perro en mitad de la noche iluminada, mi cuerpo intentaba comunicarme que, por más que quisiera preservar a toda costa la felicidad de todo el mundo, también podía ver lo fácil que era herir a alguien, y evitar eso requería un inmenso esfuerzo y devoción. Y no era sólo con mi círculo íntimo con quien yo creía tener una obligación. La sensación

de decepcionar a algún desconocido me dejaba asimismo apesadumbrado e intranquilo, aunque se tratara de alguien que hubiera aparecido momentáneamente en nuestra puerta. Hubo un día de sol y girasoles, por ejemplo, en que apareció en nuestra puerta un hombre que vendía trapos y otras cosas que llevaba en el interior de un cubo de plástico. Cuando alguien me pide algo que yo no espero, mi timidez suele ser un problema. Y ese día en concreto yo estaba preocupado por los diversos proyectos que intentaba mantener, de modo que en cuanto vi a ese tipo gordinflón con sus trapos envueltos y un estropajo bicolor para la cocina definitiva, le dije que no necesitábamos nada y le cerré la puerta en las narices. He de admitir que fue algo brusco por mi parte, pero es que yo no quería esos objetos, y además si uno se encuentra en un estado reflexivo es difícil tratar las interrupciones de cualquier tipo con la seriedad y el respeto adecuados. De modo que es posible que, sin querer, le cerrara la puerta en las narices antes de que llegara a pronunciar la primera frase, algo que lamenté, pero también esperé que lo comprendiera. Lo que pasó a continuación, sin embargo, es que mientras me dirigía a la escalera el tipo abrió la ranura del correo, y a través de ella pude ver su rostro como si se tratara del primer plano de una película de terror. Sólo un ojo era visible, pero sobre todo me fijé en su boca, que estaba gritando algo como «¡Que te jodan, cuatro ojos!», o algo parecido, ahora no recuerdo las palabras exactas que utilizó, y creo que la razón por la que no las recuerdo es que su actitud me impactó mucho. Yo no había tenido intención de causarle mal alguno, y si lo había hecho lo lamentaba, y mucho. Durante mucho tiempo estuve dándole vueltas a esta cuestión y a cómo podría haberle tratado mejor. En mi defensa podría argumentar que aquel día en particular había intentado trabajar, pues cada vez era más consciente de que el verdadero modo en que estaba defraudando a Candy no era el hecho de que la engañara, sino más bien estar subsistiendo en ese estado de desempleo total y de falta de dinero. Muchas noches Candy se ponía a llorar. Lo hacía si, por ejemplo, estaba demasiado cansada para salir conmigo a tomar cócteles a un local con *drive-in*, o al canódromo a ver carreras de perros, o si por enésima vez trataba de convencerla para que no fuera a su clase matutina de yoga y se quedara conmigo en la cama. Sin embargo, también tenía la sensación de que no podía volver a una oficina, todavía no, y que mi felicidad (y, por lo tanto, también la de ella) dependía del hecho mismo de no hacerlo. También era posible que mucho dependiera de mis textos (como mi monografía sobre la filosofía), quizá incluso

la felicidad de varias personas, nunca se sabe. Me dije a mí mismo que podía llegar a ser de gran a ayuda a muchos jóvenes. No trabajar nunca: ésa era al menos una idea con pedigrí. El hecho de que a Candy le preocupara o no mi falta de ocupación era un tema muy delicado para mí, y resultaba aún más difícil porque ella nunca preguntaba nada al respecto; si bien precisamente por esa falta de preguntas sabía que era algo que le preocupaba.

-Si quieres enseñarme algo -solía decir ella-, aquí estoy, bizcochito.

Y me avergüenza decir que tales sugerencias me irritaban porque, cuanto menos era yo capaz de producir, más inadecuado e inseguro me hacían sentir sus preguntas. Finalmente, pues, Candy dejó de hacerlas y se iba a trabajar mientras yo me quedaba ahí sentado haciendo café y contemplando a nuestro perro con gran tristeza. En la peluquería le pregunté a mi peluquera sobre mi posible pérdida de pelo. Ella no pareció alarmada, aunque claro, resulta fácil no inquietarse por las ansiedades de otros. Diría que se trata de un talento que comparten todos los seres del planeta, incluidas las holgazanas algas y los caracoles menos sensibles. En cuanto a mí, la ansiedad era mi estado general. Era experto en el fracaso de los grandes ideales de uno. A menudo estaba equivocado, pero al menos siempre tenía razón sobre aquello en lo que podía estar equivocado. Nadie puede decir que me hiciera ilusiones sobre mí mismo. Pero también creo que si uno se preocupa fácilmente por pequeñas imposibilidades como qué comer o cómo levantarse a tiempo, nunca llega a ver otras mayores, y eso es una pena. Por eso siempre que alguien me ataca por mi perfeccionismo y la aparente hipocresía del mismo, pienso que no lo entiende. Está claro que nadie puede ser un vegetariano o un planificador perfecto (aunque debería intentarlo), pero ésa no es razón para no comprender que, a una escala más grande, como el amor, siempre va a ser imposible vivir adecuadamente. Aunque no haya otra forma de vivir. Esto solía exasperar a aquellos que me rodeaban.

MI MADRE

¿Por qué siempre haces esas bromas?

YO

Yo creo que soy dulce.

MI MADRE

Y lo eres, tontín. Es sólo que nadie más lo cree.

YO

Pero ¿no deberían?

MI PADRE
Es un payaso.
MI MADRE
Pero si quiere serlo, ¡déjale!
MI PADRE
No estoy tan seguro.

Ése era nuestro ágil diálogo de barrio residencial que también toma el nombre de conversación. Pero creo que mi madre tenía razón. Por su culpa, yo quería ser un conquistador omnipotente.

para incrementar semejantes mundos múltiples

El ideal que intentaba preservar siempre estuvo basado en la bondad. Así pues, incluso en las ocasiones en que Candy se desnudaba mientras yo permanecía en la cama enviándole mensajes a Romy (cosa que rara vez sucedía pero que en ocasiones tenía que hacer si Romy quería una confirmación inmediata), mentía por igual a ambas: a Candy sobre la persona a quien enviaba el mensaje y a Romy sobre el lugar en que me encontraba (pues Romy no era ningún monstruo depravado y Candy le caía muy bien, de modo que si le hubiera dicho que estaba en la misma habitación que Candy escribiendo cosas violentamente hermosas, se habría molestado, y con razón). Y si bien el moralista podría querer argumentar que mentir está mal por la corrupción que implica (esto es, el modo en que convierte a los demás en ficciones sin que ni siquiera se den cuenta de ello, o, para ser más preciso, el modo en que transforma a la gente con la que uno habla en fantasmas y simulacros), creo que también es posible aventurar la posibilidad de que esta misma fantasmagoría sea algo hermoso que atesorar. De repente, el mundo es todo guacamayos y colores estridentes. Y aunque para conseguir ese ideal haya tenido que sufrir cosas terribles, no deja de ser algo hermoso o seductor.

ENTRADAS DE DIARIO

para lo cual su modelo es Hiro

Mientras tanto, Hiro estaba metido en tantos timos y movidas que yo era incapaz de estar al tanto de todo. Solía regresar a última hora de la noche con recónditas marcas de cigarrillos procedentes de diversos países marítimos y me decía que al día siguiente no podría verme porque había hecho un amigo que iba a someterse a unas pruebas médicas potencialmente preocupantes y necesitaba su apoyo. Y si bien yo aplaudía su espíritu público, también sentía un poco de celos y no podía evitar pensar por qué era esa *otra* persona y no yo quien recibía su atención, o por qué eran sus enfermedades las que le preocupaban. Yo quería que Hiro estuviera siempre conmigo. Ser un compinche no tiene gracia si el maestro original no está disponible y uno se queda sentado con sus palitos de pan bajo la luz a cuadros de la *trattoria*. Puede que esa soledad se debiera también a que tenía otros problemas con mi teléfono: alguien me llamaba y, cuando contestaba, no respondía nadie. Sé que esto sucede a menudo, pero aun así, teniendo en cuenta las circunstancias, me resultaba enervante. Naturalmente, en una atmósfera semejante yo quería mucha *joie de vivre*, y Hiro era mi modelo. Quería seguirle en sus oscuras exploraciones. Siempre y cuando eso supusiera acudir a lugares placenteros y realizar inmersiones nocturnas, y no implicara nada sórdido o aprovecharse de aquellos menos afortunados, sino tan sólo intentar pasar el tiempo sin aburrirse, y un deseo posiblemente encomiable de hablar con gente que por lo general uno ignoraría. Por las noches, Hiro deambulaba de un lado a otro y yo quería hacerle compañía. Y, desde luego, también estaba un poco preocupado por él y quería protegerle. Hiro se encontraba en una de esas fases maniacas en las que el sueño le parecía una inconveniencia, y si uno no quiere ir a dormir ni tampoco quedarse sentado en los silenciosos dormitorios de un barrio residencial, el tipo de lugar al que acude es más sórdido a medida que avanza la noche. Es imposible de evitar, de

modo que es lógico que, después de ir de aquí para allá, una noche nos encontráramos sentados uno al lado del otro ataviados únicamente con albornoces de toalla y conversando con chicas casi desnudas. Y siempre es importante ampliar las perspectivas, evitar que el fondo y el primer plano estén tan separados. Es una ley moral básica.

-¡Ey! -dijimos-. ¡Ey, Ey!

-¡Ey! -contestaron ellas dulcemente.

Sí, Hiro llamaba a ese lugar una «sauna», y por supuesto, yo conocía la reputación de esa palabra y le había hablado de ese momento a Wyman (quien siempre se muestra temeroso del mundo: la forma platónica de una fotografía suya sería él ataviado con un blazer de rayas y un sombrero de paja de pie en una chalana sepia) y creo que me dijo que debería estar moralmente preocupado. La palabra, quizá, debería haber sido una señal tan ominosa como si me encontrara en una película de terror adolescente y en plena noche lluviosa hubiera llegado a un garaje con el letrero luminoso parpadeando. Sin embargo, yo siempre era muy valiente en lo que respectaba a mi vida interior. Arriesgaría mi vida interior en cualquier lugar de posible corrupción si con ello podía ganar un granizado de coco y el premio del millón de dólares.

a quien nuestro héroe acompaña a una sauna

Había un vestuario que era como los de la piscina en la que había aprendido a nadar, y supongo que eso no es ninguna sorpresa porque, imagino, la capacidad de variación en lo que respecta a los vestuarios es muy pequeña. La atmósfera era extrañamente deportiva y acuática. Todos llevábamos en la muñeca un brazalete de plástico con una llave. Y en ese vestuario fue donde Hiro y yo nos pusimos nuestros albornoces de spa y unas sandalias de plástico, un uniforme que me parece humillante, sobre todo para un hombre pequeño y barrigudo, lo cual seguramente era su propósito: recalcar la fealdad de los hombres en presencia de las mujeres. Quizá se trataba de una pequeña humillación para compensar la mayor humillación que sufrían las mujeres, aunque no estoy tan seguro de que las mujeres sufrieran humillación alguna. De hecho, estoy casi seguro de que en ese lugar no sentían vergüenza alguna. Era algo más parecido a esos mitos en los que las ninfas se encuentran junto a una piscina, y ahora comprendía por qué esos mitos terminaban con el macho siendo castigado. Creo que el castigo es lo adecuado para una situación como ésa: estar en un

salón, sentado en un sofá, con una bebida no alcohólica cortesía de la casa en la mano, contemplando ese *tableau* que recordaba ligeramente al área de refrescos de una sala de bolos, siempre y cuando uno también admitiera el elemento añadido que suponía el hecho de que todas las mujeres estuvieran desnudas, o casi. Era otro de los ejemplos que estaba recopilando de una réplica que no es del todo una réplica, porque se parecía mucho al retrato de un bar normal, pero el hecho diferencial de que las chicas fueran casi desnudas suponía un descubrimiento absolutamente nuevo de lo que es posible en este mundo. Supongo que nunca había comprendido lo que el dinero era capaz de hacer. Ni creo que supiera que eso era posible. Hasta entonces, había creído que los únicos placeres que se podían adquirir con dinero eran drogas o vacaciones. No me había dado cuenta de que uno podía hacer cualquier cosa. Y conozco el argumento de que en este mundo hay muchas formas de coacción y perversión y que el dinero no es más que una de ellas, pero el negocio del espectáculo también resultaba muy convincente. Y esto me llevó a considerar algo que una vez Romy me dijo que le había tenido que decir a un novio:

> ROMY
> Es como si hicieras cosas únicamente a causa del porno. Como lo de correrte en mi cara. A mí no me gusta. No estoy interesada. No quiero tu corrida por toda mi boca.

Y comprendía lo que quería decir, pero aun así discutimos porque, en mi opinión, no había nada intrínsecamente malo en hacer las cosas en plan Coney Island, añadiendo continuamente atracciones como hacían en los viejos tiempos: la Montaña Rusa, el Tobogán Acuático. Sigo creyendo que Manhattan no es suficientemente Manhattan: podría haber más luces artificiales. Ante lo cual Romy dijo algo como: ¿Ha llegado él a preguntárselo a ella? ¿Se ha sentado y ha pensado: qué piensa realmente de esto este personaje de dibujos animados al que le sale vapor de las orejas? Y yo entendía lo que quería decir con eso. El problema con los ideales más grandes es que uno debe conseguirlos con otras personas, y eso puede conducir a situaciones confusas. Como aquí, donde todo el mundo parecía muy feliz simplemente conversando. Si hubiera imaginado algo más, habría sido tan sólo masajes con chicas en bikini, o quizá un *soapland* oriental donde se pusiera el énfasis en frotar. Hasta que Hiro me explicó que uno podía ir a una habitación con cualquiera de las chicas el verdadero misterio del lugar no comenzó esclarecerse. Y era consciente de que, de acuerdo

con los términos habituales de Wyman, debería haberme marchado inmediatamente, pero en realidad me preocupaba más lo excitado que me sentía. Eso parecía indicar que podía haber otra forma de abordar la situación. Con el rabillo del ojo me pareció ver a Candy, pero se desvaneció rápidamente como una de esas hadas de dibujos animados. Fue como uno de esos avistamientos fugaces que tiene uno cuando está en el metro y pasa otro tren en el sentido contrario y, por un momento, ve el rostro de otra persona en vez del propio, pero al final desaparece. Y cualquiera que fuera la tristeza que pudiera sentir, merecería la pena por las nuevas sensaciones que habría obtenido, sobre todo cuando era muy improbable que eso me volviera a suceder pues jamás podría encontrar el camino de vuelta a este local, con lo que no hacer nada sería algo que siempre lamentaría. Si, tal y como Candy había observado, la utopía podía conseguirse de múltiples formas con los amigos de uno, ¿por qué no también aquí, con desconocidos? Por otro lado, también me preocupaba que, ahora que ya estaba aquí, pudiera parecer altanero o incluso frío que me limitara a permanecer sentado y observar. Intenté imaginar cuál podría ser mi futuro en, digamos, dos horas y creo que pensé que lo peor que podía sentir sería esa especie de malestar indeterminado que uno siente a la mañana siguiente de haber bebido demasiado centeno y fumado demasiado hachís. Así de mal imaginé que me sentiría luego. Y es que, al fin y al cabo, es fácil pensar que ha pasado algo cuando en realidad no ha pasado nada. No hay ninguna razón por la que a todo tenga que seguirle una oscura tristeza, eso terminaría cobrando vida y persiguiéndole a uno como un fetiche sentimental de larguiruchas manos y espantosos dedos en los pies. Creo que nos suceden más cosas fugaces de lo que a veces pensamos, cosas tan nimias como el suave sonido del estallido de las burbujas de la espuma del fregadero al lavar los platos. Pero no conseguí terminar mis consideraciones morales porque me interrumpió la sonrisa que dedicó Hiro a una hermosa chica que estaba casi desnuda pero no del todo y que se sentó a mi lado y sonrió. De inmediato, mi mente se quedó en blanco, del mismo modo que las ruedecitas de una maleta dejan de hacer ruido de golpe cuando pasan de la superficie de la acera a la suntuosa moqueta del hotel.

en la que se sorprende a sí mismo ascendiendo

Normalmente se me da mal sonreír pero intenté hacerlo por ella. Quería que viera lo educado que podía ser, y también

tranquilizarla. Además, soy vulnerable a la belleza femenina y sí, soy consciente de que si la hubiera visto en una fiesta podría no haberme sentido maravillado, pero en ese caso la chica habría ido ataviada con ropa convencional y moderna mientras que aquí iba vestida únicamente con una especie de tela alrededor de la cintura y eso era algo que yo no veía a menudo. De hecho, no creo que hubiera hablado nunca con una desconocida en *topless*. Me parece que hay algo increíblemente sexy en una chica que va en *topless*. Y digo sexy, pero es posible que también haya algo triste. Digamos que puede ser triste o sexy dependiendo de la situación. Por ejemplo, a mí me encanta cuando Candy está desnudándose o vistiéndose y lleva únicamente sus pantalones vaqueros, pero en ese caso el hecho de estar en *topless* quizá también puede resultar vulnerable, como si algo estuviera incompleto, mientras que en la sauna era algo exclusivamente atractivo. En un momento dado, se me ocurrió hacerle un cumplido a la chica y le dije algo como:

-Eres realmente guapa.

Las palabras no se me dan demasiado bien en las situaciones sociales. Como he dicho, sufro de timidez. Ella, sin embargo, me miró con afecto y me dijo su nombre. Y soy consciente de que, casi con toda seguridad, ese nombre era falso, pero aun así, como cualquier cosa, todas las personas necesitan un nombre, aunque no sea real.

-Me llamo Caycee -dijo Caycee.

Y permanecimos allí sentados. Hiro estaba ahora mirando hacia otro lado, como si fuera un tranquilo filósofo o un santo místico. En cierto modo lo entendía. Creo que estaba nervioso, y es que sin duda era una situación rara lo de estar sentado con una chica a la que uno no conoce y que está casi desnuda, junto a un amigo, ambos ataviados tan sólo con un albornoz de toalla. Sin duda, era una nueva forma de interacción humana. Pero era algo que aprobaba, pues pienso que en el futuro se dará cada vez más ese tipo de interacción en la que todo lo habitual se vuelve borroso. Y, sin duda, yo estaba excitado. La chica tenía los ojos azules, el pelo rubio y los pechos pequeños, pero no me importaban sus ojos, su pelo ni sus pechos. Yo había dejado atrás lo meramente físico y ahora era un simple dibujo animado, me encontraba en la séptima esfera, como ese hombre que soñó que veía la minúscula tierra desde las alturas. Yo también tengo un don para disociarme o levitar así. Y en ese momento me sentía muy disociado y también quería que la situación fuera feliz, como si pudiera demostrar mis expansivos ideales al no mantener relaciones sexuales ni nada

parecido y limitándome a ser capaz de mantener una agradable conversación. Y como creo que siempre resulta extraño estar en silencio con una mujer que está desnuda delante de uno, o casi, intenté seguir hablando, pues puede que yo no posea el don de la palabra pero conozco sus propiedades:

-Eres encantadora -le dije.

Realmente, carezco de vocabulario.

-¿Cuántos años tienes? -me preguntó Caycee.

-Oh, alrededor de treinta -respondí con gravedad.

Y en cuanto lo dije me pareció que era una edad muy triste. Muy avanzada y muy juvenil a la vez. Luego Caycee me preguntó si estaba casado o tenía novia, y por un momento temí haberme dejado puesto el anillo de casado, aunque sobre todo fue la inocente franqueza de su pregunta lo que me intranquilizó. Me sorprendió del mismo modo que, supongo, a un incipiente libertino le sorprendería que su amante le preguntara por su esposa. No tuve la valentía de decirle que estaba casado. Quería gustarle. Y sin embargo tampoco quería parecer una de esas personas tristes que vienen a un lugar como éste porque no tienen a nadie que les quiera, de modo que opté por un punto intermedio y le dije que tenía novia. Esto le llevó a seguir inquiriendo al respecto, educadamente, eso sí:

-¿Vivís juntos?

Y como vivíamos juntos (pues decidí decirle la verdad y le conté que sí), a esa pregunta le siguieron otras de acuerdo con su razonamiento.

-¿Y cuándo os casaréis? -me preguntó.

Ella consideraba que el matrimonio era muy importante. La conversación que manteníamos era muy difícil, no sólo en lo que respectaba al diálogo mismo sino también en el hecho de que uno de nosotros dos estaba esencialmente desnudo y el otro no. Miré los suaves pezones de sus pechos. Ella se dio cuenta de que lo hacía. Se los pellizcó con descaro como si eso fuera lo que yo quería. Y cuando le dije que lo de que si me casaría con mi novia era una pregunta muy extraña, también quise añadir que no me refería a que no debiera hacer preguntas como ésa y que, de hecho, le agradecía la proposición de que, si uno de nosotros estaba desnudo, una nueva honestidad era posible. A pesar de que yo no estuviera siendo honesto (aunque por otro lado quizá sí lo era), y a pesar también de que se podía decir que eso, su desnudez, no había sido idea suya y que en realidad había reglas y expectativas comerciales. Sin embargo, sinceramente pensaba que esas consideraciones

comerciales eran, como suele decirse en el comercio, únicamente *secundarias*.

-Deberías casarte con ella -dijo Caycee-. Si la quieres, deberías casarte con ella.

Y tenía razón, claro está; de hecho, estaba tan de acuerdo con su comentario que hacía mucho tiempo que le había hecho caso y me había casado con Candy. Superponiéndose a esa sensación, sin embargo, había otra que creo que estaba más cerca del remordimiento: casi con toda seguridad, era el único hombre que había descubierto dentro de una sauna un espíritu de orden establecido. Y a su vez esta idea se superponía con otra sensación más, no sé si de desorientación o de lujuria. La atmósfera olía a aceite de coco. O a lo que oliera el cuerpo de Caycee. Me gustaba. No quería. Pero sí quería. Y también quería responder a su razonable pregunta. Quería gustarle y obtener su aprobación. Mi madre me crió para que pensara que lo importante es lo que piense uno, especialmente al tratar con mujeres. ¡Y yo tengo una vida interior rica y compasiva! ¿No es eso algo, después de todo? De modo que pienso que era importante para mí que esta chica me considerara alguien refinado y, desde luego, atrevido. Asimismo, todos mis amigos opinan que soy muy amable y quería que ella también lo supiera.

-Tenemos un perro -dije.

No sé, sin embargo, qué le pareció eso, puesto que, en vez de seguir con la conversación sobre mi sabueso, me preguntó si no deseaba ir a algún lugar más privado. Y me pareció triste, ese giro empresarial, pero también comprensible. Al fin y al cabo, se trataba de un negocio. Y en cierto modo -y no me refiero a cualquier modo- me habría gustado que mi madre hubiera visto la desenvoltura con la que mantuve esta conversación. Ella siempre estaba cuestionando -en peluquerías y puestos de flores- mi relación con el dinero, como si éste fuera una nube sobre la que yo descansaba cual *putto* con su trompeta, y me habría sentido orgulloso de poder rebatirla en caso de haber podido contarle este episodio, claro está, cosa que posiblemente no podría hacer. Había llegado a los límites de mi intimidad. Pregunté el precio. El dinero se calculaba, me contó Caycee, en fracciones de media hora. El pago suponía estar media hora a solas con ella en una habitación. Está bien, contesté. Podríamos hacer lo que yo quisiera, añadió ella. Y luego se quedó callada. Yo le pregunté si podía pensármelo un momento y luego quizá me puse a hacer algo que me recordaba a coquetear, aunque es posible que no se tratara de coquetear sino únicamente de miedo.

Me volví hacia Hiro en busca de ayuda, pero en ese momento él estaba sentado en la barra disfrutando de un segundo zumo de guayaba. Mi santo me había abandonado justo cuando realmente lo necesitaba. Entonces Caycee me cogió de la mano y advertí que la suya estaba muy caliente y me sentí muy conmovido por eso, así como por el hecho de que fuera real y suya y que estuviera aquí. Y quizá debería haber pensado con más claridad acerca de lo que ella estaba pensando. Era muy consciente de que muy pocos hombres -por ejemplo, mi padre- han intentado comprender los pensamientos de una mujer, pero también creía que, en el fondo, esos pensamientos eran básicamente los mismos que los míos. Lo cual significa que confié en que Caycee viera que estaba abrumado con algo que no era exactamente gratitud, pero se le acercaba. Lo que quiero decir es que me dio la sensación de que esto era un acto benéfico o sobrenatural, como esos cuadros de la Asunción en los que el mundo está teñido de una suave luz dorada.

descubriendo impulsos autodescriptivos

La razón por la que estoy contando todo esto es que ese momento tuvo una especial importancia en mi vocación. Mientras avanzábamos por un pasillo y Caycee cogía una llave de una hilera de la pared y luego entraba en una habitación y cerraba la puerta por dentro, fui repentinamente consciente de una pequeña fisura o grieta. Sin duda sería difícil, pensé, que me siguieran gustando las cosas que hasta entonces lo habían hecho. Si por ejemplo terminaban sucediendo cosas en una casa de mala reputación, bueno, la fluorescente cuestión de la agradabilidad se impone a sí misma. Por utilizar un ejemplo de la vida de mi amigo Kayvon, uno sólo puede seguir diciendo «no he sido yo» hasta cierto punto cuando su esposa le sorprende mientras otra mujer le penetra con un consolador en el suelo del cuarto de baño. Y soy consciente de que toda la historia de la teoría del arte trata acerca de eliminar de la ecuación la cuestión de la agradabilidad, son sólo espectadores filisteos como Nelson los que dicen: «Buf, no había nadie en la película con quien a uno le apeteciera pasar el rato», aunque lamentablemente es posible que Nelson tuviera algo de razón. Es decir, ¿por qué debería nadie prestarle a uno atención? Ésa es una buena pregunta. Y si alguien lo hace, ¿por qué debería ser uno un gilipollas? Este problema es algo que está mucho más allá de la moral. Se adentra en el terreno de la profunda y oscura manía de complacer. Y debía admitir que había muchas cosas que mi madre

no habría admirado de su hijo en caso de conocer toda la verdad. Era mi confidente, pero no con todo. Por ejemplo (y soy consciente de que esto es quizá una minucia, aunque en realidad no estoy tan seguro de que en estas cuestiones sea posible diferenciar entre pequeñeces y cosas significativas), solía mirar *gang bangs* en internet. Me ponían. Es cierto que, en una ocasión, Candy intentó decirme con gran dulzura que no había nada malo en este entretenimiento. Pero Candy siempre era amable. En uno de los vídeos, una encantadora chica llamada Chastity era entrevistada antes de comenzar su *gang bang*. Chastity llevaba un chaleco gris con unos pantalones cortos gris jaspeado. En un momento dado, el hombre que estaba filmándola le preguntó si quería saludar a alguien, en plan «Hola, papá». Oh, eso sería espantoso, dijo ella con una seria sonrisa. Había considerado la posibilidad seriamente. Dijo *espantoso* con gran dulzura, algo así como *espantosssso*. Tengo tres hermanos, así que eso sería *espantosssso*, espero que todavía no se hayan enterado… Y yo me sentí tremendamente indignado. ¿Cómo podía el hombre de la cámara avergonzarla así? ¿Qué derecho tenía? Ella era una persona buena, una persona dulce, eso resultaba obvio hasta para el espectador más desequilibrado. En el porno, lo que más veo son tiernas proezas de resistencia por parte de estas mujeres. Y es que lo que Chastity estaba a punto de hacer era esencialmente una labor altruista para con todos sus infinitos espectadores. Quise tomarla en mis brazos y dejar que descansara en ellos. Pero obviamente no podía, así que, en vez de eso, me cogí el pene y me concentré en la pantalla mientras observaba cómo la sodomizaban, pues si he de revelar lo que más me gustaba, probablemente he de decir con tristeza que era la celeridad con la que, al follarse a una chica por el ano, su estrechez -que hasta entonces había sido su característica definitoria- desaparece repentinamente: no es que se relaje del todo, pero sí en gran medida. Lo que quiero decir es que, a pesar de que la antigua problemática de la descripción consiste fundamentalmente en lo bien que algo se corresponde con *el mundo real*, es posible que en el futuro esté relacionada con los problemas de superar lo bonito y agradable. Quizá estoy exagerando. No lo sé. En cualquier caso, mientras recorría ese pasillo recordé un viejo chiste: «Este hombre parece un idiota corrupto y actúa como tal, pero no dejes que eso te engañe. Efectivamente *es* un idiota corrupto.» Ésa era básicamente la situación, pensé, de todos los parlanchines del universo. Y creo que fue entonces cuando sentí el repentino impulso de escribir todas estas cosas. ¡Echaba de menos los afligidos santos y los

confesionarios con cortina! De haber tenido conmigo el móvil o algún otro instrumento de escritura como un dictáfono o un rotulador lo habría usado inmediatamente. De repente, sentía la necesidad de escribir entradas de diario y bocetos juguetones. ¡Escúchenme! ¡Era como si estuviera llorando mientras tocaba mi banjo! Resultó que yo era mucho más grande de lo que había pensado.

como su comportamiento en este dormitorio

Una vez dentro de la habitación, Caycee se volvió hacia mí, se deshizo de su corsé y, con una seña, me indicó que yo también me desnudara, así que me quité el albornoz. Esto no me costó nada porque los albornoces de toalla siempre me han parecido una prenda difícil y, de hecho, había estado arrastrando los bajos del que llevaba por las gruesas moquetas mientras lo sujetaba con la mano. Al quitármelo, no pude evitar sentirme algo femenino y extraño. Me pregunto si esta inseguridad al desnudarse es como suelen sentirse las mujeres. Todavía llevaba las sandalias de plástico. Quería quitármelas, pero no estaba seguro acerca de la moqueta de esta habitación y la higiene general. Caycee, por su parte, llevaba puestos unos zapatos con plataforma de plexiglás y no se los quitó. La desigualdad me molestó o desconcertó, pero no presté atención a mi perplejidad, sino a sus piernas o, mejor dicho, a su entrepierna, que estaba completamente lisa. Era como la belleza de uno de esos dibujos en los que, con sólo cuatro líneas, el artista dibuja una cara. De igual modo, cuando se sentó en el colchón pude comprobar que entre sus piernas sólo había una suave curva. Yo también me senté, pero mantuve los pies en el suelo ya que no quería quitarme las sandalias de plástico y, al mismo tiempo, me parecía incorrecto llevarlas puestas en la cama. La estancia estaba oscura y el aire, cargado con el olor de los perfumes de Caycee y de los productos químicos de limpieza. Y ahora pienso que debería haberme sorprendido, pero no era así. Sólo me sentía repentinamente feliz y la situación más bien era como siempre que uno se encuentra desnudo con una chica, aunque también ligeramente distinta. Tras tumbarse, ella me hizo varias sugerencias, y de repente me di cuenta de que en realidad no había pensado para nada en qué íbamos a hacer exactamente, lo cual quería decir que hasta ese momento no consideré los posibles peligros de una enfermedad. Y creo que quizá no había querido pensar en ello porque el pensamiento me parecía vergonzoso. Ahora que éste se

encontraba en mi cabeza, sin embargo, realmente no deseaba que ese momento tuviera consecuencias para el resto de mi vida. Aunque claro, también era posible que ese miedo atávico formara parte de la experiencia. Por lo demás, en ese tipo de situaciones suelo estar nervioso. En un entorno nuevo es fácil que me sienta inquieto. Sí, ella era hermosa, pero yo no podía dejar de pensar que en realidad no me deseaba y, así las cosas, no creo que sea poco razonable que me costara sentirme excitado. Ya cuando una chica parece ligeramente aburrida o cansada siento deseos de parar, y esto era muchísimo peor. Y es que me sentía inclinado a admitir que, a pesar de que probablemente era más joven y tenía la piel más tersa que los clientes habituales de Caycee, yo no era alguien especialmente atractivo. Romy, por ejemplo, me dijo una vez que le resultaba extraño estar conmigo porque, en general, prefería los físicos más musculados y a pesar de que le dije que no me molestaba, era algo que no había olvidado. O sea que sí, estaba preocupado por la mecánica de mi pene, y preocupado por las enfermedades, y preocupado porque en realidad Caycee no quería que eso sucediera, y sobre todo lo que yo deseaba llegado a ese punto era terminar de una vez con todo y darle todo el dinero que poseía para que la transacción llegara a su fin. Por otro lado, comprendo que podría no haber hecho nada y pagarle de todos modos, y supongo que si no lo hice se debió a mi constante curiosidad. Siempre siento deseos de seguir mirando. De modo que le dije que quizá sólo una mamada y ella me miró con lo que esperé que fuera una sonrisa. Yo quería que comprendiera que, en algún lugar de mi corazón, era un hombre honesto y sólo le pediría lo mínimo. Ella me preguntó entonces si quería la mamada con o sin condón, y yo le contesté algo que ahora, retrospectivamente, me parece que suena un poco demasiado inocente…

-Bueno, ¿tú qué crees que sería mejor? -pregunté, como si estuviera en la cola del almuerzo de una cafetería o en un spa de lujo.

-Creo que para el final es mejor con condón -dijo Caycee.

De modo que me la hizo con condón. Yo me tumbé de espaldas y aparté la mirada cual esposa decimonónica. Tampoco estaba seguro de que tuviera una erección. Era como si estuviera en tal estado de pánico que hubiera perdido toda sensibilidad o conciencia de mi pene; así debía de sentirse una salchicha de Frankfurt empanada en una brocheta. Supuse que si ella seguía adelante, alguna suerte de erección tenía que existir. O tal vez esto sucedía muy a menudo y Caycee era tan civilizada que podía lidiar con

extremidades blandas, como esa película en la que una mujer mayor le explicaba a un soldado la definición de «fiasco». Ella estaba más o menos en cuclillas sobre mí y le pregunté si podía tocarla, a lo que me contestó asintiendo con la cabeza. Procedí entonces a acariciarle la piel del interior de las nalgas, la piel más rugosa y, finalmente, el fruncido agujero. Luego le toqué lo que normalmente estaría resbaladizo y mojado, pero estaba muy seco y suave. Y sentí una ligera decepción ante esta absoluta ausencia de humedad. Sé que no había ninguna razón por la que ella tuviera que encontrar esto excitante, pero había una parte de mí que creía o esperaba que sí lo hiciera. No podía evitarlo. Así pues, intenté ocupar mis pensamientos con otra cosa. Al principio, simplemente pensé que era la primera vez que me hacían una mamada con condón y no tenía claro qué me parecía, pero aparte de eso la principal novedad era, obviamente, el hecho de que estuviera pagando a esa chica para que se metiera mi pene en la boca. Y antes de que cualquiera de estos pensamientos pudiera proseguir su camino hasta una conclusión, me corrí. Sin duda fue el orgasmo más rápido de mi vida. Y me sentí ligeramente aliviado por el hecho de que si me había corrido, debía de haber alcanzado asimismo una erección. Pero aun así no pude evitar sentirme decepcionado. Ella le hizo un nudo al condón con unos movimientos ágiles y minuciosos. Era muy limpia y pensé que, de hecho, no hay nada más limpio que correrse en la boca de una chica. La gente cree que es un engorro, pero eso no es cierto. Me corrí dentro de su aseada boca con un condón puesto. Más doméstico, imposible.

-Ha sido rápido -dijo ella.

No presté demasiada atención a su tono pero creo que sonó más agradecido que sarcástico o irónico. Creo que, desde su punto de vista, yo debía de representar alguien muy rentable. También debió de contribuir a ello el tono que esperaba que hubiéramos desarrollado como amigos, así como el hecho de que no hubiera intentado imponerme. Y entonces me di cuenta de que si nos hubiéramos conocido en un bar y luego nos hubiéramos trasladado a un entorno más íntimo, posiblemente habríamos terminado desarrollando una conversación, y eso es algo que me habría gustado en ese caso, desarrollar una conversación, porque parecía que quizá había cosas que necesitábamos discutir, pero ella sólo quería que me vistiera, de modo que lo hice. No quería que se enfadara. Era una chica muy simpática y agradable.

en el cual todos los valores morales son revisados

Recorrimos el pasillo de vuelta y me metí un momento en el vestuario mientras ella me esperaba fuera. Luego salí con todo el dinero en efectivo que tenía porque quería mostrarle mi gratitud. Le di una propina que posiblemente era el doble del precio del servicio. Y eso que a mí las propinas nunca me han gustado ya que en el fondo no dejan de ser una forma de decir que el sistema social ha fracasado y que el precio indicado no equivale al servicio ofrecido. Y por supuesto, *señoritas*,[5] el sistema ha fracasado, de eso no tenemos duda alguna, pero entonces la propina se convierte en el modo mediante el cual ha de realizarse una restitución. Aunque, al hacerlo, me daba cuenta de que estaba cometiendo otra injusticia, puesto que ese dinero que le había dado a Caycee era en realidad de mi padre, ya que todo el dinero que tenía entonces me lo daba él, y me sentí mal por haberlo utilizado para ese propósito en vez de comprar libros. Me pareció una traición aún mayor que la de mis votos matrimoniales con Candy. Así pues, mi verdadera sensación en ese momento era más bien de nostalgia (un poco como la mañana en la que me desperté junto a Romy), como si quisiera llamar a Candy desde allí mismo y escuchar su voz. Era como si ella se encontrara muy lejos y yo quisiera contárselo todo, aunque, por supuesto, era la última persona a quien podía contarle esa historia. Tendría que arreglármelas con la voz del interior de mi cabeza, y con otros confidentes como Hiro. Finalmente, pues, regresé al salón y Hiro se volvió hacia mí.

-¿Lo has hecho? -preguntó.

-Bueno, no del todo -dije yo.

-Yo también -dijo Hiro.

-¿A qué te refieres? -pregunté.

-Estábamos hablando y ella me ha dicho que estaba cansada, que llevaba trabajando doce horas.

-Ajá -dije.

-De modo que he sido yo quien le ha hecho un masaje a ella.

Le envidié, de verdad que lo hice. De algún modo, Hiro se las había arreglado para tener una experiencia más dulce que la mía. Pero eso es lo que sucede cuando sales con alguien más papanatas que Buda. Destruye toda tu moral.

4. EL PISTOLETE

EL PISTOLETE

la base de planes más ambiciosos

Yo tenía la sensación de que, en lo que respectaba a la transformación mundial, estábamos quizá bastante avanzados, propagando en todas direcciones nuevas formas de comportarse y expandiendo el mundo como quien extiende la masa para hacer una pizza. En opinión de Hiro, sin embargo, estábamos perdiéndonos en la abstracción y la inacción. Necesitábamos un plan más ambicioso.

HIRO
Esto podría seguir así para siempre.
YO
Estás aburrido.
HIRO
Estoy más que aburrido. Estoy frustrado.

Hiro pensaba que nuestros análisis de los sentimientos, y de las sensaciones sobre los sentimientos -en lo cual estábamos especializados-, no eran suficiente o que al menos, si bien resultaban divertidos en sí mismos, no eran la forma adecuada de vivir. Necesitábamos actividades más ambiciosas. O, como mínimo, eso es lo que anunció una oscura mañana en una cafetería, cuando descubrimos que sólo teníamos dinero para un té y un donut de flor de saúco, pues uno de los propósitos de Hiro era existir siempre de la forma más formidable posible, y yo tenía que admitir que estaba de acuerdo con él. Cuando uno no tiene recursos no es fácil crear comunidades ideales. Y últimamente mi padre había decidido poner fin al dinero que me daba al ver que me lo gastaba en tantos lujos y actividades ociosas. No era que le desagradaran en sí mismas, quiso recalcar, sólo le molestaba ser la persona que estuviera financiándolas para otra persona. Con lo cual supongo que se refería a Hiro. Mi padre opinaba que uno debía financiarse su propia haraganería, y si bien comencé a preguntarme si la forma de resistencia más auténtica en la forma actual del mundo no sería

precisamente gastar el dinero de otra persona, al final opté por dejar ahí la cosa. Posiblemente, también estaba de acuerdo con mi padre, pues ser tan dependiente como yo era no me parecía en modo alguno una buena profesión.

MI PADRE
A tu edad yo ya había fundado un negocio.
YO
A eso me refiero.
MI PADRE
No fue fácil.
YO
No es fácil ser yo.

Tener las cosas difíciles cuando se es joven, creo yo, es una buena receta para la autoestima. Tenerlas fáciles, en cambio (ser el tipo de la tumbona junto a la chapoteante fuente que exclama «*Che bellezza*»), supone definitivamente tenerlas mal. Y eso no es más que una forma más general de formular la frase: «Vivo en casa de mi madre y mi padre con mi esposa y me siento como si estuviera permanentemente afligido.» Provenir de una familia es inevitable, claro está, pero también supone una terrible aflicción. Ninguna cantidad de pastillas blancas puede mejorar esa situación. Y cuando la vida te hace algo así, es difícil reaccionar bien. Supongo que el término «depresión» podría ser una forma de describir mi estado, pero prefiero otros más románticos que antaño estuvieron en boga como *melancolía*. Mi terapeuta, sin embargo, me dijo que no, que debería referirme a ello como *depresión*. Pero eso fue hace mucho. Crecí rodeado de tantas comodidades que me volví completamente dependiente. Para un multimillonario imagino que no sería mucho, pero yo sabía que podía ir siempre a casa en taxi, que en mi cama habría sábanas limpias, que la ventana quizá estaría entreabierta para que se pudieran oír los ruidos de la ciudad, y que en la planta baja mi madre estaría preparándome chocolate caliente. En otras partes, había adictos a las hamburguesas basura, o a los centros comerciales, o a los somníferos. Yo era adicto a mi puesto en el bazar de la vida. ¿No les parece que tales comodidades podrían llegar a ser malas para una naturaleza como la mía? No quiero decir que mis padres pretendieran causarme mal alguno pero, tal y como todos sabemos, el mal puede emerger de tantas cloacas y sumideros que no hay modo de evitarlo. Era posible que otras personas pudieran mantener su independencia incluso en tales condiciones, pero yo no era una de ellas. Así pues, a pesar de la dificultad de

soportar el hecho de que mi padre ya no me apoyara económicamente, también podía ver esta situación como una oportunidad. Como si yo fuera una pelota, la situación una estrella del baloncesto y ahora estuviéramos esperando la llegada de un último elemento para realizar un mate en la canasta.

con armas de fuego a modo de accesorios

En opinión de Hiro, el primer problema era el eterno problema del dinero -y yo, por supuesto, estaba de acuerdo: en ese momento era la principal dificultad de nuestras vidas-, pero también había un dilema aún más difícil, añadió Hiro, y era que no queríamos trabajar para conseguir ese dinero. Básicamente, opinaba que si en teoría es posible hacerse rico con rapidez, ¿por qué perder tiempo? O, para expresarlo de un modo más filosófico, el gángster, en su deseo de hacerse rico con rapidez, realiza un acto de considerable resistencia al orden social. Está más que harto del mundo laboral y esto, quizá, no debe menospreciarse, o, al menos, no es tan estúpido como podría parecer. Y es que resultó que Hiro estaba por la labor, y para demostrar su argumento sacó entonces un arma espléndida, no un Uzi ni algo de bajo calibre, sino una especie de pequeña Magnum, no estoy seguro de la categoría, y la visión de ese artilugio en el regazo de Hiro en una cafetería retro con fotografías de estrellas fallecidas de los mundos del billar o la televisión matinal provocó una excitada respuesta en mí, lo cual no creo que sea muy raro si tenemos en cuenta que no es tan normal contar con un arma en la vida de uno; o al menos no lo es si uno es una persona común y un prodigio inocente como yo. Y añadiría que si uno nunca ha sostenido en público un objeto con el aspecto de un arma no ha vivido. Da lo mismo si se trata de una réplica o de un arma real. La excitación es tremenda.

-¿Qué coño es eso? -pregunté.

-¿Acaso no es obvio? -dijo Hiro.

Y no quise parecer demasiado reacio o reprobatorio, en parte porque, en el fondo, la persona que tiene el arma en la mano es siempre muy persuasiva, pero también porque tengo la teoría de que puedo hacer felices a al menos algunas personas, y quizá la única persona con la que eso era válido era Hiro, así que ¿cómo iba a llevarle la contraria? Además, como ya he dicho, me sentía ligeramente triste y enfadado por mi situación vital. Albergaba en mi interior una rabia melancólica y ésa es una condición desestabilizante cuando uno pretende tomar sus decisiones morales

cotidianas.

en un plan criminal

¡Qué poco equipo es necesario para resultar convincente! Eso ya lo había descubierto en el incidente del colmado. Una mera réplica de pistola es suficiente para convertirle a uno en alguien temible, y eso que ésa no era, dijo Hiro, auténtica.

-¿No lo es? -pregunté.

-No, tío -dijo él.

Sí, era más real que una pistola de agua pero, por otro lado, señaló Hiro, era menos real que una auténtica arma.

-No es más que una réplica -dijo Hiro.

-Pero parece real -dije yo.

-Bueno, claro -dijo él-. ¿Por qué no iba a parecerlo?

¿Cuántos dobles necesita realmente un embuste? Y es que, argumentó Hiro, si bien resulta fácil hacer cosas con pistolas de agua y cosas así, si uno quiere llevar a cabo algo más importante o más serio necesita mejorar su atrezo, o eso decidió él mientras deambulaba por los encantadores e iluminados espacios abiertos de la pantalla del ordenador. La pistola de agua estaba bien para cosas rápidas, pero si una pistola parece auténtica, realmente auténtica, con su seguro, sus acabados, su brillo y las demás cosas, no hace falta nada más siempre y cuando la intención sea no usarla, y en la mayoría de las ocasiones de nuestra sociedad civilizada, precisamente la intención es no usarlas; no son más que una forma mucho más general de dirigirse a otras personas, una señal como unas medias de rejilla o unas *lunettes* lunáticas.

-¿A qué te refieres con lo de más serio? -dije yo.

-Bueno, ¿qué te parece un salón de uñas? -dijo Hiro.

Creo que vivimos en una época muy peligrosa. Me refiero para la vida moral de uno: en anteriores épocas, la hermosa alma que quisiera expresarse siempre tenía un problema de material bélico. Es decir, puede que al estudiante medio de las ciudades pantanosas o las conurbaciones marginales no le resultara sencillo conseguir un arma u otros accesorios, como todas las papelinas de opio que su corazón pudiera desear. Ahora, en cambio, muchísimas cosas están disponibles en las profundidades planas de una pantalla de ordenador, y si bien sin duda eso es un avance para la civilización, es posible que también se trate quizá de un retroceso.

-Ajá, sigue hablando -dije.

Cuando hicimos aquello en el colmado con la pistola de agua, señaló Hiro, yo no protesté lo más mínimo. ¿En qué se diferenciaba esto? Aunque el objeto de atrezo fuera ligeramente más amenazador, en realidad no lo era, pues en ninguno de los dos casos era real. Así pues, si mi preocupación se debía a la seguridad de la gente, no tenía de qué preocuparme; y, de igual modo, si se debía a nuestra propia seguridad, también podía estar contento, puesto que un salón de uñas no tendría ningún empleado de seguridad o botón de pánico. Después de todo, prosiguió Hiro, no era más que un lugar de armonía y perfumes al cual no acudía nadie con intenciones agresivas. Sí, habría cámaras de vigilancia y tal, pero como las imágenes de las cámaras de seguridad son la peor experiencia cinematográfica del mundo y sólo emborronaban y empequeñecían a las figuras, eso no debía preocuparnos. *Moralmente*, nada podía ir mal porque un establecimiento como ése sería muy autosuficiente, y contaría con un seguro que cubriera, precisamente, este tipo de acontecimientos tristes e inevitables. Todo establecimiento abierto al público debe contar con algo así, dijo Hiro, del mismo modo que una mujer debe contar con que en algún momento dado, un hombre la acorrale contra una pared y le explique estúpidamente que la quiere. En conclusión, supongo, su argumento básico era que mientras nadie sufriera podía considerarse el crimen un acontecimiento puro y singular.

HIRO

¿Realmente importa si uno atraca un negocio minorista? Es decir: ¿quién sale perjudicado?

YO

No te sigo.

HIRO

La chica a la que apuntas con el arma o, yo qué sé, con la bayoneta, va a recuperar su dinero, y la compañía detrás de ese establecimiento también lo va a hacer. La única persona que paga es el ejecutivo de la compañía aseguradora, que se encuentra muy lejos de allí y, lo que es más importante, a él no le supone ningún descalabro.

Y me molestó un poco -muy tímidamente, del mismo modo que el viento acaricia las copas de los eucaliptos y las acacias- que Hiro tuviera tan claro que le costaría convencerme y quise demostrarle que estaba equivocado.

-Hagámoslo -dije.

-¿Estás seguro? -preguntó.

-Lo estoy -dije yo.

Si uno no tiene modo alguno de demostrar alguna habilidad en lo que le resta de vida, resulta tranquilizador pensar que puede haber una pequeña cosa en la que es capaz de tener éxito. Y al fin y al cabo, pensé mientras le daba el último mordisco a mi mitad del donut, muchas cosas en mi vida eran distintas a como tiempo atrás había pensado que serían. La vieja forma de pensar ya no parecía servir de nada. Sé que la forma habitual de pensar consiste en separar lo interior y lo exterior y argüir que sí, claro, puede haber cierto interés estético en, digamos, acariciar el umbral del horror con una serie de disquisiciones teóricas y bagatelas y considerar que los asesinatos pueden ser merecedores de atención estética como las estatuas, los cuadros, los oratorios, los camafeos, los grabados al *intaglio*, etcétera. Pero también tengo claro que si en un momento dado uno sucumbiera a la ejecución de tales disquisiciones mentales, sólo sentiría repulsa y aprensión. Sin embargo, de repente yo ya no estaba tan seguro. Parecía una distinción quizá más útil para el contrato social en general que simplemente verdadera. Y yo lo que quería era que en mi vida hubiera excitación. La falta de excitación me parecía un serio problema y comenzaba a pensar que haría cualquier cosa por que esa excitación volviera, por ridícula que fuera su forma. Estaba implorándole al mundo: ¡Por favor, interésame! Era como ser un amante de los animales que en el fondo tuviera la necesidad de sentarse bajo el moribundo sol mientras contempla cómo el torero mata al toro. Definitivamente, sentía curiosidad por cómo sería en realidad un atraco. En esto tenía que admitir que era un gángster: si en este mundo uno tiene que buscar dinero, siempre es mejor hacerlo rápido. Cuando uno piensa en ello, resulta obvio. ¿Hay algo peor que sufrir tedio?

para robar un salón de uñas muy iluminado

Porque, dijo Hiro, la gente tiene una idea muy complicada de los atracos y otros robos, como que si uno quiere entrar a robar en un importante museo de arte probablemente le parecerá natural pensar que debe hacer algo muy sofisticado, como tomar prestado el uniforme del guardia de la galería, acceder a la sala de seguridad para desactivar todas las cámaras de seguridad, cortar la electricidad de las salas con arte enmarcado en pan de oro y dejar que su compinche haga cosas de compinche como descolgar los cuadros de las paredes y destrozar los aspersores contra incendios. Eso es lo que la gente piensa. En realidad, prosiguió Hiro, uno

debería limitarse a irrumpir en el lugar con armas de asalto y pasamontañas. Tiene tres minutos hasta que aparezca la pasma, y eso es mucho tiempo cuando uno sabe lo que está haciendo. En otras palabras, añadió Hiro, las cosas más complicadas suelen ser las más sencillas. Y yo le creí. Por eso no hicimos grandes planes ni diagramas de entradas y salidas, sino que nos limitamos a entrar en el salón de uñas como cualquier otro cliente que quisiera retocarse y pintarse un poco las uñas, salvo por el hecho de que íbamos con gorras de béisbol y gafas de sol para protegernos del sol de tarde; pues habíamos escogido actuar después del almuerzo, unas tranquilas horas que sólo conocen aquellos que son padres o están desempleados. La recepcionista estaba completamente absorta en su conversación telefónica:

-De modo que no se retrasó dos semanas, creo que lo hizo un par de días. Y la razón por la que lo hizo un par de días fue el estrés. Sí, *gracias*. Está mintiendo. Min-tien-do. Esta mujer tiene problemas. Es *muy* inestable.

Hubo una pausa y luego dijo algo como:

-¿Qué cojones tiene eso que ver con nada? La chica cree que es especial porque se casó con un asiático. Nunca le gustó que hubiera una chica negra en su vida.

Bueno, en realidad no lo recuerdo con exactitud. Sólo estoy imitándola de memoria. Ésa era la escena cuando entramos, y era ciertamente muy feliz y radiante, de modo que sentí cierto pesar por el hecho de que fuéramos a ser agentes de la disminución de esa felicidad e incluso causa de preocupación y miedo, y por eso esperaba que todo esto durara el menor tiempo posible. Y, asimismo, por eso me alegró que tuviéramos una apariencia tan discreta, pues si bien podía suponer un problema de autoridad en lo que respectaba al atraco, sin duda aliviaría su terror e incomodidad naturales. De igual modo, consideré que supondría un mayor elemento de sorpresa que si uno simplemente entraba dando gritos amenazadores con un pasamontañas puesto, y si la sorpresa era mayor para otras personas como las manicuras y la única clienta con una mano en un baño químico, puede que entonces el miedo fuera menor. Y mientras Hiro hacía esto (me refiero a sacar el arma y blandirla en el aire), me di cuenta de que mi corazón no permanecía ni mucho menos en calma, sino que apenas me cabía en el cuerpo. Se trataba de otro efecto más que no había previsto al contemplar el acontecimiento desde el globo o el avión meteorológico. Y en muchos sentidos ese acontecimiento, tal y como lo recuerdo ahora (o tal y como intento registrarlo), fue toda

una red de efectos imprevistos. De acuerdo con el plan que habíamos esbozado en la cafetería, mi trabajo consistía en ser el vigilante o centinela, aunque no tardé en darme cuenta de que si hubiera visto un guarda de seguridad con perros o algún agente de policía no estoy seguro de que hubiera sabido qué hacer exactamente. Intenté, por lo tanto, desdeñar esa laguna en mis conocimientos y permanecí cerca del aparador, junto a maniquíes que mostraban unos bellísimos diseños de uñas. Sus manos eran muy grandes, como si estuviera en un sueño u otra alucinación en la que mi voluntad no estuviera bajo mi control. Y fue entonces, mientras observaba esas alucinógenas manos, cuando Hiro comenzó a gritar de un modo que a mí me pareció ligeramente exagerado. Y me preocupó esa exageración, pues parecía delatar que estábamos asustados y que no teníamos la situación exactamente bajo control. Con el susto, la clienta se puso en pie y volcó el baño químico. Instintivamente, yo quise coger un trapo y limpiar el líquido vertido -porque la suciedad de cualquier tipo me intranquiliza-, pero luego pensé que sería mejor que permaneciera en mi puesto. Y eso hice. En vez del líquido, me puse a pensar en el arma ya que, estaba descubriendo, resulta muy interesante lo que sucede cuando uno saca un arma en público. De repente, se hace la calma y comprendí entonces cómo operaban los criminales en serie: debía de ser una maravilla vivir eso todos los días, y también muy adictivo observar cómo uno podía tranquilizar a la gente con un simple gesto. Descubrir un poder que uno no sabía que tenía, ésa sí es una sensación interesante. Y sí, ya lo sé, mi amigo Álvaro está acostumbrado a despertarse y descubrir que el jardín de infancia de sus hijos ha sido decorado con agujeros de bala causados por alguien que pasaba por allí con una ametralladora, y también a los sobornos y las amenazas y la protección y a todas las demás formas en las que la actividad criminal alcanza al contribuyente medio -de igual modo que los espectáculos de Broadway terminan representándose en tranquilos teatros de provincias, como aquellos a los que mi madre me llevaba a ver pantomimas-, pero yo no. Ahora, sin embargo, me estaba dando cuenta de que quizá algo criminal y oscuro podía implicarme a mí. Era un nuevo paso metafísico. Aun así, también sabía que ése no era el momento para cavilaciones. Y, de hecho, ni siquiera estoy seguro de que esas ideas fueran cavilaciones. Fue más bien como si esos pensamientos se encontraran en mi interior esperando a ser polinizados.

cosa que consiguen con gran rapidez

Todo sucedió con gran rapidez. Hiro apuntó el arma a la mujer que había detrás de la caja registradora y, por un lado, le exigió que no se moviera porque si alguien tocaba siquiera un teléfono él no vacilaría en disparar y, por otro, que se moviera muy lentamente para abrir la caja registradora y entregarle todo el dinero que contuviera. Y supongo que estas cosas suceden así porque uno las ha visto anteriormente (me refiero en la típica miniserie). Pero no esperaba la lentitud con la que se desarrolló esta actividad hiperrápida, esos cinco minutos, ni el hecho de que, mientras tanto, pudiera ver a gente en la calle paseando tranquilamente a su perro o haciendo otras cosas menores (había, por ejemplo, un hombre manteniendo una conversación con una mujer muy hermosa, y me di cuenta de que él quería impresionarla porque sacó un cigarrillo y un encendedor, pero cada vez que estaba a punto de encenderse el cigarrillo, la mano se quedaba a escasos centímetros mientras seguía hablando, y luego la volvía a bajar lentamente, y ser testigo de esas atenciones para con otra persona era algo verdaderamente encantador). Luego advertí que, junto a uno de los espejos, había una mujer que estaba llorando mucho. No lo hacía de forma violenta o ruidosa, pero las lágrimas caían por su rostro y había manchas de rímel en las mejillas, como si estuviera aplicándose ceniza en la cara como los antiguos plañideros. Sentí deseos de tranquilizarla, pero no estaba seguro de si Hiro lo aprobaría de modo que le llamé:

-Hiro -dije.

-¿Qué coño quieres? -preguntó él.

Creo que le molestó que utilizara su nombre, pero yo no estaba tan seguro de que eso importara realmente, quiero decir fuera de las películas. Aun así le molestó, así que le pedí perdón.

-Lo siento -dije.

-No pasa nada -respondió.

Sabía que estaba enfadado, pero supuse que ése no era momento para disculpas, y apreció que al menos se diera por enterado de mi error.

-Es que hay una chica llorando -dije.

Hiro se volvió hacia ella.

-Enseguida terminamos -le dijo a la chica, y lo hizo en voz baja para tranquilizarla.

Ella no se tranquilizó demasiado, pero al menos yo había hecho lo que había podido. Y lo sentí porque, al fin y al cabo, en realidad no estaba sucediendo nada especial, sólo éramos dos rufianes con

armas, y ni siquiera éramos auténticos rufianes, del mismo modo que las armas no eran auténticas armas; no éramos dos asesinos encocados a punto de apretar el gatillo de sus Magnum 45. Y entonces me percaté de que la chica del mostrador también parecía agitada.

-He dicho que no te muevas -dije.

-No me he movido -dijo ella.

-Está bien -dije yo.

No estaba seguro, pero era muy posible que en realidad yo estuviera más asustado que ella y que por eso pretendiera mantener algún tipo de conversación. Es lo que hago cuando estoy nervioso, como cuando hablo con nuestra mujer de la limpieza, o con niños. Sobre el mostrador había una pequeña figura de una santa o una beata tallada en madera y, de repente, esto pasó a ser lo único en lo que podía pensar. Fue como cuando uno va puesto de anfetamina y, de repente, le parece muy importante volver a doblar la ropa del armario en un orden determinado, o copiar las notas de las cosas por hacer que hay en un cuaderno que está algo tachado y hecho polvo en otro cuaderno nuevo sin notas tachadas cuando en realidad debería estar en un funeral, o con su abogado para atender la vista de un divorcio. Hay muchas formas en las que la atención de uno a veces se puede desviar. En mi caso, de repente me puse a pensar en un episodio de mi infancia en que vine a estas mismas galerías y mi madre me compró un libro sobre el torneo de fútbol más importante del mundo. Recordé lo feliz que me hizo ese libro y pensé entonces en que esa versión más pequeña de mí mismo nunca habría podido imaginar que algún día estaría aquí con un amigo armado.

-Es bonito -dije.

-Me protege -dijo ella.

-Eso está bien -dije.

-¿Crees en los horóscopos? -preguntó entonces.

-No mucho -contesté.

-Me protege -volvió a decir entonces ella.

-¿Puedo mirarla? -pregunté.

La mujer de la talla tenía un halo multicolor y su ropa también lo era. Estaba tallada en una pieza de madera y parecía una ficha de ajedrez o el intrincado elemento ornamental de un edificio fantástico, con lo cual quiero decir que tenía arabescos y florituras.

-¿Puedo quedármela? -pregunté.

-¿Me lo estás pidiendo? -contestó ella.

Y creo que fue entonces cuando realmente me di cuenta de que lo que estábamos haciendo era mucho más violento de lo habitual y que ella tenía toda la razón al encontrarlo aterrador. Porque por más que este crimen le hubiera podido parecer muy divertido a sus perpetradores, yo entendía que para otras personas pudiera resultar algo terrorífico e inusual (me refiero a las personas obligadas a actuar como testigos, o espectadores, o participantes reticentes, como si estuvieran en una terrible *performance* también en contra de su voluntad). En las películas hay tanta violencia que quizá a la gente no se le ocurre lo violenta que puede ser la más pequeña alteración de la realidad. Por ejemplo, resulta espantoso ver a otra persona alzar la voz, como si, digamos, un tipo que se encuentra a las puertas de un pub comienza a gritarle a uno y luego decide seguirle a la parada del bus: sería difícil no sentirse muy amenazado y solo. Introducir un arma, pues, aunque ésta fuera falsa o inventada, suponía introducir un elemento mucho más inestable de lo que yo había imaginado. Este atraco estaba repleto de detalles tristes ante los que me resultaba difícil reaccionar de forma apropiadamente violenta, o anticipar incluso cuándo iban a tener lugar. En vez de eso, sentía apacibilidad y desconcierto, de modo que con mucho cuidado volví a dejar a la santa o beata en su sitio.

-Lo siento -dije.

-No pasa nada -dijo ella.

con dudas sobre la vida interior

Me pregunto si, en el fondo, tal vez todo esto trata en realidad acerca del concepto pop de *agradable*. Lo agradable es un problema importante. Porque mi aspecto es absolutamente agradable. Voy vestido con camisetas, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas como todo aquel que conforma la historia del multiverso. Y llevo el pelo ligeramente en punta. Ése es mi aspecto en la calle o la cantina. Además, mis ojos son grandes tamaño manga y mi voz es suave. Presto atención a la forma en que hablo y espero que sea audible. Y sin embargo me quedo embobado viendo pornografía, por ejemplo, un vídeo en el que una chica se atraganta con un pene y de la boca le cuelgan hilos de saliva que parecen espaguetis o, para ser más precisos, *spaghettini*. Supongo que al final me siento triste, o avergonzado, o asqueado, y aparto la mirada, pero durante al menos unas pocas horas, no lo hago para nada. Lo que quiero decir, pues, es que el aspecto no es indicativo de la vida interior: «No es ninguna broma», por utilizar una frase que suele decir mi

madre, como si sólo ella comprendiera la seriedad del mundo. El aspecto de todas las personas que he conocido ha sido agradable, eso es todo lo que quiero decir. Si la apariencia lo fuera todo, nada malo podría pasar nunca. Pero obviamente sí lo hace.

y abultados resultados económicos

Lentamente, la chica del mostrador me fue dando todos los billetes de la caja registradora. Y me parecieron muy ligeros, como si creyera que en estas cantidades iba a tener que llevar el dinero igual que los ladrones de los cuentos ilustrados de mi infancia cargaban sus sacos con el botín. Pero no, pesaban tanto como una cartera muy ligera, o ni siquiera eso. Y ahora me maravillo ante esa capacidad que tiene el mundo a veces de organizarse a sí mismo en escenas, deteniéndose momentáneamente y fusionándose como lo haría un sorbete o el cristal. Ésa es la diferencia entre que sucedan cosas y que no sucedan, y dado que una gran cantidad de nuestro tiempo la pasamos quejándonos de que no sucede nada y que un determinado *suceso* es fundamentalmente imposible, todavía creo que es posible ver algunas vidas como si fueran vidas de santos en las que todo lo que sucede, todas las citas a las que no acudimos, los problemas de espalda y los pequeños cambios de humor son en realidad pequeños detalles que conforman un patrón más grande. Por ejemplo, el peso de unos billetes viejos en la mano: eso puede determinar un momento importantísimo. En aquel momento, sin embargo, no lo pensaba. En aquel momento, no estaba tan seguro de que hubiera sucedido nada realmente, y no creo que esta reticencia a creer en los sucesos sea indefendible o, ni siquiera, inusual, pues en general la gente suele creer que la vida no es más que un follaje tan denso y espeso como el manto de hojas que conforman las copas de los árboles del Amazonas, o uno de esos *collages* con una tremenda sensación de extrañamiento en los que todo está minuciosamente desarticulado. Ésa es la superficie mate general bajo la cual la gente cree vivir, como el hecho de que las fiestas del mundo no dejen de celebrarse -no tienen fin, las fiestas-, y se trate siempre de la misma gente con las mismas bebidas o pequeñas variaciones, Campari un día, Aperol al siguiente, y uno cree que toda esa atmósfera horizontal seguirá así para siempre, sin dramatismos, separaciones o fisuras. De modo que se podría decir que todo el concepto de la *escena* dramática parece una exageración. Definitivamente, eso era lo que yo pensaba: creía más bien que lo que estaba sucediendo siempre era el proceso de mi

pensamiento y sus difíciles humores. Aunque entonces sucede algo vertical. No puedo negarlo. Aquel día salimos corriendo bajo la suave lluvia de vuelta al ruido de la vida normal, y resultó difícil, como debe serlo para un astronauta dejar de estar en gravedad cero. ¡Oh, qué horroroso debe de ser simplemente mantener la cabeza erguida o levantar el tenedor cuando uno está comiéndose un anhelado plato de carbonara!

5. LARGA FIESTA (EL HORÓSCOPO)

LARGA FIESTA (EL HORÓSCOPO)

lo cual mejora su inestable humor

Fue una época de muchas fiestas. Se celebraban en pícnics u otras localizaciones, como parques en los que los árboles ocultaban estatuas de generales y renombrados farmacólogos, o bustos de grandes exploradores iluminados por una tamizada luz rosada y con margaritas por todas partes, y luego por la noche en fábricas abandonadas o casas pequeñas. Nosotros íbamos a todas porque, por más que en realidad uno sólo quiera ir a la cama y retozar con otra persona, dejará el apartamento e irá a todas las fiestas a las que haya sido invitado. Es uno de esos extraños misterios, como por qué las restricciones son tan restrictivas. No me detenía ni siquiera el hecho de que me preocupara por nuestro perro, aunque definitivamente me entristecía tener que dejarlo atrás porque, por desgracia, uno no puede llevar a su perro a todas partes. No son tolerados en sociedad. Supongo que a él le habría gustado vivir en una jauría, con otros perros, pero se había visto obligado a hacerlo solo, dependiendo de nosotros y sin el lenguaje que empleábamos en estas *soirées* en las que cotilleábamos y hablábamos de los asuntos del día. La atmósfera de las fiestas, sin embargo, podía ser muy variada. En mi caso, solía estar animado, pero a veces también tenía la mirada perdida e, inesperadamente, mis manos comenzaban a temblar. Creo que eso estaba relacionado con el trauma de mis últimas escapadas. La transformación en un macho experto en escenas criminales no la llevaba con aplomo. Sin embargo, quería creer que podía estar a la altura de esa carrera, con sus posibles revanchas y tentaciones. Intentaba pensar que, pese a que la vida que tenía por delante era sin duda aterradora, en realidad cualquier carrera me habría asustado, de modo que este nuevo miedo parecía una prueba que superar… Es muy difícil, al fin y al cabo, enorgullecerse de los propios logros. Aprobar exámenes no es suficiente. Mientras tanto, pues, interrumpía estas reflexiones con conversaciones de a pie.

YO

¿Te he contado lo que me pasó una vez en un avión?

ROMY

No, bizcochito, cuéntame.

YO

El avión se dirigía a la pista de despegue y yo estaba convencido de que algo iba mal porque los ruidos que hacía el aparato no eran normales. Entonces advierto que la azafata que está delante de mí le dice en voz baja a la que se encuentra al final del pasillo: «¿Qué sucede?» Obviamente, decido que debo hacer algo e impedir que el avión despegue porque si lo hace estallará en llamas, de modo que llamo a la azafata y le digo que lo más seguro sería regresar al aeropuerto y hacer que revisaran el avión, a lo cual ella me contesta que por supuesto podría hacerlo, pero que antes me irá a buscar un vaso de agua y que, cuando vuelva, le diga si todavía quiero que informe a toda la gente del avión de que estoy tan asustado por un zumbido supuestamente anormal del aire acondicionado que el avión tendrá que perder su turno de despegue y ser revisado durante lo que podría ser un periodo de cuatro a cinco horas.

ROMY

¿Y qué hiciste?

YO

Me quedé callado.

ROMY

No es tan malo.

YO

Lo que no sé es si mi silencio se debió al conocimiento íntimo de que me estaba comportando de un modo irracional y en realidad no había nada de lo que preocuparse, o si estaba tan imbuido por la vanidad y el deseo de no montar una escena que preferí arriesgar mi propia muerte y la de otras cuatrocientas cincuenta y tres personas en vez de someterme a mí mismo a la posible humillación del anuncio de la azafata.

Y es que, a pesar de ser consciente de que quería que Romy me quisiera, y también de que la única razón por la que yo estaba tan enamorado de ella era el hecho de que ella tuviera un encanto especial, no podía dejar de animarla a que se riera de mí. Era el único modo de flirtear que conocía, así que no podía evitarlo. Vivir

así no era nada placentero, y sin embargo parecía ser el destino para el que había sido creado. Sabía, por supuesto, que debía tomar decisiones y llevar a cabo renuncias. Mi vida con Candy era imposible, pero claro, también lo era mi vida con Romy. Ninguna de las dos opciones tenía futuro. Aun así, en mi interior sentía ese deseo extra de iniciar una crisis a pesar de saber que no había esperanza alguna. Puede que no sea más que un efecto de mi carácter porque vivo enfocado al futuro. Siempre estoy buscando una versión mejor de mí mismo. Aunque en realidad creo que había una causa específica para esa repentina preocupación por la aceleración. Creo que le echo la culpa a la recién descubierta emoción provocada por cualquier escena de violencia llevada a cabo con la réplica de un pistolete.

gracias a una recién descubierta hombría

No es que Hiro y yo hubiéramos regresado con un cofre repleto de doblones, pero aun así no estuvo mal. Tener dinero propio era algo muy placentero. Y supongo que nos podríamos haber dedicado a tomar *khat* sentados en la puerta de un colmado como los frikis de ojos rojos que se sientan en una silla de jardín en la calle mayor y se ponen a contar coches al tiempo que permanecen absortos en su espacio interior. Mis extravagancias, sin embargo, eran distintas y más dulces. Ahora, por ejemplo, podía llevar a Candy a cenar o comprarle pequeños regalos en la tienda de *delicatessen* africanas. Y ser capaz de hacer estas cosas que hacía tanto tiempo que no podía hacer hizo que me creciera un poco, aunque sólo fuera de forma privada. Sí, naturalmente es algo muy triste que tengan lugar actos violentos y en modo alguno *quiere* nadie tener que cometerlos, pero al mismo tiempo estas cosas terminan, nada dura para siempre, y de repente uno se encuentra en Geranium Avenue o un bulevar parecido y realmente las cosas no podrían ser más bonitas. Y por supuesto hay restaurantes en partes interesantes de la ciudad o estrenos de pequeñas obras de teatro de las que la gente le avisa. Uno no puede dejar que el recuerdo de la violencia lo ensombrezca todo, o al menos eso me gustaba pensar. Y también tenía que admitir que había algo incluso agradable en el hecho de hablar con alguien a quien estaba obligando a mirar el cañón de un arma, un momento fugaz y delicioso en el que uno tomaba conciencia de que sin duda había ido demasiado lejos. Y el recuerdo de esa sensación permitía que me recreara en ese perezoso desprendimiento de mi comportamiento general. Nos sentábamos en pubs y en los

periódicos de pequeño formato leíamos noticias acerca de los fascistas que estaban asumiendo el control de todo: sus triunfales marchas en los estudios de televisión y las grandes barriadas marginales. Luego, en los periódicos de tamaño más grande, leíamos sobre nuestros amigos. Porque lo que sucede cuando uno ha recibido una hipereducación es que en los periódicos reconoce a mucha gente de su infancia o primera juventud, lo cual es un problema si uno quiere preservar cierto respeto universal y optimismo público, ya que reduce un poco la seriedad con la que se toma las cosas: *ése* es el secretario parlamentario que una vez te aburrió en una cena; *ese* otro, un crítico de cine con la tristona figura de Nelson. Es algo que tiende a disminuir la estima de uno por el mundo social.

que puede requerir más violencia para continuar

Incluso si la cuestión del mundo social comienza a imponerse a sí misma muy rápidamente por la necesidad de hacer más dinero. Y es que el desprendimiento no puede continuar de forma indefinida.

-Necesitamos más -dijo Hiro.

-No me queda nada -dije yo.

-Por eso necesitamos más -dijo él.

-¡Oh! -dije yo.

-¿Cuánto te queda? -preguntó él.

-Nada -contesté yo.

-¿Candy no gana nada? -preguntó Hiro.

-Ésa no es la razón por la que me casé con ella -contesté yo.

-No he dicho eso -dijo Hiro.

-No me queda nada de dinero -dije yo.

Y si bien obligar a alguien a mirar el cañón de un arma resulta definitivamente tentador, sin duda habría preferido algo menos violento, siempre y cuando que tampoco supusiera un esfuerzo excesivo. Un método para hacerse rico rápidamente en un entorno cómodo parecía ser las apuestas *online*, y especialmente las competiciones de póquer, pero pronto descubrimos que ese ámbito no era donde residían nuestros dones. Carecíamos del temperamento necesario. Luego, dada la cantidad de productos que hay en el mundo y la disparidad de sus precios, consideré por un momento si no podíamos beneficiarnos de la tendencia global general y estudié la posibilidad de convertir la casa de mis padres en un depósito o almacén de internet en el que guardar ediciones

especiales de chocolate, revistas o zapatillas deportivas inusuales para luego revenderlas a compradores extranjeros a cambio de un enorme beneficio. Pero los problemas obvios de capital y de distribución, así como la falta de conocimiento del mercado y de preparación por nuestra parte, pronto frustraron esta vana ilusión. Llegados a este punto, todo indicaba que la pequeña intrusión en la legalidad parecía ser nuestra mejor opción, o eso es lo que intentó argumentar Hiro. Su razonamiento era impecable. O al menos yo siempre tendía a verlo con buenos ojos. Siempre parecía muy impresionante. La manera de entrar en el mundo que ofrecía me parecía valiosa precisamente porque era muy viva e inusual. No veía necesidad de ninguna otra aula, me valían Hiro y sus argumentos. Y quizá también me sentía altruista, como en lo de mi ideal de la creación de una *troupe*, y quería ayudar a Hiro en sus esfuerzos para vivir bien. Si necesitaba un estudiante o un asistente de laboratorio, yo podía desempeñar ese papel sin problemas.

este humor opaco

Definitivamente, ésa fue una época de muchas fiestas, pero la escena que estoy intentando describir es mucho más larga que la fiesta de nadie: consiste en todo el periodo de mi necesidad de vivir con sinceridad y realizar confesiones con gran teatralidad. Y es que, por supuesto, tenía dificultades en explicarle la fuente de mis ingresos a Candy. Ella temía que estuviera pidiéndoselo otra vez a mis padres y eso no le gustaba, pues si el dinero era un problema, ¿por qué no podía pedírselo a ella si en modo alguno le molestaba? Y yo no sabía cómo decirle que estaba equivocada porque, lamentablemente, resulta difícil ser sincero respecto a las fuentes de la riqueza de uno y me entristecía estar cometiendo actos violentos mientras ella sólo quería ser generosa y considerada. Así pues, estuve tentado de confesárselo todo, pero luego pensé que mi comportamiento quizá podría preocuparla o molestarla de algún modo y yo no quería que me presionara acerca de lo que estaba haciendo, pues sabía que me costaría explicarlo, y aun así estaba muy seguro de que en ese momento era lo mejor que podía hacer, aunque sólo fuera porque me proporcionaba mayor libertad. Puede que ahí residiera el problema y tal vez gracias a esa nueva sensación de libertad podríamos usar nuestro matrimonio igual que los *enfants terribles* podían usar un jardín de infancia. Al menos lo parecía. Porque ser capaz de pagar con el dinero que ha obtenido uno mismo (si no exactamente mediante esfuerzos propios, sí al

menos gracias a la propia innovación) era una situación sorprendentemente envalentonadora. Aunque los medios no fueran quizá los más adecuados, ahora que había conseguido el objetivo de poder comportarme con cierto desprendimiento quería disfrutar de los beneficios del mismo. Sentía que me lo merecía. Por las noches, razonaba conmigo mismo de este modo: ¿para qué conseguir un objetivo si uno no puede disfrutar de sus frutos? No hacerlo habría supuesto negar que el objetivo tenía un sentido, y yo no quería admitir eso de nuestra complicada aventura con una pequeña pistola. No podía ser que toda esa planificación y esa ansiedad hubieran sido para nada. Por no mencionar el posible daño que podríamos haber causado a las diversas personas que se encontraban en aquel salón de uñas aquella tarde en concreto. No, no podía permitir esa posibilidad. Además, los frutos a los que había accedido gracias a ese suceso eran los del ardor y la sangre fría, maravillosamente situados fuera de mi forma habitual de pensar, como si uno intentara imaginar algo un poco más grande que el universo, no mucho más grande, sólo un poco. Y cuando eso sucede, cuando uno tiene acceso a tales cosas, parece únicamente magnánimo seguir con ellas hasta el final e investigar la parafernalia que se encuentra entonces a disposición de uno.

donde la grandeza puede ser posible

Esa parafernalia, claro está, consistía en la posibilidad de estar con Romy. En realidad, tampoco es que fuera tan posible. La imposibilidad de la situación, sin embargo, era lo que lo volvía tan emocionante. Las tentaciones flotaban por todo el luminoso aire, y aunque me pusiera en ridículo ante Romy, me gustaba hacer el papel de bufón sexual. Nuestras comunicaciones ilícitas y obscenas aumentaron. Yo le enviaba fotos con pequeñas leyendas del tipo: «Piensa en mi lengua en tus piernas, en tus muslos.» Y a veces ella me contestaba coquetamente diciendo algo como: «¿Por qué tenemos que hablar siempre sobre sexo?» Yo era un experto en convencerla que esto no era así. Mediante estas conversaciones sobre sexo, le decía, en realidad estábamos hablando sobre otra cosa completamente distinta. Quizá tienes razón, decía entonces ella. Sólo necesito oír tu voz, le decía entonces. A veces ni siquiera tu voz, decía ella. Con saber que sientes esto por mí me basta. Estos pequeños triunfos me hacían muy feliz. Una vez le escribí un mensaje en el que le decía que definitivamente estaba engordando, a lo cual contestó: Querido, imaginarte gordo sólo me enternece

todavía más. Y a mí esa ternura me hacía feliz. Me sentía profundamente masculino de un modo que estoy seguro de que habría enorgullecido a mi padre. Por supuesto, también tenía mis dudas. A veces me preguntaba si esto estaba bien. O si la felicidad era realmente posible. Porque oír mal un resultado y subir al escenario para aceptar el premio gordo cuando en realidad uno no ha sido el elegido es sin duda un destino peor que la muerte, o casi. ¿Y qué hay de los otros casos? ¿Qué hay de aquel que quizá sí es el elegido y querría entregarse a ese destino pero está tan ocupado con problemas domésticos, laborales, múltiples aventuras amorosas y diversas afecciones cutáneas que carece del tiempo necesario para llevar a cabo esa tarea para la que ha sido designado? ¿Sigue siendo el elegido o no? Yo no quería perder mi oportunidad de alcanzar la grandeza. En ese estado de suspensión, creo que resulta por lo tanto obvio que las cuestiones sobre el antes y el después me resultaban confusas, como si el huevo de chocolate del mundo se hubiera roto y estuviera rezumando todo su licor, o como esas historias en las que el futuro se mezcla con el pasado de un modo pesado y espeso. Con lo cual quiero decir específicamente que en esa estación de lluvias comencé a interesarme más que nunca por mi horóscopo. Un día, mientras comía un surtido de *galettes* de arándanos en una cafetería a la que acudía para refugiarme de la lluvia, leí lo siguiente en un viejo periódico chino que daban gratis en los quioscos locales: «Este mes comenzará algo extraordinario en tu vida amorosa. Un gran cambio tendrá lugar, pero será uno bueno.» Comprobé la fecha. La predicción todavía era válida. Aun así, en aquel momento, lo puse en duda. Nuevos pájaros fluorescentes graznaban en el parque y las cosas parecían pesadas y misteriosas, como si por todas partes estuvieran cumpliéndose *presagios*. Una noche caminaba a última hora por la calle y de repente vi a Jordan, a la que no había visto en quince años. Jordan, dije. Jordan. Ella me miró.

-Vaya, eres tú -dijo ella.

Y, tras sonreírnos, no supe qué más decir. Nunca había pensado que volvería a verla.

-¡Ey! -dije.

Nos detuvimos pero al mismo tiempo no nos detuvimos. Seguimos alejándonos muy lentamente en direcciones opuestas, y no tengo claro si ella realmente estuvo ahí o no. Quizá, me pregunté luego, lo que acababa de ver era real y, de algún modo, en ese mismo momento ella había muerto en alguna otra ciudad del otro hemisferio. Quizá lo había hecho. Nunca intenté descubrirlo, ni

tampoco sé cómo lo habría hecho en caso de haber querido hacerlo. De modo que sí, es cierto que el problema era la atmósfera general, como si la red general de *mana* estuviera oscilando un poco más intensamente de lo habitual, pero aun así no estaba preparado para creer que mi horóscopo tenía razón y que habría una nueva crisis en mis amoríos. Pensaba que sin duda el Destino ya había hecho suficiente.

pero sólo si puede hablar en privado con Romy

Lo único que quería era encontrarme a solas con Romy y decirle lo que necesitaba decirle con urgencia. Me daba igual que el trasfondo general fuera una fiesta. El hecho de que estuviéramos en medio de una comunidad de varios inmigrantes, repanchigados en sillas de plástico mientras a nuestras espaldas se proyectaba una película sobre otra fiesta que simultáneamente estaba teniendo lugar en una favela situada en algún lugar al otro lado del océano podía parecer una ironía o una muestra de dandismo, pero, llegados a ese punto, yo ya no analizaba las cosas tan minuciosamente. En algún lugar estaban asando chorizo importado de allende de los mares, con lo que el aire estaba cargado y rojizo. Además, a nuestro lado una chica ataviada con un chaleco de patinador fluorescente se restregaba contra su rollizo *innamorato*. Y supongo que yo también tenía que admitir que si la gente aquí intentaba combinar lo que podía llamarse trabajo y lo que podía llamarse una fiesta, a su modo no se alejaban de lo que yo trataba de conseguir en mi propio círculo en miniatura. Yo también trataba de convertir mi vida en una obra de arte. Pues si bien las fiestas son muy beneficiosas en la medida en que permiten, por ejemplo, que quienes sufren ansiedad social puedan florecer y sentirse más relajados (me refiero a aquellos que son incapaces de mirar a los ojos de su interlocutor cuando se dirigen a él y que prefieren hablar detrás del escudo de una mano ahuecada y nerviosa), en mi caso diría que suponían una especie de juzgado o incluso inquisición. Y es que el globo de helio que era esto que sentía por Romy estaba desesperado porque lo soltara. Era muy importante que ella entendiera lo grande que era mi capacidad de sentir y que no pensara que era alguien sin sentimientos o sin pasión. Creo que es importante decirle a la gente todo lo que uno pueda. En ese caso, eso no era fácil porque a esa fiesta en particular Candy, Hiro y yo habíamos llegado en un estado de cierto, digamos, aturdimiento, algo que no es lo ideal para la atmósfera de una fiesta. Hiro lo hizo con una de sus pelucas y no

todo el mundo sonrió. Candy, por su parte, también había cambiado su peinado. Se había afeitado los lados de tal modo que parecía lucir una imponente crin en la parte superior de su cabeza. Quizá no era muy femenino, pero su aspecto resultaba chic. En cualquier caso, todavía nos sentimos más aturdidos cuando descubrimos que no nos encontrábamos en una simple fiesta con bebidas, una de esas fiestas en las que uno se queda un par de minutos y luego se va, sino en una suerte de *performance* activista con discusiones políticas e instalaciones, y no porque desaprobáramos tales manifestaciones, sino simplemente porque resulta engorroso que las expectativas sociales de uno se vean frustradas: es un poco como volver la página y descubrir que el último párrafo que uno ha leído era también el final del libro, o cuando uno ve a una niña por la calle y de repente se da cuenta de que tiene pechos y en realidad es una enana. No supone ningún problema, claro está, pero sí requiere una pequeña revisión y reajuste. En la fiesta, en cambio, no había tiempo para ello porque ya teníamos a Romy delante.

-¡Ey! -dijo.

-¡Ey! -dije yo.

Así fue como comenzamos a hablar y, por lo tanto, así fue como seguimos haciéndolo pues no había otra opción, nunca la hay al tono predominante, y yo decidí no mostrarme contrariado pero me resultaba difícil, sobre todo porque Romy podía ver que estaba triste, o consternado, o enfadado, o todo a la vez, y me preguntó qué me pasaba mientras Candy estaba a mi lado. Eso estuvo muy mal y me enfadé con ella porque, si resulta tan evidente que uno se encuentra en un estado conflictivo, y si también resulta obvio que tiene la feroz necesidad de hablar en privado con otra persona y ésta ve que uno se encuentra en dicho estado conflictivo (estado que claramente preferiría no mostrar), lo educado es ignorar que ha visto lo que ha visto. Ella, sin embargo, me preguntó qué me pasaba mientras Candy estaba a mi lado, y eso me molestó no sólo porque me hizo sentirme incómodo, sino también porque el hecho de que creyera que podía hacerme semejante pregunta de un modo tan desenfadado o incluso jovial sin duda parecía demostrar que, para ella, no existía ningún problema al respecto y que, simplemente, estaba con Epstein, con lo que la falsa situación entre nosotros había quedado completamente resuelta. Y, por lo tanto o no obstante, al mismo tiempo también pensé que ahora era todavía más necesario averiguar cómo podía quedarme a solas con ella. Lamenté haber dejado oficialmente de fumar, pues ir a fumar un cigarrillo es una de las grandes formas para conseguir estar a solas

con otra persona; se diría, creo yo, que nos pasamos la mayor parte de la vida intentando entablar conversaciones privadas con otras personas. Pero esa opción ya no era posible y, de hecho, no parecía que ninguna conversación fuera a serlo, pues por desgracia Epstein permanecía a su lado con su hermoso porte y luego se la llevó hacia un grupo de gente que se encontraba alrededor de un destartalado equipo de música que reproducía antiguas canciones comunistas. Así las cosas, dejé a Candy conversando con Hiro sobre sus temas habituales -el claqué, por ejemplo- con la idea general de ir al baño pero en realidad porque estaba muy triste y me sentía abrumado.

retenido en una especie de pliegue por otra chica

Mientras esperaba encontrar a Romy sola, deambulé por la oscura escena. En un rincón de la habitación había un televisor y a mí me resulta difícil evitar los televisores; no porque me gusten los concursos y los programas de confesiones, sino simplemente porque una imagen en movimiento es muy difícil de ignorar. Si estoy intentando leer en uno de esos antiguos aviones en los que emiten una película en la pantalla del fondo, no puedo dejar de mirarla y perder la concentración, del mismo modo que en el aeropuerto me habrá distraído el noticiario en silencio y el minifrenesí de su montaje. Así pues, me detuve un momento y me puse a ver la televisión. El aparato era uno de esos pequeños televisores portátiles cuidadosamente colocado en una caja boca abajo. Me senté en una silla de plástico y miré la etiqueta de mi botella de cerveza, donde la luz de una puesta de sol rosada bañaba una escena de surf. Entonces se colocó a mi lado una chica llamada Dolores, sí, un nombre tan pasado de moda e internacional como ése, e inmediatamente me sentí interesado porque había un gran contraste entre el nombre y un rostro que era la invitación más moderna y erótica que hubiera visto nunca. Tenía la cara más despejada jamás conocida: su inmensidad y la suntuosidad de sus ojos eran casi de dibujos animados.

-Eso es lo que pienso -dijo.

Y me gustó esa forma de iniciar la conversación. Yo apenas la había mirado, pero ella se dirigió a mí como si hubiéramos estado charlando toda la noche, o quizá toda la vida.

-Lo siento -dijo ella-, pero eso me molesta.

-Cuéntame -dije yo-, te escucho.

-De acuerdo -dijo entonces-. Todo lo que ves en la pantalla sucede como un sueño aunque no lo parezca y uno pueda

considerarlo algo completamente normal.

-Ajá -dije.

-¿Tiene sentido? -preguntó.

-Quizá -dije yo.

Desde luego, no era un tipo de conversación al que estuviera acostumbrado, me refiero a la abstracción con la que había comenzado, pero si ella quería hablar sobre televisión yo podía hacerlo, pues en esa época me pasaba mucho tiempo analizando los programas. La pantalla estaba siempre encendida, de fondo, como pretexto o lo que sea para la conversación, del mismo modo que, antiguamente, un *castrato* debía de estar cantando de fondo en un teatro mientras todo el mundo organizaba sus encuentros e intercambiaba trucos para el dormitorio.

YO
¿Has dicho lo que has dicho?

Porque, como siempre, yo ya estaba narcotizado a causa de lo que me había suministrado Hiro, y eso le vuelve a uno mucho más receptivo e interesante en las conversaciones. En la tele daban una de esas series que están perpetuamente en emisión como si nunca fueran a tener ningún tipo de resolución y se limitaran a ir enlazando sucesos que nunca llegarán a un final. Probablemente ésa es la razón por la que la televisión es nuestra forma de arte más popular. Pero eso cambiará, siempre lo hace, todo lo que parece inexpugnable y eterno termina enterrado bajo una ventisca y convirtiéndose en un páramo. En ese programa en concreto, o bien todo transcurría en la oscuridad del interior de una casa, o lo hacía en el exterior y estaba exageradamente iluminado bajo la brillante luz del desierto.

-Ahora mira esto -dijo ella.

y en este pliegue habla de pantallas

Este hombre, dijo Dolores, desea evitar el enfrentamiento que tendrá lugar en una esquina entre su amigo y dos peligrosos traficantes. E incluso cuando digo esto, prosiguió ella, ya estoy hablando como en un sueño porque el hombre no tiene forma de saber cuándo o dónde tendrá lugar ese enfrentamiento. Depende únicamente de su intuición. Y es que, a pesar de que en la realidad hay siempre muchas cosas que son posibles, en un sueño o en una pantalla todo el mundo lo sabe todo y su capacidad para predecir

los actos de los demás es infalible.

YO
¿Y eso?
DOLORES
Míralo tú mismo. ¡Míralo con tus propios ojos!

El hombre sabe, añadió Dolores, que ésa será la noche en que su amigo intentará asesinar a esos dos traficantes con una pistola, del mismo modo que sabe en qué lugar tendrá lugar esa contienda, en la esquina habitual de los criminales, aunque se trate de un sitio poco probable puesto que, si tal contienda fuera a tener lugar, seguramente uno escogería un lugar más solitario o, al menos, una zona que conociera mejor o donde hubiera menos posibilidades de ser encontrado. En vez de eso, sin embargo, ahí está él, de camino a ese lugar concreto y llegando en el momento preciso en que el tiroteo está a punto de producirse: ni demasiado pronto ni demasiado tarde, justo cuando las armas están siendo alzadas; porque en una situación semejante no hay caos alguno, sino que todo sucede muy lentamente, como si estuvieran esperando a la presencia fuera del plano que sin duda está a punto de llegar.

DOLORES
¿Lo ves?

No podía negarlo. En la pantalla apareció un coche y se lanzó contra los dos asesinos potenciales aplastándolos bajo sus ruedas. Luego el hombre salió del coche y disparó a uno de los cadáveres en la cabeza, probablemente para asegurarse de que estaba muerto, y esto lo habían filmado con buen gusto y desde una distancia en la que el chorro o salpicadura de sangre no resultaba asqueroso o perturbador. Por supuesto, por aquel entonces yo estaba mucho más en contacto con la violencia y me avergonzó y asustó mucho que ése fuera el mundo que ahora habitaba, pero aun así también sentí cierto deseo de contárselo a Dolores y describirle la situación que había experimentado recientemente. Sabía que era una mala idea, pero tenía la sensación de que en cierto modo eso le impresionaría. En cualquier caso, seguí mirando las imágenes. Sin duda alguna ella tenía razón. Tenía que admitirlo. Era todo exactamente como un sueño: quiero decir que esa capacidad para aparecer en el momento preciso era absolutamente inverosímil, y sin embargo, ahora que pensaba en ello -me refiero a la cuestión general de la televisión y otras historias-, no se me ocurría con qué frecuencia la había cuestionado realmente; no me refiero a pensar de un modo

irracional que lo que se ve en la pantalla es real porque, por supuesto, uno no hace tal cosa. Lo que sí que hace, sin embargo, es conferirle todo ese significado o verosimilitud y eso, creo, es lo que resulta demencial e irracional. Cuando verdaderamente importa, nadie llega nunca tarde a una cita, ni mete la pata, ni se le cae algo, ni gira en el lugar incorrecto, ni se queda atrapado en un atasco de tráfico, y si bien no creo que ésta sea una afirmación excesivamente singular, también me parece algo merecedor de más atención. Como muchas pequeñas cosas, oculta sus profundidades.

-¿Crees que eso es válido para otras cosas? -pregunté.

-Bueno, aquí estamos -dijo ella.

Dolores tenía una forma de hablar que a veces parecía como si estuviera coqueteando y otras no, y no siempre era fácil distinguir una de otra. Eso me gustaba, y mucho. De repente, tuve una visión de mí mismo y Dolores viviendo juntos muy lejos de allí y todo era perfecto. Ése es uno de los trastornos que provocan las fiestas. Fomentan estas pequeñas visiones. ¡Qué hilaridad! No contento con dos imposibilidades, ahora me gustaba imaginarme una tercera. Era el empresario de la situación imposible. En cualquier caso, me limité a permanecer ahí sentado, mirándola. Tal vez eso parecía una idiotez, pero no me importaba.

-Tienes buen aspecto -dijo.

Esto me sorprendió, aunque claro, las apariencias engañan. Uno puede sentir el agotamiento de una concubina del harén del sultán sólo con pasar la aspiradora por el coche, de modo que quizá yo tenía buen aspecto y no era consciente de ello.

antes de terminar suplicándole a Romy

La mayoría de las cosas se parecen más a semillas o hierbajos de lo que la gente piensa, una telaraña de cipselas de diente de león a la deriva como filamentos en el aire. O al menos eso parece cuando uno está bebiendo en una fiesta. La gente viene y va, de modo que mientras supuestamente estaba buscando a Romy pero en realidad me dedicaba a hablar con otra chica en mi propio pliegue privado de la realidad, de repente esa chica había desaparecido y Romy estaba ofreciéndome otra cerveza surfera.

-Habla conmigo, jefe -dijo Romy.

Y también sentí deseos de explicarle a Romy toda esa excitación que Hiro y yo estábamos inventándonos, pero esta vez por razones distintas. No se trataba tanto de impresionarla (pues, como he dicho, dudaba que a Romy le impresionara en general la

perpetración de un crimen) como de explicarle mi nueva actitud canalla. Parecía ser el único prólogo posible a las cosas salvajes que quería contarle. Pero obviamente no podía hacerlo, así que permanecí en silencio cuando más necesitaba hablar. Esto sucede muy a menudo. Que la persona con quien uno quiere desesperadamente hablar le ordene a uno que lo haga puede resultar paralizante ya que, de repente, la cuestión de cómo empezar se vuelve pesada y fastidiosa, como cuando uno llega lleno de historias a la visita del psicoanalista y de repente es incapaz de comenzar. Así pues, fue Romy quien comenzó a hablar, y creo que dejar que la otra persona hable primero cuando uno tiene algo importante que decir es un error porque le distrae de su verdadero propósito.

ROMY

Te sientes mal, lo entiendo…

YO

¿Quién? ¿Yo?

ROMY

Por nosotros y…

YO

No pero…

ROMY

Es decir, no es la primera vez.

YO

¿No lo es?

ROMY

También está esa vez de la que me hablaste, cuando aquella chica te la chupó en… ¿Dónde fue? ¿África?

YO

Eso no fue una infidelidad. Eso fue algo desafortunado.

ROMY

Al menos no eres una de esas personas que disparan a las chicas que van a la escuela.

YO

Ciertamente, eso es mucho peor.

ROMY

Al menos nosotros tenemos límites morales.

No era ni mucho menos la conversación que esperaba tener, me sentía como si de algún modo el taxista más inexperto pero bienintencionado del mundo me hubiera dejado muy lejos de mi

destino.

ROMY

Bueno, ¿qué querías decirme?

YO

No lo sé.

ROMY

Entonces…

Ser tímido es un problema sobre todo en los momentos de gran importancia. Yo intentaba encontrar las frases adecuadas y me resultaba muy difícil.

ROMY

No tienes por qué dejar a Candy, ya lo sabes.

Lo dijo muy dulcemente, tal y como uno sostendría el pelo de una chica que una noche ha bebido demasiado y está vomitando en la calle.

YO

¿No?

ROMY

¿Qué te pasa? ¿Acaso crees que el romance consiste en un chico poniéndose nervioso cuando oye sonar el teléfono en casa y se pregunta si se trata de su chica? Eso ya no sucede, gatito mío.

YO

¿Y qué pasa si yo quiero estar contigo?

ROMY

Entonces déjala, si eso es lo que quieres hacer, y luego podemos hablarlo. No es tan complicado, ¿no?

YO

¿Tú no quieres eso?

ROMY

Al fin y al cabo, todavía me tienes.

YO

Pero te quiero toda para mí.

ROMY

¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

No, la situación se pareció más bien a cuando el taxi o el repartidor se supone que están a punto de llegar pero pasan quince

minutos y todavía no lo han hecho, de modo que llamas al restaurante chino o a la compañía de taxis y te dicen que estarán ahí en siete minutos más, pero pasa el tiempo y no llegan, de modo que vuelves a llamar al triste ejecutivo de comunicaciones y éste te dice que el repartidor se encuentra definitivamente en tu ruta, pero tú sabes que no se encuentra en tu ruta porque estás en la calle intentando discernir si el motorista solitario que es o no un coche y tu *gong-bao* de gambas o tu *jalfrezi* de verduras está en otra estratosfera en la que tu casa no existe. Tu realidad está ahora regida por una nueva física y tú permaneces aferrado a un astrolabio obsoleto. En un escenario como ése, resulta difícil no sentirse muy desolado. Tal y como yo lo entendía, que Romy no quisiera que yo dejara a Candy sólo significaba una cosa: que ella no quería dejar a Epstein; y si bien sabía que ésa era la decisión madura, no podía dejar de pensar que la amaba y la necesitaba. Todo el romance que podía imaginar en este mundo convergía en ella. En ese momento, todavía no me resultaba posible pensar que de hecho, gracias a ese rechazo de Romy, había encontrado una especie de escapatoria. Todavía no había tenido lugar la mañana en que, al despertar junto a Candy, de repente advertí tal ternura y nobleza en su rostro que comprendí lo que supondría abandonarla para siempre. De repente, volví a ver el mismo rostro de cuando la conocí de joven, y era tan tierno e indefenso que no supe cómo podría superar tanto dolor. Más adelante, sin embargo, resultaría que ese pensamiento en sí mismo no era suficiente, pues cuando finalmente nos separamos las cosas no fueron ni mucho menos así. A pesar de creer que sí lo había hecho, no había tenido en cuenta todas las complicaciones; esto es, no me había tenido en cuenta a mí mismo y la desolación que ambos compartíamos. Y si bien podía imaginar a Candy tirando cosas por la ventana, fisgoneando mi cuenta de correo electrónico, entrando en nuestra casa mientras yo estaba fuera unos meses para coger una bolsa con su ropa o a mí abriendo una caja y encontrando en ella los hermosos regalos que ella me había hecho, en esa fiesta, sin embargo, ese futuro todavía no era real. Sólo lo era la nube de desolación causada por el hecho de que Romy no me quisiera.

y entonces Candy observa silenciosamente un mudo traspaso comunicativo

Pero antes de que pudiera concentrarme en esa tristeza absoluta, Candy se me acercó y me llevó a una mesa con sangría y bandejas

con fruta.

-Este tipo -dijo señalando a un *beatnik*- parece estar diciendo que deberían abrir todos los zoos y dejar salir a los animales.

-Eso no es para nada lo que estoy diciendo -dijo él.

-¿Ah, no? -dijo ella-. Porque a mí me parece una buena estrategia.

Entonces la gente habitual comenzó a moverse. No llegaba a ser exactamente un baile, sino que la gente parecía intentar expresarse precisamente mediante el hecho de no abandonarse al impulso de bailar. Hacían gala de una languidez como la de esa persona que permanece alrededor de la cola del café tras haber hecho su pedido y que no sabe qué hacer, de modo que se queda ahí revisando de nuevo los correos electrónicos en su móvil mientras espera que el camarero le llame. Mientras tanto, yo miraba a Dolores, que a su vez miraba a los ojos de un *flâneur* llamado Benicio o Ahmet, y supuse que ese *flâneur* era el hombre al que amaba. Y mientras pensaba esto, volvió a aparecer Romy. Había encontrado un instrumento que parecía un banjo, o, si no un banjo, algo sensiblemente parecido.

-¿Crees que debería tocar? -pregunté.

-No era más que una idea -dijo ella.

-¿Por qué no? -pregunté.

-Está bien -dijo Candy.

-Dale -dijo Romy.

Sin embargo, nada más sostener ese banjo en los brazos como si se tratara de una mascota supe que no podría hacerlo. No me sentía con ganas. En parte porque últimamente había descuidado mis lecciones por internet, pero sobre todo porque tenía delante a Epstein y Romy y no podía evitar ver cómo se cogían; en modo alguno creía yo que Romy intentara hacerme daño o ser cruel, pero ella no podía evitar comportarse así y eso hacía que yo no colocara bien los dedos, si es que lo que tenía en las manos era realmente un banjo, cosa que empezaba a dudar pero que no quería decir en voz alta por si estaba equivocado y perdía estatus a ojos de los demás. Por el modo en que hablaban, estaba claro que Epstein y Romy se susurraban cosas bonitas, carantoñas y promesas sexuales, de modo que estar ahí con el banjo era como estar bajo asedio. Y si bien cuando uno está bajo asedio es importante mantener la esperanza, a veces resulta difícil hacer las cosas que uno sabe que debe hacer. Así pues, cuando Dolores volvió a acercarse me alegré de verla, sobre todo porque lo hizo con un brillo en los ojos que encontré muy bienvenido y oportuno.

-Qué guay -dijo Dolores.

-Gracias -dije yo.

Lo dijo con una pequeña sonrisa en los ojos que sin duda alguna resultaba muy atractiva.

-Eres bueno -dijo ella.

-Bueno, no estoy seguro -dije yo.

-Es terrible -dijo Romy.

-¡Oh, no! Yo… -dijo Dolores.

-De verdad -dijo Romy-. Sólo hace ruido.

Y sin duda algo estaba sucediendo, aunque era difícil precisar en qué consistía exactamente. Como poco, se trataba de una interrupción y, como tal, resultaba ligeramente violenta de acuerdo con las reglas sociales habituales, como si uno irrumpiera en un serio seminario y se quedara allí en la puerta mientras el profesor deja un momento de garabatear sus ecuaciones en la pizarra. Ésa es la impresión que dio la rapidez con que Romy nos había interrumpido, pues a veces un suceso no es ni siquiera tal sino únicamente el tempo en que sucede. Yo me volví hacia Romy con una mirada de incredulidad e inquietud, mientras Dolores se quedaba en una especie de estado de pausa o como si el vídeo de sí misma estuviera cargándose. No alcanzaba a comprender del todo por qué Romy se mostraba tan posesiva y enojada con ella, sobre todo cuando parecía mantener una relación tan estrecha con Epstein, cuyos vigorosos antebrazos tatuados rodeaban su cuello. Advertí que se trataba de una situación opaca que requería una explicación que, por desgracia, me resultaba imposible dar, y eso era lo único en lo que yo pensaba realmente aparte de sentir un pequeño destello de orgullo por el hecho de que Romy se mostrara tan posesiva y, asimismo, pareciera desear que Dolores se marchara de nuestro círculo. Y quizá también sentí cierta inquietud por el hecho de que si esa actitud de Romy era perceptible para mí y también para Dolores, también lo sería para Candy, y en ese caso, ¿qué pensaría? Parecía claro que los únicos pensamientos posibles serían desconsoladores y tristes, de modo que intenté por todos los medios evitar esta posibilidad apartando la mirada de Romy, aunque también era consciente de que hacer eso podía suponer un problema en sí mismo. En ese caso, ¿qué otra cosa podía hacer? Y mientras estos pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, advertí que Dolores se mostraba algo insegura, como si no comprendiera por qué de repente nos habíamos convertido en una compañía de variedades y no le decíamos qué canción estábamos cantando.

-Bueno, ya nos veremos -me dijo dulcemente.

-Sí, ya nos veremos -dije yo también del modo más dulce posible.

Nos miramos el uno al otro. Y, en retrospectiva, me pregunto si ése es el hábil modo mediante el que un horóscopo acierta en su predicción: estaba ahí mismo, de fondo, como los ruiditos de los móviles y los portátiles de la gente cuando uno está sentado en primera clase, en un único traspaso mudo de significado. Aunque claro, ¿qué traspaso de significado no es completamente mudo? Me gustaría ver semejante significado.

lo cual conduce a una cordial pero intranquilizadora conversación

En aquel momento, sin embargo, yo sólo era consciente de la ruidosa superficie. Deseaba que la atmósfera se calmara, pero la situación era tan tensa como siempre. ¿Han visto alguna vez una situación tensa? Es lo opuesto a esa vieja expresión en la que el local se viene abajo. El local estaba en tensión. No sé si por celos o simplemente para mantener elevado el nivel de provocación, Romy se volvió hacia Epstein con lo que sólo podría describirse como deslumbramiento, y simultáneamente supe que si yo fuera una alegoría de uno de los antiguos humores sólo podría ser la apesadumbrada y desaliñada figura de la melancolía. Ésa era mi única opción en las charadas. Y es que tengo un eterno problema con las comparaciones: no dejo de hacerlas a pesar de que no creo que la felicidad se encuentre en el hecho de hacer comparaciones. El modo en que me quedé mirando a Romy no sólo delataba un simple problema de posesión, sino mi consternación por el devorador amor que ella parecía sentir por Epstein, y no pude evitar comparar eso con el estado más dividido en que se encontraba mi matrimonio con Candy. Sabía que eso era injusto y que nada es comparable, pero aun así eso es lo que hice. Y cuando Candy me dijo que quería volver temprano a casa, me alegré de irme con ella para no seguir siendo testigo de tales escenas desconsoladoras, pero al mismo tiempo, y de la forma más confusa posible, la idea de dejar a Romy en esa fiesta con Epstein me hacía sentirme muy desanimado y tenía la sensación de que como siempre iba a perderme algo, tal vez lo único que valía verdaderamente la pena. «¿No nos podríamos quedar?», dije probablemente con mis grandes ojos abiertos de par en par o algo así. Y luego me sentí nerviosamente sorprendido, pues Candy accedió a quedarse, cosa que no esperaba. De inmediato, me sentí receloso de sus recelos.

Sospechaba que si ella se quedaba era porque quería vigilar mis interacciones con Romy y examinar la superficie en busca de pistas de una posible profundidad, mientras que, en realidad, seguramente Candy sólo quería demostrar que sí, que podía quedarse hasta tarde a pesar de tener que despertarse pronto para hacer viajes en metro y atender reuniones, y esta idea también me entristeció, pues ¿por qué debería nadie cambiar por otro? En cualquier caso, allí estaba ella, y no había duda de que estaba a punto de suceder algo, un último suceso que demostraría de algún modo que efectivamente ésa era una fiesta para recordar, pues ¿qué es una fiesta si uno no se cuestiona su existencia?

-¿Sabes cuál es tu problema? -dijo Candy-. Tu problema es que me quieres tanto que te sientes confundido.

-¿Ah, sí? -dije yo.

-Ajá -dijo ella.

-Bueno, es posible -dije.

Mirando atrás, comprendo que esta respuesta mía fue insuficiente, pero en aquel momento sólo fui capaz de admitir eso porque no estaba seguro de si lo creía; esto es, no estaba seguro de si la quería, o si la quería lo suficiente. Aun así, también me gustaba que dijera eso, y mucho. Creo que eso se debía a que comprendía el dolor que la había empujado a utilizar un tono tan adorable, y sin embargo ese tono sólo me hacía odiarla más. Digo odio, pero por supuesto también la adoraba.

-Tú, querido osito -prosiguió ella-, estás completamente atontado porque me quieres.

-Sí -dije.

Nos habíamos apartado ligeramente de Epstein y Romy, quizá con la intención de encontrar más alcohol y aperitivos, pero creo que todavía nos podían oír, y esa situación nunca me ha gustado a pesar de que a Candy jamás ha parecido importarle: su falta de vergüenza en el mundo social se extendía en todas direcciones, de modo que podía llorar felizmente en público o tener importantes conversaciones en abarrotados metros. Yo, en cambio, si voy a discutir sobre mis sentimientos prefiero los bosques aislados y las montañas vírgenes.

-Son muy felices, ¿no?

-¿A quién te refieres? -dije.

-A Epstein y Romy -dijo ella.

-Oh, sí -dije.

Intentaba mostrarme despreocupado por si acaso Romy nos

escuchaba. Y tal vez lo hacía, de modo que dije algo que pretendía ser una broma posiblemente sólo para ella.

-Pero espera y verás. Pronto saldrán con otros -dije.

-¿Como tú? -preguntó Candy.

-¿Como qué?

-¿Piensas alguna vez en otras personas?

-¿Otras personas? -dije.

Resulta verdaderamente terrible que una broma dirigida a otra persona cree un problema en la propia rutina de uno. Es obvio que yo intentaba averiguar qué diantre podía haber entendido Candy o qué sabía acerca de Romy. No tenía ni idea. Que su pregunta fuera tan directa, supongo, indicaba que había sido un comentario inocente, o tal vez una intrincada estratagema engañosa diseñada para difuminar todos los niveles de lo real. No podía saberlo porque nunca es fácil saber qué sucede dentro de una conversación, sobre todo una como esta en la que se decían cosas importantes sin que uno estuviera preparado como lo estaría para una entrevista ideal, con sus notas y nuevos bolígrafos y otros artilugios. Pues si bien es verdad que la mala comunicación es en cierto modo un motivo característico de nuestra época, creo que no les hace justicia a los verdaderos sucesos, ya que la mala comunicación implica que una especie de flecha se pierde o falla el blanco, mientras que el verdadero problema es que ni la flecha ni el blanco son conscientes de su existencia porque todos usamos demasiadas mentiras y elementos problemáticos en cada frase. O eso pienso ahora cuando rememoro el final de esa fiesta. Se dijeron muchas cosas tristes sin freno ni control. Y además se dijeron muy alto, lo cual es muy interesante (me refiero a que resulta interesante convertirse en el centro de atención sin querer serlo). Pero ya no parecía haber ningún modo de detener esto. Cada frase creaba otra nueva, de modo que cuando mi pregunta a Candy no creó ninguna respuesta, no suavicé las cosas ni les puse fin -cosa que todavía podría haber sido posible-, sino que me inventé otra línea, algo como:

-¿Tú no te sientes sola?

Las discusiones violentas son algo que a la gente que suele ser afable se le da bien. O al menos eso es válido en mi caso. Cuando estoy frustrado soy capaz de tirar cosas, y Candy ha llegado a abofetearme sin piedad en la cara. Pero también resulta violento que dos personas comiencen a gritarse sin pudor ni vergüenza algunos. Y ser testigo de la rabia de Candy era algo verdaderamente terrible.

CANDY

¿Sola? ¿Por qué iba a sentirme sola?

YO

¡Ey, no grites!

CANDY

No estoy gritando.

YO

Está bien, está bien.

CANDY

¿Qué esperas? ¿Crees que la gente que ha estado junta mucho tiempo se lleva como la gente que se acaba de conocer?

YO

Sí, no, claro…

CANDY

Creo que nuestra vida sexual es buena. A veces incluso deliciosa.

YO

Está bien.

CANDY

¿Crees que tenemos que hablar más al respecto?

YO

Debería ser fácil.

CANDY

¡Nadie lo encuentra fácil! ¡Pregúntaselo a cualquiera!

Desde luego, el volumen al que Candy hablaba estaba poniéndome nervioso y avergonzándome, y no estoy seguro de que eso esté tan mal. Me refiero a no querer ser las estrellas de cine que tras emborracharse comienzan a gritarse en las fiestas elegantes… De repente, sentí que tal vez el problema era que todavía no habíamos tenido hijos: sin hijos, pensé, era como si uno estuviera creando toda la energía de su casa, como un animal que se ve obligado a dar vueltas sin parar para mantener en marcha un motor eléctrico. Y eso quiere decir que toda su otra energía está muerta o muriéndose. O eso es lo que pensé. No sé por qué. A menudo estaba equivocado.

que luego va a más

Definitivamente, una fiesta no es tal si no altera la existencia de

uno. Y, como suele sucederme incluso en medio de las cosas más serias, no pude evitar distraerme. En este caso, comencé a pensar que el problema de la música pop moderna era que una sola línea mala solía estropear toda la canción. No había rigor, ése era el problema de la música pop, y entonces me di cuenta de que eso se lo estaba diciendo a Hiro. No tenía ni idea de dónde había salido pero me alegré, pues si Hiro estaba ahí era posible que la discusión con Candy hubiera llegado a su fin. Y a modo de respuesta Hiro me dio otro estimulante para tranquilizarme. No estaba muy seguro de que fuera una buena idea pero la acepté de todos modos porque Hiro quería que yo siguiera tan alegre como pudiera. Mientras tanto, se me ocurrió que esa fiesta era como una pesadilla. Por aquel entonces yo solía tener pesadillas todas las noches, mientras que Candy tenía unos sueños encantadores, como que se encontraba un zapato o un helado con sirope y lo examinaba. Los míos sin embargo eran febriles y estaban repletos de formas demoniacas. En cualquier caso, no tuve tiempo de analizar esa sensación porque, de repente, Candy volvió a estar a mi lado. Esa constante sustitución resultaba sin duda agotadora. Había tomado algo, quizá coca, y estaba poniéndose seria, lo cual es la receta definitiva para el conflicto. Ése es el problema de las drogas: hacen que sucedan cosas, pero uno nunca sabe qué tipo de cosas exactamente hasta que ya es demasiado tarde. Y lo que sucedió a continuación fue que, de repente, nos encontramos con el habitual taxista colocado con opiniones sobre la música de los ochenta y, para sorpresa propia, en tales situaciones resulta que uno también las tiene y, de repente, se encuentra en el salón de casa de sus padres, escuchando música que quizá está demasiado alta, o tal vez gritando en la cocina, observando lo bien colocadas que están las ollas y las cacerolas, y es como si estuviera examinando su infancia desde la atalaya de un sanatorio de montaña suizo.

CANDY
¿Cómo podemos mejorar si no quieres intentarlo?
YO
Quizá no deberíamos hablar demasiado sobre esto.
CANDY
Puede que mi vida sexual nunca haya sido increíble.
YO
Genial, petrushka, gracias.

Sí, definitivamente las discusiones violentas son algo que a la gente que suele ser afable se le da bien. Tampoco hace falta ser

como Kayvon, que discutía con su esposa con una pasión tal que ella siempre terminaba tirándole la ropa por la ventana del apartamento. Y no lo hacía porque quisiera que él se mudara, sino por el placer de verle bajar a la calle a recogerlo todo; o ni siquiera por ese placer, me dijo una vez, sino sólo por el de ver la vergüenza que pasaba su novio cuando los encantadores Shahs de la tercera planta, a quienes él siempre saludaba con un pequeño pero afectuoso gesto de la mano, le miraban desde la ventana. Es increíble la cantidad de violencia que encuentra su extraña forma de emerger, pensé, mientras de repente Candy apareció sobre un nuevo avión de odio, como en uno de esos antiguos videojuegos en los que uno salta de una plataforma elevada a otra intentando no caer.

CANDY
¿Sientes algo por mí?
YO
Acabas de decir que ése es mi principal problema.
CANDY
Que te jodan, ¿vale?
YO
Cariño…
CANDY
¿Se puede saber qué diantre haces?
YO
¡Ey, tranquilízate!
CANDY
¿Que me tranquilice?
YO
No quería decir eso. Sólo ven… ven a la cama. O sentémonos.
CANDY
¿No crees que eres tú quien quiere que sea así? ¿No crees que tienes modelos?
YO
¿Quién?
CANDY
Tu *madre*, dulzura, tu madre.

En las conversaciones siempre tienen lugar zigzags, y eso supone un problema. Aun así, me parece que muchas cosas dependen de la representación de esas conversaciones zigzagueantes, pues en ellas

se resumen todos los problemas de ser como yo, o alguien como yo: me refiero a toda la gente que se dedica a sus cosas en ciudades insulares, yendo en círculo a restaurantes, salas de conciertos y supermercados, esa gente a la que hablar le resulta difícil pero necesario. Ésa es la categoría a la que pertenezco.

YO

¿Por qué siempre resulta tan difícil hablar contigo de esto? ¡Estás gritando!

CANDY

No estoy gritando. Para nada, bobo.

También estaba llorando, y yo puse esa cara que siempre resulta deprimente, al mismo tiempo ablandada, preocupada y vacilante porque no es la expresión adecuada pero uno no consigue localizar la expresión adecuada, ésta se ha perdido en algún lugar de su colección de máscaras de Pierrot y otros accesorios de carnaval. Y de repente se me ocurrió que a lo mejor el problema de todos los amores de la historia residía en que tan pronto como uno conocía a alguien, ya sabía todo lo que necesitaba saber. Aunque también podía ser que uno viviera con ese conocimiento durante una década y aun así no hiciera nada con él.

-Lo siento mucho, soy un idiota -dije-. Te quiero, ya lo sabes.

-No necesito esto -dijo ella.

Estas conversaciones siempre se nos daban bien porque con ellas podíamos atenuar el daño que nos hubiéramos hecho, incluso si el daño había sido espantoso.

-Te quiero -dije.

-Ya lo sé -dijo ella.

-Mucho -dije yo.

-Ya lo sé -dijo ella.

Así es como conseguí que accediera a dormir en nuestro dormitorio, y también convencerme a mí mismo de que yo no había advertido la luz visible en la habitación de mi madre y mi padre, como si me encontrara muy por encima de cuestiones menores como las demás personas. Estaba concentrado únicamente en Candy.

hasta que vuelve a pensar en la sangre

Cada conversación es un mundo aparte, y creo que eso lo digo del modo menos metafórico posible. Ésa es la razón por la que,

cuando consideré la posibilidad de confesárselo todo, también pensé: ¿por qué hacerle más daño? En toda confesión hay algo de conveniencia, y en realidad muchas veces las cosas pueden llevarse mucho mejor si permanecen en silencio, manteniendo separados los distintos mundos. Sí, pensé mientras nos desnudábamos, sería mejor persona si no decía nada. A pesar incluso de que la idea de no haber dejado una mayor impronta en el mundo me resultara frustrante. Son abrumadoras las situaciones en las que uno termina. ¡A veces incluso parece imposible seguir adelante! Aunque claro, ¿no es precisamente esa estructura imposible lo que siempre había apreciado en películas y fotografías? Simplemente, no me hacía tanta gracia cuando se trataba de algo real. En cualquier caso, siempre me habían gustado esos objetos imposibles en los que suceden cosas en un medio que no podrían suceder en la realidad, cuanto más irreal fuera la cosa, mejor. Por eso siempre me han gustado las imágenes que incluyen trucos imposibles, y en particular las técnicas diseñadas para poner de manifiesto errores de perspectiva: cuando la red de pesca de un hombre envuelve un lejano lago de montaña, o cuando un lejano viajero se enciende la pipa con una vela sostenida por la mano de la amante que asoma de la ventana de un hotel que hay en primer plano y cuyo letrero cuelga en algún lugar en medio de un bosque muy lejano. De igual modo, mis narradores ideales eran los monologuistas que hablaban como esos toboganes de agua en los que uno desciende por una rampa pero emerge de cabeza por otra, igual que yo había emergido de esa fiesta en mi cama con todo del revés o torcido.

-Podríamos tener sexo ahora -dijo Candy-, si quieres.

-No hace falta -dije yo.

-Está bien -dijo ella-. Bueno, no puedes decir que no esté interesada.

La miré con mi sonrisa habitual, pero por dentro estaba muy triste. En la cama, todo el mundo va en camiseta y nosotros no éramos ninguna excepción.

-Entonces qué, ¿nos ponemos a dormir? -dijo ella.

-Sí, claro -dije.

-¿Has puesto la alarma? -pregunté.

-Sí, sí -dijo ella.

No sé bien cómo expresar esto, el modo en que en aquel momento permanecía bajo la pálida oscuridad cavilando sobre los acontecimientos sucedidos. En concreto, me puse a pensar en mi horóscopo y en cómo podía saber si se había cumplido. Es algo parecido al problema de volumen que supone una piscina en un

tejado; me refiero a cuando uno está dentro y se vuelve ágil y su propia transformación de sólido a líquido le hace difícil creer que ese elemento en el cual se encuentra a la deriva sea asimismo un peso enorme. O no, quizá es mejor pensar en otros términos líquidos; es decir, no en agua sino en sangre. Y ya sé que la ausencia de sangre es una de las extrañezas de mi anterior historia, la que he contado antes de que comenzara ésta. A veces, sin embargo, la sangre emerge y no parece haber modo de detenerla y evitar que se extienda por las alfombras y las cortinas. Incluso si uno no tenía ni idea de que eso pasaría y creía que seguiría en ese encantador entorno, como un pachá o un asesor político del antiguo régimen; ni tampoco esperaba que en una conversación ciertas cosas de repente se tiñeran de sangre en su cabeza. Pero aun así ahí está: lo hacen.

6. TROPICÁLIA

TROPICÁLIA

y una vez más se adentra en un nuevo mundo

Y entonces sucede que alguien se cae de una ventana o al mar y va a parar a otro mundo. Simplemente se cae y de repente se encuentra rodeado de peces mariposa y pargos de rayas azules. No es tan extraño, o lo que quiero decir es que no es menos extraño que otros acontecimientos que suelen considerarse normales. Como dice un gurú, la frase «Un hombre está sentado, sobre su cabeza hay un barco» es al menos tan real y quizá todavía más que «Un hombre está sentado leyendo un libro». Y también creo que eso podría describirse de otro modo: uno está sentado allí, a la mesa de la cocina con un bol de nectarinas e higos chumbos, o dondequiera que quiera uno sentarse, y de repente el mar se le echa encima. Así es posiblemente como suele sentirlo uno, tanto si lo que está haciendo es regatear con su camello para que le haga un descuento temporal en una piedra de *crack*, como intentando localizar su codo y su muñeca entre los restos de un accidente de coche. Lo exterior se le cae a uno encima.

lo cual puede suceder en cualquier lugar

Pero ¿sabía yo eso o no lo sabía? Es decir, consideremos la situación de su héroe. Helo aquí: desempleado, con varias mujeres que le quieren y con un amigo que, digamos, está loco. ¿Qué va a hacer este héroe? ¿Intentará comportarse como el buen príncipe que siempre ha sido, el bebé de la casa? ¿O se las arreglará para ir pasando de un estado a otro cual payaso luciendo sus distintos trajes hasta quedarse solo contra el horizonte mientras le suplica por su vida a alguien que está apuntándole con una pistola? Y sí, parece que la opción número 2 es la que ha tomado, pero ¿en qué momento se volvió obvia la verdadera oscuridad? Desde esta perspectiva del futuro, me resulta difícil de decir. ¿Sabía yo que estaba en el mar tropical o no lo supe hasta más adelante? Porque,

definitivamente, lo exterior puede entrar en la vida de uno en cualquier momento, tanto si está perdido en la jungla rodeado de plantas carnívoras como viendo desde su palacio presidencial cómo el servicio secreto le arroja bombas encima. O en los yermos nevados, tras haber descendido de su carruaje, esperando que cambien los caballos y las *kibitkas*, de modo que permanece de pie, rodeado por remolinos de nieve y, más allá, la total oscuridad. Y lo sabe. Sabe que la civilización ha terminado. Del todo. Sí, en todos esos lugares -tanto la jungla como el palacio o la extensión nevada- uno puede sentirse exiliado de la historia del mundo. Y yo estaba desempleado y enamorado de muchas mujeres, además de ser deshonesto, un criminal y un señor de la guerra: y cuando uno hace esas cosas, suele considerar que los puntos de referencia habituales ya no son válidos y termina descubriendo el dolor y sus otros elementos mientras flota a solas en una insonorizada astronave metafísica.

aunque no resulte obvio en el momento presente

¿Creen quizá que ésa no es forma de llegar a la oscuridad metafísica, malgastando el dinero y las oportunidades que mis padres me proporcionaron? ¿O haciéndole daño a mi esposa con mi tristeza y mis engaños? A mí me resultó suficientemente oscuro. Al final, dondequiera que uno se encuentre no deja de ser ninguna parte y la silenciosa nieve y la *kibitka* rota, y un hombre maldiciendo en voz alta mientras intenta mantener el eje firme en el resbaladizo hielo. Sin embargo, por aquel entonces no sabía lo que sé ahora. No tenía la sensación de estar en la oscuridad ni en la nieve. ¡Cuánta confusión! Vivir en las afueras de una gran ciudad era brillante e interesante y no me daba cuenta de que estaba dirigiéndome al caos. En todo lo que digo, por lo tanto, hay que tener estas cuestiones muy en cuenta: no sólo no era consciente de algo que no comprendería hasta mucho más adelante -momento en que dicho conocimiento ya sería irrelevante o completamente inútil para mí-, sino que ese conocimiento se vio precisamente condicionado por lo que sucedió más adelante. Pues he estudiado este fenómeno y sus plazos oficiales. Y de hecho creo que es posible decir algo todavía más extraño. No sólo cambia lo que uno conoce según lo que descubra al final, cuando todo ha terminado; también lo hace aquello que pretendía hacer. Todo es retrospectivo, y eso incluye las motivaciones de uno. Lo cual no quiere decir sin embargo que todo lo que uno sienta cuando algo está sucediendo

sea ceguera o autoengaño. Si un motivo se revela en el futuro, no significa que estuviera allí para ser intuido desde el principio. Recuerdo que un amigo erudito intentó explicarme una vez en un pub u otro antro la diferencia entre el narrador consciente y el reticente, el que sabe lo que está revelando y el que no. Yo, en cambio, no estoy tan seguro de que pueda mantenerse esa distinción. Nadie es del todo consciente de lo que dice. Por más que yo haya sido siempre el sacristán de mi propia cabeza, el guardián de todos sus pensamientos, lamentablemente nunca me ha sido posible abarcarlo todo. Ése es el problema básico con el que me encuentro al hablar e intentar describir estos hechos: resulta que no hay hechos, sólo señales e interpretaciones. O sólo anticipaciones y recuerdos, de modo que es posible que el momento en sí mismo ni siquiera exista. No hay romance, ni aventura. Y felizmente apostaría en cualquier moneda del mundo que, en el momento de vivirla, nadie tiene ni idea del tipo de historia que habita. Allá donde uno mire, se encuentra amordazado y confinado sin posibilidad de escapatoria. Tampoco yo, por ejemplo, cuando me desperté junto a Romy y ella estaba sangrando, o cuando salí triunfalmente con dinero de un salón de uñas, u otros actos criminales. No sabía qué tipo de historia implicaba todo eso. Sólo lo sabría cuando la contara, y sólo podría contarla cuando hubiera terminado: ¿y qué significaba realmente que una historia hubiera terminado? Con todo esto no quiero decir que me las dé de filósofo, sólo que estaba muy confundido.

pero sólo más adelante, en un futuro ajeno a la narración actual

Porque desde el principio he estado existiendo mucho más allá de los sucesos que estoy narrando, en el futuro más lejano de esta narración, ya que todas estas reflexiones no las hice hasta que me encontré en ese futuro encapotado, mucho después de que Candy y yo nos hubiéramos separado definitivamente, yo me hubiera marchado de casa de mis padres y nuestro perro hubiera muerto. Sin duda me encontraba muy solo. Vivía en un apartamento de uno de los altos acantonamientos situados al sur de esta gigantesca ciudad. Aquí estoy, con la pierna herida y su cómica cojera, como cualquier otro destacado profeta. Es posible que ahora ya sea para siempre el tipo de la cojera, como si hubiera sufrido una gran guerra. En mi apartamento había muy pocos muebles, y, mientras caía la noche, miraba los dibujos que formaba el *smog* en el cielo,

así como las volutas del humo de un cigarrillo, y creo que en una entrevista habría podido decir de la forma más desenfadada posible que me sentía feliz. O al menos me habría gustado dar una respuesta así de categórica. Pero no resulta fácil ser tan categórico como a uno le gustaría. En cualquier momento puede uno sentirse abrumado por algo. En mi caso, se trataba de la nostalgia. La nostalgia es la enfermedad de nuestro tiempo. Mientras que las generaciones anteriores tienen la capacidad de dejar que el pasado y todos sus artefactos se desintegren y conviertan en polvo, nosotros disponemos de la posibilidad de acceder a todo nuestro pasado gracias a los ordenadores y los móviles: y no me refiero sólo a, digamos, los infinitos créditos de *D'Artacán*, la encantadora *Pantera Rosa* y demás hitos de nuestra infancia, sino también a toda nuestra correspondencia pasada. Todos los seres humanos estamos ahora más históricamente documentados que Napoleón y sería algo muy de lamentar si no fuera del todo irrevocable. Ésa es la razón por la que la depresión, la nostalgia y una forma de pensar completamente reorganizada son las cuestiones centrales de casi todos aquellos que conozco. En mi caso, me puse a leer todos los correos electrónicos que le había enviado a Romy y reviví el modo en que nuestra amistad había pasado a ser una aventura y luego se había evaporado, y pensé en lo mucho que me gustaba la amistad. Es algo verdaderamente complejo. Tan complicado como el amor y quizá más valioso. O al menos posee su misma capacidad de provocar tristezas colosales. Y sin duda es una forma de aventura vital. También me releí los correos electrónicos que le había enviado a Dolores y que ella no había llegado a responder nunca, así como los de los primeros años de mi relación con Candy. Y hasta entonces no me di cuenta de algo que Candy había intentado decirme y eso hizo que tuviera ganas de explicarle lo mucho que lamentaba haber sido tan estúpido. Ése es el oscuro placer que nos permite nuestra tecnología, ser rápidamente capaces de releer todas las comunicaciones que hemos recibido y comprender dónde hemos fallado. Y mientras consideraba la posibilidad de llamar a Wyman para ver qué tal estaba, o al menos de enviarle un mensaje de texto, de repente sonó el teléfono. Era Candy.

-Soy yo -dijo ella-. ¿Es un buen momento?

-Ajá -contesté yo.

-¿Estás ocupado?

-¿Dónde estás? -le pregunté.

-Aquí -dijo ella.

-¿Dónde aquí? -pregunté.

-Aquí abajo -dijo ella.

Colgué y permanecí un momento inmóvil mientras esperaba que subiera el ascensor. Durante esa pausa, en parte estuve mirando por el balcón de mi apartamento, donde colgaba una jaula de pájaro que había comprado la otra mañana en el mercado de pájaros, y también mi nueva mochila, o escuchando el zigzagueante zumbido de una mosca que revoloteaba por la habitación, pero quizá también estuve experimentando al fin el momento en que comprendía lo que me había pasado, o todavía estaba pasando. De algún modo había envejecido. Se trataba de la tristeza por el paso del tiempo que uno siente en un avión cuando se da cuenta de que no es que las azafatas de su vuelo transatlántico no sean comparables a las ágiles *pin-ups* de su imaginación, sino que, en realidad, antaño fueron esas ágiles *pin-ups*, pero el tiempo ha pasado y todavía están ahí arriba, en el aire, sirviendo pequeñas magdalenas y botellitas de vino; simplemente, han envejecido, llevan anillos de casada, y tienen una idea del sarcasmo más refinada, y todo ha cambiado sin que nadie sepa cómo ni por qué. No podía decir que me hiciera feliz que Candy estuviera ahí. En cierto modo, era como una prueba o una tortura y no sabía si podría soportarlo. Y entonces apareció en la puerta de mi casa.

en el que ve a su esposa por última vez

De los muchos aspectos exquisitos de la belleza de Candy, el que más me sorprendió en ese momento, tal y como me sorprendía antes, obviamente, fue la longitud de sus piernas. Atención todos, quería decirle a menudo al mundo cuando salía con mi esposa: Mirad a Candy, contemplad la majestuosidad y la belleza de sus piernas y luego pensad: Sólo un hombre con una maravilla entre las piernas, un bate de béisbol o algo parecido a una berenjena o una calabaza (no, una calabaza no: un *bate de béisbol*), podría satisfacer a una mujer con unas piernas tan largas. Sus piernas eran algo de una belleza elástica que, por lo tanto, no costaba imaginar en diversas poses angulares: enroscadas alrededor de los muslos de uno, o alzadas y descansando sobre sus hombros. Cuando las volví a ver, sentí un deseo por ella que me impidió pensar en otra cosa que no fuera la forma en que esas piernas se transformaban en sus caderas, así como en la suave piel de la parte interior de los muslos y en cómo se humedecería con sólo tocarla, como si algo se disolviera. Me quedé observando a Candy mientras ella contemplaba un apartamento ocupado únicamente por mi querida

mochila y revistas, libros y cigarrillos, porque últimamente había estado fumando, un hábito que a Candy nunca le había gustado de modo que antes apenas lo hacía, o al menos no profesionalmente.

-¿Ahora fumas? -preguntó.

-No te he pedido que vinieras -dije yo.

-Está bien -dijo ella.

Entonces comencé a caminar hacia ella, creo que sólo para estar más cerca, y ella vio que lo hacía, y cuando estaba a su lado junto a la ventana, se inclinó hacia mí y hasta que fue demasiado tarde no me di cuenta de que sólo pretendía abrazarme (pues al fin y al cabo nuestras alturas son muy distintas: yo soy pequeño y ella alta, mi apariencia es querúbica y la de ella elegante y flexible) y, lamentablemente, sentí que mis labios se encontraban con los suyos. Me besó muy suavemente y yo me sentí como se supone que se sentían las mujeres de otras épocas al recibir un beso: como si me desvaneciera. De repente, la luz de la habitación me pareció inadecuada. Era amarillenta porque el sol se estaba poniendo, pero antes incluso de que pensara en mejorarla, el móvil de ella sonó.

-Sí, te llamaré más tarde -dijo ella.

-¿Quién era? -pregunté.

-¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? -preguntó.

-¿Cuánto? -dije yo.

-¿Y por qué cojeas? -añadió.

-¿Cojear? -dije yo.

-Sí, cojear -dijo ella.

-Es una larga historia -respondí.

Decididamente, me estaba costando hablar con ella. Y en sí mismo eso formaba parte de mi nuevo descubrimiento: había sucedido algo irrevocable. Sí, a juzgar por lo que estaba pasando en ese momento, podía confirmar que en el pasado definitivamente había sucedido algo.

y comprende su transformación

La mayoría de las historias son como la del hombre que tira una semilla de dátil y entonces se le aparece un musculado espíritu y le dice: «Levántate para que pueda matarte tal y como tú has matado a mi hijo.» Y cuando el hombre le pregunta: «¿Cómo he matado yo a tu hijo?», el espíritu simplemente le responde: «Al tirar la semilla de dátil le has dado en el pecho a mi hijo, que pasaba por allí en ese momento, y ha muerto. No hay nada que puedas hacer. Tienes que

morir.» De modo que mata al tontaina sin piedad. Es decir, la mayoría de las historias parecen comenzar por un acto azaroso y la aparición de un *djinn* y terminan convirtiéndose en la materialización del destino. Digo destino, pero lo que quiero decir en realidad es absoluta injusticia y gente molida a palos tanto si lo merece como si no. Porque así es como veo yo la situación presente. El universo es un psicópata y un matón con garras y guantes de boxeo y demás artilugios que pueda considerar útiles para moler a la gente a palos. Es algo que está totalmente fuera de control. Es un matón y yo soy su esclavo, lo cual conduce a distintas revelaciones. Una de las cuales, por ejemplo, puede ser que, si bien uno quizá prefiere que a un suceso siga otro de forma natural, en realidad la cosa es tal y como la describió una vez un amigo mío: si un perro muerde a un niño y le transmite la rabia, se mantiene la ilusión de una relación causa y efecto universal y la existencia de un orden, de modo que todo el mundo se siente feliz. Si, en cambio, el niño se convierte en un perro, con lo cual me refiero a que en la historia hay alguna transformación o agujero inexplicable, es que el mundo es incontrolable, y si bien se trata de un escenario improbable, al mismo tiempo también es mucho más plausible, como nuestros afectos, nuestra incapacidad para estar a la altura de nuestros valores o nuestras desgracias inmerecidas. Y cuando eso sucede y uno tiene una historia con un agujero en ella, ese agujero convierte su historia en un mito. Así pues, la pregunta obvia de los mil millones de dólares es, en mi opinión, algo así: ¿existe realmente en este mundo alguna historia normal? Si uno hace que los fotogramas avancen con suficiente lentitud, ¿en algún momento no se revelará todo como mitológico?

sólo cuando todo ha terminado

-¿Me estás evitando? -preguntó ella-. ¿Es de mí de quien huyes?

-No estoy huyendo -dije-. Sólo estoy. Estoy… ¿Quieres comer algo? -pregunté.

Entonces Candy volvió a besarme y esta vez fue de verdad. No era algo que ni mucho menos esperara, pero ya que sucedía tampoco quería resistirme. Comencé a quitarle la cazadora de cuero y ella terminó de quitarse las mangas y la dejó caer al suelo. Debajo, llevaba un chaleco blanco a través del cual se podía distinguir el contorno de sus pezones. Candy rara vez llevaba sujetador, no lo necesitaba, y esto era algo que yo siempre había encontrado muy erótico. Su visión en ese momento, sin embargo,

me entristeció terriblemente. Resultaba al mismo tiempo muy concluyente y elusiva.

-¿Estás con alguien? -preguntó.

-No -contesté yo.

-¿Y tú? -pregunté luego.

Y me di cuenta de que no quería saberlo justo en el mismo instante en que también me di cuenta de que ella no iba a contestarme.

-No te hice daño deliberadamente -dije.

-No me importa -dijo ella.

Se sentó entonces en una silla con una pose de absoluta elegancia y seguridad, con sus largas piernas flexionadas debajo de ella, ligeramente desgarbadas, y yo no tenía muy claro qué estaba pasando.

-Ven a la ventana -dije-. Mira las calles.

-No -dijo ella-. Ven aquí.

Pero yo no quería hacer eso. De repente, me sentía muy triste.

-¿Sabes? -comencé a decir-. Una vez me dijiste que quizá deberíamos juntarnos cuando tuviéramos sesenta años.

-No lo decía en serio -dijo ella-. Sólo pretendía ser amable.

-¿Qué tenía de amable si no lo decías en serio? -pregunté.

-No te hagas el loco -dijo ella.

Pero por supuesto no fueron las palabras sino el tono en el que las dijo, monótono y sin recalcar nada, lo que hizo que me sintiera aterrado por lo que había pasado, como si en esa monotonía hubiera mucho conocimiento sobre el mundo y, en particular, sobre mí. Entonces se quitó el chaleco y permaneció ahí con los pantalones vaqueros y los pechos a la vista. Yo los miré y comprendí que nunca más volvería a conocer esa belleza, pues no tenía nada que ver con los pechos en sí mismos, sino con la situación en su conjunto, esta situación en la que un ridículo payaso comprendía exactamente lo que había perdido. Y diría que el problema moral básico consiste en que, obviamente, somos más que una sola persona, y a lo largo de nuestras vidas muchos de mis amigos se han mostrado inflexibles y no desean que cobren vida las alternativas, las distintas opciones y variedades de Wyman, etcétera. Pero ¿por qué no? ¿Por qué al Wyman drogadicto no se le debe tanto como al Wyman asistente legal? ¿Por qué debería el asistente legal ser el único Wyman adorado? Cuando me siento culpable es por aquello que no he terminado o no he hecho. Y ante eso, la única respuesta válida es la que ofrecería Candy, y ésa es una

de las razones por las que la quería: no hay ninguna razón lógica para no hacerlo todo, y por lo tanto, si consideramos la decisión de, por ejemplo, acostarnos con la chica del esmoquin de color crema y los pantalones de cuero que chupa provocativamente la boca de una botella de cerveza, la única razón para no ir al cuarto oscuro con ella no es ninguna razón, aunque, al mismo tiempo, lo es todo: que a la manera de la más superflua y hermosa obra de arte uno haya decidido decirse a sí mismo que nunca hará algo así. Y lo cierto es que ésa es en realidad una coercitiva y maravillosa situación en la que encontrarse, pues verse obligado a realizar algo es maravilloso. En ese momento, sin embargo, yo no estaba obligado a nada.

-No estoy seguro de que debamos follar -dije.

-No me importa -dijo ella.

-¡Deja de decir que no te importa! -exclamé.

-Lo siento -dijo ella-. ¿Qué quieres que diga?

Pero yo no sabía qué quería que dijera ella. Recordé entonces un pequeño discurso que Candy había dado una vez y en el que anunció que su vida era básicamente siempre lo mismo. Cuando no podía hacer nada, se sentía infeliz; cuando podía hacer algo, se sentía asimismo infeliz porque no había suficiente tiempo para hacerlo; y cuando pensaba en hacer algo en el futuro -lo cual presumiblemente debería de resultarle algo esperanzador- se sentía devastada por un miedo gigantesco y envolvente. «Eso no significa, claro está», añadió entonces, «que no haya buenos momentos.» Echaba mucho en falta el discurso de Candy. Fuera, las habituales nubes cubrían el cielo: el sabor de la ceniza flotando en el aire, flores mojadas, una fina llovizna sobre los canales. Sobre nuestras cabezas, los helicópteros militares y los frágiles aviones de líneas regionales surcaban el aire. Yo me tumbé entonces en la cama y Candy hizo lo propio a mi lado, en la creciente oscuridad, con las luciérnagas imitando bombillas en la ventana.

lo cual exige una nueva forma de pensar

Lo que quiero decir es que, en un momento dado, había sido invadido. Lo exterior había entrado en mi vida. Tanto da si sucedió cuando me desperté junto a una sangrante Romy, cuando Hiro se mudó a casa, cuando comenzamos nuestra comuna afectiva de sentimientos heridos, cuando inicié esta vida de letargo y sopor o cuando comenzamos a jugar con armas y a asustar a gente inocente y bienintencionada, la cuestión era que estaba perdido. Porque nadie es imposible si en la máquina tragaperras se da la

combinación adecuada de manzanas y peras. Y cuando eso sucede, uno necesita pensar de la forma más tropicalista que pueda, a la manera de los viejos maestros del tropicalismo. Si ha existido alguna vez un movimiento artístico por el que yo pueda sentir adoración, sería el de los artistas tropicalistas. Ellos comprendieron la táctica básica: uno tiene que coger lo que pueda y no preocuparse por la cuestión de su procedencia. Eso es lo que uno descubre cuando se encuentra fuera de la civilización: el hecho de que algo sea suyo o no ya no es una cuestión apremiante. Si uno necesita la cábala o las cuatro etapas del nirvana, debe cogerlo y hacerlo suyo. O, básicamente, eso pensaba yo. ¡Comeos los unos a los otros! ¡Sed caníbales! Si uno ha nacido en medio de la nada, o si de hecho esa nada es el lugar en que uno se encuentra actualmente, será mejor que busque sustento allá donde aparezca. Es decir, ¿quiénes son los maestros del tropicalismo? Desde que tuve estas revelaciones, he estado realizando una pequeña investigación. Está Oiticica y sus instalaciones, como aquella en la que el espectador se sienta entre algunas macetas con plantas, varias casetas de playa, guijarros y guacamayos y, finalmente, al fondo de un pequeño pasillo, descubre un aparato televisor. Y también está mi otro héroe, el poeta Huidobro y el manifiesto que recitó en un teatro de Santiago, en el confín del universo conocido. Y en ese confín del universo conocido, nuestro héroe, aburrido de la realidad que le rodeaba, pero que muy aburrido, anunció que ya no quería copiar más las realidades de la naturaleza, las cuales después de todo no nos pertenecían, sino crear realidades en un mundo que sería nuestro, un mundo a la espera de su propia flora y fauna. No hay por qué sentirse satisfecho con lo existente, ése era el mensaje básico de Vicente Huidobro: si uno se encuentra entre lianas con la lengua pesada y colgando, brillante como unos guantes de boxeo, que así sea.

y decide registrarlo

No es de extrañar que si uno se encuentra sin escapatoria en semejante paraje tropicalista, cuando intenta describirlo termine recurriendo a repeticiones y minifantasías de viajes temporales, como si pudiera recrear deliberadamente su inocencia. Lo cual quizá no es una ambición tan descabellada, pues lo que uno prevé o lo que uno recuerda puede ser tan importante como lo que realmente ha sucedido. ¿Qué otra cosa cabría esperar de este nuevo hábitat? En la oscuridad del dormitorio, al lado de Candy, podía oír

algunas personas caminando en la calle. Quería decir algo que pudiera al menos mejorar un poco la situación, pues siempre es preferible que las cosas tenga un final feliz.

-En realidad -le dije-, estoy en tu lugar y nunca lo he dejado.

-Querido, eres muy dulce -dijo Candy-, pero…

-Es decir, no dejo de regañarme a mí mismo, te lo prometo -dije.

-Eres consciente de que ninguna de las recriminaciones que te hagas a ti mismo excusan nada, ¿verdad?

-Entonces ¿qué puedo hacer? -pregunté.

-No hay nada que puedas hacer -dijo ella-. En su momento, podrías haber hecho algo. Como, por ejemplo, no echarte a perder.

Consideré esto una acusación grave.

-¡Pero es que echarse a perder es una tentación terrible! -dije con tristeza.

Era como si pudiera ver su figura haciéndose más pequeña en la distancia a pesar de que estaba ahí a mi lado. Y si bien no la culpaba -puesto que debe ser muy aburrido esperar que la gente mejore-, me di cuenta de que ya nunca podría demostrarle mi inocencia, y como ella era la única persona ante la que habría querido demostrar mi inocencia, ya nunca volvería a ser inocente. Sería culpable para siempre. No era, claro está, que todos mis crímenes no hubieran sido castigados. Mi vida reciente se había visto oscurecida por una gran cantidad de desgracias. Hasta el punto de que quizá podía decirse que, desde que Candy había descubierto tantos vengadores en su nombre, mi culpa por haberla ofendido posiblemente había disminuido mucho. Y también fue entonces cuando me di cuenta de que, si alguna vez iba a adoptar una forma artística, ésta tendría que consistir en una confesión absoluta. Sólo la descripción de mi profunda *trivialidad* sería adecuada para transmitir la magnitud de mi perdición. ¡Mi propia corrida de toros! En ella podría abatirme a mí mismo. Era increíble lo despreciable que era. Mientras yacía ahí con Candy a mi lado por última vez, recordé de repente el pequeño esbozo que había escrito después de lo que sucedió en la sauna, y pensé que, seguramente, ahora podría seguir adelante con la tarea y acometer una nueva versión más extensa. Tenía muy clara la visión de un libro en el cual registraría toda mi experiencia, y sabía asimismo cómo debía sonar: con todos los tonos que nadie admira: lo Horrendo, Tierno, Implorante, Sórdido, Aburrido, lo Estridente y lo Dulce. Con estos terribles tonos contaría mi historia *kawaii*, sin ninguna distancia entre la persona ausente a la que me dirigiría y yo. Lo veía como algo continuo, una pequeña cascada con remolinos o un fuego que

no deja de agitarse. Y es que desde siempre lo único que había querido era vivir. Y la verdadera vida -y esto no es ningún nuevo descubrimiento mío-, la única que ha sido verdaderamente vivida, es aquella que uno observa en retrospectiva desde una especie de distante punto en las nubes. Ese tipo de mirada podría describirse con la palabra «literatura». O si no literatura, sí al menos discurso. Y aunque Candy no estuviera ahí, pensaba yo ahora con tristeza y satisfacción en esa atmósfera tropical, yo podría seguir hablando como si lo estuviera.

muy posiblemente en un libro

No sé por qué la gente piensa que las narraciones o las imágenes le expulsan a uno del mundo. Mi discurso era la única ruta que yo tenía para aferrarme a él, como si fuera Velcro o una bisagra. Al final, nada puede enseñarse: todo tiene que aprenderse. Y uno sólo puede aprenderlo todo permitiéndose a sí mismo aullar tantas palabras como sea posible. Al fin y al cabo, consideré, estaba muy acostumbrado a poner por escrito mis propios pensamientos, o a hablar muy rápido. ¡Era un prodigio! Siempre había hablado así conmigo mismo, aunque no hubiera nadie para escucharme, como un loco en el parque a media tarde. Aun así, se me ocurre ahora mientras termino mi empresa, hay una pirueta final que no había previsto. Me resulta difícil estar escribiendo todo esto y creer que lo que digo es verdad. Quiero decir del todo. Sé que en parte se debe a la vagancia, pero tengo miedo a traicionar mi ideal. Y es que el sueño es que todo lo que uno diga esté completo, con absolutamente todas las cualificaciones etiquetadas y tenidas en cuenta, pero por supuesto eso no es más que un ideal y, como tal, resulta asimismo inalcanzable. Lo que sucede, en cambio, es que uno dice algo y, al hacerlo, termina perdiendo la cosa que pretendía decir, pues ha sido reemplazada por la cosa dicha (que, si bien inexacta, también es real) y, por lo tanto, según la ley de que aquello que está presente siempre borrará aquello que no lo está, eso es lo único que al final puede recordar uno. Supongo que, por otro lado, esto puede considerarse algo bueno. Sí, es posible que uno haya perdido la importancia original, pero cuando uno tiene una frase ante sí, es posible que gracias a ella pueda obtener una nueva importancia que nunca había sido sospechada. Lo que uno dice nunca es lo que cree decir. En realidad, lo que uno dice lo hace sin ser consciente de ello. Es como lo de que nadie cree pertenecer a su época, a pesar de que todo el mundo lo hace. Aunque claro,

cuando se determina qué conforma una época, la gente que pertenece a la misma ya no está viva. En cuanto uno es consciente de esto, el acto creativo se vuelve muy difícil. ¿Para qué comenzar algo con una intención en mente si esa intención no será ni mucho menos el efecto de la obra terminada? Sin embargo, si uno no comienza algo, no conseguirá expresar nada. Así pues, el único modo de comenzar es hacerlo con una idea que uno sabe que nunca podrá ser expresada, pero con la esperanza de que, durante el proceso, sí podrá expresar otra cosa de cuya existencia o forma no era consciente. No se trata tanto de registrar como de crear una nueva experiencia. Me estaba quedando dormido junto a Candy, y cuando me quedo dormido, mi pensamiento suele volverse más frenético. Estaba intentando encontrar una analogía o imagen para mi ideal. Por alguna razón, la única que me venía a la cabeza era una hamburguesa. Así de vulgares fueron mis pensamientos la última vez que vi a Candy, cuando finalmente me di cuenta de todo lo que había perdido, en el oscuro desierto metafísico de un apartamento cuyo aire acondicionado permanecía encendido toda la noche y era muy ruidoso. Y es que los libros, como las hamburguesas, son cosas que se agrupan en capas. Sí, la imagen de mi discurso ideal era la de una hamburguesa con todas sus salsas: un ensamblaje multicolor, dulce, grasiento y delicioso. Eso es lo que uno necesita si quiere hablar acerca de lo que le sucedió en *tropicália*, si quiere hacer todos los trucos que le gustan con esa horrible sustancia llamada tiempo. Y durante tanto tiempo como pude antes de quedarme dormido, permanecí allí tumbado contemplando esta posibilidad, como el analista de riesgos o el estudiante de medicina que se encuentra en la puerta de un antro de perdición, mirando ansiosamente el vacío de neón.

7. LA COSA MISMA

VIOLENCIA NO PLANEADA

que documenta las desatadas libertades de nuestro héroe

Desde mi perspectiva futura, supongo que no tenía los acontecimientos tan bajo control como creía. Sin embargo, en aquel momento creía que sí. Después de dos o tres botellas de bourbon, nuestras decisiones se volvían más libres; por ejemplo, tomar prestado el coche de mis padres para llevar galletas de mantequilla de cacahuete recién hechas a amigos y tiendas locales, o acompañar a una persona al juzgado de lo social y a tratarse sus adicciones después de que Hiro la hubiera conocido en la calle. Ésa es la belleza de las cosas que alteran la mente. Uno se encuentra en casa ataviado con una bata y, al minuto siguiente, está en el metro con la réplica de una pistola en una bolsa de lona, una de sus muchas posesiones, incluso si lo cierto es que uno disfruta de ese nuevo accesorio, aunque sólo sea del mismo modo que uno disfrutaría de unas nuevas zapatillas deportivas o de llevar rímel. De ese modo, Hiro y yo visitábamos distintos rincones de la ciudad -los parques y las avenidas, los museos de la banca y la industria pesada- y nos sentíamos muy felices de tener con nosotros ese objeto, como si se tratara de una mascota secreta. O simplemente acudíamos a las tiendas y los monumentos de nuestra localidad o barriada, complementando la cerveza con varias botellas de vodka y a veces fumando catorce o más porros mientras paseábamos con el perro bajo una contaminación felizmente baja. Ésta realmente es la belleza de las cosas que alteran la mente: alteran todo lo que le rodea a uno. En una vida no real uno siempre tendría la opción de transformarse en un zombi u otro animal o supermonstruo. En la vida normal, en cambio, lo que ha sucedido previamente sigue sucediendo, sólo que quizá peor; es como ver una película en la que el fascinante asunto de pasar de una escena a otra es la preocupación constante de otra persona. En otra parte, la estación estaba al fin comenzando a desintegrarse. Las abejas teledirigidas volaban torpemente entre las lavandas y otras flores. Al fondo

todavía se podía oír débilmente el viejo diálogo: «¡Señora Muerte! ¡Señora Muerte!» El cielo estaba encapotado y gris, como si tuviera conciencia de su propio adiós, y a pesar de que les había contestado pidiéndoles que dejaran de escribirme, a veces todavía recibía extraños mensajes en mi móvil. Yo, sin embargo, insistía en sentirme despreocupado porque borrar un mensaje es muy fácil. Cuando uno lo hace es como si no lo hubiera recibido nunca, de modo que eso era lo que hacía. Y si de repente tenía esta percepción del mundo, creo que sólo el lector con el corazón más duro envidiará que sintiera al menos una pequeña cantidad de euforia. No pensaba sentirme abatido por más que, entre las reservas de pájaros y estuarios, la tasa de asesinatos general durante el monzón fuera muy alta.

comenzando en una cafetería

El lugar en que nos encontrábamos era una de esas cafeterías que hay junto al embarcadero de hielo del canal. Habíamos pedido *clafoutis* de arándanos con helado de cardamomo y otras exquisiteces. En mi taza había café, y a nuestro lado una luz iluminaba la estrecha perspectiva. En el local había una solitaria persona escribiendo en un cuaderno y yo la miraba con indulgencia, pues yo mismo había experimentado sus mismas tribulaciones y me había puesto a garabatear señales y mensajes por todas partes. Por lo demás, el lugar estaba vacío y la paz era absoluta. Y durante un rato disfruté de dicha situación. Se podían oír los distintos ruidos de las barcazas y las bicicletas que pasaban por allí, así como el circundante ruido ambiental de la ciudad. El camarero parecía estar holgazaneando, como si no tuviera nada que hacer salvo observar la escena general. El problema con los sentimientos, sin embargo, es la rapidez con que se desarrollan, y por aquel entonces casi cada día podía sentir la impaciencia y una presión temporal general. Estábamos discutiendo sobre qué hacer a continuación porque, como he dicho, nuestra necesidad de disponer de dinero era imperiosa. Últimamente, habíamos hablado mucho al respecto, y a Hiro le preocupaba que nuestras travesuras gangsteriles no tuvieran futuro.

-No es ninguna carrera -dijo Hiro.

-¿Qué? -pregunté.

-Robar a la gente -dijo Hiro-. Como forma de vida.

Y si bien comprendía que quizá no estábamos hechos para seguir el estilo de vida criminal, ya que para ello uno necesita usar los

aspectos más severos de su personalidad, así como poseer una voluntad de triunfar de la que quizá carecíamos, yo seguía estando a favor de esta empresa y quería convencerle. Porque cuando uno ha hecho algo una vez, su ejecución se vuelve posiblemente mucho más sencilla. Y a pesar de que estaba dispuesto a seguir a Hiro en cualquier empresa que quisiera emprender, también intentaba hacerle ver que en la calle se podía hacer dinero. Y me alegraba que él no se opusiera del todo. Si yo tenía esta pasión, pensaba él, era importante respetarla. Aun así, la decisión de cuál debía ser el lugar exacto en el que aplicar nuestras energías no era fácil, pues había muchas opciones que rivalizaban entre sí; o bien repetíamos el mismo esquema, o bien nos aventurábamos en un territorio más recóndito, como almacenes o fábricas; y, como siempre, esa deslucida tarde terminamos perdiéndonos en estas reflexiones mientras contemplábamos el modo en que la luz se reflejaba en el agua metálica estancada.

con un camarero al fondo

¡Capitalismo tardío! ¡Tardío! ¡Si no había hecho más que empezar! La atmósfera era claramente insatisfactoria, como si la ciudad o la época acabaran de recordar otra cita y le hubieran dejado a uno solo con su distraído asistente personal. Es decir, ¿alguna vez alguien ha *escogido* la cultura de las cafeterías? No lo creo. Creo que todo el rollo bohemio es lo que sucede cuando no sucede nada más y uno preferiría con mucho que tuvieran lugar grandes acontecimientos, reuniones y citas. Lo bohemio no es más que un aspecto muy noble de *apañárselas*. Así las cosas, la repentina sensación de libertad de la que yo hacía gala era muy seductora. Más privadamente, quizá, estaba atascado…

(-¿Pero qué puedo hacer? -pregunté.

-Bueno -dijo Hiro-. Necesitas estar con Candy, o con Romy, o con alguien como…

-Pero no puedo estar con ninguna de ellas -dije.)

… pero eso sólo suponía que la libertad interior general que poseía ahora fuera todavía más bienvenida y convincente. El problema consiste en encontrar formas de expresar esa libertad interior, en imponer el efecto de uno en el mundo entero, y en ese momento eso parecía ser un problema para mí. Llevábamos mucho rato esperando en ese restaurante y no había señal alguna de nuestro *clafoutis* de arándanos. Sólo nos habían servido el café, y, como siempre, me había alterado un poco. Intenté llamar la

atención del camarero, pero él no reparaba en mí: estaba escribiendo mensajes con el móvil o charlando con el otro camarero, ensimismado en su pequeña nube social. A mí me pareció que esto demostraba una problemática falta de respeto, pues si uno ha de trabajar en un negocio en el que su empleo consiste en servir a otras personas, creo que debería gustarle hacer eso y enorgullecerse de su servilismo. Estaba claro, en cambio, que ese camarero quería transmitirme que se sentía humillado y que no creía que ése fuera un trabajo digno para él. Parecía incluso querer demostrarme que, en un duelo moral entre ambos, él estaba por encima de mí.

-¡Ey, tranquilízate, tío! -me dijo Hiro para que me calmara; eso o algo parecido.

Pero yo no quería tranquilizarme. Cuando se trata de cuestiones de principios, no creo que nadie deba avergonzarse de montar una escena. Aprendí esto de mi madre a muy temprana edad. Yo era muy pequeño, pero ella solía decirme que no había ninguna razón para que nadie debiera ignorarme o subestimarme. Debía plantar cara por lo que era legítimamente mío. Y eso intentaba hacer yo siempre, si bien con quizá escaso éxito. Ahora, sin embargo, me sentía más seguro de mí mismo. Y, además, ¿por qué al final siempre debe uno sentirse culpable? ¿Sentirse culpable por que le sirvan? ¿De verdad? En casa siempre hubo gente encargada de la limpieza, y luego también estaba el personal de los restaurantes o los grandes almacenes que estaba ahí para ayudarme en mis elecciones, y todo eso siempre me pareció muy natural. No en vano, el objetivo de emplear a alguien no es que le odie a uno, sino formar una familia adicional y tener gente alrededor que se preocupa por uno y admira lo que uno intenta hacer. Por lo menos así fue en mi caso. A nuestro alrededor siempre hubo gente (indudablemente, sin eso uno está perdido o no es nada), gente que me deseaba lo mejor y quería que desarrollara todo mi potencial. Sin embargo, ahí estaba ese hombre al que no le importaba nada, como si se rigiera por un sentido de privilegio mucho mayor de lo que yo hubiera conocido nunca, y eso me molestaba mucho.

que asusta a nuestro héroe con su indiferencia

Al principio, intenté llamar su atención con la mano, procurando al mismo tiempo que no pareciera que lo estaba haciendo, puesto que no quería ser observado por la chica que escribía en su cuaderno. Es decir, no quería que observara mi fracaso a la hora de

hacer notar mi presencia. No se me ocurría nada peor. En los sicomoros y los árboles orquídea, las palomas ocultaban sus rostros bajo un ala plateada. Así de tranquila era la tarde, y siguió siéndolo. Intenté mirarle fijamente, y luego ignorarle. Era como si todo el principio de una cafetería como lugar de refrigerio hubiera sido tranquilamente abandonado. Sí, esta pausa en la cual esperábamos que nos atendieran duraba ya más de lo que yo había conocido nunca, y casi empezaba a asustarme. Eso siempre me sucede cuando algo no es de la talla adecuada. Y no me parece que en ello haya nada extraño. En el fondo, todo lo que pensamos depende de la longitud y la talla. Las suricatas, por ejemplo, pueden parecer muy encantadoras, pero si uno se las imagina del tamaño de una vaca o un flamenco, se da cuenta de que ese encanto se debe en realidad a sus reducidas dimensiones. Del mismo modo, una pausa en una cafetería que no es de la duración adecuada puede resultar debilitadora o algo incluso peor. Puede ser aterradora. Y el miedo, creo yo, hace que todo parezca diferente, de modo que el comportamiento habitual de uno parece menos disponible cuando quizá más lo necesita.

lo cual conduce a violentas decisiones improvisadas

Así, por ejemplo, presa de la desorientación decidí encararme directamente con el camarero. Me dirigí hacia él y le pedí si nos podía cobrar.

-¿No queréis la comida? -preguntó.

-Queríamos la comida -dije yo.

-Pero sería muy triste que os marcharais sin comer -dijo él.

Supongo que no debería haber dejado que me persuadiera, pero siempre quiero ver la parte buena de la gente. Así pues, regresé derrotado a mi mesa, donde Hiro esperaba la catástrofe. El camarero vino detrás de mí con dos platos de comida. El problema es que no era la comida que habíamos pedido. En vez de *clafoutis* de arándanos y helado de cardamomo, nos trajo tempura de verduras frescas y sorbete de menta, o algo así, los detalles concretos no son importantes. Y a mí me pareció que eso no era algo que debiéramos soportar sin más. Ser insultado de ese modo es algo muy triste. Y sí, mirando atrás puedo ver que esos feos sentimientos no eran completamente puros y que estaban provocados también por otras cosas; es decir, no se debían únicamente a la mala educación o indiferencia del camarero sino también, por ejemplo, a la desolación en la que yo intentaba no pensar en Candy y yo solos en

casa. Aunque claro, ése es el problema de las motivaciones, van a su aire y resulta difícil ubicar su verdadera localización, razón por la cual siempre es importante permanecer supervigilante como un solitario patriarca del desierto contemplando todas esas cosas a solas en su celda monástica, porque si uno no se revela a sí mismo todos sus pensamientos en cada momento, éstos se pueden volver en su contra. Permanecer supervigilante consiste básicamente en estar alerta ante todos los demonios alineados en contra de uno, como si en su pequeño interior hubiera crisálidas con polillas plegadas sobre sí mismas, esperando para desplegarse cual pálidos paraguas. Y, efectivamente, estas cosas terminan desplegándose. Y una de ellas, creo, era la preocupación por mi hombría e influencia general. Puede que nunca estuviera tan seguro de mi hombría como me habría gustado; y creo que eso fue evidente en lo que sucedió a continuación. Mientras miraba mi tempura o sorbete de menta y pensaba que eso no era ni mucho menos lo que había pedido ni lo que había estado imaginando con gran excitación, también recordé que, como era habitual, en la bolsa que habíamos dejado debajo de la mesa había un arma muy convincente. Sin duda, eso supone contar con más opciones en las interacciones diarias. Y antes, cuando habíamos discutido nuestras opciones futuras, había pensado asimismo que todos nuestros actos debían ser tan morales como fuera posible, porque si uno no actúa de ese modo, ¿para qué molestarse? Y entonces pensé que acababa de presentarse una oportunidad. Hacer algo contra ese local no era para nada un acto inmoral; antes al contrario, era una forma de defender un determinado ideal, pues un mundo en el que no se contemplan las formalidades debidas no es un mundo que merezca la pena habitar. Y si bien quería comentarle todo esto a Hiro para que lo aprobara, también pensé que había muy poco tiempo para actuar, ya que si no aprovechaba el momento, se perdería para siempre.

pero la improvisación es un método difícil

Así pues, cogí la pistola y me puse en pie con paso vacilante. Mi pulso tampoco era demasiado firme y el arma se movía como una vara de zahorí. No estaba seguro de que yo fuera el hombre adecuado para un acto semejante dado que había sido concebido sin la meticulosa planificación que habíamos empleado previamente. Aun así, una cosa que había aprendido en la escuela era que, en las peleas, uno siempre debía ir a por todas. Permanecí ahí con la pistola en la mano y, con gran ferocidad, me quedé mirando al

camarero e hice lo habitual de exigir el dinero. Y mientras lo hacía, fui asimismo consciente de que quedaba el problema de qué hacer con la chica solitaria que hasta entonces permanecía absorta garabateando en su cuaderno, ya que en ese momento se dirigía a la puerta y no estaba seguro de que debiéramos permitir que se escapara, considerando la posibilidad de la policía y otras medidas de seguridad. Sin embargo, no había preparado ninguna forma de obligarla a sentarse, puesto que no sentía deseo alguno de hacerle daño o de asustarla siquiera. Así pues, opté por ofrecerle más tiempo.

-Voy a contar hasta tres -dije-, y cuando llegue a tres será mejor que estés sentada.

Parecía una oferta razonable, pero ella no me dijo nada. Se me quedó mirando y yo encontré eso enervante, pero seguí contando hasta tres de todos modos, puesto que si uno ha hecho una amenaza siempre debe intentar cumplirla, es una la regla básica de la sociedad, sea uno gángster o bailarina, y me sentí aliviado al ver que ella se sentaba.

-No -le dijo entonces el camarero-. Deberías marcharte.

Admito que me sentí indudablemente sorprendido. El camarero había hablado con gran seguridad y yo habría sentido una gran admiración si no hubiera sido un momento tan delicado y no hubiera sido asimismo un momento en el que mi autoridad era cuestionada. Hacía la situación, pensé, mucho más difícil de lo necesario, y, con melancolía, consideré una vez más lo onerosa que es toda forma de trabajo. Las complicaciones nunca tienen fin. Y supongo que todo el mundo debe de tener la misma sensación, no sólo yo o el editor de un periódico local acosado por una pandilla violenta, sino también el coleccionista de arañas extrañas o el asistente de un hospicio, nadie está exento, pero lo que sentí sobre todo fue un justificado enojo. Ahí estaba ese hombre carente de toda noción del deber, así como de noción del respeto, tratándome una vez más como si yo no supusiera ninguna amenaza. Como queriendo contradecirle, pues, me situé muy cerca de él y le apunté a la cara con la pistola. Y la sensación que tuve fue muy distinta de la que había tenido anteriormente, en el salón de uñas, donde me había preocupado mucho en mantener en la medida de lo posible la calma de todo el mundo y no invadir su espacio moral, el envoltorio transparente que yo había asumido que envolvía a todo el mundo. Era como si, anteriormente, hubiera pensado que todo el mundo tenía un espacio moral a su alrededor, como si de un gran teleférico o noria se tratara, pero ¿y si no era así? Ésa era la pregunta que

ahora me estaba formulando de forma muy violenta. ¿Y si todo el mundo era accesible para todo el mundo? No quiero decir que ése fuera un mundo que me gustara, pero podía muy bien ser el único que existiera o, al menos, ésa era la impresión que daba con esta repentina invasión de otra persona que estaba llevando a cabo. Como he dicho, creo que no tenía los acontecimientos tan bajo control como había pensado. Podía ver cómo temblaba la pistola en mi mano y sabía que me estaba quedando sin métodos para hacerme valer.

si ha de terminar bien

Formar parte de un dúo supone un auténtico alivio, pues permite a cada una de las partes ayudar a la otra, y en muchos sentidos el dúo que formábamos Hiro y yo era la mejor sociedad que hubiera conocido nunca. Él se movía con gran destreza, y aquel día pude notar a mi espalda cómo se dirigía hacia el mostrador con paso resuelto y elegante. Mientras tanto, yo intentaba sostenerle la mirada al camarero. No tenía ni idea de si había más trabajadores en el restaurante; supongo que debía de haber un chef encargado de preparar la comida equivocada, pero no lo había visto. En ese momento, lo único que existía era ese idilio del Salvaje Oeste que manteníamos el camarero y yo, mientras, por su parte, Hiro cogía el dinero y me indicaba mediante señas que le siguiera a la puerta. Yo así lo hice, pero me detuve un momento porque de repente me sentí momentáneamente conmocionado por la violencia de mis sentimientos y caí en una paralizante confusión. El cuaderno de la mujer estaba abierto en la mesa con el bolígrafo al lado, e imaginé que pronto sus páginas quedarían oscurecidas por su aterrorizada escritura. Creo que quería disculparme o, al menos, mostrarle que no era un monstruo y que podía tranquilizarme, pues la expresión de su rostro no era una expresión que quisiera volver a ver; era enfermiza y transmitía el dolor de algo derretido o descoyuntado como un hombro dislocado. Era consciente de que yo era el causante de ese dolor y quería asegurarle que se trataba de algo que estaba más allá de cualquier cosa que yo hubiera pretendido, pero en situaciones como ésas uno no tiene la oportunidad de realizar entrevistas o resúmenes retrospectivos. ¿Expresa la ropa que lleva uno su forma de ser tal y como creen los modelos de lencería y los actores secundarios? ¿Demuestran las acciones de uno alguna cosa? Yo nunca había creído que lo hicieran, pero ahora que estaba bajo esa luz fluorescente me pareció que quizá estaba equivocado. No

obstante, deseaba seguir manteniendo que mis intenciones eran buenas. El ideal, porque se trataba de un ideal, era el de una noble restitución mediante la que hacer valer la justicia tal y como nosotros la entendíamos, sin actuar violentamente contra nadie. ¿Debería alguien abandonar un ideal a causa únicamente de problemas locales? Conozco muy bien mis arrebatos de furia. Son como una mascota que todos temen mientras la dueña sonríe de un modo alentador porque sabe que no causará daño alguno. Aun así, también comprendo los argumentos en contra de eso.

LA OLA DE EROTISMO

y da paso a una nueva atmósfera hiperenergética

Pues quizá unas pocas horas o días después volvía a estar rebosante de una esplendorosa energía, como si estuviera tomando una megadosis de suplementos vitamínicos y antioxidantes. Seguía ajeno a cualquier forma de castigo inminente. Realmente parecía que, si manteníamos ese nivel de energía, llegaríamos a una revelación final, y, en particular, a mí me animó a ampliar mis recreaciones personales. Nunca había sentido tal poder y talento para mantener a tanta gente. Nuestras proezas ofrecían una marcada sensación de que ante nosotros se abrían las posibilidades. Me convertí en un monstruo de la laboriosidad, como si por todas partes fuerzas enemigas intentaran hacer de las suyas y yo tuviera que mantenerlas a raya como si de un videojuego de tenis se tratara. No estoy tan seguro de si advertí que al mismo tiempo la nada estaba desgastando el mundo en el que vivía del mismo modo que los fantasmas desgastan cosas sin que uno realmente sepa que están ahí. Desde esta distancia, es imposible saberlo. ¡Demasiadas líneas temporales tenían lugar al mismo tiempo! Se superponían y dislocaban. Aun así, yo estaba definitivamente ocupado. Como cualquier utopista o magnate, tenía muchos problemas con mis comunicaciones. A veces, por ejemplo, me entraban ganas de escribirle a Romy un correo electrónico parecido a éste:

> A veces, me pregunto si, en caso de no quererte tanto, ya serías mía. Porque si no te quisiera tanto como lo hago, no tendría tantas ganas de ser asimismo tu amigo y ofrecerte el mejor consejo posible para tu futura felicidad y, por lo tanto, no diría que por supuesto no es seguro que vaya a dejar a mi esposa -aunque sé que lo haré porque ya no quiero a Candy, no tanto como te quiero a ti-, ni tampoco te aconsejaría que al menos mantuvieras alguna duda o reserva. Si te quisiera menos, en cambio, estaría prometiéndote todo esto de verdad, y tú también a mí. Porque estarías convencida de

nuestro futuro conjunto. Te perderé porque te quiero.

Pero incluso mientras escribía esto sabía que era posible que no fuera cierto, que estaba siendo un sentimental, que la razón por la que no podía prometerle absolutamente nada, o únicamente con pequeñas vaguedades en mi discurso como comas o puntos y comas era que sabía que no era cierto: no dejaría a Candy porque en realidad el amor que sentía por ella era absoluto e inamovible, y ésa era la razón por la cual Romy no podía llegar a convencerse de nuestro futuro conjunto. La perdería porque no la quería lo suficiente. Así pues, ninguna de las posibilidades parecía viable. Y esto no era más que un ejemplo de un problema más grande.

a pesar de múltiples imprevistos

No es que esté interesado en la teletransportación y los viajes temporales, pero sin duda me parece que durante un día cualquiera uno intenta muchas veces dar una voltereta hacia atrás o rizar el rizo: coger un extremo del momento presente, doblarlo y colocarlo sobre el otro extremo, superponiendo con cuidado el dibujo del mismo modo que solía doblar las sábanas con mi madre para ayudarla con la colada, primero hacia delante, luego hacia atrás, luego otra vez hacia delante para encontrarnos a mitad de camino, mientras la sábana se iba haciendo cada vez más pequeña. Estos momentos suceden sin parar, y creo que así es como funciona el amor cuando está en el punto más alto, o en el más bajo: es como la escuela nocturna para los que están muy ocupados, en un curso sobre las verdaderas condiciones del tiempo y el espacio. Las verdaderas condiciones del tiempo, resulta entonces, son siempre decepcionantes: imprevistos, adelantos, atrasos, vislumbres proféticos, malentendidos. Si se tiene todo esto en cuenta, diría que el tiempo siempre se encuentra en un estado extraño y opaco. No es de extrañar, por lo tanto, que vuelva los sucesos muy confusos y también difíciles de seguir.

como los silencios en las conversaciones de Candy

Y en ese momento concreto de la historia, tomé conciencia de un opaco problema en particular: la ausencia de una escena en la que Candy me hablaba acerca de lo que había presenciado aquella noche en la fiesta, la intimidad que había atisbado entre Romy y yo. De Candy esperaba ahora posibles gritos y otros acontecimientos,

como espaguetis con salsa roja arrojados contra las paredes. Y, muy secretamente, quizá eso era lo que quería. Pero, como siempre, no dijimos nada. Lo cual significa que, a partir de entonces, Candy estaba en posesión de un poder silencioso, si es que el conocimiento del que no se hace uso se puede considerar una especie de poder, cosa que yo sí considero. La imagen que tenía de ella era la de una persona entronizada: estaba ahí sentada, sosteniendo el cetro de su conocimiento privado, y yo no tenía forma de saber qué debía hacer. Cuando Candy se quedaba callada en una conversación, yo me preguntaba si estaría pensando en la imagen de Romy y Dolores; esto es, la imagen de Romy hablando sobre mí de un modo al que sólo tenía derecho Candy. No había sido más que un instante, un repentino parpadeo de luz, pero eso es suficiente para que los terrores de uno cobren vida y darse cuenta de que dos personas tal vez tienen una comunicación más directa de la que uno había sospechado o imaginado. Lo que quiero decir es que el vínculo entre dos personas parecerá mucho más familiar si ese vínculo o asociación parece inconsciente. Y a aquellos de ustedes que estén diciendo: «¡Pues cuéntaselo! ¡Cuéntaselo todo a Candy! ¡Eres un monstruo! ¡No te la mereces!», como si estuviéramos en una pantomima y yo fuera el villano, les diría que comprendo su razonamiento, pero, aun así, ¿acaso no es posible querer decir dos cosas a la vez? En ningún momento nada de lo que yo había hecho había sido insincero, ni con ella ni con otras personas. Puede que para ustedes esta afirmación ya sea algo demencial, pues ¿qué hay más insincero que mentir o engañar? Yo, sin embargo, no estoy tan seguro. Es decir, no estoy seguro de que engañar sea algo tan malo si la alternativa es poner fin definitivamente a algo. ¿Por qué no deberían las cosas suceder simultáneamente? Al mismo tiempo, si tenía que mentir, ¿no podía ser que Candy fuera culpable de que mis pequeñas transgresiones fueran castigadas tan despiadadamente? Si imaginaba que se lo contaba todo a Candy -me refiero a lo de Romy y mi infidelidad-, tenía la sensación de que, sin duda, ella me dejaría, se enfadaría y se sentiría menospreciada; de modo que, como es natural, no podía contárselo. Su potencial falta de perdón o comprensión era parte del mismo problema. Y eso quería decir que, a pesar de mis mejores intenciones, tenía la molesta sensación de que estaba perdiendo la capacidad de mantener la atención, del mismo modo que uno puede estar mirando el retrato de una cortesana en un museo de provincias justo antes del cierre, cuando está cansado y quiere marcharse de allí para ir a tomar una cerveza o un batido de leche, de modo que

la belleza de esa cortesana resulta impotente en la medida en que es irrelevante para las necesidades que uno tiene en ese momento. Así pues, yo permanecía despierto por las noches y hacía listas de otras cosas que habían perdido el lustre que una vez tuvieron: el viejo Coney Island, el viejo Soho, el viejo Kreuzberg, el viejo Belleville, etcétera.

puntos muertos del deseo

Y es que nuestros diálogos eran anodinos y felices al mismo tiempo, en plan:

CANDY
¿Estás bien, bizcochito?
YO
¿Yo? Sí, bien. Estoy bien.
CANDY
Porque pareces…
YO
No, de verdad.
CANDY
¿De verdad?

Ése es, básicamente, un resumen de varias de nuestras interacciones nocturnas, como si se tratara de uno de esos retratos robot que la policía realiza para atrapar al asesino prófugo. Siempre que lo real se acercaba, yo lo apartaba cuidadosamente de la zona del mismo modo que uno alejaría a un niño de una maquinaria peligrosa. Por tomar la comparación de una vieja autoridad, había tantas posibilidades de que dijéramos algo específico como de que dejáramos al perro suelto en una calle muy transitada. Porque uno no tiene ni idea de en qué laberíntica locura puede terminar el sabueso de una conversación si se llega a decir algo específico. Yo dejaba que las palabras de Candy se desintegraran en el aire suburbano, entre los hangares y los parques acuáticos de las lejanías, en ese espacio anfibio, con sus tejados y su hierba, sus pavimentos y sus surcos, sus tiendas y su cielo en miniatura. Y sí, puede que haya algunas cosas que el deseo no puede hacer y una de ellas es durar, o durar para siempre, o que se mantenga del mismo modo. Posiblemente, es algo tan improbable como las películas de serie B en las que el asesino persigue a su presa durante las tres horas de duración de la película. Parece improbable que a uno le

importe el otro de forma tan continuada. Aun así, hizo que me decidiera a esforzarme más. Tiempo atrás, tal vez habría intentado explicar esta historia de los poderes alineados en contra de nuestro matrimonio refiriéndome a ángeles, querubines y cupidos. Ése habría sido al menos mi vocabulario en épocas más apacibles. Sin embargo, si tuviera que describir la nueva sensación, creo que sería más exacto decir que el dormitorio rara vez tenía ahora ese turbio y denso hedor, esa embelesadora acrimonia que evidencia que debajo del edredón están produciéndose líquidos de todo tipo. Nos besábamos y besábamos, Candy y yo, y era como una de esas películas de la televisión por cable que uno pilla comenzadas por la noche y, a pesar de no saber de qué va, sigue mirándola porque es tarde, está cansado y espera que pronto tenga lugar un pequeño giro de la trama que le aclare toda la situación. Y eso, claro está, no llega a suceder. Sin embargo, yo quería seguir adelante porque no quería que ella estuviera triste, de modo que le lamía la entrepierna y a veces levantaba la mirada, expectante, pero ella estaba mirando a un lado y entonces era yo quien se sentía triste. Me quedaba mirándola fijamente entre las piernas y me preguntaba qué me había pasado y también incluso si su sabor había cambiado a pesar de que eso debía de ser imposible; y es que si antes poseía una penumbra mineral y sucia, ahora sólo tenía su propio sabor y, por lo tanto, no era suficientemente sucio.

y otros problemas de la comunicación fantasmal

Cuando intenté explicarle esto a Wyman, él le echó la culpa a los fantasmas; porque Wyman cree en los fantasmas, es uno de sus muchos anticuados encantos que aprecio, y yo empezaba a estar de acuerdo con él. O al menos empezaba a comprender que tal vez existieran fuerzas antagónicas, y, una vez que uno admite eso, es difícil no humanizarlas de algún modo. Según Wyman, los fantasmas existían en todos los medios de comunicación jamás inventados -incluidos la paloma mensajera y el gramófono-, y tal vez tenía razón. En concreto, había fantasmas en mi contra en las líneas telefónicas y las conexiones inalámbricas de todas las habitaciones. Porque el problema es que nadie existe realmente cuando uno escribe o envía mensajes de texto a los demás, ni tampoco cuando habla brevemente por teléfono con ellos. Estoy seguro de que, de algún modo, somos conscientes de esto, razón por la cual creo que es importante construir coches rápidos, aerodeslizadores gigantes y los demás sistemas para juntar a la

gente que está sola en la misma habitación. Al mismo tiempo, sin embargo, uno tiene que recordar el poder mucho mayor de las pantallas de ordenador, los teléfonos minúsculos y todos sus pequeños desarrollos. Hay muchos juguetes para hacer que la gente desaparezca, y también para desaparecer uno mismo. ¡Mis correspondencias! Es posible que la época moderna sea un perfecto paraíso de la comunicación, pero eso trae consigo otros problemas, especialmente si la disposición de uno es nerviosa, como, por ejemplo, las muy diversas formas mediante las que la intimidad de una persona puede ser observada. Y, para mí, eso se centraba en Romy y su manía por la mensajería instantánea, pues yo nunca había vivido eso antes, ese amor por los mensajes de texto, y en particular nunca había conocido esa particular forma de ansiedad por otra persona en la que uno podía ver si estaba o no allí, o si había estado recientemente, y, por lo tanto, había visto los mensajes de uno pero no había contestado, o, en el caso de Romy, al despertarme podía comprobar que había estado enviando mensajes hasta las cuatro de la madrugada, pero a mí no me había enviado ninguno, y la verdad es que suponía un gran quebradero de cabeza pensar con quién se habría estado escribiendo y por qué había estado despierta hasta tan tarde sin que ni siquiera me hubiera avisado de que saldría. Del mismo modo que, en particular, si estábamos discutiendo yo me sentía indefenso al poder ver si estaba o no escribiendo una respuesta, o si estaba esperando que lo hiciera, de modo que el tiempo se estancaba o coagulaba, encharcándose. Y estas nuevas formas de comunicación sólo consiguieron que me diera cuenta de lo celoso que era con ella y con qué avidez necesitaba su atención a pesar de que no tenía derecho a ella. Y no resulta nada agradable darse cuenta de lo celoso que se puede llegar a ser, especialmente cuando es uno mismo quien ha creado la situación. Así pues, exigía que hiciera cosas imposibles, como que dejara de tener relaciones sexuales con Epstein, o que sólo las tuviera de la forma más aburrida posible («¿Cómo hago eso?», me preguntó. «Ya sabes que me gusta el sexo»), como si yo fuera un magnate del cine que quisiera tener control del montaje final. Pero no podía evitarlo. Los celos seguían bullendo en mi interior, del mismo modo que el agua sigue agitándose dentro de un cubo cuando uno lo deja en el suelo.

YO
No quiero controlarte.
ROMY
Quieres decir que no quieres que yo te controle a ti.

YO

No lo sé. Es decir, quizá. ¿Cómo puedo saberlo?

ROMY

Es como si estuviéramos en una relación a larga distancia. Nunca he querido eso.

YO

Pero yo estoy aquí.

ROMY

En realidad no.

YO

Hay momentos en que no me siento para nada separado de ti. Momentos en que oigo tu voz.

ROMY

Nunca hemos estado separados. En realidad no.

Supongo que es posible que exista una felicidad que consista asimismo en una absoluta tristeza. Pues únicamente gracias a las mentiras y los secretos me habían sido permitidas en primer lugar semejantes maravillas. Al mismo tiempo, sin embargo, ese secretismo era lo que ahora deformaba todos mis sentimientos impidiéndoles la habitual relajación de su tempo. Uno sólo podía poseer tales sentimientos con secretismo, pero el secretismo había terminado cambiándolos y habían emergido ligeramente derretidos, como una espátula de plástico que ha permanecido demasiado tiempo en una olla de *cholent* al fuego. Aun así, los sentimientos estaban ahí, ¿y qué se supone que debe hacer uno con ellos? Son muy controladores, los sentimientos: hacen la vida muy difícil y dolorosa. ¡No incluir oscuros celos en mis pensamientos! ¿Cómo había podido ser tan imprudente? Nunca había pensado en mantener estas relaciones al pensar en Romy e imaginar o saber que estaba en la cama con Epstein o casi. Esto suponía una tribulación. Cuando pensaba en Romy y en que ya nunca volvería a acostarme con ella, ni ya nunca sería quien empujara mi pene rojizo dentro de su boca, ni tampoco vería cómo se corre mientras permanecía delante de mí despatarrada y tapándose con la mano en un arrebato de humildad o intimidad, me ponía tan triste como el ancestral vendedor ambulante que cruza el Atlántico en barco y ya nunca volverá a ver el *shtetl*.

ante lo cual nuestro héroe intenta encontrar solaz erótico

Creo que fue para evitar tales pensamientos por lo que en aquella época también abandoné toda cohibición. O, posiblemente, sería más amable para mí decir que las cohibiciones me abandonaron a mí y no pude recuperarlas. Tenía una terrible debilidad y era que todavía estaba entusiasmado con el sexo. Y de esto posiblemente echo las culpas a toda esa nueva violencia en la cama con Candy. Pareció permitirle nuevas depredaciones a mi forma de pensar. Y es que hasta tal punto consideraba a las mujeres seres distantes y con las cosas bajo control que cada vez que me daba cuenta de que eran tan patéticas como yo y que actuaban condicionadas por alguna fantasía o confusión, sentía una mezcla de ternura y deseo, además de tener ganas de ver qué sucedía a continuación. Es una posición complicada porque, en general, también me resulta difícil mostrar deseos de querer acostarme con una chica sin que dé miedo o resulte muy incorrecto, como si fuera una persona que despelleja a las mujeres vivas y luego exhibiera sus pieles. Soy un monstruo primigenio en toda su monstruosidad. Aun así, me resultaba muy fácil hablar con las personas y preguntarles por ellas. Y cuando uno hace eso, al cabo de un rato puede pedirles que hagan cualquier cosa y creo que la mayoría lo hará. A Wyman se lo expliqué en unos términos más crudos.

YO

Porque tengo un problema.

WYMAN

¿Cuál?

YO

Que soy realmente bueno en la cama.

WYMAN

Sí, claro…

YO

Es un infortunio, o una maldición.

WYMAN

Ajá…

YO

Sólo digo que complica mucho la vida. Imagino que las cosas deben de ser más fáciles para el hombre que simplemente se coloca encima de la mujer. O eso creo.

No es que todas las escenas fueran perfectas, ni mucho menos. Ahí están, por ejemplo, los encuentros que mantuve con Shannon, quien debido a cierto desbarajuste de nuestras agendas, tuvo la

regla las dos veces que nos acostamos juntos. Y si bien personalmente yo adoraba la viscosa pegajosidad de su interior y el modo en que mi pene emergía con su pequeño cerco de sangre marrón, a ella pareció molestarle. O con Cassity, que era virgen, y cuando la sostuve en mis brazos, se puso a temblar, pese a lo cual seguí adelante. O con Timeka, con quien no hice nada salvo hablar de nuestras infancias, y es quizá la que más me obsesionó. En cualquier caso, estaba contento de haber tenido todas esas experiencias, por imperfectas que hubieran sido, de verdad, no habría renunciado por nada a todo ese conocimiento. Y es que cuando uno está en un bar con la chica de la coleta que lleva una cazadora de cuero y es muy alta, delgada y pálida y, por lo tanto, se trata de alguien a quien desea…

-Sigue -dijo Wyman.

… acostarse con ella supone una tentación más grande que no hacerlo, porque en el fondo uno sabe que será una experiencia muy interesante y que esa experiencia está muy cerca y es posible, mientras que el memo que no tiene semejante confianza en sí mismo experimentará en ese mismo bar tantas sensaciones de ansiedad y preocupación que, al final, la experiencia no será nada caliente ni para él ni para ella, de modo que convertirá esas ansiedades en torres morales de mármol o columnas de razonamiento, y cuando se marche del bar sin ella, en realidad no habrá experimentado ninguna decisión por más que se sienta como el estoico más noble del mundo. Yo, en cambio, no dispongo de ese lujo. No puedo evitar hacerla feliz y, en un momento dado, decirle algo como:

> YO
>
> Quizá deberíamos ir simplemente a la cama y hacer locuras. Podríamos, por ejemplo, ir a mi habitación y yo podría pasarme toda la noche lamiéndote donde quieras… En cualquier parte.
>
> ELLA
>
> ¿Incluido, por ejemplo, el ano?
>
> YO
>
> He dicho cualquier parte.

Es posible que mucha gente se encuentre en esta situación a menudo y no se sienta conmovida por ella. Para mí, sin embargo, el subidón de poder decir semejantes cosas y que el objeto de mi deseo no se marchara fue abrumador y delicioso. Porque ella no se marchó. Se me quedó mirando fijamente.

YO

¿Y tú?

ELLA

¿Yo?

YO

¿Qué te gustaría que hiciéramos?

ELLA

Después de que me lamieras, me gustaría que me obligaras a inclinarme hacia delante sobre un sillón.

YO

¡Vuelve a decir eso! ¡Susúrralo!

Ella se acercó mucho a mí y su aliento fue como una vasta tentación dentro de mi oreja.

ELLA

Quiero que me obligues a inclinarme hacia delante sobre un sillón y que me folles muy fuerte.

Pensé que siempre recordaría eso. Sería como el recuerdo que enterraría en mi pirámide junto a un millón de esclavos alfareros. Así de excitante puede llegar a ser el mundo y me preocupa que mis amigos no lleguen a conocerlo. A Wyman quería preguntarle: ¿de verdad no estás al tanto de nada de esto? ¿No has sentido nunca esta manía por los detalles? No estoy seguro de que lo hayas hecho. Al oír cómo una chica se traga tu corrida, ¿no te has fijado nunca si hace ruido o es silenciosa? Yo conozco a una chica que se queda muy callada, pero también a otras que siguen chupando y sorbiendo y hacen un borboteante ruido que todavía puedo oír ahora, Wyman. ¡Qué entusiasmo y qué alegría! ¿Y he de abandonar todo esto por los placeres de la amabilidad y la lealtad? ¿Así es como concluye realmente la cuestión? ¿Acaso la felicidad no es también una virtud moral? ¿Y el tedio el verdadero pecado? Eso es al menos lo que intenté argumentar con mis amigos y confidentes. En la vida, siempre procuro que haya el máximo de absurda intimidad como sea posible, la que se da cuando todo lo noble y lo normal se disuelve. Siento lástima por los hombres grandes y gordos con el pelo demasiado corto y que llevan camisas de raya diplomática y zapatos sin cordones. ¡Jamás han conocido placer alguno! Yo, en cambio, con sólo dar un paseo por el parque conozco a una chica que vende libros de viejo y, al poco, me ha invitado a su apartamento. Como aquella chica que trabajaba en el teatro de marionetas para niños sirviendo *egg creams* de chocolate y refrescos

con helado… Cuando las cosas suceden de un modo tan natural e involuntario, no sé cómo es posible utilizar un lenguaje culpatorio.

-¿*Involuntario*? -dijo mi madre.

cosa que él intenta justificar

No sé por qué siempre me ha gustado confiar en mi madre como si yo fuera una novia de doce años y ella mi avejentada enfermera, pero parecía tener esa necesidad. Tal vez quería que me dijeran que todo lo que hacía estaba bien, y, de mis muchos confidentes, es posible que mi madre fuera quien cumplía ese papel. Con esto, sin embargo, no tenía en cuenta una cosa importante, y es que mi madre me quiere y ser querido implica una gran cantidad de exoneraciones, además de que ella no quiere mentir. Eso significa que, sin pretenderlo en modo alguno, ella se ha convertido en el árbitro de los límites de mis deseos, y eso supone que a veces resulte difícil conversar con ella. ¿He mencionado lo del reluciente chándal de color turquesa que me compró cuando tenía diez años? No estoy seguro de haber hablado lo suficiente de ese chándal que no sólo pedí, sino por el que llegué incluso a suplicar con lágrimas en los ojos. Se trataba de un chándal holgado que me habría hecho parecer un auténtico miembro del hampa, salvo que mi madre encontró esa cosa de raso turquesa y pantalones brillantes… ¿Qué puede hacer un niño con una madre semejante? Ella le quiere mucho y, sin embargo, no quiere gastarse demasiado dinero. Se trata, sin duda, de una excelente forma de criar a un hijo, pero aun así no deja asimismo de crear complejos dramas cuando de hecho lo único que yo quería era que todos mis deseos se volvieran realidad.

-Crees que eso es amor, pero no lo es -dijo ella.

-Entonces ¿qué es?

-Sólo es sexo.

-¿De verdad?

-Siempre estás pensando en una única cosa -dijo.

Estoy seguro de que dijo esto con la mejor intención, pero yo me sentí ligeramente menospreciado, y no me gustaba nada esa sensación. Mi madre estaba convencida de que yo no era independiente y responsable, y yo quería demostrarle que estaba muy equivocada. Quería anunciarle mis decisiones, mientras que ella mantenía que la decisión no era mía: era como si yo fuera el mimo más imitativo de la historia de la humanidad.

-Ya sabes que nosotros sólo queremos que seas feliz -dijo mi

madre-. Te queremos mucho.

Comprendía la tristeza de su voz y su reticencia a culparme. Conocía esa tristeza muy bien, pues obviamente si uno renuncia a todo y luego no tiene nada para enseñarles a los demás, no hace falta un anuncio con estridentes trompetas y maracas para darse cuenta de que algo va mal. Ahora bien, ¿cómo podía explicar mi última resistencia? Se trata de sentimientos delicados, y si bien mis padres siempre me han admirado por mis ensoñaciones, no creo que el hecho de ensoñar esté tan valorado como merece.

-¿Te acuerdas de Nelson?

-Nelson, claro…

-Tiene su propia oficina.

-Como si eso fuera importante.

-No quiero decir eso. Mira lo amable que es Nelson -dijo mi madre.

Comprendía su argumento básico. Mi madre apreciaba lo mucho que a Nelson le importaba su esposa. Y, de algún modo oscuro, yo también quería ser como él. Pero diría que Nelson lo había tenido fácil en comparación conmigo. Es decir, sí, claro, temo que me consideren mala persona. Al igual que Nelson y los demás de mi clase, siento pánico del adjetivo «egoísta». Para evitar este adjetivo, reprimiré muchos deseos, o al menos los reprimiré en público. Ahora bien, ¿por qué aquello de lo que uno está más asustado ha de ser necesariamente el código moral según el que vive? Al fin y al cabo, no es algo tan obvio. Era el código de la nube en la que vivía, desde luego, pero ¿y si esa nube no era el hábitat natural, tal y como un pez podría sentirse respecto a su cruel acuario?

porque conduce a experiencias utópicas

Y lo que sucedió a continuación puede que sólo adquiriera su verdadero significado a causa de esta intensa tempestad en la que me movía, cuando todo estaba tan lleno de vida como los *emoji* que tanto adoraba. En alguna fiesta u otra concurrencia de gente, volví a encontrarme a Dolores. Ya no estaba con Benicio, su novio o *putto*. Y al verla sentí que tenía lugar una reconfiguración, pues cuando sucede algo con un significado enorme muchas veces tienen lugar pequeñas prefiguraciones, como alguien intentando localizar el código correcto de la caja fuerte. O al menos lo que quiero decir es que si uno piensa que todo tiene una causa, entonces también tiene que admitir que el horóscopo y otras formas de clarividencia son posibles. Sí, en retrospectiva tuve la sensación de que sin duda

había presagiado eso, sabía que volveríamos a encontrarnos y también que sería perfecto, a pesar de que al mismo tiempo tenía que admitir que ella sólo había existido en un rincón de mi conciencia. Resultaba apropiado, por lo tanto, que la viera en un rincón de la habitación (como si fuera posible recortarla por completo de la escena, al igual que una pequeña ninfa en el borde de un techo pintado con desvaídas alegorías), y al instante estábamos hablando y sonriendo mucho, como si fuéramos los payasos más vacilantes de la fiesta. A mí me embargaba la excitación, a pesar de ser consciente de que en muchos sentidos esa sensación bien podía ser una ilusión y un truco de perspectiva, de tal modo que mientras hablábamos yo esperaba asimismo darme cuenta de eso y al mismo tiempo no lo esperaba; un poco como cuando uno está esperando recibir un mensaje de texto y deja el móvil a un lado en silencio e intenta no mirarlo pero se sobresalta cada vez que, con el rabillo del ojo, atisba una nube pasajera o un cambio de luz sobre su superficie. Había algo en su forma de comportarse que me resultaba encantador. Sin duda alguna, poseía majestuosidad, y ésta podía percibirse en lo segura que estaba de sí misma y de su encanto. Tenía una integridad sin fin, incluida su carnalidad. Así pues, no era imposible, me pareció a mí, que pudiera suponer una vía de escape de ese escenario en el que yo me encontraba, algo decisivo e irrevocable, una forma de vivir que hasta ese momento había estado completamente fuera de mi sistema vital. Al fin y al cabo, tal posibilidad debía existir. Le había dado muchas vueltas. Por un instante, me pareció posible no volver a sentirme ansioso nunca más. Y es que en Dolores no había nada serio. O no: en Dolores toda seriedad estaba consagrada a la cuestión de la precisión.

-¿Qué es lo que más te gustó de mí? -me preguntó.

-¿De ti? -dije yo.

-Cuando nos conocimos -añadió.

-¿En aquella fiesta? -pregunté.

-En mi caso -dijo ella-, fue la forma en que me mirabas.

Y este tipo de conversación me pareció muy difícil, pues en realidad recordaba muy poco de la conversación anterior con Dolores; básicamente, de hecho, lo difícil que me había parecido en comparación con Romy y Candy. Ahora que ella estaba hablando, sin embargo, me parecía que yo también podía recordarla, y es que ¿quién puede juzgar el pasado? El hecho de que ella recordara tantos detalles me pareció algo tierno y me hizo desearla todavía más, incluido el pasado que yo ya no recordaba. La miraba y

pensaba que no podía imaginarme no deseando su cuerpo: no importaba que yo pudiera estar enfermo y febril, aquejado de vómitos o con la piel carmesí por las quemaduras del sol. Imaginaba nuestras bocas comiéndose a besos cual dos intrincados e inteligentes animales. Y a pesar de que nos habíamos despedido sin ningún plan o cita futura, no había dejado de pensar en ella cada día más y más, y esa sensación se parecía al amor, del mismo modo que algunos piratas informáticos se hacen con una demencial cantidad de ancho de banda sin el consentimiento de su dueño. Así de opaco era el mundo, así de hermoso, así de embriagador; y me gustaría dejar constancia de eso, del futuro que imaginé posible con Dolores; me gustaría ofrecerle a esa fiesta perdida una suerte de homenaje justo antes de que comience la violencia.

LO EXTERIOR ACCEDE AL INTERIOR

pero entonces su utopía se ve interrumpida

¡Ay, estar soltero! ¡Qué desastre! Realmente pienso que el mundo exterior es demasiado pequeño para el interior de la gente; es demasiado definido y absoluto. ¿Quién no querría transformarse en cualquier otra cosa, una piraña u otro omnívoro? De hecho, en cierto modo yo ya era como otros animales. Era como un pulpo con los tentáculos alrededor de diversos salvadores y adoradores, alrededor de los cuerpos de Romy y Candy y Dolores y un millón de espejismos más. Ahora bien, ¿adónde iría a parar ese pulpo melancólico? Para entonces los acontecimientos estaban volviéndose más densos y pequeños. Era como si por todas partes las puertas, las ventanas y demás aberturas estuvieran bloqueadas, como esos fondos falsos de los viejos teatros con interminables calles que se alejan en una perspectiva falsa. Incluso la puerta de entrada a nuestra casa parecía ahora un lugar peligroso, o si no peligroso sí poco fiable. Si uno es dado a tales pensamientos, quizá no es de extrañar que pase lo que pasó a continuación: un día, a primera hora de la mañana (cuando la mañana no ha dejado todavía de ser noche pero, por eso mismo, uno no está en condiciones para semejantes consideraciones filosóficas), sonó el timbre de la puerta con mucha precisión y suavidad. Tal y como suele suceder en las pesadillas, bajé la escalera ataviado con mi ropa de dormir -una vieja camiseta y unos pantalones viejos de chándalpara ir a abrirla. Mi madre y mi padre habían ido a pasar un romántico fin de semana juntos, ajenos a nuestros festejos. Si se trataba de fiestas, sin embargo, eran muy tristes. Fundamentalmente consistían en una serie de personas sentadas en una interminable sesión de té, con pasteles y otras actividades. No era el cénit con el que yo había soñado, esa comuna o plano superior en el que todo el mundo se querría entre sí y nadie resultaría dañado. Antes al contrario, parecía que, cada vez más, nadie se quería entre sí y todo el mundo resultaba dañado. En

cuanto a si está bien o no aparecer en casa de alguien a primera hora de la mañana, cuando la mañana todavía no ha dejado de ser noche del todo, no me paré a pensarlo. Quizá debería haberlo hecho, aunque tampoco estoy seguro de cuánta protección podrían haberme ofrecido semejantes pensamientos, ya que, cuando el peligro se acerca, seguirá haciéndolo por más que uno se haya preocupado anteriormente. En cualquier caso, no pensé en tal peligro. Cuando a uno le despiertan de un sueño convulso su sentido de la perspectiva o del peligro queda quizá suspendido momentáneamente, como ese sueño en el que yo devoraba mi propio torso como si fuera un helado: cuando uno sueña algo así se alegra de que lo despierten.

por intrusos armados

Además, después de la macabra escena con el hombre que vendía trapos y otros objetos de cocina, había decidido que, en general, no me mostraría tan temeroso con aquellos que llegaran a nuestra puerta, los extras y los holgazanes. Colmaría de atención a cada miembro del reparto, independientemente de dónde se encontraran colocados en la composición general. Así pues, abrí la puerta y de inmediato descubrí que estaba dejando entrar en nuestra casa a dos hombres enmascarados con pasamontañas. Y también reparé en que llevaban unos accesorios que parecían armas. En un momento dado, me di cuenta asimismo de que me había puesto a gritar algo, no tanto un sonido articulado como un ruido y, por lo tanto, no más útil que los gritos en cualquier otro lenguaje, como si hubiera exclamado *oye*[6] o algo parecido. Esos tipos me hicieron retroceder del vestíbulo al salón, y mientras lo hacía pensé demasiado tarde tanto en la luz como en el teléfono; en ambos casos me pregunté si podría alcanzarlos para intentar mejorar la situación. También me sentía muy asustado y mi cuerpo parecía más ligero de lo que había sido nunca, y también más suave. No estaba del todo seguro del lenguaje que debía utilizar. Indudablemente, me alegraba de que mi madre y mi padre no estuvieran aquí, pues nadie debería ver cómo entran a la fuerza en su casa, y no sólo eso, sino tampoco ver a su hijo amenazado de ese modo por la mañana/noche, cuando todo el mundo debería estar durmiendo. Los pasamontañas en particular me molestaban. Al fin y al cabo, Hiro y yo habíamos tenido mucho cuidado de no utilizar una prenda tan amenazante, y ahora me sentía justificado, porque el efecto era horrible e inquietante. Ciertamente, me asustaban

mucho, pero cuanto más asustado estaba, más enojado me sentía, a pesar de ser consciente de que estar enfadado no era ninguna solución. Aun así, la sensación de humillación era ineludible y la dejé marinar allí. Esas dos personas habían vestido sus rostros con pasamontañas, aunque al decir esto me doy cuenta de que el verbo «vestir» quizá no es el adecuado, desconozco con qué verbos se utilizan los pasamontañas, sólo sé que el miedo que provocaban era muy nuevo y muy triste, porque era como si hubiera desaparecido todo un cuerpo, o como si yo apenas fuera tan fuerte como la cortina que colgaba en la ventana, o quizá ni siquiera eso.

-Siéntate, joder -dijo el segundo hombre, y entonces me di cuenta de que se trataba de una chica.

No sólo eso, sino que, al mismo tiempo, también me percaté de que había algo en su tono de voz que indicaba cierta incerteza, como si le faltara práctica o no se creyera su propio papel. Y eso suponía un problema, pues la única certeza es que uno ha de creerse su propio papel y conocerlo bien para que otra persona se lo crea. Lo que no sé es si eso me tranquilizó o no. Creo que no, porque en muchos sentidos el gángster que está nervioso es mucho más peligroso que el profesional que sabe lo que hace, del mismo modo que uno quiere que su asesor fiscal sea experimentado y esté básicamente aburrido por el trabajo que tiene que hacer, así es la naturaleza humana.

LA CHICA
He dicho que te sientes, joder.

De modo que lo hice. Y en cuanto lo hice, vi a Candy de pie en el umbral de la puerta de entrada. Tenía un aspecto muy vulnerable, vestida con pantalones cortos y un chaleco negro, ese que dejaba a la vista la pálida superficie de su piel y el principio de sus pechos. Sentí entonces una oleada de amor por ella (¡esa valentía en circunstancias desconocidas!) y deseé poder exclamar lo mucho que la quería, pero tristemente decidí no hacerlo. En su lugar, dejé que la escena continuara tal y como sus estrellas querían: con mucho miedo, desvanecimientos y sangre.

y muy suavemente el terror entra en escena

Sin duda, siempre hay gente que tiene sus dudas sobre si lo real es tan real como suele pensar: cuando el veneno se abre camino en su hígado y sus venas, o le apuntan al corazón y accionan el gatillo, o ve el camión acercándose por el lado incorrecto de la carretera

mientras su claxon resuena por las llanuras desiertas, o mientras la chica que, pensándolo bien, quizá es ilegalmente joven, le desabrocha los pantalones y susurra que nadie tiene por qué enterarse… Eso no es más que la consecuencia natural de ver sangre, intestinos u otra porquería. Lo que sucede cuando tiene lugar el derramamiento de sangre. Como nadie se lo espera, nadie sabe qué decir o cómo describirlo, uno carece de referencias y en ese caso resulta difícil hablar; es como cuando alguien es testigo de un accidente de coche, un tiroteo por drogas o un accidente de aviación y dice: «Ey, ha sido como en las películas»: lo que quiere decir en realidad es que no se parece a nada que haya visto antes. Pero la sangre es un subgrupo de lo estridente mucho más pequeño de lo que la gente piensa habitualmente. Lo estridente puede surgir en momentos mucho más pequeños. Y no creo que sea tan extraño esperar que lo estridente y lo normal nunca coincidan; no, no es tan demencial creer que nada extraño puede suceder en la vida de uno ya que, efectivamente, la mayor parte del tiempo no lo hace. A veces, sin embargo, o quizá muy raramente, sí lo hace, lo cual significa que al final es algo que sí suele suceder. Y una conclusión que posiblemente puede extraerse de ello es que lo estridente y lo ordinario sólo son en realidad distintas descripciones de la misma cosa. Es como si fueran la nota baja y la nota alta y en medio se encontrara el deslizante cutrerío que supone el *glissando* de un violín eléctrico. El movimiento de un estado a otro puede ser, pues, muy pequeño; tan minúsculo como de Mexicali a Calexico o, por ejemplo, dejar entrar en casa a dos personas que parecen desearle mal a uno y cuya actitud y tono de voz desprenden una profunda malignidad. Y de hecho es posible que no haya tanta diferencia entre lo benigno y lo maligno. Al final, uno no puede separar ningún acontecimiento en ninguna categoría, ya que todo no es sino una sucesión de cosas singulares.

-Esto sólo es una advertencia -dijo el hombre.

-De acuerdo -dije yo.

-En cierto modo es culpa tuya -dijo la chica.

-Nos estamos portando bien -dijo el hombre.

-No deberías coger lo que no es tuyo -dijo la chica.

-Pero ¿qué hemos cogido? -preguntó Candy.

La cantidad de comunicación que tenía lugar en ese momento entre Candy y yo era sin duda maravillosa, si lo que a uno le interesa es la maravilla de la conciencia humana y su capacidad para existir como una especie de ectoplasma entre dos personas, pero yo intentaba no pensar en lo que Candy podía estar pensando.

Y al mismo tiempo me sentía muy interesado por el hecho de que estos dos gángsters parecieran tan inseguros. Cogían cosas y las tiraban al suelo, pero lo hacían con cierta apatía, como si no terminaran de creerse ese gesto. Y eso me entristecía porque ahora todos mis recelos volverían y ya nunca confiaría en la gente. Me refiero a la gente que no conocía. Ahora siempre me parecería justificado rechazar a la gente que acudiera a mi puerta pidiendo cosas como si fueran criminales o lunáticos en vez de gente honesta y trabajadora. Poco a poco, fueron destrozando toda la habitación. Todo lo que se encontraba anteriormente en la estancia seguía allí, sí, pero ahora en más piezas de las que debería haber estado. Y creo que es bastante inusual ver cómo fraccionan los elementos de una habitación con esa minuciosidad. Muy pocas personas llegan a ver ese fenómeno en el que una habitación de su casa queda completa y muy hermosamente destruida, conformando un sistemático *tableau*.

en la forma de una habitación destruida

Los cojines del sofá permanecían apoyados contra la pared formando una fláccida e improvisada «V» y cada mitad había sido rajada como los lienzos de uno de esos cuadros modernos, de forma que su espuma quedaba a la vista y uno se daba cuenta entonces de lo densa que es la espuma que hay en el interior de un sofá, hasta el punto de que «espuma» es una palabra que en modo alguno hace justicia a su profunda densidad y lo mullido de su relleno; y esos cojines rajados formaban el fondo o motivo central de la escena general, el primer plano de la cual consistía en la forma destrozada de mi banjo, cuyos pedazos estaban desperdigados azarosamente por toda la habitación, y los gángsters también habían abierto todos los cajones de la cómoda que había en el extremo derecho de la habitación, pero lo habían hecho siguiendo un patrón irregular, de forma que ahora su perfil parecía más bien el de un edificio art déco, y si bien la mayoría de estos cajones seguía en su lugar a pesar de que su contenido había sido arrojado al suelo o colgaba de sus bordes, dos habían sido completamente retirados y les habían dado la vuelta, de forma que una colección de viejas fotografías había caído y ahora formaba una desorganizada pila en el suelo, y entre ellas se encontraban las de la visita de negocios de mi padre a una ciudad inidentificable cuando yo tenía cinco años, y también otras mías luciendo un casco de astronauta y una camiseta de cadete espacial, mientras que, en el otro extremo de la habitación, con lo cual me refiero al izquierdo, el yeso de la pared tenía ahora

un pequeño golpe o muesca, quizá relacionado con el hecho de que un espejo había sido retirado de golpe de la pared y, al hacerlo, el clavo del que colgaba había arrancado dos tiras de papel pintado con un estampado ornamental de rosas o tulipanes -nunca se me han dado bien los nombres de las flores- que ahora colgaban fláccidamente hasta el suelo, donde acariciaban una pila de mis viejas películas de Súper 8, una cámara Polaroid rota y unas gafas de Hiro destrozadas: sí, ésta era la configuración básica del suelo, sobre el cual también estaba tirada mi mochila hecha jirones, y algunos de los zapatos que mi madre había dejado fuera quizá para limpiar o ponerles tapas nuevas, y entre ellos había un par de sandalias de tacón doradas y dos pares de tacón de aguja de color negro, y mientras miraba todo esto caí violentamente en la cuenta de lo fácil que resultaba convertir los objetos en basura, y creo que resulta un fenómeno interesante el hecho de que todo termine así, me refiero a triste y mal hecho, inutilizable como mi bajo, sucio, y supongo que se trata de su destino natural y que en ello no hay ningún significado, un ejemplo de lo cual sería uno de los juguetes que Hiro había comprado para el perro y que antaño parecía un vivaz conejo, pero que ya no tenía relleno en las patas, pues el revoltijo de algodón que lo conformaba ya no era más que una pila de nubes en el suelo, mientras que los ojos de fieltro habían sido arrancados y también estaban en el suelo entre las entrañas y los brazos, aunque creo que en realidad esa destrucción había sido anterior, y no era culpa de esos gángsters sino del perro, y mientras miraba ese reluciente *tableau* también pensé que, si bien todo esto era un auténtico caos, la cantidad de acciones que los gángsters habían llevado a cabo de verdad había sido extrañamente más pequeña de la que uno podría imaginar, los efectos eran más grandes que sus causas porque en una habitación sólo había una cantidad determinada de objetos que pudieran ser destruidos, y de hecho lo más confuso y desconcertante al ojo era lo más insignificante, con lo cual me refiero a la nueva superficie del suelo que la chica había causado con sólo volcar unas cajas más bien pequeñas en las que mi madre guardaba lo que no tenía ni idea de cómo clasificar, una superficie que era suave y muy reluciente y que estaba hecha, por ejemplo, de un par de gafas de sol, algunos anillos de plástico y de plata, un juego de cubiertos de plástico para ir de pícnic bajo los cuales se podían ver un pañuelo de seda de rayas y otro de raso -estampado con lo que parecía un dibujo floral, pero no estaba del todo seguro-, entre unas cuantas horquillas y un pequeño pastillero con un dibujo perlado en la tapa y unas antiguas

chapas de cerveza que probablemente eran *souvenirs*, un menú de pollo frito, varios collares de cadena enmarañados, creo que más anillos de los que previamente había creído, así como un folleto de uno de los bares que habíamos visitado y una pila de luces decorativas que ya no funcionaban y que al principio creí no haber visto nunca, pero luego recordé que habían decorado nuestra casa en todas las festividades importantes, porque supongo que, al final, con lo de «realidad desconocida» la gente se refiere a lo real que no se había advertido, como la imagen en un microscopio o el desorden creado con volcar una pila que también contenía, advertí finalmente, no sólo una bolsa de hierba sino también varias bolsitas de plástico vacías, y un rotulador que, creo, era el que utilizó Romy una vez para recogerse el pelo, uno de esos en cuyo mango hay un panorama, y en ese panorama en concreto había un transbordador en miniatura que se deslizaba arriba y abajo por delante de un fondo que representaba la silueta de Manhattan y a mí me parecía que, si uno miraba de cerca, podría ver los ilusionados rostros en las ventanillas del ferry y, si uno se acercaba todavía más (pero yo no podía), el rímel de las gruesas pestañas de una mujer.

y un arma

Fue en ese momento cuando apareció nuestro curioso perro. Y yo me alegré mucho porque los perros son siempre una distracción.

-¿Cómo se llama? -preguntó el hombre.

-Sidney -dije.

-¿Es una perra? -preguntó.

-No, un perro -contesté yo.

-Vete a la mierda -dijo él.

-¿Cómo va a ser ése un nombre de perra? -pregunté.

-Obviamente, es un nombre de perra -dijo él.

No tenía ni idea de qué decir a eso de modo que no dije nada, pues posiblemente ésa era la demencial conversación amenazadora que preludiaba nuestro descuartizamiento u otras violaciones. O quizá en realidad todo nombre es doble, y filosóficamente tenía razón, lo cual supongo que es posible.

-Sydney es con i griega -dijo.

-Ah, vale -dije yo.

En la vida siempre es mejor seguirle la corriente a la gente, sobre todo cuando pretende hacerle daño a uno deliberadamente. Huelga decir que, obviamente, yo no estaba convencido de que se

pudiera escribir Sydney con una «i griega», no al menos tratándose de un nombre; aunque claro, en la vida hay muchos nombres y al final no es algo tan importante, no deja de ser un modo de identificar algo múltiple con un sonido cuando no puede identificarse de otro modo. Y si eso era todo lo que iba a suceder, pensé que habíamos salido bien parados.

-El dinero -dijo entonces él-. Tendrás que pagarlo mañana.

-¿Qué dinero? -pregunté.

-¿De verdad? -respondió él.

-¿Qué dinero? -preguntó Candy.

-¡El dinero no es importante! -exclamé.

-¿No? -dijo la chica.

Y sacó lo que claramente era un arma.

lo cual no puede negar que en cierto modo es un castigo justo

Sentí entonces una denigrante sensación de injusticia en mi interior, o, para ser más preciso, esa sensación me rodeaba como una capa, y puede que en realidad consistiera asimismo en miedo. ¡Cuando yo hacía de criminal no era tan aterrador! ¡Hiro y yo habíamos tenido mucho cuidado de no causar daño alguno! Cuando entramos en el salón de uñas o en la cafetería del canal con nuestra arma éramos plenamente conscientes de que no era real y también de que, aunque lo hubiera sido, no habríamos sido capaces de utilizarla. Esta persona, sin embargo, no era yo y esta situación, por lo tanto, era totalmente distinta. No había forma de saber hasta qué punto esa arma era un simple gesto o un verdadero instrumento de daño masivo. En general, tenía la sensación de que la gente no estaba tan pirada para disparar en zonas domésticas, pero obviamente yo no tenía ni idea de qué era lo que pensaba esa mujer. ¡Por eso estaba asustado! Y no sólo asustado. Ciertamente, también sentía enojo o algo parecido. Y al mismo tiempo tenía la creciente sensación de que todo esto se debía al karma. Y es que la procedencia de esta gente era muy misteriosa y no podía explicarse fácilmente; o, al menos, había más de una explicación posible y me ofrecían muy pocas pistas. Ahora bien, tanto si venían del salón de uñas o la cafetería como si lo hacían del pequeño colmado de hacía tanto tiempo, estaba claro que, en algún momento, Hiro y yo habíamos cometido un lamentable error de cálculo al pensar que el salón de uñas, la cafetería o el colmado estarían en manos de serios ciudadanos con abultados seguros contra robos en vez de -tal y

como parecía estar cada vez más claro- organizaciones criminales que posiblemente utilizaban estas operaciones para ocultar sus maniobras financieras secretas.

-Creo -le dije más adelante a Hiro- que en algún sitio metimos la pata.

-¿En qué sentido? -dijo Hiro.

-Creo que tal vez nos mezclamos con gente muy mala -dije.

-Es posible -convino Hiro.

-Sí, quizá -dije.

Aunque claro, cuando uno se adentra en el mundo nunca puede saber a qué se dedica la gente con la que hace tratos. Es un principio de todo negocio, y en concreto quizá del estilo gangsteril. Y en ese estado de grandes revelaciones se me ocurrió que el reparto de gente que se sentía agraviada por mí era tan grande que no sabía por dónde comenzar, como si yo fuera responsable de una confusa serie con multitud de personajes; como si todo aquello con una superficie caricaturesca estuviera vinculado a una vasta red de transversales. Desde luego, había una lista muy larga de gente a la que había hecho daño, como Candy, o Romy, o incluso Dolores (cuyos mensajes de texto no siempre respondía si estaba ocupado con mi esposa o mi amante; o, al menos, no lo hacía con la debida adoración), a pesar incluso de que, obviamente, no creía que ninguna de estas tres personas fuera responsable de esta invasión armada. Y la toma de conciencia del daño que causaba a diario condujo asimismo a la idea todavía más oscura de que también existía una lista adicional de extras con quienes no me había portado bien: gente como Quincy, Osman o la camarera del hotel, o Caycee y mi amiga Shoshana, a quien ya no veo, o Shannon, Timeka y Cassity, o la mujer de la hamburguesería con muchos hijos, o la chica de la cafetería, o el tipo que se presentó en nuestra puerta con trapos, por no mencionar a los dueños del colmado, el salón de uñas y la cafetería, así como sus diversos empleados y clientes aterrorizados; y, de igual modo, había mucha gente a la que no había dejado la propina correcta, o a la que no había dado las gracias o cuyo nombre no había recordado en algún encuentro, y la culpa no sólo me reconcomía sino que tenía la sensación de que, de algún modo, no sólo me habían estado deseando mal sino incluso causándomelo y por eso mi vida era semejante calamidad. No todas las luces a lo lejos son los faros de un automóvil en una lejana autopista, y no todo el miedo que puede sentir uno tiene fácil explicación. Algunos pueden tener orígenes muy oscuros, y en ese caso yo no podía evitar preguntarme si todo el telón de fondo de mi

vida no sería en realidad un vampiro esperando para atacar. Había muchas personas a las que no le gustaba. Estaban en el exterior y querían acceder al interior. Y supongo que es difícil utilizar palabras como *enemigos*, pero creo que esa triste gente debería ser considerada enemiga mía y, de hecho, también de todos aquellos que me rodeaban. Y quizá esos fantasmas alineados en mi contra tenían razón en odiarme. De repente, me sentía filosófico de un modo que me recordaba a mi padre, alguien dado a repetir fragmentos de sus lecturas como si fuera un sabio de la antigüedad con cosas dignas del espectáculo de un adivino como: «Todo lo que uno imagina es real.» O quizá: «Si estás pensando en ello, debe ser significativo.» Yo creo que mi sabiduría era más rigurosa. ¿Por qué no iba a querer la gente las cosas que yo tenía? Ésa era la única cuestión y creo que todavía lo es. ¿Por qué debería uno tener lo que tiene para siempre? Una vez que uno se da cuenta de eso, es muy duro considerar a los demás injustamente envidiosos.

a pesar incluso de ser mucho peor de lo que hubiera podido imaginar

Lo sorprendente es que, normalmente, la entrada de un perro en una habitación suele ser motivo de adoración general y gritos ahogados de alegría. ¡Oh, qué monada! ¡Mira sus cuatro patitas! En ese momento, en cambio, advertí que esos dos fantasmas con pasamontañas miraban a nuestro perro con auténtica malicia. La chica todavía tenía el arma alzada en mi dirección, mientras que yo miraba hacia otro lado porque el espectáculo me daba mucho miedo.

-No pareces muy preocupado -dijo la chica.

-¿Yo? -dije.

Y es que, en la medida de lo posible, estaba muy interesado en que Candy no se enterara de los detalles de mis recientes actividades criminales. Sin duda, estaba muy interesado en ello, y creo que ese interés por la intimidad dentro de un matrimonio pudo ser malinterpretado por esa gente que nos deseaba mal. A ellos quizá les pareció, creo yo, una muestra de indiferencia o una inapropiada falta de arrepentimiento. Y de haber sabido o previsto esto, habría intentado convencerles de lo contrario, claro está. Pero ¿quién es capaz de prever nada? Así pues, la chica se volvió ligeramente, de tal forma que la pistola pasó a apuntar a nuestro perro, y el perro se la quedó mirando con su expresión habitual, pues eso es lo que hacen los perros, carecen de sensibilidad social y

creen que todo el mundo les quiere. De repente, sin embargo, el hombre dijo:

-¿Qué cojones haces? La pistola no.

-Bien visto -dijo ella, y apartó el arma.

-Lo que quiero decir -añadió él- es que no la dispares.

Luego le arrebató la pistola a la chica y golpeó con ella a nuestro perro en la cabeza, y nuestro perro se desplomó en el suelo muy torpemente, como si su cuerpo comenzara a caer antes de que las piernas cedieran, y mientras lo hacía, emitió un ruido muy extraño, un poco como el que hacía cuando accidentalmente le pisabas la pata, pero en un tono más aterrorizado. Luego se hizo el silencio. Es decir, el perro se quedó callado, pero fue como si toda la habitación quedara asimismo en silencio. Tenía sangre alrededor del ojo y el hocico quedó en una posición extraña, como si hiciera juego con su voz; parecía que se le hubiera aflojado la mandíbula tal y como a veces pasaba mientras dormía. Sentí ganas de gritar pero no lo hice porque Candy estaba llorando más que yo y quería mostrarme fuerte y valiente. En vez de gritar, pues, me quedé mirando fijamente el modo en el que la sangre de su cráneo se extendía por el suelo. Sé que la expresión habitual es «charco de sangre», pero no estoy seguro de que «charco» sea la palabra adecuada. Era más bien como si hubiera una superficie extra a su lado y esa superficie fuera viscosa y de un rojo amarronado. O quizá sólo rojo, no estoy seguro. Como antes, la sangre era indescifrable. Sobre la moqueta verde del salón de mi padre se veía marrón, y todo resultaba espantoso.

-Devuelve el dinero -dijo el hombre-. Tienes veinticuatro horas. Así podremos dejarnos en paz el uno al otro.

y desciende la oscuridad

Pasaron quizá unos quince minutos hasta que Hiro bajó a la planta baja, pero no creo que pueda culparle de ello, pues por aquel entonces las pastillas para dormir tenían un papel útil en su existencia. Y supongo que la escena que se encontró fue como una de esas en las que los eunucos se han dedicado a destruir todas las posesiones del sultán antes de su caída, llegando incluso a arrancarles los corazones a las atractivas y gritonas concubinas; unas escenas en las que toda la construcción previa ha sido meticulosamente desmantelada.

-¡Ey, tío! -dije.

-Joder -dijo él.

-Ajá -dije yo.

Yo permanecía inmóvil y callado y esto hizo que Hiro se detuviera un momento. Fue como si estuviera percibiendo esta escena tan débilmente como cuando uno intenta adentrarse por primera vez en el idioma bengalí, o mira un plato frío de comida para llevar a las cuatro de la madrugada -tal vez berenjenas con aroma de pescado o tofu *xiong zhaang*- y la cocina está tenuemente iluminada por la triste luz de la nevera.

-¿Qué cojones ha pasado? -dijo Candy.

-La verdad -dije-, no tengo ni idea.

Al fin y al cabo, el principio básico del realismo es la disposición de la gente a ser engatusada. Si uno dice una cosa con suficiente convicción, nunca dudarán de él. O no, creo que eso es demasiado. Lo que quiero decir es que, cuando alguien está así de traumatizado y conmocionado, no está interesado en explicaciones excesivamente precisas. Sólo quiere sentirse a salvo lo más rápido posible. De modo que si podía mantener que no sabía a qué se habían referido, sí, si podía mantener que había sido un espantoso acto de violencia fortuita o de identidad equivocada, era posible que Candy me creyera; o al menos que lo hiciera durante un tiempo. No estaba seguro. «Llama a la policía», dije. «Está bien», respondió ella, y, tras ponerse en pie, subió al primer piso y se tapó con nuestro edredón. Mientras lo hacía, creo que posiblemente fui consciente de que la nube en la que yo flotaba estaba a punto de descender finalmente a la tierra. En aquel momento, sin embargo, no pensé eso. Simplemente, permanecí sentado contemplando la habitación destrozada. En medio de ella se encontraba nuestro hermoso perro brutalmente golpeado. Creo que lo que convierte algo en una mascota es que nosotros vivimos más tiempo, lo cual supongo que significa que quizá para los árboles nosotros no somos más que mascotas. En cualquier caso, nunca hubiera imaginado que presenciaría su muerte ni que ésta fuera a tener lugar con esta violencia. Tenía unos ojos muy tristes, y estaba muy delgado, y cuando corría parecía deslizarse como si estuviera hecho de mercurio. Y entonces pensé en cómo siempre podía hacer que las cosas se volvieran supertristes: se me quedaba mirando con sus orejas triangulares erguidas y sin parpadear, como si estuviera pensando cosas muy preocupantes, y cuando eso sucedía, conseguía que yo a mi vez también me preocupara. Luego me ponía a reír histéricamente. Así de surrealista era la escena, como salida de una película cómica para niños de esas que emiten las tardes amarillentas, cuando la única gente que está viendo la televisión se

siente desolada, loca y sola.

8. LA TRISTEZA DEL TIEMPO

SU INCURSIÓN FINAL EN EL MUNDO PÚBLICO

y mucho después se despiertan

Cuando nos despertamos ya estaba oscuro. El día había expirado y no habría sido ninguna sorpresa oír exorbitantes detonaciones de grandes armas en la zona sur. Recoger la casa y deshacerse decentemente del cadáver de nuestro perro habría sido el siguiente elemento obvio en la secuencia, pero yo no sabía si tenía las fuerzas necesarias para emprender semejante operación de limpieza, y Candy no parecía más capaz que yo de lidiar con ello. Tampoco era que quisiéramos ir al festival de globos del parque ni a la exhibición de trampolín hundido, pero no creo que fuera extraño que prefiriéramos otras distracciones. Esa noche se celebraba un encuentro organizado por nuestra amiga Tiffany, una discusión sobre la desigualdad en la terraza de una cafetería cualquiera. Sabíamos que Romy estaría allí con Epstein, por no mencionar otros grupos de personas interesantes. Como siempre, contábamos con un amplio suministro de narcóticos, y además habíamos prometido que acudiríamos, así que, por el momento, ese plan parecía una opción más válida que considerar qué hacer con una habitación destrozada. Nuestras almas estaban agotadas. Llevé el cadáver de nuestro perro fuera de casa y lo envolví en una toalla para poder enterrarlo más tarde e intentar hacer lo debido, y luego Hiro y yo nos encaminamos a la reunión. No diría que la conversación entre nosotros en el metro fuera fácil o deliciosa, pero tampoco creo que eso hubiera sido normal tras semejante violencia. Uno de los principales problemas de las telenovelas es lo dura que es la gente, la facilidad con la que lidian con violaciones, desfalcos, tiroteos y demás. Cualquiera de esas cosas, en cambio, habría sido suficiente en la vida real para que una persona se viniera abajo y no dejara de llorar. Y yo tenía muchas ganas de llorar. Pero también quería ser fiel a una determinada idea de estilo. Si la gente estaba alineada en mi contra, yo intentaría hacerle frente con calma.

y deciden aventurarse en el mundo público

Cuando llegamos, había luces decorativas colgadas de los árboles y alguien había hecho *latkes*. También había muchos panfletos y folletos. Esa manifestación en particular estaba diseñada para fomentar una nueva forma de relacionarnos entre nosotros, un proyecto digital para promover intercambios de pequeños actos de amabilidad. Había movimientos como ése en todas partes, bibliotecas en carpas y otras invenciones. Y yo aprobaba ese deseo de que la comunidad fuera más grande. Todos intentábamos despojarnos de nuestro poder. Si hubiéramos descubierto que estábamos ocupando poderes, nos habríamos sentido muy pesarosos, y creo que esto es algo noble. Queríamos crear distintas lealtades, y eso supuso que a menudo discutiera con mi madre y mi padre. Ellos consideraban que la comunidad adecuada era nuestro grupo étnico general, y yo no estaba de acuerdo.

YO

¡Ésa no es mi gente!

MI PADRE

Sí que es tu gente. Tu gente son tus ancestros…

YO

No estoy tan seguro.

MI MADRE

¿No estás seguro? ¿Crees que en el último siglo ellos no estaban seguros? ¿Crees que en un pogromo habrías sido tan…?

YO

¡Ésa no es una comparación justa!

MI MADRE

Entonces ¿quién es tu gente? Dímelo.

YO

Todo aquel con quien yo elija estar…

MI MADRE

Tonterías.

YO

Yo creo que es verdad.

MI MADRE

No tienes ni idea de lo que es verdad o no.

«¡Mi madre, amigos!», quise decirle con un gesto al público del estudio de televisión. Siempre he pensado que, a pesar de lo mucho que la quiero, nunca he llegado a conocerla suficientemente bien. Siempre han existido este desequilibrio y estos problemas de comunicación. Quizá debería haberla conocido de adulto, aunque entonces habríamos tenido la amistad de dos adultos, y eso no es lo mismo. Y es que ¿qué teníamos nosotros en común con los inmigrantes y los *kibbutzim*, los sabios eruditos y los políticos trastornados? Yo no lo veía para nada, rodeados como estábamos de barbacoas y piscinas. Por otro lado, si bien en teoría simpatizaba con Tiffany y sus sueños de una sociedad mejor, siempre que estaba con los revolucionarios me resultaba difícil sentirme uno de ellos. Es mucho más difícil de lo que parece. Me molestaban cosas como ver a un activista con una ardilla de mascota u oír nuevas ideas sobre cómo mostrarse de acuerdo o en desacuerdo. Dejaba de parecerme una verdadera revolución. No era que quisiera barricadas y sangre pero -al menos idealmente- habría preferido que organizáramos un gigantesco sistema de transporte para los enfermos o escaleras mecánicas en las favelas. En vez de eso, sin embargo, solíamos limitarnos a hablar. Si éramos como un monje que se dedica a barrer el sendero que tiene ante sí, era sólo en el caso de que ese monje se dedicara a hacerlo mentalmente, y quizá eso no sea lo mismo. Aunque claro, así era como vivíamos: el mundo era multicolor. Había palmeras entre las araucarias y monzones en verano. Los periquitos invadían los parques. Bajo la suave lluvia, los niños bebían en las aceras. Seguramente, en los salones de té los chicos más furiosos tomaban pastas de té y planeaban un futuro golpe de Estado. Otros se limitaban a jugar al tenis de mesa. Al menos, supongo, era una época idealista. El proyecto global estaba a favor de las manifestaciones y las ocupaciones, y yo sabía que en algunas de ésas mis amigos estaban filmando y escribiendo consignas, entre las cuales Candy, Romy y Tiffany, pero también otros amigos como Bjorn, Shauna y Trey, y procuré seguir sus progresos atentamente, incluso cuando estaba preocupado por mis cosas. Esos amigos que tenía repartidos por el mundo también tenían sus historias. La de Bjorn era que había tomado parte en la ocupación de un banco. Al llegar una noche se dio cuenta de que, a pesar de que tenía mucha hambre, estaba demasiado asustado para volver atrás en la oscuridad iluminada e ir a buscar un perrito caliente con chile, un taco de gambas o una loncha de queso. Muy hambriento, pues, se fue a la cama. Ésa era la historia de su vida entre los ocupantes, o eso me contó él más

adelante. En general, las historias de la gente se iban haciendo cada vez más pequeñas y tenían el tamaño de un juguete, un tamaño que quizá no es exactamente perfecto. Esa noche, sin embargo, yo no tenía opiniones de ningún tipo, lo único que quería era estar con gente que estuviera a salvo y no quisiera hacerme daño. También era consciente de que mi estado no era el más adecuado para ver a Romy. Hacía tiempo que no nos veíamos a solas y nos limitábamos a enviarnos correos electrónicos cada vez más difíciles de calibrar: a veces estaban llenos de amor y devoción, otras eran secos y meramente informativos. Y ahí estaba ella ahora, hablando de política, y cuando hacía eso solíamos irritarnos mutuamente, no podíamos evitarlo.

ROMY

No, déjame decirte por qué no habrá ninguna revolución…

YO

Está bien…

ROMY

Porque si tú eres una de las personas que tiene un iPhone o algo parecido para tuitear y demás, en cualquier revolución como es debida serías un blanco…

YO

¿Cómo dices?

ROMY

Sí, aquellos que tienen múltiples cuentas bancarias y hablan catorce idiomas podrán largarse y ponerse a salvo en Mustique. Pero la gente feliz que simplemente tiene lo suficiente para vivir pero no para, digamos, *huir*, será perseguida. Será perseguida y masacrada. Y la gente feliz sabe esto, lo sabe muy bien. Ésa es la razón por la que permanece muy callada y también por la que nunca llegaremos a ser testigos de ninguna revolución.

El problema es que semejantes conversaciones pueden pasar muy rápidamente a ser conversaciones sobre otras cosas. Yo sabía que, en cierto modo, aunque ella estuviera hablando acerca de la falta de revoluciones, era posible que esto no fuera con exactitud lo que quería decir. Y también creo que posiblemente yo entendía las implicaciones.

donde Romy se separa de nuestro héroe para siempre

Y es que, por supuesto, al final Romy ya estaba cansada de esto, y cansada de nosotros. Yo lo entendía y también estaba cansado. Me habría gustado proponer que viviéramos todos juntos, en alguna comuna reminiscente de la orgía que ahora parecía tan lejana, pero no parecía el momento ideal para hacer semejante proposición.

-Tú me entiendes, ¿verdad? -dijo ella.

-Creo que sí -dije yo.

-Esto tiene que terminar -dijo ella-. No pienso esperar más.

Se trataba muy claramente de lo contrario a cualquier proposición de organizar una comuna, y sin embargo me sorprendió descubrir que no sólo sentía una salvaje tristeza sino también posiblemente una sensación de alivio, no porque esta situación hubiera terminado, sino porque en cierto modo ahora era más simple. Muy cuidadosamente, pues, reemplacé la visión de una comuna con la de la felicidad privada. Pensé que quizá esto significaba que podía convertirme en algo nuevo junto a Candy, una forma de ser que renovaría nuestros votos y convertiría el pasado en algo completamente distinto. O tal vez la utopía había estado presente desde el principio, pero de un modo distinto. Eso también era posible.

-Pero todavía podemos ser amigos, ¿no? -dije yo.

Romy se me quedó mirando.

-No lo sé -dijo ella-. Es decir, quizá no deberíamos vernos durante un tiempo.

-¿Cuánto tiempo? -dije yo.

-No lo sé -dijo ella.

Me esforzaba mucho por entender bien lo que me decía porque tal vez ella no pretendía ser tan categórica como parecía dar la impresión, en cuyo caso tal vez podríamos al menos mantener algún tipo de comunicación; y si podíamos comunicarnos, posiblemente mi tristeza no sería tan grande, lo cual era muy importante para mí en ese momento. Pero también porque no estaba seguro, ya que la gente suele ser muy amable, especialmente cuando dice cosas que son hirientes y causan daño, lo cual sólo significa que el dolor tarda mucho más tiempo en ser comprendido y, por lo tanto, resulta quizá más doloroso.

-Es decir, se supone que he de rescatarte, ¿no es así? ¿O tú a mí? -dijo ella.

-Nunca he dicho eso -dije yo.

-Mírate -dijo ella-. Haz el favor de mirarte.

Fue un momento muy difícil en el que, de golpe, todo aquello en lo que pensaba y que me preocupaba desapareció. Podía ver el salón de la casa de mis padres y mi perro muerto y quería contarle eso a Romy, quería su simpatía y comprensión, pero de repente me di cuenta de que en realidad nunca más volveríamos a hablar. La oscuridad se extendía por todas partes. Resulta desconcertante considerar lo trivial que uno puede parecer cuando imagina su futuro yo reflexionando sobre su propio pasado. Recordé entonces los pensamientos que había tenido hacía apenas unos días, cuando me planteaba si dejarme crecer un bigote que, idealmente, parecería mexicano pero que, siendo más realista, tendría el aspecto de uno de esos glamourosos bigotes de Sichuan de principios del siglo XX: una suave línea parecida al dibujo que un niño haría de una ola o al florido garabato de la mostaza sobre el perrito caliente. En definitiva, un bigote que sería como una cita cubista. Ése fue mi pasatiempo aquel día, y ahora estos pasatiempos parecían viejos y muy frágiles. Últimamente, también había escuchado mucha radio pirata en internet, algo que resultaba muy absorbente hasta que, al final del programa, el locutor explicaba lo solo que iba a estar en casa sin nadie con quien hablar hasta que su madre regresara del trabajo. Y *eso*, muchacho, pensaba yo, el hecho de que incluso los locutores de radio todavía vivan en casa de sus padres, es lo que significa la tristeza. O eso había querido decirle a Romy, o a Candy, o a quienquiera que me escuchara. Ahora, sin embargo, semejantes reflexiones parecían insustanciales.

-Bueno, ¿cuánto tiempo? -dije-. ¿Una semana?

-Sí, quizá -dijo ella.

-Bueno, está bien -dije.

Porque pensaba que tal vez eso estaría bien. Podía entender que quisiera que estuviéramos una semana sin vernos.

-O quizá más -dijo ella.

-Está bien -dije yo.

-Es decir, una semana no parecería real. Es posible que ningún tiempo definido lo haga -dijo ella.

-¿Estás diciendo que no volvamos a vernos nunca más? -dije yo.

-Sí, no, creo que sí -dijo ella.

Y de repente sentí ganas de aullar, berrear o gritar, pues el descubrimiento de que todo es temporal, o de que todo puede convertirse en temporal por la voluntad de otra persona, resulta aterrador por más que uno sepa que es posible. Entonces llegaron Candy y Tiffany con cajas de manifiestos y declaraciones que requerían una clasificación inmediata, de modo que no podía aullar

porque no es así como suceden estas cosas. En vez de eso, pues, la conversación prosiguió y hablamos sobre otras cosas, y Romy se marchó para siempre, del mismo modo que una escultura de mármol pudo perderse en la época clásica, quizá al caer por la borda de un trirreme durante el abordaje llevado a cabo por un aburrido y estresado vikingo.

y en su angustia intenta hablar sobre el sufrimiento

Verla desaparecer así fue una experiencia terrible. Yo quise hablarlo muy rápida y ampliamente con Hiro, pero en vez de eso nos dejamos llevar por la distracción todavía mayor de una conversación, y que la atención de uno se divida de ese modo nunca es una situación relajada. Crea una pequeña pero persistente sensación de dificultad. Aun así, intenté comprender el tono general mientras a nuestro alrededor tocaban acordeones y construían un escenario con cartón para dar conferencias. ¿Cómo ayudaremos a la gente desde la distancia? Estaba diciendo Tiffany. Pues realmente se trata un gran problema, quizá el más grande de nuestro tiempo. ¿Qué pensaremos acerca del sufrimiento que causamos cada día? Y yo, por supuesto, estaba de acuerdo con su preocupación.

-¿Como qué? -dijo Hiro.

Y Tiffany cogió su móvil y le enseñó una película, pues en internet se podían encontrar por todas partes esas películas procedentes de zonas de guerra filmadas con la cámara de un móvil, y eran auténticas películas *snuff*, aunque no a la manera de la violencia de los *hutong*,[7] en la que arrancan las uñas a la gente o convierten sus ojos en gelatina. Es decir, si la idea que uno tiene de un festival de sangre es ver a un hombre arrancarse la lengua de un mordisco o restos de cerebro en los zapatos de alguien, entonces esto no era nada. La escena que Tiffany nos enseñó era más bien como una de esas pendientes de esquí que hay junto a las autopistas, salvo que esta pendiente en particular estaba en el interior de un refugio de hormigón. Allí, cuatro hombres practicaban su técnica de esquiar con los brazos extendidos y sujetando unos palos invisibles con las manos. Sólo estaban practicando, pero llevaban puestas las gafas. A su lado, además, había otros dos esquiadores que se habían dado por vencidos y estaban tumbados en el suelo de hormigón. Y era extraño lo familiar que resultaba todo en esa escena, con esas dos personas agotadas tumbadas en el suelo. Era como el crepúsculo en un festival de música, o los jugadores de fútbol durante una trágica

tanda de penaltis. Si uno se fijaba, posiblemente podía ver que el cuello del chaleco blanco de uno de los hombres era en realidad de color rojo, pero costaba verlo bien. Y, de repente, entre estos hombres aparecía un soldado y les echaba una mano o les animaba con una alentadora palmada en la espalda para que retomaran su posición de esquiar. Lo único que conseguía, sin embargo, era convertirles en un vanguardista coro atonal que emitía tristes gimoteos y quejidos, pequeños ruidos parecidos a los que nuestro perro susurraba como un elfo durante toda la noche. Resultaba muy perturbador el modo en que, por un lado, esas películas no mostraban nada y, por otro, uno sabía que esa superficie aparentemente inocente escondía un dolor y un sufrimiento absolutos. Eso suponía a su vez que uno se encontrara a sí mismo haciéndose preguntas locas como las que uno se haría respecto a la escena sexual de una película antigua, por ejemplo, «¿Lo están haciendo de verdad o no?». Sí, el asunto de la autenticidad no estaba demasiado claro. Y, según Tiffany, el único modo de rechazar eso era convertir al público en parte de la película. No en vano, en realidad todos somos críticos de cine, y en un silencioso paréntesis, pensé en Dolores y en nuestras conversaciones y me pregunté qué diría ella al respecto. Porque al final, añadió Tiffany, el problema básico es cómo vivir en una comunidad. Y por supuesto yo estuve completamente de acuerdo. Pensaba que ese proyecto era espléndido. Aunque no estaba seguro de que los proyectos a gran escala fueran siempre posibles. Incluso la política, cuando uno piensa en ello, es mucho más insignificante de lo que había imaginado: consiste en uno en una plaza pública con un megáfono y un cartel escrito con un rotulador, o en una persona siendo torturada en un apartamento suburbano, esposada en la bañera mientras le cae encima el agua de la ducha. O ni siquiera eso. Es decir (proseguí mientras intentaba no pensar en Romy o Candy y, sin embargo, pensando únicamente en ellas; pues estaba comenzando a perder el noble hilo de mi razonamiento), el mundo que uno habita es muy pequeño y limitado.

-¿Puedo interrumpir? -dijo Candy.

Y en parte me alegré, pues indudablemente me preocupaba no estar expresándome correctamente, y siempre estaba interesado en escuchar a Candy, en particular la teoría que procedió a resumir según la cual todos tendríamos que aceptar la posibilidad de que lo máximo que pudiéramos hacer a la hora de imaginar el sufrimiento de otros era haciéndolo como algo muy espantoso con exagerados efectos especiales de sangre. En opinión de Candy, sin embargo, el

verdadero sufrimiento era mucho más cotidiano, anodino, problemático e ineludible, pero esto era mucho más difícil de imaginar, de modo que no solíamos hacerlo. Y yo quería dejar claro que estaba de acuerdo con Candy, que lo estridente es lo máximo que lo dulce puede hacer a la hora de imaginar semejante sufrimiento, y una forma de mostrar la conformidad en una conversación es extender el razonamiento de la otra persona, de modo que eso fue lo que intenté hacer. A mí me parecía, añadí, que el problema de qué pensar debería ser mucho más personal. Por ejemplo, a menudo pienso que sólo tengo una vida y no sé muy bien qué hacer al respecto.

-Querido -dijo Tiffany-. Esto no trata de ti.

¡Siempre, pensé, estoy destinado a ser incomprendido! Aun así, proseguí mi explicación: aquí estamos todos, dije, acongojados por el sufrimiento, pero ¿qué hay de la muerte?

-A mí no me parece que estés *a punto* de estirar la pata -dijo Tiffany.

-¡Lo de *a punto* no es la cuestión! -dije yo.

Y, presa yo mismo de la congoja, intenté explicar que no podía comprender hasta qué punto era posible pensar tanto en el sufrimiento como en la muerte. Quiero decir de un modo equitativo, otorgándoles igual importancia. Es como si fuera imposible concentrarse en ambas cosas indistintamente y, sin embargo, ambas parecen merecedoras de la completa atención de uno. Si uno se concentra en el sufrimiento, obviamente debe atender las necesidades de otras personas. Si lo hace en la muerte y el hecho de que todas las personas presentes en esa reunión van a morir, y posiblemente muy pronto, la importancia del sufrimiento quizá desaparece y la cuestión que se impone es uno mismo y cuánto placer debería procurarse antes de morir.

YO

Quizá la cuestión más severa que puede preguntarse uno es si su matrimonio es feliz.

CANDY

¿De verdad quieres hablar sobre esto?

YO

Sólo lo comento.

CANDY

De acuerdo, pues. Está bien.

Noté que sonreía a su pesar, y que posiblemente estaba enojada

o tensa. Habría sido útil determinar la profundidad exacta de su irritación, pero no estaba seguro de cómo hacerlo, y menos todavía estando en compañía. Siempre es importante ser lo más amable posible con los demás, y con Candy a menudo también sentía que era importante tener en cuenta la enorme presión que soportaba y que no se debía a nadie en particular. Era la atmósfera en la que quizá vive todo el mundo actualmente, un agotamiento descomunal debido a la cantidad de tiempo que se nos exige, no sólo para desarrollar la vida sexual o la carrera correcta, sino también para saber cuál es la mejor guardería o el mejor salón de masajes de una curiosa localidad que no sea la propia. ¿Cómo podía uno en esta época volver a ser dichosamente perezoso? De modo que, una vez más, sentí una ternura por Candy que era como una carga que llevaba conmigo, y me habría gustado decírselo a ella, pero hacerlo delante de toda esa gente parecía imposible o inadecuado, de modo que en vez de eso dije algo más salvaje y general.

YO

Es decir: ¿qué es la indigencia?

CANDY

Yo te diré lo que es. Es cuando una persona está viendo un culebrón de la televisión matinal en el que dos mujeres discuten por una plaza de aparcamiento y el espectador no puede comprender semejante situación; una situación en la que hay *demasiados coches*.

a pesar incluso de no ser un experto en el tema

No era que no estuviera de acuerdo con nuestro gran deseo de justicia, simplemente no tenía claro cómo era posible cambiar la situación. Desde luego, querer despojarse del poder colonizador es un sentimiento noble, pero hacer tal cosa puede requerir medidas mucho más drásticas. ¡Preocuparse tanto por gente tan lejana! ¡Y consiguiendo tan poco! El problema con este tipo de preocupaciones es que son básicamente tan fútiles como el único policía honesto de un gran estado policial. ¡Mírenme a mí y mis utopías! Ciertamente, si la gente quería acusarme de oscuros crímenes, no lo resistiría; y no sólo por los obvios crímenes que ocupaban ahora mi conciencia. ¡Y pensar en todo el dinero gastado en mi educación! ¡En las pinturas y el papel con los que me gustaba jugar, y en mis juguetes! Parecía natural no pensar en las fábricas y los trabajadores que producían estas cosas en ellas. Creo que la mayor parte de la vida consiste en estar en el restaurante de los

sueños de uno, donde los camareros son atentos pero invisibles. Así es básicamente como queremos que sea gobernado nuestro mundo, y resulta sorprendente hasta qué punto en efecto lo es. Mi madre solía regañarme por decirle a la gente lo fácil que lo encontraba todo en la escuela o en mi trabajo en la ciudad. Ella parecía pensar que si insistía demasiado en ello, tal vez me detestarían o posiblemente algo peor, como si estuviera desvelando un secreto que debíamos mantener a buen recaudo. Y el problema es que vivir así resulta delicioso. Por eso, creo yo, abdicar del poder es mucho más difícil de lo que parece. Por más que uno tenga creencias y conciencias, resulta que uno las tiene del mismo modo que uno posee todo lo demás: son muy fáciles de ignorar. En cambio, resulta extremadamente difícil renunciar a lo que uno ya posee. Son muchos los príncipes que se despiertan en favelas suburbiales, pero si pueden elegir, regresan al palacio que antaño disfrutaron. Está en su naturaleza preferir el *vaporetto* y los amaneceres del cielo de Satsuma.

FINAL DE JUGUETE

sino más bien como un escriba o acusado imperial

Con el tiempo he llegado a sentir una enorme lástima por los escribas de los confines de oscuros imperios. Puedo comprender cómo se sentían esos tontainas, esos funcionarios rodeados de pantanos y juncos, y entregados a inútiles ejercicios de caligrafía en vez de concentrarse en la tarea que tenían entre manos… Y ésa no es más que una de las indignas poses que el tiempo le obligará a adoptar a uno. Y esto también va por ustedes, no sólo mientras leen este relato, sino en sus vidas privadas y públicas. Es imposible describir lo equivocados que estamos siempre, es como el aire o la comida, y por eso todo tiempo es tiempo perdido, no puede ser de otro modo. Y algo que nunca habría imaginado era que, en mi cruzada por hacer de este mundo un lugar mejor, Candy no estaría a mi lado. Era incapaz de visualizarlo; y no porque, en mi arrogancia, no creyera posible que se marchara, sino simplemente porque ella siempre había sido una condición de mi pensamiento, y ésa era asimismo la razón por la que siempre me había resultado tan difícil vivir con las diversas consecuencias de mi comportamiento. Aun así, si me hubieran pedido que imaginara cómo sería una ruptura entre Candy y yo, supongo que habría dicho que sólo sería concebible tras meses de conversaciones, un periodo repleto de aplazamientos y futuras posibilidades, y ningún escenario sería nunca posible o adecuado: era algo que existía en una especie de estado elevado y abstracto. De modo que si ahora parecía estar sucediendo (al volver a casa tras esta manifestación, en nuestra cocina de una zona residencial de las afueras de la ciudad, con la habitación contigua destruida), daba asimismo la sensación de que había una especie de telón de fondo, como un eco; como si estuviéramos en medio de la enorme sala de un juzgado salida de las antiguas revoluciones y detrás de Candy se encontraran los apretujados jueces y verdugos, así como el jubiloso y voyeurístico público.

-No puedo dejar de pensar -dijo ella-. ¿Qué opciones son las incorrectas?

-¿Qué significa eso? -dije.

Pues realmente parecía como si estuviera siendo sentenciado o condenado.

-No lo sé. No lo sé -dijo ella.

-Está bien -dije yo.

-Sí lo sé -dijo ella-. Creo que deberíamos separarnos. Estoy harta.

-¿De verdad? -dije yo-. Es decir…

-Creo que sí -dijo ella.

Y entonces rompió a llorar, pero sin hacer nada al respecto; simplemente permaneció ahí sentada llorando y dejando que las lágrimas brotaran y resbalaran por su rostro muy lentamente. Y fue de hecho el que no hiciera nada con esas lágrimas, que no se las limpiara frotándose los ojos y extendiéndolas por las mejillas, fue lo que me pareció más delicado y desolador. Así pues, decidí que debería al menos ocuparme de ella y no romper a llorar yo también. Si ser noble era mi ideal, mantener cierta serenidad era la mejor opción que tenía a mi disposición.

enfrentado a su destino de un modo muy inesperado

Pues si quería dejarme, podía comprender ese deseo. Probablemente, si lo consideraba desde cierta perspectiva, le había hecho la vida muy difícil. Y comencé a preguntarme si quizá en el fondo yo había querido eso, si había querido que nuestro matrimonio se fuera a pique y destruir con ello mi felicidad, pero mientras pensaba eso también sabía que en el caso de que nuestra relación estuviera terminando, o incluso si yo había querido que terminara, ahora que efectivamente estaba terminando lo que quería era que volviera a comenzar, y el hecho de que yo fuera así de lógicamente inconsistente me resultó muy doloroso. Era como cuando, en la lejana infancia, uno tenía intención de acudir a una fiesta a tomar ácido o metadona y había mentido a sus padres para poder hacerlo y, finalmente, cuando estaba a punto de marcharse a última hora de la tarde, la casa le parecía muy acogedora y muy feliz, con sus padres consultando el menú de comida para llevar y una selección del videoclub preparada, y uno no entendía por qué iba a dejar atrás todo eso y adentrarse en la oscura y ventosa noche.

YO

¿No crees que todo primer matrimonio ha de terminar? Es

decir, no, no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir es: ¿no podrías ser mi segunda esposa?

Intenté discutir conmigo mismo furiosamente. Intenté mantener que la liberación que había imaginado todavía podía existir, y lo creía de veras, pues ¿por qué no iba a ser posible estando solo? Sin embargo, era consciente de que todas mis liberaciones habían tenido lugar con Candy de telón de fondo y, como el final del sistema de estudios, la idea de tener que arrancar dicho telón parecía volver todo inexplicable. Como el hecho de que Candy no sonriera ante mi pequeña muestra de ingenio e intento de aligerar la situación; ella se encontraba en su propio mundo y decía exactamente tanto como podía, por ejemplo, lo mal que le sabía por mis padres. Me pregunté entonces si podía tomarme eso como una concesión y cambiar el tema a la posibilidad de que buscáramos ayuda de profesionales, si eso le haría cambiar de idea, pero ella negó brutalmente con la cabeza.

CANDY
Quiero marcharme.
YO
Pero yo quiero hablar contigo. Tú eres con quien yo siempre hablo…

Y no pude continuar. Por desgracia, y a pesar de mis mejores intenciones, comencé a llorar. Y entonces ella también comenzó a llorar.

YO
Esto no parece real.
CANDY
Lo siento.
YO
¿De verdad vas a marcharte?
CANDY
Sí…
YO
Me siento como si me muriera. De verdad…

pero también muy claramente

Deseé poder eludir de algún modo ese destino mío… Poder apearme en algún restaurante desierto y atiborrarme de jalapeños

rellenos y alitas rancheras, o en la cafetería de alguna estación de montaña con pepinillos y chapatis, pero era consciente de que, lamentablemente, esa visión, como la mayoría de las visiones, era inalcanzable. Tenía que seguir adelante. A partir de ese momento, tendría que seguir adelante y tendría que hacerlo solo. La idea era tan dolorosa que realmente era como si me muriera, no se trataba de una exageración. Aunque era consciente de que sonaba exagerado y melodramático, tenía que decir lo que sentía y lo cierto es que era como si todas las moléculas de mi cuerpo se apagaran lentamente. Al mismo tiempo, sin embargo, me sorprendió darme cuenta de que, por doloroso que fuera, podría haberlo sido todavía más si de repente le hubiera confesado a Candy todo lo que había hecho a sus espaldas o, si no a sus espaldas, sí al menos sin que ella hubiera reparado en ello, lo cual es ligeramente distinto. En vez de eso, seguiríamos en esa pequeña zona cercada en la que no todo sería dicho.

CANDY

Hacía tiempo que deberíamos haber hecho esto. Tú también lo querías.

YO

¿Cuánto tiempo?

CANDY

Bueno, meses…

YO

Es horrible.

CANDY

Esta situación nos está matando y lo sabes. No deberías entristecerte.

YO

Abrázame.

Era muy extraño. Yo no dejaba de hacer ruiditos tristes como si estuviera gimiendo o lamentándome, pues indudablemente tenía la sensación de que todo se disolvía bajo mis pies del mismo modo que se disuelve el suelo en las películas de terror cuando uno intenta escapar. Al mismo tiempo, sin embargo, creía que debía mantener un tono ameno y alegre. Si eso iba a ser el final, debía al menos tratarlo con la mayor ligereza posible. Todo puede ser convertido en un juguete si uno elige la perspectiva adecuada. O al menos eso esperaba yo.

en una más de las catástrofes del tiempo

Desde esa perspectiva, pues, intenté retrasar ligeramente el Destino, por poco que fuera; algo parecido al modo en que un genio de dibujos animados alza su mano para atrapar un espíritu malévolo en un fotograma congelado para siempre.

YO

Pensaba que estarías a mi lado cuando nos hiciéramos viejos. Pensaba que tendríamos hijos.

CANDY

¿De verdad? ¿Lo pensabas?

Hubo una larga pausa.

CANDY

Quizá deberíamos intentarlo de nuevo cuando tengamos sesenta años.

Y yo agradecí que dijera eso porque sin duda era una forma de insinuar que quizá eso no era para siempre y que existían otras posibilidades y vías secundarias. El hecho de que pudiera no ser cierto o un mero comentario para suavizar la situación era algo demasiado triste para que pudiera considerarlo. Y sé que la gente piensa que si uno es joven o hace poco que ha dejado de serlo, las trampas del tiempo no le afectan, o no realmente. Yo estaba descubriendo, sin embargo, que el hecho de ser joven o parcialmente joven sólo significa que esas trampas se encuentran comprimidas en un periodo más pequeño, cual modelos informáticos de las constelaciones. Todos los desastres del tiempo pueden suceder en cualquier momento, y la nostalgia, por ejemplo, no es una excepción: puede pasar volando grácilmente al lado de uno y rozarle. Como en ese momento en el que estaba perdiendo a Candy para siempre, pero también cuando uno se descubre a sí mismo llamando vídeo a todas las películas que ve, a pesar de que son documentos digitales. O, para ofrecer un ejemplo de mayor peso, como cuando recientemente Hiro y yo pasamos por delante de una sala de cine, una multisala que no me gustaba demasiado, y me di cuenta de que había sido allí donde había visto por primera vez modernas películas extranjeras, hacía ya casi la mitad de mi vida. Por aquel entonces, pensaba que vería o leería muchas más grandes obras y que tendrían un gran impacto en mí; también, por supuesto, que yo mismo llegaría a ser un artista. En realidad, sin embargo, no había habido muchas más y la única forma de arte que había

conseguido crear era este abigarrado relato, brillante y sincero como los cuadros que la gente cuelga en las verjas de los parques. Como ejemplo de nostalgia, soy consciente de que tal vez no es tan relevante como el de un hombre a punto de morir que recuerda su primer amor. Pero ¿y qué? La sensación es la misma. Y en ese momento estaba viviendo algo parecido al sentir que todo mi futuro desaparecía. De repente, parecía muy importante memorizar tantas cosas como fuera posible del rostro de Candy y de todo lo que había dicho; del mismo modo que, a menudo, me sorprendía a mí mismo recordando aspectos del pasado, como el hecho de que la ventana de la habitación en la que dormíamos diera al camino de entrada a la casa. Esto no quiere decir que viviéramos en una hacienda: ese camino de entrada tenía la extensión de un coche y estaba cubierto por gravilla que había puesto mi padre. Cuando de niño me ponía enfermo me dejaban dormir en esa habitación a modo de regalo, y por las mañanas oía al lechero recorriéndolo. Ahora, en cambio, me despertaba al amanecer y ya no había lecheros. El único custodio de ese sonido era yo.

YO
¿No podemos volver a comenzar?
CANDY
No puedo…
YO
¿Por qué no?
CANDY
No hagamos esto…

Y, de repente, ya no tuve nada más que decir. Obviamente, ella tenía razón. Era la persona más noble que conocía.

-Vete -dije-. Está bien.

Era realmente muy triste pensar que no habría una segunda oportunidad y contemplar de repente toda la historia reciente de mi vida como si lo hiciera desde las alturas: darme cuenta, en otras palabras, de que el juicio del tiempo estaba ahora definitivamente en mi contra. Es como una de esas pinturas históricas que de cerca parecen abigarradas o excesivas, con gotas y desagradables ampliaciones, pero que, desde la suficiente distancia, puede apreciarse la gran coronación o la libertad en las barricadas. O como una de esas confusas muchedumbres en las que sólo cuando uno retrocede y las mira desde la distancia adecuada, ve que sostienen esas tarjetas de felicitación electrónicas con el nombre del

líder único e inmortal. Permanecí mucho tiempo sentado en la cocina contemplando esta habitación. No tenía ningún otro sitio al que ir. Me sentía como un estanque o una piscina donde el tiempo se arremolinaba sin avanzar. Finalmente, subí al primer piso para acostarme, y por un momento me sentí confundido, porque faltaba algo pero no caía en cuál era esa ausencia extra, y entonces recordé, por supuesto, que el perro ya no estaba.

9. GÉNERO NEGRO

LO ESTRIDENTE

de la cual se despierta transformado

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba todo muy tranquilo. La vida permanecía inmóvil, como un campo. No había «¡BUMS!» ni «¡PUMBAS!». Mi madre y mi padre todavía estaban fuera. Candy se había ido al apartamento que Tiffany tenía en la calurosa y contaminada ciudad. No creía que fuera a volver a hablar con Romy, o desde luego no pronto. Y el perro también era una ausencia. En cierto modo, esa ausencia era la peor porque se había marchado para siempre, de modo que ya no volvería a sentir su respiración en la cara por las noches, ni vería cómo deambulaba pensativamente por el dormitorio. Ni tampoco volvería a tener sus patas en mi nariz con su olor cálido y lechoso. Nuestro perro olía a arroz, o a tostada, o a veces a glaseado de vainilla. Nuestro perro tenía un olor superdulce. Sólo Hiro seguía aquí, dormitando en la habitación de invitados, y yo agradecía tener al menos esa compañía en el mundo. Estaba acostumbrado a la atención de otras personas, de modo que hice la única cosa que se me ocurrió, que era despertar a Hiro y disfrutar de un desayuno más largo y narcótico de lo que era habitual incluso en nosotros: con polvos blancos para que las cosas parecieran más electrónicas y despreocupadas, y luego pastillas blancas para equilibrar las sensaciones. Eso pareció mejorar las cosas y pude razonar con mayor claridad. Por más traumatizado y aterrado que esté uno, no hay razón para renunciar a los proyectos que tenga en marcha. Estaba claro que teníamos que devolver el dinero, y a pesar de que no estaba del todo claro dónde debíamos hacerlo exactamente, lo más razonable era que fuéramos al salón de uñas, puesto que allí fue donde sacamos más dinero y era el negocio que a mí me parecía más probable que escondiera una siniestra violencia. No tenía ni idea de si esta línea de pensamiento era la correcta. ¡Hacer las cosas bien era una auténtica carga! ¡Había tantas decisiones que tomar! Y sin embargo resultaba maravillosa la idea de hacer eso para que

todo el mundo pudiera vivir tranquilo, mientras que yo no conocía descanso de la mañana a la noche soportando las cargas de los demás. Otra tarea que debía realizar para intentar seguir haciendo las cosas bien era enterrar a nuestro perro. El día anterior lo habíamos sacado al jardín y la idea de que hubiera pasado la noche al raso mientras Candy y yo discutíamos, nos adulábamos y finalmente nos separábamos para siempre me resultaba melancólica y me incomodaba. Así pues, salí al jardín todavía en pijama y lo cierto es que el hecho de tomar al fin el control y hacer lo correcto me sentó bien. Suponía al menos dar un paso en pos de una vida mejor. Quería enterrar a nuestro perro bien lejos, en los confines de la ciudad, en el bosque, entre los árboles del pan y los robles, donde a él tanto le gustaba pasear. Sin embargo, en cuanto salí al jardín y me encontré con el telón de fondo de un ciruelo y un chirimoyo y, a lo lejos, el ruido de la autovía, no pude evitar sentir una especie de pánico. Había olvidado la violencia que había sufrido nuestro perro, la violencia y sus efectos: el cráneo tenía ahora una cavidad que recordaba al botón de una antigua pletina que se ha atascado y ya no vuelve a su posición original, y también la mandíbula torcida, de modo que sus dientes no encajaban y parecía que estuviera haciendo una mueca, o sonriendo de un modo bufonesco. La sangre del hocico y la piel era ahora de un color amarronado y se había espesado. Y al ver esa sangre en el hocico y en las patas -pues al dejarlo en el suelo unas gotas habían caído de la cabeza a las patas delanteras- mis sentimientos cambiaron. Nuestro perro siempre había sido muy limpio, le gustaba limpiarse a lametazos el barro o cualquier otra suciedad, a la manera de una de esas personas a las que les gusta tener la casa impecable. Jamás de los jamases habría permitido tener las patas así de manchadas, y fue esa suciedad la que de repente hizo que me sintiera enojado y me detuviera un momento allí, en esa brillante mancha de mi propia furia, y sólo me despertó de ese aturdimiento el sonido de mi móvil.

rechazando toda culpabilidad

Una vez más, había recibido un mensaje de un número que no conocía. Envié una respuesta furiosa y no obtuve contestación. Y si bien era consciente de que, una vez más, semejante mensaje podía tener una explicación muy inocente, parecía representar asimismo un problema importante al que necesitaba hacer frente. Era como si el mundo no pensara dejarme en paz. Siempre, me daba cuenta, era yo quien debía sentir miedo. Y si bien estaba dispuesto a aceptar

que había argumentos válidos en mi contra, también sentía que se podían decir muchas cosas en mi defensa. Y sigo sin creer que estuviera mal querer cuestionar esta asunción de culpabilidad, puesto que sin duda se trata de una cuestión muy intrincada y difícil de contestar. De modo que si, como historiador de mi vida, pretendía buscar razones para explicar toda esta catástrofe, tendría que comenzar muy poco a poco e incluir a otras personas de mi alrededor, como el hombre que paseaba a su Rottweiler por los parques locales y al que no le gustaba que dejara suelto a mi perro al mismo tiempo que el suyo porque que era demasiado rápido y eso contrariaba a su animal más lento. Y también la mujer que solía decirme que no dejara que mi perro jugara con el suyo: «No le gusta que jueguen con él», me decía, como si mi perro fuera un pedófilo o un delincuente. Y luego también podía haber otras causas, como el hecho de que la primera chica a la que besé nunca volviera a hablarme, lo cual me entristeció mucho, o quizá yo ya estaba triste y, por lo tanto, en esta instantánea de aquellos a quienes culpar tendría que incluir asimismo a mis abuelos fallecidos y ausentes; sí, tendría que retroceder mucho, quizá hasta los profesores de natación que tuve en la piscina municipal y que permitieron que dejara la escuela sin haber aprendido a nadar. O hasta mi dentista, que me quitó un diente de leche y nunca lo reemplazó, de modo que tenía un hueco irregular en la dentadura. O también hasta los profesores de la escuela que no me dieron la calificación mágica que me habría permitido utilizar una pluma estilográfica, lo cual significaba que, técnicamente, todavía no me está permitido utilizar otra cosa que no sea un lápiz o un bolígrafo. Y luego los demás niños de las pruebas de atletismo sub-14 de mi condado, cuya velocidad me causó gran pesar. De hecho, cuanto más pienso en mi entrada en el mundo adulto, más me sorprenden las desventajas con las que nací, entre las cuales los métodos aleatorios mediante los que se había intentado maquillar mi cuerpo y, en especial, mi piel. Desde que nací, ésta había sido deficiente a causa de los sarpullidos y las llagas, y eso supone que la mayoría de las cosas asociadas con el placer se conviertan en un problema, como las playas, por ejemplo. Si voy a la playa, el calor me provoca sarpullidos y la piel se me llena de pequeñas pecas. En el hospital infantil, me envolvieron con vendajes para intentar impedir que me rascara, y más adelante comencé a bañar mis manos en productos químicos para que se endurecieran. También probamos las diversas mezclas de ramitas y cortezas suministradas por los farmacéuticos de Chinatown, a pesar de que ni mi madre ni yo creíamos que fueran a

funcionar, y, efectivamente, además de tener un sabor espantoso no funcionaban. Sí, cuando uno comienza a pensar así podría continuar muy pormenorizadamente. Es como cuando hay dos espejos frente a frente. O como el hecho de que cuando un muecín convoca a sus correligionarios a la oración, desencadena las llamadas pregrabadas de todos los demás muecines.

como vengador

¡El final de la culpa! Si tuviera un grito de guerra, tal vez podría ser éste. ¿Acaso no pensaba devolver el dinero? ¿No estaba asimismo preocupado por el fin de mi matrimonio, la muerte de mi perro y la felicidad de mis amigos? No era que pensara que no mereciera un oscuro castigo. Era muy consciente de que me correspondía como si fuera uno más de esos belicistas obsesionados por el poder. Al mismo tiempo, sin embargo, podía argumentar que siempre había procurado actuar con la mejor de las intenciones y siento auténtica aversión por el dolor en todas sus formas. ¿Acaso no es esto una forma de pureza aunque lo que suceda parezca tener un tono impuro? No habría que juzgar la vida de una persona únicamente por imprevistas consecuencias vergonzosas. Sí, me había adentrado en un mundo que no comprendía, y cuando eso sucede, es posible que uno tenga que aceptar a cambio cierta violencia, pero la que se había utilizado en mi contra había sido más bien pequeña y sólo había implicado a un miembro del reino animal en vez de consistir en, por ejemplo, la cercenadura de la oreja de mi esposa, o el apaleamiento de mis piernas con un bate metálico de béisbol. Desde esta perspectiva, la violencia era sin duda una cuestión delicada, pero también pienso que es importante recordar lo grande que puede parecer semejante insignificancia. ¿Y por qué había tenido que ser nuestro perro quien sufriera? Nuestro perro era la criatura más inocente que hubiera conocido nunca, la más amable y la que tenía los ojos más tristes. Comencé entonces a levantarlo del suelo y, al hacerlo, fue como si mis brazos recordaran cómo era cargar con él cuando era un cachorro y lo hacía para que pudiera salir al jardín porque el escalón que daba al patio era demasiado alto e intimidante para él. Se trató de algo verdaderamente insufrible. Todo el mundo se había esfumado. Todo había desaparecido. Pero afrontaría esa situación con gallardía. Afrontaría la violencia con la gallardía que confiere el amor. Porque ser un perro es una situación terrible, uno depende de la protección de otras personas y yo siempre me había tomado esa protección

muy en serio. Sin duda alguna había cometido un gran error, pero ¿significaba eso que el castigo tuviera que ser tan monstruoso? Si esos tipos pensaron que era fácil ser aterrador, deberían haber aprendido asimismo que ésa no era forma de comportarse. Si tenía que hacerlo, defendería mi territorio con aplomo. Ignoro si semejante decisión constituye una vida espiritual, pero para mí era suficiente, y de haber sido el día de los muertos me habría defendido con bravura. De repente, comprendí la razón por la que las mejores películas son aquellas en las que en un momento determinado uno puede ver que la cineasta tiene un instante de pura claridad y comprende lo que está haciendo: es *entonces* cuando transforma todo el asunto en algo vivo, frágil y desconocido. Decidí que haría frente a la violencia con estilo. Ya es algo, ¿no? En la historia de los santos debía de haber algunos que no lo parecieran tanto, cuya santidad no adoptara la forma de representaciones escénicas como dormir en una cama de clavos, ser atado a una rueda y cosas así. En ese caso, quizá yo era uno de esos santos de santidad menos obvia.

junto a su compinche Hiro

Con mucho cuidado, dejé en el suelo a nuestro perro y volví a entrar en casa para hablar con Hiro. Y es que si uno quiere dedicarse al asunto de la venganza, por lo general necesita armas y un compinche.

-Todavía estás conmigo, ¿verdad? -dije.

-Esto es una locura -dijo Hiro.

-Lo parece -dije yo-. Pero esto es lo que vamos a hacer.

Probablemente, fue algo bueno que nos hubiéramos adentrado en una atmósfera narcótica, pero también creo que mi plan estaba justificado. Lo que proponía no era algo caótico y con asesinatos múltiples, sino muy simple y no necesariamente violento. Quería enterrar a nuestro perro en los campos, en los bosques, donde tanto le gustaba pasear. Pero primero quería ir al salón de uñas y devolverles su dinero, pues si bien ya nos lo habíamos gastado, y a pesar de que la idea de robarles a mis padres no me hacía especial ilusión, sabía que mi madre guardaba un fajo de billetes en el congelador para emergencias, y sin duda esta situación podía considerarse una emergencia. Además, también creía que era importante actuar con gran violencia en el local del salón de uñas: mi intención no era hacerle daño a nadie, sino simplemente cometer un acto de venganza que demostrara que no permitiría que

me acusaran eternamente.

-¿Ése es tu plan? -dijo Hiro.

-Así es -dije yo.

-Está bien -dijo Hiro-. De acuerdo.

Y yo me alegré mucho de que esa operación fuera a llevarse a cabo con Hiro, ya que, por enfadado que me sintiera, seguía siendo consciente de que ese plan podía no funcionar, pues muchas cosas pueden ir mal cuando uno introduce violencia en el mundo y carece de experiencia en ello, y eso era algo que me preocupaba, pero en la medida de lo posible procuré minimizar esta preocupación. Existía en mi mente como los rayos del sol que entran por la ventana y forman una mancha de luz en el suelo: es algo que al mismo tiempo pertenece y no pertenece al suelo que uno está mirando.

-Entonces -dijo Hiro- sólo necesitamos un martillo.

-¿Un martillo? -respondí.

-Claro -dijo Hiro.

Un martillo, prosiguió Hito, era algo que asustaba mucho a la gente y podía encontrarse en cualquier casa, lo cual es una ventaja si uno es nuevo en el tema de la venganza. Y, por supuesto, tenía razón. Existe la categoría de *arma*, pero en realidad muchas cosas domésticas pueden serlo si uno las utiliza de otro modo: cuchillos, tenedores, martillos, ganchos, pinzas, palas, picos… Todo eso es lo único que uno necesita para comportarse como un maniaco. Y así, concluyó Hiro, es como solucionaríamos ese problema. Hiro lo había planeado todo muy detallada e inteligentemente. Tras coger el cadáver de nuestro perro, el dinero del congelador, dos martillos de un armario de la cocina y las llaves del coche de mi madre, nos pusimos en marcha. Ésa es la facilidad con la que pueden suceder las cosas cuando uno piensa con claridad. Aunque pensar con claridad también tiene sus complicaciones. Así, por ejemplo, mientras íbamos por la autovía de repente Hiro dijo: «¡El pico!» Y he de admitir que fue una observación muy válida, pues no es posible cavar un agujero entre la maleza o en el barro con las manos. Es del todo imposible. Por un momento, permanecimos terriblemente callados y tuve miedo de que todo mi plan se viniera abajo, pero entonces, en uno de esos momentos de inspiración que deben jalonar la biografía de una persona destinada a grandes cosas si con frecuencia las circunstancias y los detalles prácticos no se lo impidieran, recordé la gran tienda de bricolaje que había junto a la autovía.

una venganza de la cual se desvían brevemente

Y es que algo del género negro no tiene por qué dejar de ser luminoso. Así pues, dimos la vuelta y pasamos por delante de los apartamentos vacíos y los talleres de desguace de coches robados hasta que encontramos el almacén de bricolaje. Estaba enfrente del hipermercado en el que hace mucho (o ésa es la sensación que tenía) había permanecido sentado en el aparcamiento y había sentido un acongojante pesimismo. Y es posible que, después de todo, el pesimismo no estuviera tan mal. Pero en ese momento no quería pensar así. La luz del interior era todavía más intensa que las luminosas hileras de coches. Estaba hecha del plástico de múltiples arañas de luces con lágrimas y alambre de cobre que tintineaban frágilmente cuando el aire acondicionado de los lejanos aparatos llegaba a ellos. Yo me dirigí hacia la sección de jardinería, un espacio más relajado, con olor a madera y a cordel de jardín. Y fue quizá entonces cuando descubrí que el pánico es una droga, una atmósfera que uno adquiere. Mi misión consistía en comprar un pico para cavar la tumba de mi querido perro, un perro que había sido asesinado en venganza por mis fechorías, y llevaba encima martillos escondidos. Y quizá una de las razones por las que resultaba tan excitante era que, para un observador externo, no había en mí nada que pudiera resultar aterrador. Y, entonces, como soy dado a verme a mí mismo como otra persona, pensé que la mujer que había a mi lado probando diversas palas de dientes ornamentales quizá quería comprar una para enterrar la ensangrentada raíz del pene de su marido, o que el hombre que miraba macetas para plantar arbustos, hierbas u otro follaje, estaba en realidad evaluando si serían lo bastante grandes para enterrar la cabeza cercenada de su hijo. Eso era lo que pensaba, con la mirada quizá algo desquiciada, pero sin alterar el suave paso de mis zapatillas deportivas, mientras contemplaba las herramientas de jardinería. Los picos en los que había estado pensando resultaron ser muy grandes. Eran de acero inoxidable, relucían y pesaban tanto que no estaba seguro de si podría manejarlos. Aun así, compré uno. No tenía otra elección. Luego retomamos nuestro camino.

antes de ejecutar su venganza con un pequeño acto de violencia

Por supuesto, no estaba exactamente seguro de qué personas del salón nos habían amenazado, y era posible que de hecho ninguna de las que nos habían atacado fueran empleadas del salón mismo.

Sabía que mi venganza tal vez carecería de la perfecta simetría que las venganzas deberían poseer, pero no podía hacer nada al respecto: tenía que arreglármelas con lo que tenía y creo que en el fondo eso es suficiente, o al menos a menudo tiene que serlo. Así pues, entramos en el salón como si se tratara del escenario de una pesadilla: con los martillos, un pico y un pesado perro muerto. Esto último me sorprendió, pero ya no podía hacerse nada: quizá sin ser consciente de ello -puesto que en el coche había llevado el perro en el regazo-, Hiro trajo el perro consigo. Ciertamente, resultó interesante comprobar el efecto: la única clienta del salón se puso en pie con la boca abierta y luego…

-¡Largo! -dijo Hiro con el perro en los brazos, y ella se marchó.

… la recepcionista de la encantadora figura de una santa comenzó a temblar muy fuerte. En su rostro se podía percibir un profundo miedo y debo admitir que eso me gustó. De nuevo, volvía a disfrutar de un pequeño atisbo del poder que tal vez sentían los líderes de las bandas criminales o los dictadores locos; el poder total que cualquiera puede llegar a tener si hiciera caso omiso a todas las cohibiciones o las echara por tierra como si desmantelara un castillo de Legos. Eso, supongo que debo añadir, en caso de que puedan hacerlo sin sentir miedo alguno. El miedo a las consecuencias, creo yo, tiende a ofuscar las mentes. Si uno puede superarlo, las posibilidades son realmente infinitas. Así pues, con ese poder en mi interior, arrancó la escena al tiempo que Hiro dejaba al perro con gran cuidado en el suelo. Al moverle, la herida se le había abierto y un poco de sangre cayó al suelo.

-Pero ¿qué cojones? -dijo otra chica.

-Cierra el puto pico -dijo Hiro.

-Ten -dije yo-, aquí está vuestro dinero.

Dejé los billetes en el mostrador con mucho cuidado para que no se perdiera ninguno. Quería que vieran que se lo devolvíamos todo. Y el mismo hecho de que no dijeran nada me pareció que demostraba que ése era el lugar correcto y que en efecto habíamos acertado al escoger el salón de uñas como objeto de nuestra venganza. Era exactamente como si estuvieran esperándolo, pensé. Y, una vez resuelta esa duda, di un fuerte martillazo al mostrador de la recepcionista. Estaba exultante. Fuera de mí. El silencio que siguió a ese alboroto pareció muy largo, y supuse que se debía a que nadie sabía cómo responder, lo cual me satisfizo mucho. Para entonces, más líquidos estaban emergiendo del cuerpo de mi perro, y el efecto era muy desagradable y sobrecogedor. Luego le di un martillazo al teléfono y no conseguí romperlo, pero cayó al suelo

con un ruidoso impacto. La recepcionista se inclinó para recogerlo y me di cuenta de que parecía estar probándolo o utilizándolo pues hablaba muy bajito o al menos parecía hacerlo, pero comprendí muy bien esto porque para entonces la violencia que albergaba en mi interior se había vuelto increíblemente grande y no estaba seguro de cómo detenerla. Había un pequeño espejo de mano y también le di un martillazo, y esto hizo que me preguntara si podía hacer lo mismo con el espejo que había delante de las sillas de los clientes. No tenía ni idea de cuánta violencia requeriría eso. Ahora lamento que no tuviéramos una auténtica arma. Si hubiera podido disparar al techo y hacer agujeros en todas las superficies posibles, lo habría hecho. Y entonces, muy muy lentamente, con una elegancia de movimientos que advertía por primera vez, la recepcionista salió de detrás de su mostrador, fue hasta el centro del salón y se arrodilló junto a mi perro. Luego cogió una toalla de una pila que había delante de uno de los espejos y lo envolvió con ella. Y todo esto lo hizo con mucho cuidado, cosa que yo aprecié mucho. Fue como si hubiéramos llegado a un entendimiento, aunque su intención fuera quizá reprendernos. Su rostro era muy serio. Luego me entregó a mi perro totalmente envuelto y cubierto: sólo su negro hocico asomaba del mismo modo que solía hacerlo de las sábanas cuando dormía debajo del edredón. Y de repente me sentí completamente impotente. Y también muy triste y muy cansado. Lo único que quería hacer era enterrar a mi perro en algún lugar tranquilo. Sabía que la gente me estaba mirando pero no me importaba. Empezó a caer una fina lluvia muy débil y bajo esa cortina prácticamente invisible emprendimos nuestra rápida huida.

algo a lo que sin duda nuestro héroe tiene derecho

En la calle, la gente feliz paseaba entre los palmitos mojados, disfrutando de sus compras o de sus citas rápidas. Un hombre estaba sentado en un coche aparcado, escuchando cool jazz y golpeteando el volante como si sujetara unas baquetas. Y ahí estaba yo, con un perro muerto en los brazos mientras Hiro, animado, tocaba el claxon a mi lado. Y me entristecía no poder formar parte de esa escena exuberante. Me encontraba en la misma calle, pero había olvidado qué era la felicidad. Me abracé a ese pensamiento como si fuera una botella de agua caliente para que me tranquilizara en la oscuridad. La única conclusión posible era que estaba siendo víctima de una cruel injusticia. ¿Por qué estos últimos meses habían resultado tan extremadamente complicados? Si uno lo

pensaba detenidamente, había sido todo increíblemente injusto. Realmente me merecía, creía yo, unas pequeñas vacaciones; tal vez bateando oro, o explorando los mares del sur. Me lo debía a mí mismo, pensé. No me parecía irrazonable. Mientras cerrábamos las puertas del coche de un portazo, me pregunté si no sería posible hacer el bien de otra forma. ¡El esfuerzo que requiere hacer un mundo mejor! Ni un bandido implicado en el tumulto de una paródica posada lo tenía peor que yo… Me volví hacia Hiro, que seguía sosteniendo el perro con mucha ternura, y yo también sentí mucha ternura por él al tiempo que, también con mucha ternura, recordé el día en que Candy llevó de un modo parecido a nuestro perro a casa en el coche, cuando tenía un mes o algo así, y ella no dejaba de mirarle a los ojos con mucho amor.

LO DULCE

o eso parece

Conducir a alta velocidad en una zona urbanizada provoca una excitación muy específica. Para completar la imagen de mafiosos, sólo necesitábamos disparar por el parabrisas desde el interior para que se hiciera añicos como azúcar glas. Y si, en los anales de la historia, otros niños habían terminado convirtiéndose en barones de la droga o sicarios, ¿por qué no podía hacerlo yo también? Me sentía como un forajido, y en muchos sentidos creo que lo era, si por forajido puede uno considerar a aquellos excluidos de su mundo normal. De tan espléndido, me sentía benevolente, y mientras procuraba restaurar cierta calma, se me ocurrió que, antes de ir al bosque, podía llevar ese lamentable coche cuya pintura debía de estar ligeramente manchada de sangre canina al túnel de lavado. Y eso era especialmente generoso por mi parte, porque ese tipo de situaciones no me gustan demasiado. Me refiero al hecho de que me atienda gente triste con ropa impermeable que no disfraza lo infeliz que es atendiéndole a uno. Aun así, dejaré que me atiendan por más que en ese tipo de situaciones prácticas siempre me sienta desconcertado por la gran cantidad de cosas que desconozco. El comportamiento es algo complejo, y posiblemente la diferencia entre aquellos que pueden hacer cosas y aquellos que no pueden es una de las divisiones ocultas de nuestro tiempo, mucho más que la de capitalistas y trabajadores o la de negros y blancos. Allí estaban, por ejemplo, los tipos que le dieron unos golpecitos al capó para indicarme que lo abriera mientras miraban con preocupación una pequeña pila de hojas mojadas que se habían juntado en el hueco en el que se encuentran los limpiaparabrisas. El problema era que yo nunca había abierto el capó y no sabía cómo se hacía, de modo que les hice un gesto con el que pretendía darles a entender que en realidad no me importaba, pero a ellos sí parecía importarles. Maldije esta obsesión por las apariencias profesionales y, para dejarles claro lo poco que me importaban estas hojas, intenté

avanzar, pero eso sólo provocó que comenzaran a gritarme. Intenté explicarles entonces que de verdad no hacía falta que se molestaran, pero se mostraron implacables y finalmente me vi obligado a admitir que se trataba de una tarea que estaba más allá de mis posibilidades. Pensé que esta admisión les desarmaría o haría gracia, pues en general suele admirarse semejante honestidad, pero en vez de eso un hombre abrió la puerta del coche (un gesto que me pareció quizá intrusivo, especialmente teniendo en cuenta el nerviosismo en el que me encontraba) y se inclinó junto a mi pierna para accionar el tirador, consiguiendo que, a modo de obediente y antipática respuesta, se accionara el resorte del capó. Se lo agradecí con un gesto pero posiblemente ya era demasiado tarde, si es que mediante ese gesto pretendía implicar cierta paridad entre nosotros, una especie de igualdad entre los hombres. Silenciosamente, los tipos abrieron las puertas del coche y pasaron la aspiradora por los bordes interiores. Luego cerraron el capó y me indicaron que avanzara. A modo de despedida, procuré mostrarme seguro de mí mismo y alcé una mano. Intentaba mantener una actitud desenfadada y extática: ese tipo de excitación uniforme que, según algunos filósofos y sabios, le vuelve a uno básicamente divino, a pesar incluso de que, ya que menciono a esos sabios, lo que estaba a punto de descubrir en las inmediaciones de Toy Town era la cantidad de profundidades y oscuridades que existían realmente, tal y como los sabios talmúdicos siempre han sabido. Aunque claro, comprender el funcionamiento del Destino no requiere estudio de los textos antiguos. Uno puede hacerlo con ese dibujo animado en el que el gato se relaja y está feliz antes de que el ratón le arree un mazazo. Creo que esos dibujos animados deberían emitirse en bucle en todos los institutos y universidades.

a pesar de que el Destino parezca acechar otra vez

Y es que la sabiduría de esos dibujos animados es la única que puede prepararle a uno para sobrevivir a cosas terribles, como cuando uno está conduciendo en dirección a los bosques de los suburbios de una gran ciudad para ofrecerle a su querida mascota un entierro decente mientras mentalmente intenta mantener un pequeño ramo de felicidad, y de repente advierte por el espejo retrovisor que un coche parece seguir el mismo trayecto (las mismas rotondas y señales de tráfico, las mismas vistas de pistas de tenis, tanatorios y mercados de verduras), y si bien imagino que en todas las ciudades hay gente que imita los viajes de otros (pues ésa es una

más de las características de una gran ciudad y su manía por las múltiples coincidencias), ese coche en particular me parecía extraño. Quizá no tan extraño como para considerarlo una amenaza, pero aun así digamos que resultaba *interesante*. Al fin y al cabo, acabábamos de cometer un acto de mucha violencia, y supongo que no se puede esperar que existan actos de violencia sin consecuencias. Aun así, ser perseguido me parecía un poco exagerado, pues al devolver el dinero ya habíamos hecho lo que debíamos, ¿no? También podía ser que, en caso de que efectivamente estuviéramos siendo objeto de una persecución, la diversidad de nuestros perseguidores fuera mucho más vasta de lo que había considerado en un principio. Y podría decir que, en una situación semejante, lo mejor que puede hacerse a continuación es algo extravagante, como explorar la entrada de una estación de tren o hacer un reconocimiento de los parques industriales de la zona. Y si el mismo coche no deja de seguirle a uno, las posibilidades de que se trate de una gigantesca coincidencia puede que se reduzcan ligeramente. Con tales pensamientos en la cabeza, conduje haciendo zigzags y de forma desordenada mientras Hiro cuestionaba mi sentido de la dirección general y mi posible concentración.

-¡Ey, muchacho! -dijo Hiro-. Mantengamos los ojos en la carretera.

Era un muy buen consejo y muy sobrio. Pues que le sigan a uno en estos lugares no es una experiencia tan excitante como los videojuegos y otros instrumentos educativos pueden sugerir. Requiere una concentración mucho más estresante de la que sus creadores parecen creer: éstos imaginan constantes acelerones y una gran desconsideración por la seguridad de los demás, pero yo estaba descubriendo que resultaba imposible alcanzar la velocidad deseada. Me lo impedían cosas como los ancianos que cruzaban la calle muy lentamente, un cortejo fúnebre liderado por un Cadillac lleno de flores, y luego obras con señales de tráfico temporales o también, en un momento dado, una procesión de muchos santos, lo cual me detuvo durante al menos diez minutos y en la que pude ver un Jesús cargando con una brillante cruz de helio blanca. Una persecución semejante es más parecida a las complicaciones de un examen de conducir o examen de competencia que a una vorágine pixelada.

bajo la forma de un adversario

Y hay que tener en cuenta que, si se trata de una zona que uno

conoce bien, habrá connotaciones tristes. Hubo un momento en el que entramos a toda velocidad por el paso subterráneo y, tras salir junto al hospital, tomamos la calle con los restaurantes orientales, luego la calle con las tiendas para piezas de máquinas de coser y pasamos por delante del zoo. Me di cuenta entonces de que ésa era la ruta que siempre hacían mis padres cuando nos dirigíamos a la ciudad. Siempre había tenido connotaciones románticas, y todavía las tenía, aunque ahora implicara asimismo peligro y turbulencias. Me pregunté muy fugazmente si mis padres llegaron a darse cuenta de la ternura con la que yo pensaba acerca de esta pequeña colección de calles. La nostalgia era muy grande, a pesar incluso de que yo sólo era un coche más entre los muchos otros vehículos que conformaban el tráfico como las ambulancias, las caravanas y los ciclistas en desordenada formación. A mi lado, unos chicos fumaban hierba en una furgoneta mientras, en un vehículo deportivo más compacto, una chica probablemente encocada iba probablemente a ver a su ortodoncista, que probablemente era supersexy. Y en ese sistema de atascos y lentitud también era posible que, en la limusina que tenía detrás, hubiera un filósofo de camino a una conferencia en la que iba a demostrar la inexistencia del tiempo, algo en lo que me habría gustado creer mientras entraba y salía muy lentamente de los carriles laterales. No recomiendo tomar parte en una persecución en medio del tráfico de una megalópolis. Y creo que un tráfico semejante le dificulta más las cosas al rufián principiante, especialmente si conducir no ha sido nunca algo que se le diera bien. De haber podido escoger una localización para mi primera persecución en coche, no habría escogido una ciudad importante al atardecer, sino algo más parecido quizá a una autopista desierta en la estepa y de noche. Como siempre, había una gran diferencia entre lo real y lo ideal, más o menos tan grande como la de esa historia del guionista que anotó sus ideas una noche en un cuaderno junto a su cama y a la mañana siguiente descubrió que su gran idea era Chico Conoce Chica. En aquel momento, estábamos en alguna carretera entre la ciudad y los suburbios y no exactamente de camino a los bosques, puesto que ese destino había sido suspendido momentáneamente mientras intentaba despistar a quienquiera que estuviera intentando darnos caza, y de repente me di cuenta de que nuestro viaje me había hecho pasar delante del hotel al que había vuelto en busca de Romy ensangrentada. Al examinar su piscina y sus palmitos, sin embargo, había tomado conciencia de que algo no estaba bien y que buscar ese tiempo pasado en ese lugar no era posible: el hecho de que el tiempo

hubiera pasado significaba asimismo que el lugar había desaparecido. Era el mismo y no era el mismo, lo cual no es más que otra demostración de la inexistencia del mundo. Mientras tanto, yo me sentía cada vez más asustado y distraído. Y en el cruce para acceder a uno de los centros comerciales más grandes del mundo, en vez de tomar carreteras más tranquilas, opté por una de las autovías exteriores de la ciudad.

-Bueno, es una aventura -dijo Hiro.

Hiro era tan despreocupado que resultaba extravagante. Y, retrospectivamente, si hubiera podido detenerme, ahí es donde debería haberlo hecho, en ese momento en que la velocidad era más alta. ¡Mira a tu alrededor! Las estrellas empezaban a desperdigarse en lo alto del cielo. Junto a la autovía, a lo lejos, los letreros de neón de los campos de *paintballtartamudeaban* en el crepúsculo. En el paso subterráneo en el que nos introdujimos para tomar la autovía, hombres cansados que probablemente venían de lejanas zonas de guerra vendían una gran variedad de mandos a distancia para televisores ausentes y unas pocas videocámaras estropeadas. A lo lejos, junto a los canales, los saltamontes probablemente estaban doblados sobre sí mismos cual cortaúñas. Pero lo triste es que uno no puede detenerse. Porque el destino no se puede evitar. Con lo cual quiero decir que, al final, el método mediante el que uno lo evite será asimismo el de su destrucción. Uno realiza una demostración de su nueva hombría y los mismos medios que utiliza para ello supondrán la desaparición de esa hombría y la derrota general. Así son las cosas. Al final el dios-perro le dará caza.

que les da caza en una persecución automovilística

Avanzábamos por la Autovía Presidencial y conducir a la velocidad turbo a la que iba me daba mucho miedo. El coche que nos perseguía, en cambio, parecía un automóvil muy feliz. Avanzaba alegremente entre los demás coches con una anómala sensación de abandono. Hubo momentos en que comencé a temer que pronto confundiría el acelerador y el freno. Estaba abrumado. La escena tenía tanta acción que me sentía tal y como seguramente se sentiría uno si hubiera olvidado que tenía diecisiete citas y, al recordarlas de repente, sintiera cómo descienden sobre él como la lava lo hizo del Vesubio a Pompeya, o quizá peor, porque, a diferencia de Pompeya, el petrificado habitante de semejante caso cotidiano no tiene el lujo de quedar inmediatamente calcificado, y por lo tanto no está excusado de tener que programar la agenda. En

vez de eso, uno tiene que seguir adelante en medio del desastre y, por ejemplo, intentar averiguar a quién pertenecía ese coche y por qué mostraba ese interés en nuestras personas, puesto que, normalmente, se puede decir que la mayoría de la gente vive ajena a las vidas de los demás, y en general ése es un estado perfecto en el que vivir. El problema es que, además de tener la mente ocupada con estos pensamientos imposibles, debía tomar decisiones muy rápidas y las decisiones que tomé quizá no fueron las mejores. Eso no debería ser ninguna sorpresa si uno tiene en cuenta lo confuso que puede llegar a ser el hecho de pensar. Ahora, claro está, mientras rememoro el asunto desde las melodiosas nubes del futuro, puede parecer que lo mejor habría sido seguir adelante por las interminables autovías hasta que el coche que iba detrás nuestro desapareciera; quizá debería haber confiado en el don de la velocidad y, por seguridad, haber seguido en carreteras abiertas y públicas. Pero no es eso lo que pasó. Estaba muy asustado y confundido y, por lo tanto, no muy seguro de que la aceleración de mi vehículo estuviera al nivel de la del coche que nos seguía tan pacientemente, de modo que no es eso lo que pasó. Lo que pasó fue que, presa del pánico -y, en el fondo, todo este relato no deja de ser la descripción de mi pánico-, tomé la primera salida de la autopista y regresé a las carreteras normales y las rotondas. Al fin y al cabo, quería llegar a los bosques, ya que si uno ha decidido hacer lo correcto, debe hacerlo independientemente de los peligros en los que se encuentre en ese momento. O al menos creo que ésa es la razón por la que lo hice. No puedo estar siempre seguro de mis motivaciones. Y es posible que esta ausencia de un razonamiento profundo sea completamente natural. Es posible que, cuando llega el momento final, y siempre lo hace, uno piense que no hay ningún buen motivo para ello. Creo que también tenía la idea de que, en esa zona silvestre de matorrales suburbiales, yo tenía ventaja. Y es que en cualquier competición es importante escoger el territorio, y, en concreto, escoger un territorio en el que uno se sienta en casa, del mismo modo que otras criaturas escogen una madriguera. Rápidamente, pues, volví a tomar las carreteras más pequeñas que rodeaban los campos comunales asfaltados y pasamos por delante de los abrevaderos de agua y los campos de minigolf reconvertidos en túneles de lavado de coches hasta que, finalmente, dejamos atrás el sistema urbano y nos encontramos rodeados de una especie de vegetación. Avanzábamos a través de los barrios periféricos, que en realidad consistían en poco más que atroces carreteras. El coche seguía acechando detrás de nosotros. Era una experiencia muy

interesante saber que están siguiéndole a uno y no tener la menor capacidad de evitarlo. Yo me detenía en todos los pasos de cebra para peatones, y, cuando aminoraba la marcha, el coche perseguidor también lo hacía. Y eso me dio esperanzas, ya que si uno hace eso es que al menos tiene respeto por el comportamiento civilizado. Puede que no vaya todo el día con el trabuco y sus escuadrones de la muerte. Me pregunté entonces si esa obediencia a la ley no sería mi única oportunidad. Para entonces, la noche estaba extendiendo suavemente sus millones de redes sobre las casas y las fábricas de cerveza, y yo aceleré en medio del tráfico mientras los cláxones sonaban insistentemente detrás de mí. Por un momento, creí que había conseguido librarme del perseguidor. Íbamos a toda velocidad y enfilé en dirección al bosque con el convencimiento de que, como siempre, al final evitaría problemas mayores. Entonces vi en el espejo retrovisor que detrás de mí todavía estaba ese terrible vehículo.

-¿Qué vas a hacer? -dijo Hiro.

Consideré su pregunta y no encontré ninguna respuesta fácil.

-¿Crees que deberíamos parar y hablar? -dije.

-Quizá -dijo Hiro.

Así era él. Siempre abierto con mucha gente y creo que es genial mostrarse tan abierto a nuevas experiencias.

-Ésa parece ser su intención -dijo Hiro.

Durante la persecución, Hiro había tomado un cóctel de pequeñas pastillas y, tras darle un trago a una botella de agua, ahora tomó algunas, probablemente para las horas que teníamos por delante. Y me pareció que había algo muy hogareño en ese gesto. Era muy doméstico y hogareño de un modo indefiniblemente reconfortante.

que termina en un bosque, o terreno común

El bosque que había en las afueras de nuestro suburbio era uno al que había ido una vez con mi padre cuando era pequeño en busca de hojas muertas para traer a casa y utilizar como abono, fertilizante o algún otro término del mundo del jardín. El fantasma de mi padre estaba por todas partes a pesar de que no estaba muerto. Aunque claro, no es imposible que una persona viva sea al mismo tiempo algo que le obsesione a uno. Como siempre, supongo, esperaba cumplir con mis responsabilidades. Y es que, como reza el chiste del viejo maestro, ¿qué es crecer? Que le permitan a uno hacer chasquear ese látigo, la voluntad de uno, con su propia mano.

Y eso es precisamente lo que estaba haciendo al aparcar a un lado de la carretera. El otro coche hizo lo mismo, aunque tal vez con una maniobra más precisa. Y supongo que mi plan consistía en comenzar una conversación afable mediante la cual pudiéramos llegar a conclusiones sobre los errores y los malentendidos cometidos para luego darnos unas palmadas en la espalda y marcharnos cada uno por su lado. El problema es que no había nadie con quien hablar, o al menos no para hablar de ese modo. No sé hasta qué punto es eso inusual. Yo siempre me he sentido cómodo en atmósferas en las que la gente es tranquila y respetuosa. En vez de eso, sin embargo, los demás prefieren gritar, algo que siempre he encontrado absolutamente angustioso, y eso conlleva que actúe asustado y que parezca que lo apruebo, como si ya no me preocuparan las razones o motivaciones precisas sino únicamente la cuestión de mi seguridad. Cuando por fin descendieron del coche, me sorprendió comprobar que mis tres perseguidores eran mujeres, aunque eso no era tan interesante como el aterrador atuendo que llevaban: máscaras de esquí, reluciente cuero y demás accesorios terroríficos de ese tipo. Tomé la determinación de no asustarme, o al menos de no mostrar que lo estaba, pues si uno muestra que está asustado está acabado, y yo no quería estar acabado, todavía no. Me volví hacia Hiro con una sonrisa confiada y noté en su rostro que eso le tranquilizaba. Su expresión decía algo como: «¿Quieres resolver esto? Vamos a resolver esto, será muy fácil. Tan fácil como la forma en la que he tomado esas pastillas hace un momento, así de rápido y fácil. ¡No tengas miedo, amigo!» Se notaba que decía cosas así sólo por el modo en que rebuscaba en su bolsillo el encendedor y un cigarrillo sin que le temblaran las manos. Y eso era muy amable por su parte, porque en realidad sí me sentía asustado. Y no sólo de la gente que teníamos delante, sino también del escenario en particular en el que nos encontrábamos. Era difícil decir dónde terminaba un miedo y comenzaba otro. Parecían ir de la mano. Sólo tenía que pensar en lo poco claro que tenía quién podía ser esa gente y qué daño podía haberles causado (pues, al fin y al cabo, había una gran variedad para escoger tanto en mi pasado remoto como en el más reciente; un problema parecido al de esos viejos concursos en los que hay que elegir el premio más deseable entre todos los expuestos) y necesariamente terminaba sintiéndome confundido y preocupado. Y me costaba distinguir esta preocupación de la inquietud o presentimiento de que en el bosque que nos rodeaba había insectos y también animales. O, posiblemente, incluso alienígenas, tal y como creía cuando era

pequeño. Hubo un murmullo que fue tal y como uno imaginaría un lenguaje hecho de murmullos si tal cosa existiera, y supongo que lo hace, o también el peligro, dado que el peligro también es remoto, mínimo, desolado y muy cercano. Y como siempre intenté ser quien hablara primero, porque en el fondo así es como se controla una situación, de modo que en mi cabeza preparé muy cuidadosamente lo que diría, por ejemplo lo mucho que lo lamentaba, y también que me gustaría saber por qué sentían esa necesidad de dirigirnos a la oscuridad de una arboleda o bosque situado a la orilla de una carretera, aunque esto no fuera del todo cierto, puesto que en realidad había sido yo quien había escogido esta localización y, sin embargo, estaba plenamente convencido de que las cosas estaban sucediendo sin que yo tuviera ningún control sobre ellas. Al final, sin embargo, una de las mujeres fue más rápida que yo.

-¿Qué es lo que quieres? -dijo-. ¿Qué pensabas que iba a suceder?

-No lo sé -dije yo.

Quería preguntarle si ella también había sido la responsable de destruir los objetos de mi casa y si, asimismo, eran suyos los inusuales mensajes que recibía en el móvil, pero, al mismo tiempo, de repente sentí que no sabía cómo mantener una conversación como ésa; me refiero a una en la que todas las respuestas son impredecibles. Estaba claro que se dirigían a nosotros en clave, del mismo modo que los fantasmas hablan en una lengua desconocida con su místico dictáfono o la tabla *ouija* y, como con todo místico, el problema es descodificar el misterio a tiempo.

-Ha habido un error -dije-. No pretendemos causar daño alguno.

Pues, por si acaso pretendía intimidarme, quería señalarle muy rápidamente que, tanto si nos habíamos criado en las mismas circunstancias como si no, seguía sin dejarme influir por los demás y poseía cierta valentía.

donde tiene lugar una conversación

Pero descubrí que estaba aquejado de un oneroso mutismo: ya no me quedaban más palabras. Esto es algo que suele sucederme cuando me gritan, me quedo completamente en silencio. Así, por ejemplo, una vez, cuando era niño, pensé que me había quedado encerrado en una habitación y que no podía abrir la puerta porque era demasiado alta para mí, lo cual me resultaba muy desconcertante. Pedí ayuda a gritos y finalmente apareció mi padre y abrió la puerta sin problema alguno, pues en realidad no estaba

cerrada con llave. Sin embargo, en vez de reaccionar con ternura y preocupación, mi padre se mostró enfadado y comenzó a gritarme mientras yo permanecía ahí, con los pantalones alrededor de los tobillos. Sintiéndome víctima de una tremenda injusticia, fui incapaz de decir nada, algo que siempre me sucede cuando me regañan. No puedo evitarlo. Así pues, me sentí profundamente agradecido cuando me di cuenta de que Hiro estaba hablando por los dos, a pesar incluso de sentir también cierto remordimiento, puesto que me había prometido a mí mismo que sería yo quien le protegiera a él y sin embargo, ante la mayor prueba posible, había fallado. Aunque tal vez no es tan extraño que, en situaciones extraordinarias, las estructuras familiares muten de forma imposible. La ternura que sentía por Hiro era una sensación espantosa teniendo en cuenta el peso invisible que suponía tal sentimiento y lo poco preparado que estaba para soportar semejante carga. Nunca me había dado cuenta de lo guapo que era Hiro, con esa piel tan tersa y ese tupé natural. Estaba medio enamorado de él. Mientras tanto, él seguía hablando rápida e ininterrumpidamente, y si bien yo sabía que muchas de las razones para eso eran únicamente químicas y que si uno conocía a Hiro sabía que no pretendía causar daño alguno, más bien lo contrario, el problema con la vida es que muchas veces nos formamos ideas basadas en una cantidad de información muy limitada, y noté que esa gente estaba haciendo precisamente eso, estaban juzgando a Hiro y les parecía un tipo difícil basándose en una interpretación que sin duda estaba, al menos, un poco injustificada. Cuando Hiro informó a esas mujeres de que no veía ninguna razón para estar asustado de ellas y que, de hecho, no le daban miedo, así que probablemente deberían guardar sus máscaras y desaparecer bajo la puesta de sol, no había necesidad alguna de ver en las palabras de Hiro nada arrogante o impropio. Por supuesto, era consciente de que a otras personas podía parecerles un tipo impredecible. Para mí, sólo era alguien vulnerable, pero a los demás, en cambio, debía de parecerles que la bravuconería era el verdadero motor de sus acciones.

-Quizá lo que deberías hacer es cerrar la boca -dijo una de las mujeres.

Cuesta pensar que en este país pueda haber escuadrones de la muerte y otros instrumentos de tortura. Y no es que me parezca mal, pues, desde la distancia, puedo comprender perfectamente el deseo de enjuiciarme, pero, aun así nos habíamos acostumbrado demasiado a la idea de que nunca tendríamos que afrontar las consecuencias de lo que habíamos hecho. Parecía tan maravilloso,

ese tipo de vida. Nunca pensé que tendría que conocer a mis enemigos. Y si esta palabra, «enemigo», les parece pasada de moda, si están resoplando o riéndose como un *putto* de mi estupidez mientras le dan otro mordisco a su *samosa*, creo que es algo injusto. Las viejas palabras pueden resultar útiles. Ahí había gente exigiendo que Hiro dejara de hablar y algo que todo el mundo sabe es que cuando Hiro se encuentra en ese estado no le gusta dejar de hablar, y menos todavía si se lo piden. Seguramente, semejantes malentendidos tienen lugar a menudo. Para el propio Hiro, él era una persona con muchos pensamientos, opiniones y gustos intrincados, y realmente creía que su amor por el helado de té verde era algo que le hacía muy raro. Yo, en cambio, tenía la impresión de que esas mujeres veían en él la versión más abstracta posible de un ser humano, alguien que simplemente no entiende qué están haciendo y que, por lo tanto, es un problema y tal vez debería ser eliminado. Pero explicarles cómo era realmente Hiro era algo que estaba más allá de mis posibilidades. Pues no todo puede ser explicado. Algunas cosas son confusas y privadas. Siempre existe una enorme discordancia entre un interior muy grande y un exterior muy pequeño, y de hecho a veces pienso que la distancia entre ambos es tan grande que no hay forma posible de poner en relación uno con otro. Ambos son inconmensurables.

que se vuelve más violenta

Al mismo tiempo, resulta muy fácil empequeñecer mucho a alguien, reducirlo al tamaño de su cuerpo y nada más, tal y como demostró una de nuestras adversarias cuando dio unos pasos adelante, dejó una bolsa de viaje en el suelo y luego, muy delicadamente -a mí me impresionó la suavidad y la facilidad con que lo hizo- sacó una pistola. Se nos quedó mirando y fue una de esas miradas que dicen «adiós, compadre»,[8] por el mero hecho de que era tan inexpresiva que no decía absolutamente nada. El problema era que yo no sabía cómo escapar de semejante situación. No sabía qué querían, si dinero, atención, una disculpa o la promesa de que huiríamos del país. Quería suplicarles y ofrecerles cualquier cosa. ¡Qué enfadada estaba! ¡Qué enfadada tiene que estar una persona para blandir una verdadera pistola! Y es que no tenía ninguna duda de que esa pistola era auténtica, se notaba por cómo la sostenía, y me di cuenta de que eso era algo que me resultaría muy útil en el futuro, si es que llegaba a tener algún futuro, y si es que en ese futuro me apuntaban con una pistola, cosa que esperaba

que no sucediera. Por dentro, me sentía completamente desquiciado y desesperado. ¡No es de extrañar que admirara la valentía de Hiro! Sabía que en cierto modo había una relación entre su energía y las pastillas que se había tomado, pero aun así no creo que pueda reducirse nada a nada: en el fondo, todos los comportamientos son un absoluto misterio.

-Deberíamos calmarnos -dijo Hiro-. Deberíamos sentarnos y hablar sobre esto, quizá mientras tomamos un café. ¿No os parece un plan más atractivo? No pretendo imponer nada, sólo…

Poco a poco fue dejando de hablar, y lo comprendí, pues resulta difícil mantener el aplomo en ausencia de una audiencia comprensiva. Tratando de restarle importancia a ese desasosegante hecho, me volví hacia un lado y hacia el otro para contemplar la belleza natural que nos rodeaba. Había llovido tan copiosamente que la flora y la fauna habían emergido con violencia y se podían ver nuevos escarabajos y salvajes tipos de berza. Los últimos rayos de sol se filtraban entre los árboles formando suaves columnas de luz. Creo que no siento interés alguno por la belleza natural, o al menos por aquel entonces no lo sentía. Todo mi interés residía en algo que mi madre me había dicho una vez: que yo merecía todo lo que me sucediera. Se refería a que merecía todas las cosas buenas y prodigiosas, pero en aquel momento me pregunté si también merecía esto que me estaba pasando como castigo por todas mis fechorías. Y si ése era el caso, era posible que Hiro también mereciera semejante violencia. Lo que no sabía era exactamente qué tipo de violencia. Un animal pequeño me miraba fijamente desde un árbol y sentí un pánico terrible. No quería morir aquí sufriendo un dolor atroz. Estoy acostumbrado a expresarle mis sentimientos más íntimos a la gente y a que los respeten, de modo que eso fue lo que hice en ese momento. Y es que no estaba preparado para morir, no quería descender al inframundo, entrar en el salón de las dos verdades y que compararan el peso mi vida con el de una pluma. Sé que uno ha de estar preparado para morir en cualquier momento, pero ¿qué significa eso realmente? Desde luego, yo no lo estoy: en mi correo electrónico hay muchos secretos por descubrir y tengo muchos proyectos indescifrables y sin terminar en mis cuadernos. No siento deseo alguno de convertirme en un cadáver alrededor del cual se agachen los nerviosos miembros de un servicio de emergencias.

-Tengo miedo de vosotras -exclamé-. Tengo mucho miedo.

Si uno dice algo así, ¿acaso no es una señal de que uno no pretende causar daño alguno a nadie y que merece compasión?

También quería recalcar que incluso si eran unas asesinas y algo así como unas alborotadoras salidas de los antiguos mitos, no las juzgaba, pues si uno se encuentra en una situación de la que puede ser culpable, creo yo que es un principio básico no echarle la culpa a la gente a la que puede haber hecho daño si luego ésta quiere tomarse la justicia por su mano, por más objetivamente mala que pueda ser esa gente.

-¿Lo veis? -dijo Hiro en un gesto de sumisa súplica.

Y entonces dispararon a Hiro muy cuidadosamente. Fue un momento fugaz, pero también irrevocable. Casi tan pequeño e irrevocable como el momento en que el instrumento conocido siempre como bonjo adquirió el nuevo nombre de banjo, y toda la historia musical anterior se volvió nítida con gran suavidad y precisión.

y sitúa a nuestro héroe fuera de todas sus categorías habituales

A mi alrededor todo estaba animalizándose, desintegrándose y mojándose como si de repente yo formara parte del mundo natural y eso siempre resulta perturbador. Esto ya no era la historia de un chanchullo de gente acomodada. Probablemente, a miles de kilómetros de todo, en la ciénaga marrón de algún lugar de la periferia de una ciudad, un cocodrilo verde estaba sumergiendo su único ojo bueno mientras yo lloraba mucho sin ser capaz de parar. Si alguna vez me hubieran hablado de la violencia de las armas, creo que habría dicho que las auténticas armas son objetos terribles y que hacen un ruido atronador. Esperaba llamaradas y fauces de fuego, pero en realidad fue algo mucho más suave. La pistola se estremeció pero el brazo de la mujer no. Luego, tras una pausa muy breve, la manga de Hiro comenzó a volverse roja y yo no sabía adónde mirar ni cómo sentirme: mis sentimientos se sucedían sin que yo tuviera conocimiento de ellos. Digo conocimiento pero quiero decir control. Creo que habían disparado al brazo extendido de Hiro, pero resultaba difícil saberlo con seguridad. Yo estaba gritando muchas cosas dentro de mi cabeza pero por fuera permanecía callado. O posiblemente me las arreglé para decir algo muy pequeño y manso pero al mismo tiempo justificado, como:

-No está bien. Esto no está bien.

O algo por el estilo. Me pareció entonces que Hiro desaparecía gateando en dirección al oscuro bosque pero me di cuenta de que simplemente se encontraba tumbado en el suelo. Y sentí mucho

miedo. Creo que el miedo es una de las lecciones que he aprendido de este episodio, así como el hecho de que es imposible encontrar el modo de estar a su altura. No es más que la reacción natural cuando todo es dulce y uno carece de maldad y, sin embargo, todo lo que hace tiende a crear esas arcaicas consecuencias, como si uno se encontrara en un anfiteatro con lobos y lémures. Y es que desde ese momento en el bosque he reflexionado a menudo acerca de este final. Nunca me había sentido más solo y aislado, y de repente pensé en lo solo que estaba asimismo nuestro perro, todavía en el coche envuelto en las toallas del salón, o Candy en algún lugar de la ciudad. Cuando solía despertarme por las mañanas, me quedaba un momento tumbado en la cama observando el hilo de luz que se filtraba por debajo de las cortinas y siempre sabía que mi madre estaría en casa y que no había peligro alguno, lo cual suponía un alivio. Saber que la seguridad era siempre posible era un pensamiento agradable. Y entonces me di cuenta de que, de hecho, hasta ese momento nunca había habido un solo instante en que mi madre no supiera dónde me encontraba. Ése era el primer momento en que estaba completamente fuera de su órbita, y eso era algo muy triste. Es decir, fue muy triste descubrir que esa sensación de seguridad no era más que una de mis ilusiones y que en realidad no estaba a salvo del peligro, sino que, como cualquier otro animal del mundo, era *asesinable*, como mi perro. Era algo verdaderamente sorprendente y terrible. Aun así, intentaba seguir pensando porque tenía el instinto o superstición de que mientras pensara no podría estar en peligro, y la hiperactividad era mi único modo posible, como si los pensamientos estuvieran cayendo a mis pies cual hojas o virutas de un lápiz al que se ha sacado punta. Siempre haces lo que quieres, decía mi madre. Siempre haces lo que quieres y a mí me parece bien, pero eso molestará a otras personas, decía. Nunca había estado de acuerdo con ella. Creía que uno debía tener fe en la gente porque, en caso contrario, ¿por qué seguir? Es decir, ¿por qué seguir viviendo en sociedad? De uno u otro modo, todo el mundo vive en sociedad, nadie puede evitarlo. Aunque, pensándolo bien, posiblemente en aquel momento yo no estaba haciéndolo.

en un pequeño delirio del lenguaje

Entonces oí un ruido y sentí algo en el interior de mi cuerpo que era el dolor más intenso que hubiera imaginado nunca. Supongo que sabía lo que había sucedido, pero aun así esperaba no saberlo. No quería pensar que había recibido un disparo. Muchas imágenes

de desmembramientos y mutilaciones se sucedieron en mi cabeza. Pero era innegable. Tenía la sensación de que mis piernas habían desaparecido, pero en realidad seguían allí, y una de ellas se movía frenéticamente, como presa del pánico. Mis pensamientos fluían con tal demora y lentitud como la gente de las aceras que va con el paraguas abierto a pesar de que ya ha dejado de llover. En mi muslo había una rugosa implosión, blanda y líquida como una estrella de mar. Era como si no me encontrara exactamente allí sino en cualquier otro lugar, lo cual era complicado, de modo que cerré los ojos para concentrarme.

-Sí, ya está -dijo alguien sobre mi cabeza.

Por un momento pensé que se dirigía a mí, pero luego me di cuenta de que hablaba por teléfono.

-No, ya está solucionado -dijo-. No era nada.

Y entonces se marcharon, abandonándonos a nuestra triste suerte. Todo terminó y quedó tan vacío como el bulevar de la estación cuando ya no hay ningún taxi. Y yo intenté no perder el hilo de esa conversación que intentaba mantener conmigo mismo ya que nadie más estaba intentándolo y me dije que, por supuesto, no podía estar seguro de que eso no fuera morir. Puede que estuviera equivocado y no fuera a sobrevivir. Era mi viejo miedo *Madama Morte*, pero esta vez quizá más racional. Y luego pensé que, probablemente, nunca sabría si eso era morir, porque si en los siguientes cuatro o doce minutos descubriera que he muerto, todo esto no sería más que un mero delirio gramatical. A no ser, claro está, que fuera capaz de salir de este cuerpo y observar la escena desde las alturas. Sólo en ese caso, supongo, la gramática no respondería a ningún delirio. Hiro se movía muy lentamente y yo esperaba que estuviera sonriendo porque creía que habíamos alcanzado una resolución y, definitivamente, eso suponía un alivio. Era como si al final todos los piratas hubieran llegado al mismo tiempo para reclamar su merecida venganza. Y supongo que quizá lo habían hecho.

con el que nuestro héroe repasa su historia reciente

Una cosa sobre la que estuve pensando mucho durante esos días de pesadilla fue la antigua historia del famoso sadhu y la flauta: el hecho de que, mientras le llevaban el veneno en una taza de bronce para ejecutarlo, él estuviera aprendiendo una melodía con la flauta y que, cuando la gente le preguntaba qué cojones hacía, él contestara: «Al menos habré aprendido esta melodía antes de

morir.» Y si bien sé que esta leyenda sólo pretende demostrar lo noble que era el sadhu en su adherencia a un ideal, creo que también sirve para aclarar algo que normalmente resulta muy complejo. Porque no creo que el hecho de que este sadhu esté a punto de ser ejecutado deba suponer alguna diferencia en lo que respecta al grado de su nobleza. Todo niño que aprende a tocar el banjo o la escala de piano en una zona residencial es igual de noble y majestuoso, puesto que, al fin y al cabo, toda proximidad a la muerte no es más que un efecto de proporción, y, en la escala de la larga sombra de los siglos, todos estamos tan cerca de la muerte como ese sadhu a punto de ser ejecutado, o casi. Siempre que pensaba algo así, me sentía muy inquieto, ya que si bien una interpretación de la historia del sadhu era que representaba una noble adherencia al valor de las cosas que no pueden valorarse, también existía la posibilidad de que en realidad no fuera más que un absoluto sinsentido y que la narración no fuera una parábola sino un negro y pantagruélico chiste sobre el comportamiento humano. Lo que quiero decir es que si al sadhu le parecía algo sin sentido, entonces ¿por qué no iba a serlo para todos nosotros ahora?, ¿por qué hacer nada? Ésa era una cuestión difícil que me parecía mucho más fácil dejar de lado que resolver, pero, pensé de repente, entre las lianas, la hiedra y los riachuelos, también resultaba liberadora. Es decir, realmente es imposible saber qué es verdaderamente real o, al menos, eso me parece a mí. Si uno le preguntara al príncipe qué estado es real, creo que le resultaría difícil contestar. Todo lo cual debe significar que, como en cualquier secuela en tecnicolor ambientada en los trópicos, no es imposible cambiar la vida de uno; o que si el mundo en el que uno cree desapareciera antes de que uno se adentrara en él y fuera sólo una ilusión, no hay razón para no preservar esta encantadora ilusión. Lo que quiero decir es que haber perdido todo puede que sea un desastre, pero no todos los desastres son catástrofes. Y cuando pienso de este modo, me siento muy esperanzado respecto al futuro.

NOTAS

[1] En español en el original. (*N. del T.*)

[2] En español en el original. (*N. del T.*)

[3] En español en el original. (*N. del T.*)

[4] En español en el original. (*N. del T.*)

[5] En español en el original. (*N. del T.*)

[6] En español en el original. (*N. del T.*)

[7] Nombre en pinyin de los callejones que forman el casco antiguo de las ciudades del norte de China. (*N. del T.*)

[8] En español en el original. (*N. del T.*)